YANIRA GARCÍA

ALGO, ALGUIEN, TÚ Y ESAS COSAS QUE PASAN

esencia

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1. La venganza se sirve en una caja de cartón
Capítulo 2. Lo que me faltaba
Capítulo 3. Tú te lo has buscado
Capítulo 4. Me piro, vampiro
Capítulo 5. Y yo sin saber nada
Capítulo 6. Pues no era un jabalí asesino, no
Capítulo 7. ¿Qué me estás contando?
Capítulo 8. La cosa marcha según lo previsto
Capítulo 9. De ese asunto no quiero saber nada
Capítulo 10. Se magedia la trasca
Capítulo 11. Y, tú, ¿dónde has estado?
Capítulo 12. El reencuentro y una segunda cita
Capítulo 13. Y brindemos
Capítulo 14. Le he dicho que sí
Capítulo 15. Y me quedo más ancho que pancho
Capítulo 16. La famosa cita
Capítulo 17. Vigilarlos, ¿yo? ¡¿Por quién me tomas?!
Capítulo 18. Que nadie me despierte
Capítulo 19. Sin fuerza de voluntad alguna
Capítulo 20. Doce horas siendo un plátano
Capítulo 21. Cuánta sabiduría
Capítulo 22. Cada oveja con su pareja
Capítulo 23. Yo no he sido
Capítulo 24. Becca, ¿qué has hecho?
Capítulo 25. Esa ha sido una buena estrategia
Capítulo 26. ¿Esto es algo así como una primera cita?

Capítulo 27. He venido en son de paz
Capítulo 28. Te besaré, bandida
Capítulo 29. Pausa dramática
Capítulo 30. Me ha quitado hasta el habla
Capítulo 31. Ciega, sorda y muda
Capítulo 32. Te estaba esperando
Capítulo 33. Socorro, auxilio
Capítulo 34. Soy una caja de sorpresas
Capítulo 35. Que no te metas con Becca, muñeca
Capítulo 36. A mí no me vengas con esas
Capítulo 37. Un sobón con un gran corazón
Capítulo 38. Cómo no asesinarte
Capítulo 39. Para no perder las viejas costumbres
Capítulo 40. ¿A qué te refieres?
Capítulo 41. La morcilla andante
Capítulo 42. Sé que me echabas de menos
Capítulo 43. ¿Creías que no iba a enterarme?
Capítulo 44. Desmontando el castillo de naipes
Capítulo 45. La sabiduría que da la edad
Capítulo 46. La venganza se sirve en bandeja de plata
Capítulo 47. Y así me has pillado
Capítulo 48. La soledad como arma de destrucción masiva
Capítulo 49. No es oro todo lo que reluce
Capítulo 50. Entre estas tres paredes
Capítulo 51. A Dios pongo por testigo
Capítulo 52. Algo, alguien, tú y esas cosas que pasan
Epílogo
Agradecimientos
Banda sonora
Biografía
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

¿Qué harías si a tu mejor amiga la deja su novio por otra «amiga»? Yo solo concibo una idea, una que tiene voz propia y que retumba sin cesar en mi cabeza: ¡venganza!

Y así es como comienza todo. No es que se me haya ocurrido una idea de lo más absurda, no, no, para nada. Tampoco es que me hayan pillado cometiendo el delito. Ni por asomo ha sido de esa forma. Negaré haber estado en esa granja, haber robado esa sustancia cuyo nombre no quieres saber, y, por supuesto, nunca admitiré que me haya pillado un poli… ¡Y qué poli!

Puede que sí reconozca que ese chico (¡ese chico!) me tiene loca; bueno, tú ya me entiendes, ¿no? Y tampoco creo que esté mal que os adelante que llevo toda la vida pillada por él. Ah, y que es el mejor amigo de mi hermano. Y que mi hermano es, bueno…, es como es.

Me llamo Becca y soy especialista en meterme en líos, vestirme de plátano, asaltar granjas, y me van los amores imposibles. Con estos precedentes, ¿qué es lo peor que podría pasar? ¿Que él también se enamore de mí? ¿Que yo acabe en la cárcel? ¿Que me coma una vaca? O quizá… quizá pueda suceder de todo.

Algo, alguien, tú y esas cosas que pasan

Yanira García Fernández

Esencia/Planeta

Para Roberto y Pablo.
Mi lugar seguro.
El faro en mi oscuridad.
Las alas de mi alma.
La sonrisa de mis labios.
El latir de mi corazón.
Sin vosotros, esto no sería posible.
Os quiero mucho. Gracias por volar siempre a mi lado.

Prólogo

Becca

Comenzar una historia habiendo dormido apenas un par de horas es cosa mala.

Sí, exacto, dormir debería ser uno de esos propósitos que todas deberíamos cumplir, una especie de mantra chulo sobre, no sé, el descanso, para poder fluir como personas. La cosa es que esta historia arranca con resaca y no de esas que sufres tras una noche estupenda en la que crees que lo has pasado en grande pero el setenta por ciento de lo sucedido está sumido en una neblina opaca que impide que cuantifiques el ridículo que has hecho.

Mucho ridículo.

Ridículo pasable.

Nada memorable.

Por cierto, en cuestiones de ridículo, la menda se lleva la palma; ya lo entenderéis, ya.

Ay, Señor de mi vida, ojalá pudiese contaros alguna anécdota guay, como esa vez en la que mi pezón izquierdo decidió alegrarle la mañana a Paquito mientras compraba la prensa en el quiosco del barrio o esa otra vez en la que hicimos un concurso sobre cuál del grupo estaba más capacitada para tocar en todos los portales de la zona a horas intempestivas y huir sin que nos pillasen. Ya veis, lo nuestro han sido siempre las fechorías y no vamos a cambiar después de todo.

Madurar está sobrevalorado.

A lo que voy: esta voz pastosa, esta resaca, el consecuente malhumor y mis ojeras son producto de una noche para el olvido.

—En mi cama, Becca, Héctor se la estaba tirando en mi cama.

Sí, ese ha sido el drama que nos ha mantenido en vela.

—Tenemos que hacer algo. —Esa soy yo, por supuesto.

Algo travieso, algo que mole hacer y que, a la persona que lo reciba, no le guste en absoluto. Yo soy la reina de las venganzas; tengo que tirar de ingenio, ese es el plan, sí, justo ese.

—Cancelar una boda. ¿Acaso crees que voy a casarme con él después de esto?

Niego con la cabeza, frunzo los labios, cierro los ojos y suspiro.

—Hasta feo estaría.

—¿El qué estaría feo?

La voz de mi hermano irrumpe en la estancia desde el recibidor y sus llaves caen sobre el mueble de cristal de la entrada; se me eriza el vello de la nuca porque, sí, hay un puñetero cesto para meterlas, pero siempre las lanza ahí cuando entra en mi piso por su cuenta, sin llamar al timbre. Alina contiene el aliento... como si yo fuese a dejar que Héctor entrase en esta casa... entero.

—Es Samuel.

«Ese chico que está loco por ti y que seguro que no te haría lo que te hizo Héctor.» Ahí lo dejo.

Mi amiga lloriquea, sujeta la manga de mi sudadera y se limpia las lágrimas en ella. Todo muy higiénico, ya veis.

—No hay boda, Samuel —le informo cuando aparece.

Mi hermano nos repasa con la mirada, analiza la escena, ladea la cabeza y, a pesar de que pienso que va a sonreír por lo que acaba de oír y la oportunidad que puede estar proporcionándole la vida, cuando se percata del estado de Alina, solo acude a su lado.

Si es que es más mono...

Él tan buena gente y yo, tan malvada... Algo no cuadra en nuestra genética, os lo aviso de antemano.

El portero electrónico comienza a sonar ininterrumpidamente. Y, no, no es una exageración, suena de tal forma que Samuel termina tapándose los oídos. Alina es inmune; eso es lo que pasa cuando te duele el alma, te la sopla todo lo demás.

—Ya voy yo —anuncio. Tampoco es que haya una cola enorme de personas dispuestas a abrir, entendedme.

Alina se lanza a los brazos de mi hermano y él... él aspira su olor. Alzo una ceja y me pongo a fingir que le doy besitos a Alina, simulando sujetar su cara entre mis manos, sacando la lengua y todo eso... Lo hago porque sé que Sam se muere por llevar a cabo eso que yo escenifico y porque lo avergüenzo, por eso también.

El amor nos vuelve majaras y, si no, miradme a mí. Toda una vida pillada por Noel, ¿y qué hace él? Pues ignorarme, obvio, porque no hace nada.

Presiono el botón, abro la puerta de la entrada y oigo un montón de saltos que provienen de las escaleras. Se avecina tormenta, por supuesto.

Aguardo aquí plantada, intercalando miradas entre el rellano y el salón, dejando que mi hermano disfrute del instante y del abrazo. Cuando Paz aparece, resoplando y con la lengua fuera, sé que ha llegado el momento... y mi alma gemela en esta vida.

Somos tan almas gemelas que hemos acordado que, si a los cincuenta no tenemos pareja, nos casaremos, nos compraremos un rottweiler y lo llamaremos *Fufi*. Si Sonsoles puede hacerlo, nosotras también.

—¿Tú no tienes llave o qué? —pregunto cuando mi amiga hace acto de presencia.

—¿A quién tenemos que cargarnos? —Pasa de mí; lo aclaro por si no os habéis percatado de ello.

Sí, joder, sí, es tan malvada como yo, de veras; no sé cómo un nombre tan pacífico puede pertenecer a alguien tan guerrero.

—Hola, Paz, buenos días para ti también —la saludo mientras la sigo hasta el salón. Ojo, que tenéis que notar la ironía que destilo.

—Vale, que sí, que muy bien. ¿Qué ha hecho Putéctor?

—¿Putéctor? —pregunta mi hermano.

Al menos Alina ha alzado la vista.

—Es la suma de «puto» y «Héctor» —sentencia. Claro, para ella todo es muy lógico porque jamás de los jamases se inventa una palabra. No, no, en absoluto.

Todos los puñeteros días lo hace, ¿vale?

Aprenderéis a quererla como he hecho yo.

—Héctor se ha acostado con África, en mi cama.

Alina se aprieta de nuevo contra él y os prometo que está colorado. Samuel o, lo que es lo mismo, el tío más sobreprotector que existe en el mundo —y que Dios me lo ha encasquetado a mí como familia— está aguantando las ganas que tiene de asesinar.

Y es el momento en el que tengo que hacer varios matices: él es un santo; sin embargo, cuando tocan lo suyo, ¡chao, pescao! Despídete de esta vida porque no tienes nada que hacer en ella.

Y, claro, como comprenderéis, Alina, Paz y la menda que os habla somos importantes para él porque somos... una familia atípica, eso es, sí, exacto.

—¿Es en serio? —pregunta Paz, esta vez a mí, que soy la que está más cerca. Cuando la he hecho venir gracias a hacerle un resumen, he decidido no facilitarle toda la información.

Doy un paso hacia atrás porque ha traído un bate de béisbol.

—Me das miedo. —Lo señalo.

—¿Por Hannibal Lecter? Si es muy majo.

—¿Le has puesto nombre? —pregunta mi hermano perplejo. Alguien tenía que hacerlo, claro está.

—Por supuesto, es mi fiel compañero de batalla. Y el primero en tener ganas de acción cuando, no sé, el prometido de mi amiga le pone los cuernos con otra amiga.

Sí, Héctor le ha metido la chorra a una amiga de Alina. Eso es un delito capital en las relaciones de amistad, porque ya sabemos lo que se dice: los novios de las amigas no se tocan, no tienen polla, no tienen cuerpo, son invisibles para ti. Por eso he dejado dicho explícitamente que Noel es mi futuro marido y que, como alguna lo mire siquiera, me vengaré. Y yo no levanto venganzas en vano.

Por favor, no le contéis a mi hermano lo de Noel, que son colegas y ya sabemos lo que pasa.

No estoy dispuesta a aguantar una charla, dos o quince... o, lo que es peor, que se lo comente y Noel no solo pase de mí como ya hace, sino que me mire con pena.

«Oh, mirad, ahí va la hermanita de mi mejor amigo. Lleva toda la vida colada por mí. El sentimiento no es correspondido. ¿Lo oléis? Es la lástima que siento por ella.»

La pena es la novia del pene. Fin del comunicado.

Paz se acerca a mi amiga con el bate en la mano.

—¿Y qué vas a hacer? —A pesar de preguntarle a Alina, me mira a mí, se lleva un dedo al cuello y simula rebanárselo de forma teatral.

«Lo aniquilaremos», articula sin que nadie se percate, salvo que le lean los labios como he hecho yo.

De todos modos, Samuel se ha dado cuenta de algo porque niega con la cabeza.

—Me ha llamado —contesta la damnificada.

—Lo ha hecho —ratifico. Doy fe, claro. Si hemos estado toda la

noche en vela, como para no enterarme de ese pequeño detalle en cuestión.

—Necesito ayuda. —Alina, mi pobre Alina, lloriquea un poco más mientras mi hermano le acaricia con suavidad la espalda.

—Por eso he traído a Hannibal. Lo haré rápido, un golpe en la nuca, de noche; la oscuridad es mi aliada en las batallas y yo siempre gano. —Sonríe—. Eso sí, necesitaré ayuda para tirarlo al canal. —Observa a Samuel; si se trata de fuerza, es el más preparado.

—No vamos a matarlo. —Esa es Alina; dolida y todo intercede por él.

—No la escuches, Hannibal.

—Estás hablando con un bate de béisbol —le recuerdo—. Es un trozo de madera tallada.

—A esa ni caso —le susurra una vez más. Ojo, que se acerca a él y lo acaricia casi que con devoción.

No, de la cabeza tampoco andamos del todo bien.

—No vamos a matar a nadie —secunda mi hermano—. Pero podemos hacerle daño moral.

—¿Moral? ¿Qué clase de daño es ese? —inquiere Paz. De veras, tendrían que haberla llamado Guerra—. O machacamos o machacamos, aquí no hay otra opción viable.

Alina se incorpora, Paz abraza a Hannibal, mi hermano la mira con ojitos —joder, que se nota a leguas lo que siente por ella— y yo aguardo en silencio.

—Voy a enfrentarme a esto como la mujer madura que soy. Después hablaré con mis padres y...

—Tranquila —la consuela mi hermano. Mientras le da otro abrazo a mi amiga y esta no puede verme, saco la lengua y simulo un buen morreo.

Vaya sobón que está hecho Samuel.

Poco después, mientras Alina se mete en mi habitación, suceden varias cosas:

Paz le palmea la espalda a mi hermano.

Mi hermano me observa y niega con la cabeza. Niega sin saber lo que voy a soltar.

—Nos vamos a vengar.

Y, bueno, sobra decir que se va a liar gorda, ¿no?

Capítulo 1

La venganza se sirve en una caja de cartón

Becca

¿Qué tipos de venganza se os pasan por la cabeza cuando de un ex cabrón se trata?

Mi mente es como una puñetera lavadora centrifugando ideas y todas, en este momento, tienen un denominador común.

«Putéctor, te vas a cagar.» Literalmente hablando, por supuesto.

—Repasemos el plan al detalle —le pido a mi amiga mientras abre el maletero del coche, saca una bolsa de basura negra y comienza a coger el material que necesitamos para llevar a cabo nuestra misión.

—Por favor, ni que fuésemos a deshacernos de un cadáver —se mofa.

Pues también es verdad.

—Vale —cedo.

—Sigo pensando que esto es una tontería, pero, en fin, al lío. Hay que coger a la vaca por los cuernos y...

—Toro —la corrijo.

—¿Toro?

—Coger al toro por los cuernos. La expresión, en realidad, es esa.

—Lo que tú digas. —Me mira y me remeda como si yo fuese una jodida sabelotodo—. Cogemos al *toro* por los cuernos —imaginaos el hincapié que hace en la palabra en cuestión—, así que luego nos encaminamos los tres a casa de Héctor.

—¿Tres?

Miro a mi alrededor, ¿cómo que tres?

—Hannibal, tú y yo. A ver si te vas a pensar que voy a dejarlo solo en casa; mi amigo va conmigo a todos lados.

Ya, hay cosas que prefiero desconocer.

—Vale —le doy la razón de nuevo. A ver quién es la guapa que decide llevarle la contraria teniendo en cuenta su estado de salud mental—. Respecto a la primera fase del plan, lo echaremos a cara o cruz.

Paz me mira de hito en hito. Niega con la cabeza. Me acojono por si Hannibal decide hacerme una visita en este instante.

—De cara o cruz, nada, Becca. Tu plan es este, el mío es este. —Saca de paseo a Lecter y encima me guiña un ojo.

—Tienes razón. Tú coge la caja, yo iré delante. Mientras hago lo que tengo que hacer, necesito que estés pendiente de todo. Si Pancho nos descubre, nos pegará un tiro.

—A ver si te vas a creer que estamos en el Cercano Oeste.

—Lejano. «Lejano Oeste».

—Puñetera sabionda de los cojones.

Mi amiga refunfuña mientras separa las cosas que necesitamos en distintos montones.

Lo primero que hago es ponerme el mono de trabajo, que no es otra cosa que un par de bolsas de basura que trabo con unas botas de agua y cinta de carrocero. Como asesina en serie o descuartizadora profesional, no tengo precio.

—El negro te sienta de vida...

—Se dice de muer... —rectifico—. Bah, qué coño, nos sienta que te cagas.

Nunca mejor dicho, claro.

Ayudo a Paz a ponerse el suyo y, después, nos colocamos dos gorros de ducha, nos ponemos una pinza de la ropa en la nariz y unos guantes de lavar los platos. Que, por protección, no quede.

—*Mien*. —Eso es un «bien» que no sale como debe por culpa de la pinza, vaya.

Mi amiga se descojona.

—A ver quién es la que no sabe hablar ahora.

Me quito la pinza de la nariz y me tomo mi tiempo para pronunciar y que lo entienda.

—Calla y atiende. Nos moveremos siendo rápidas, silenciosas y esquivas. Nadie nos pillará porque somos infalibles.

—Somos el equipo B. —¿Equipo B? Oh, sí, ese mismo, no me molesto en corregirla—. El equipo B de borrachas y buenas muchachas —sentencia Paz.

—Estamos sobrias.

—¿Borrachas de euforia? —pregunta.

Me vale.

Me pongo la pinza de la ropa de nuevo y Paz hace lo mismo con la suya. Caminamos a la par. Abrimos la verja y nos colamos en la granja de Pancho.

—*Espefa* —la freno. Me quito la pinza por segunda vez—. Si nos pilla Pancho, le contamos que hacemos esto por su nieta.

Sí, Pancho, el dueño de la granja, es el abuelo de Alina y de Noel.

—Oído nevera.

—Es... —Paso—. Sigamos.

Cerramos la verja, no vaya a ser que se escapen las ovejas, o las gallinas, o los cerdos. Me entra la risa estúpida al pensar que un cerdo como Héctor debería estar aquí, se sentiría como en casa. Contengo la carcajada cuando llegamos cerca del establo de las vacas.

Un ladrido nos asusta y empiezo a creer que este plan de venganza es una auténtica mierda.

Y sí, de nuevo, nunca mejor dicho.

—Espera —le indico a Paz, que lleva la caja de cartón en las manos.

—No es momento de echarse atrás, Becca.

—No, no, la venganza es mi hermana, a muerte con ella.

—¿Entonces?

—Deberíamos idear un plan de huida... ya sabes, por si una vaca decide atacar a una de nosotras, que la otra la distraiga para poder escapar de sus patas.

Paz se quita la pinza, me mira, abre mucho los ojos, la boca, y entonces me sopla en la cara.

—¿Qué haces?

—Distraerte para que no veas a la vaca que tienes detrás de ti.

¡¿Qué?!

Salto como un resorte, me giro y me doy cuenta de que no hay ninguna vaca y que mi amiga se está burlando de mí.

—Eres lo peor.

—Camina de una vez, tenemos que acabar este trabajo antes de que amanezca.

Avanzamos por fin en silencio y, cuanto más cerca estoy del establo, mejor me siento. No es que esté como en casa, a ver, es que

pienso en la cara de Héctor cuando reciba su regalo sorpresa y, bueno, me aplauden hasta las orejas.

Por suerte, las vacas están todas tumbadas en una esquina y ni se molestan cuando entramos.

—Se nota que Pancho les enseña modales —apunta mi cómplice.

—Esta está bien —señalo un moñigo con forma de ensaimada... del diámetro de mi pie; es enorme—. Abre la caja —le pido.

Mi amiga lo hace y yo saco de la cinturilla del pantalón, bajo las bolsas de basura, un cucharón de sopa.

—¿Becca? —Me giro con el artilugio en las manos.

—¿Qué pasa ahora?

—¿Has traído un cucharón?

Apoyo el peso de mi cuerpo sobre la cadera derecha y la señalo con el artefacto.

—A ver si te crees que tengo palas en casa porque supones que soy jardinera, recogedora de mierdas oficial o enterradora en un cementerio.

Paz sopesa mis palabras.

—Tienes razón. No quiero que me invites a nada que se coma con cuchara.

—Pienso tirar el cucharón luego a la basura.

—Eso dejará pruebas.

—Puestos a dejar pruebas, la caja, las bolsas, los guantes y las pinzas de la nariz también lo son.

—Somos unas vengadoras de mierda.

—Villanas, se dice «villanas».

—Lo que tú digas —farfulla una vez más.

—Agáchate, abre la tapa y aguanta.

Alejo la cabeza todo lo que puedo porque... bueno, porque estoy recogiendo una considerable boñiga de vaca, joder; a ver si os vais a pensar que huele a Versace o a Carolina Herrera, no te jode. Y entonces Paz comienza a tener arcadas.

—No respires por la nariz.

Ella se queja... lógicamente; tiene la pinza puesta; yo, con un trozo de la mierda en el cucharón. Como se me caiga encima, me da un jamacuco.

—A ver si te crees que la pinza sirve solo de adorno —farfulla.

—Respira por la boca —insisto a pesar de ser absurdo, ya lo está

haciendo—; de esa manera, no notarás el olor... o no respires.

—Ese es un gran consejo...

—Lo sé —la interrumpo.

—... si quieres cargar con la boñiga y con una amiga inconsciente —termina la frase.

Empiezo a creer que la idea de ir a ver a Héctor directamente con el bate era mejor que esta, de veras.

Antes de que proteste de nuevo y con el sonido de sus arcadas de fondo, recojo por fin toda la mierda y la tiro dentro de la caja, para luego ponerle la tapa.

—Si chorrea y me mancha el coche, Hannibal no tendrá piedad contigo.

—Calla y corre, que me parece que las vacas se han enfadado.

Capítulo 2

Lo que me faltaba

Noel

Mi abuelo me ha llamado cinco veces en las últimas tres horas. La primera, para pedirme que tenga cuidado; siempre lo hace cuando me toca turno de noche. Las otras cuatro, en un intervalo de cinco minutos, porque cree que alguien ha entrado en la granja y que pretenden robarle el ganado.

Así que, aquí estoy, en la puerta de su casa, esperando a que salga y me cuente con detalles qué ha pasado.

—Menos mal que has llegado. Han entrado unos ladrones.

—Abuelo...

—Ya sé lo que vas a decirme: que me preocupo por cosas por las que no debería preocuparme —asiento—, que este es un lugar seguro y que nadie en su sano juicio roba animales.

Sí, justo eso le iba a decir.

—Echaré un vistazo si de esa manera te quedas más tranquilo.

—Lo haré.

Oigo pasos tras de mí en cuanto empiezo a andar y me giro.

—¿A dónde crees que vas? Y con un palo de escoba. —Me carcajeo, pero de buen rollo, ¿eh?

—Tú los aturdes y yo les zurro con esta arma. Funciona con los cerdos.

—Abuelo, los cerdos no son ladrones —su cara es un poema— y además dudo de que los haya. —Asiente sin estar muy convencido—. Espérame en casa, seguro que no es nada —razono.

Cuando me aseguro de que me ha hecho caso —por una vez en la vida—, me acerco hasta mi coche y saco una pequeña linterna de la guantera. Me dirijo a la parte trasera de la vivienda, donde está la verja que da acceso a los establos y corrales.

Mi abuelo ha trabajado toda la vida en esta granja. Y cuando digo «toda la vida», hablo en serio.

La heredó de su padre, toda la propiedad, y la cuidó junto con mi abuela. Hicieron de ella lo que es hoy y, a pesar de que le he pedido en infinidad de ocasiones que deje que otras personas se hagan cargo de la granja, ha sido en vano. Es imposible, no hay forma humana de hacerlo entrar en razón.

Por otra parte, lo entiendo, de veras que lo hago, porque... porque cada espacio, cada rincón de esta finca, guarda recuerdos maravillosos.

Todavía me veo, de crío, pasando días y días aquí, ayudándolo con los animales o los cultivos, incluso con los árboles frutales. Este lugar siempre ha sido mágico para mí.

Para mi tranquilidad, la verja está cerrada. Eso es buena señal, ¿no? Sí, soy de esa clase de polis, de los que se ciñen a las evidencias, porque digamos que, por aquí, no pasa nada normalmente.

Sin embargo, de pronto me doy cuenta de que, a un lado fuera del recinto, no muy lejos, hay un vehículo aparcado y durante unos segundos barajo las distintas opciones; entre ellas, que lo que ha dicho mi abuelo no sea nada descabellado... aunque mucho me temo que en ese coche no caben ni un par de gallinas.

Justo antes de abrir la verja, capto voces... y algo así como unas arcadas, o lo que parecen serlo.

Escondo la linterna y decido agazaparme. Factor sorpresa, lo llaman.

El sonido de unas pisadas y los susurros cada vez están más cerca y distingo lo que creo que son dos figuras femeninas envueltas en...

¿Es una coña?

La verja se abre y entonces caigo en la cuenta de quiénes son. Y, no, no es una broma de mal gusto, o sí, porque, viniendo de ellas, me puedo esperar cualquier cosa.

No me lo puedo creer.

—Paz, joder, deja ya de hacer eso que voy a terminar echando yo la pota.

—Claro, como tú no eres la que lleva la caja.

—Yo llevo esto. —Alza lo que parece... ¿un cucharón? ¿De verdad? ¿Qué coño hacen ellas en la granja de mi abuelo a estas horas y con un cucharón? Por no hablar de su indumentaria...

Me debato entre dejarme ver ya o alargar el momento. Ahí está Becca; hasta con un gorro de ducha y esta guisa me parece bonita.

Ya hablaremos de eso en otra ocasión.

—Puaaaaj.

Eso ha sido otra náusea, sí.

—Ha salido todo bien. Pancho no se ha enterado, las vacas no nos han atacado y la mierda está donde debe estar. —Becca suelta lo que parece resultar un discurso convincente para su amiga, porque Paz, a su lado, asiente. Yo no entiendo nada.

¿Mierda?

Ya he oído suficiente.

—Buenas noches. —Me cuadro como buen poli que soy y las chicas... las chicas intentan esconder lo que tienen en las manos llevándolas hacia atrás.

—Joder, Paz, que me he cagado la espalda.

Esa es la hermana de mi mejor amigo. La joven jodidamente preciosa que me tiene loco.

—En mi coche no te subes. El poli —me señala—, el poli te lleva. Seguro que está acostumbrado a los malos olores —bromea—. Ya me entiendes —me susurra como si de una confidencia se tratase.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —Mi voz suena más dura de lo que pretendía.

—Nada —responden al unísono.

Alzo una ceja; dudo que se percaten de mi gesto y de la sonrisilla que pugna por escaparse de mis labios.

Están como auténticos cencerros.

—Me ha llamado mi abuelo porque pensaba que le estaban robando el ganado —les cuento.

—Ya sabemos que eres un policía de lo más resultón —sentencia Paz.

—Resuelto, Paz quiere decir «resuelto» —la corrige Becca.

Paz farfulla algo que no logro entender y acorto la distancia. Becca le da una pequeña patada y la mancha de... de barro, rezo para que sea barro.

—Tal vez podáis explicarme lo que sucede y así nos reímos todos.

—Cuando te pones serio, me acojonas —comenta Paz.

—A mí, acojonarme, no —suelta Becca.

Sonrío condescendiente.

—Calla, cochina —apunta su amiga.

—Sigo aquí. Esperando la explicación —intervengo en tono serio, por si acaso se dispersan de nuevo.

—Vale, a ver... Necesitábamos obtener una cosa; una cosa que tenemos en esta caja. —La señala.

—¿Qué hay ahí dentro? —No sé si quiero saberlo, de veras os lo digo.

—Mierda —anuncia Paz y otra arcada le sobreviene, grande.

—¿Mierda? —Joder.

—Sí, es que... Queremos hacer un análisis de las cosas que contiene el excremento de vaca.

Paz gira la cabeza y observa a su amiga, que ha sido la emisora de esas palabras... con el gorro, la pinza, los guantes y las bolsas de basura puestos...

Cuando le explique esto a Samuel, se va a descojonar de la risa.

—Ella quiere hacer ese análisis.

—Soy así de especial —se defiende.

Eso sin lugar a duda...

—¿Y no era más sencillo esperar y contárselo a mi abuelo por la mañana? Seguro que te habría dado dos cajas... —Señalo la suya—. Y no hubieses necesitado el cucharón.

—Si es que... Me corriges con rapidez, pero luego no piensas bien las cosas —la acusa su amiga.

—No habría tenido la misma gracia. —Alza los hombros y... ¡Dios!, me tiene loco.

—No pienso preguntar nada más acerca de la recogida de excrementos —zanjo el asunto.

—Haces bien —secunda Becca—, yo en tu lugar tampoco lo haría.

Suspiro, ¿qué voy a hacer con estas chicas? No paran de meterse en líos. Cuando no soy yo el que las encuentra haciendo de las suyas, es Nando.

—Podéis iros. Hablaré con mi abuelo para que sepa que no había ningún ladrón. Ni siquiera le comentaré que os he encontrado aquí porque entonces me haría preguntas que prefiero no tener que responder y ni siquiera quiero saber.

—Entonces... ¿no nos meterás en la cárcel? —pregunta Paz.

—A mí puedes meterme si quieres. Es más, a mí puedes meterme

lo que quieras.

—Déjalo ya —le pide Paz y le da un empujón con la caja. Becca abre mucho los ojos y las arcadas las tiene ella.

—Joder, deberías recomendarle a tu abuelo, lo comento como consejo personal, que le cambie la dieta a estos animales, porque no es normal este pestazo. Yo diría que están a punto de cascarla. Desde el cariño te lo digo.

—Y ella, cariño, te tiene muchísimo —apunta Paz pasando por mi lado y mostrándome la caja.

—No haré preguntas al respecto.

Becca me guiña un ojo con descaro y me saca la lengua de forma lasciva.

Si Samuel se enterase de lo mucho que me gusta su hermana, es probable que me hiciera picadillo y que, mañana, los cerdos de mi abuelo me tuvieran en su menú a la hora de la cena.

Capítulo 3

Tú te lo has buscado

Becca

La vida funciona de la siguiente manera...

Naces, creces, te crecen las deudas, aumentan los problemas, conoces a personas, te das cuenta de que muchas de esas personas lo único que hacen es decepcionarte y decides que la venganza es la mejor solución a todos tus problemas. Porque la comunicación está sobrevalorada.

—Alina, ahora no te rajes. No me he cagado toda para que ahora vayas de digna o tu conciencia haga acto de presencia. Es una caja.

No es que Paz se haya echado atrás ni mucho menos; me ha ofrecido a Hannibal y cortésmente lo he rechazado. El caso es que mi amiga ha tenido que sacar a pasear a *Fufi*, porque decirle que no a Sonsoles es cosa mala, así que me he traído a Alina porque esto será como un bálsamo para su maltrecho corazón, aunque en este momento crea que es una auténtica locura.

Ya cambiará de opinión... espero.

—Es una caja llena de mierda y quieres que la dejemos en la puerta de Héctor.

Por supuesto. Por suerte, alquilaron una casa adosada, con entrada independiente.

—Héctor, el chico que te puso los cuernos con África, una de tus mejores amigas y la que iba a ser tu dama de honor... que gemía y todo mientras le daba fuerte y flojo.

Alina suspira, la tengo en el bote. Soy única dando argumentos.

—Me has convencido, joder.

Mis dotes de persuasión son la hostia, lástima que no me funcionen con Noel.

—Espera, espera, falta esto. —Extraigo del bolsillo de mi

chaqueta un palillo en el que he pegado un trozo de cartulina con el siguiente texto: «Entrega urgente»—. Haz los honores.

Mi amiga, con toda la convicción que le cabe en su metro cincuenta, pincha el cartel y sostiene la caja estirando los brazos, alejándola al máximo de ella.

—En cuanto la dejemos, tenemos que buscar un sitio donde agazaparnos y aguardar, para ser testigos de su reacción cuando la abra.

—¿Estás chalada o qué?

Bueno, sí, un poco solo.

—Tenemos que disfrutar de su cara cuando lo vea, será lo mejor de todo. Y da gracias a que no le prenda fuego a la caja en la puerta de su casa. Se rumorea que las cacas ardientes son un arma de destrucción masiva.

—No pienso comentar nada al respecto. Haré como que no te he oído.

—Vale, pero esperemos para presenciar su reacción y la grabaré con el móvil. La veremos mientras cenamos pizza de *pepperoni*.

—Prefiero que nos demos el piro para que no se percate de que hemos sido nosotras... pero me apunto a la pizza.

La pizza es uno de los bienes más preciados para cualquier persona con buen gusto. Viviría a base de ella si pudiese.

—Me da igual que sepa que hemos sido nosotras... y en todo caso lo deducirá. Se lo merece... y, espérate, que África también recibirá lo suyo.

—Ella no tiene la culpa. —Que la defienda tiene delito.

—En gran parte, es culpa de él, pero... hija mía, ella era tu amiga, no sé si me sigues.

Alina traga saliva. Me sigue.

—Te sigo. —Ahí lo tenéis.

—Venga, escóndete allí. Yo tocaré al timbre, porque tú llevas tacones y yo soy una vagabunda del siglo XXI, y luego me uniré contigo y esperaremos. —Le tiendo la mano, ella me entrega la caja—. Dame también tu teléfono, tiene mejor resolución que el mío.

Porque ella tiene un puesto de trabajo en una empresa de marketing, con una oficina con vistas, y yo tengo un puesto de marketing a pie de calle. Ya lo entenderéis y me daréis la razón. Y probablemente también os dé un poco de pena.

Al final, claudica y me lo entrega. Me lo guardo en el bolsillo trasero de los vaqueros. Dejo la caja en el felpudo de la entrada y sonrío cuando veo que en él pone «Bienvenido».

¡Ja! Bienvenida la mierda que te vas a comer, chato.

Cuando compruebo que mi amiga está bien escondida, toco al timbre.

Corro como una desquiciada perseguida por un alienígena y me sitúo a su lado.

Noto el subidón en el cuerpo, la adrenalina de la venganza, y mi amiga contiene la respiración.

—No es buena idea.

Las dudas no nos van a fastidiar el momento.

—Es la mejor idea que hemos tenido nunca. Se merece un castigo, además del divino, por dejar a una chica como tú.

Alina me sonríe.

—Eres una buena amiga.

—Por supuesto que soy una buena amiga, la mejor que hay. Es más, deberíamos ver esto como una oportunidad; ya sabes, una puerta se cierra y se abre, no sé, un abanico de posibilidades.

Y mi hermano, él también debería tomar cartas en el asunto porque... porque está hasta las trancas por Alina desde que la conoció. Pobrecito mío, para que digan que el amor es guay. Claro, lo es cuando todo va rodado; cuando sufres, no se tiene en tan alta estima.

Me callo antes de continuar con mi discurso motivacional porque la puerta se abre y aparece el careto de Putéctor.

Muevo las manos nerviosa, aguardando el instante en el que se percate de la sorpresa. Lo veo inspirar y fruncir el ceño.

—Inmortalicemos la escena, joder.

Saco el aparatejo, llevo el dedo de mi amiga a la huella de la pantalla, lo desbloqueo y me pongo a grabar en un periquete.

Lo registro todo. Su cara de asombro; su expresión de asco cuando abre la caja; la arcada cuando se percata de lo que es; cómo la suelta, esta cae y le caga todos los zapatos y cómo los sacude salpicándolo todo a su paso.

Esta es la puñetera mejor venganza que se me ha ocurrido jamás.

Alina comienza a reírse, con tanta fuerza que Putéctor alza la vista y se queda perplejo al verla escondida.

—Que te den, imbécil, has perdido a la mujer de tu vida. —Esa

soy yo, claro.

Teléfono en mano, me levanto y le hago una peineta que flipas. Si es que hay peinetas que flipas, vamos, la mía sería la reina de ellas, por supuesto.

—Alina...

—¡Ni la nombres! —le grito.

Dejo de grabar, bajo el teléfono, cojo a mi amiga de la mano y, al girarme, me topo con algo duro; duro, con camisa azul, que huele bien, alto y fornido. Me desinflo poco a poco cuando mis ojos y los de Noel conectan.

Carraspea.

Yo, claro, tiro de sonrisa de niña buena y él me sonríe de la misma forma inocente, lo que pasa es que el efecto que provoca en mí es bastante diferente al que yo produzco en él. A mí se me mojan las bragas y a él le pican los dedos por multarme, denunciarme o encerrarme en el calabozo.

—¿Alguna de las dos me explica qué pasa aquí?

—Alina, cuéntaselo tú, que es tu hermano.

No es que la vea del todo convencida.

—Ha sido idea de Becca.

Ea, no tenía que haberla dejado hablar.

—Qué fuerte estás, ¿no?

Noel alza una ceja. Fuerte y sexy, una combinación devastadora para una pobre mujer pillada como yo.

Él, por supuesto, no responde a mis provocaciones. Tampoco surten efecto el cambio de tema. Vamos por mal camino.

Y Héctor considera que acercarse en ese preciso momento es una de las mejores decisiones que ha tomado en su vida.

—Noel, menos mal que estás aquí.

Un lobo con piel de cordero; esos son los peores, chicas, los puto peores.

—No vengas a meter mierda —susurro.

Noel baja la vista, mierda que le cubre los zapatos a Héctor. Alina se descojona y, de verdad, puede que me multen o que acabe presa o en un psiquiátrico; sin embargo, haber logrado que mi amiga se ría así es lo mejor que podía pasarme.

—Siempre has sido una ridícula. —¿Cómo? Que lo hostio. Así se me salga el pezón derecho, lo hostio—. No entiendo cómo mi Alina

puede tener una amiga como tú.

La has cagado, chato.

—¿Y también era *tu* Alina mientras te estabas follando a África? ¿Antes y después? Por curiosidad lo pregunto, solo.

—¡¿Qué?! —exclama Noel.

Sonrío maliciosa, sé de una que se está librando de cualquier castigo. Aunque si su castigo pasara por atarme a la cama y desnudarme, ni tan mal...

—¿No se lo has contado? —Lo señalo. Alina niega con la cabeza. Héctor palidece. Paz debería estar aquí presente para burlarse conmigo o añadir alguna frase—. Estos dos ya no van a casarse. Aquí, el menda, se tiró a África en su cama y tu hermana los pilló... hace dos noches.

El que palidece ahora es Noel, que fija los ojos en su hermana y luego en el que iba a ser su cuñado.

Eres carnaza para buitre, majo, porque, con lo fuerte que está mi futuro marido, la tunda que te va a dar no dejará nada de ti.

Capítulo 4

Me piro, vampiro

Becca

He decidido hacerle caso a esa pequeña vocecilla que me ha susurrado que tenía que dejar a mi amiga y a mi futuro marido a solas para que hablasen de sus cosas. Y con «cosas» me refiero a la reciente ruptura de esta última.

Tras la pequeña venganza cometida y de la que he salido indemne —gracias, Señor, por apiadarte de mí y entender mis buenas intenciones—, regreso a casa dando un paseo. Un paseo porque tampoco tengo coche, así que, lo miréis por donde lo miréis, no me queda más remedio que hacerlo a pie.

Cuando me meto en el portal y comienzo a subir las escaleras hasta mi piso, la puerta de Sonsoles se abre y me sonríe con amplitud cuando me ve.

—Ya me he enterado de lo que ha pasado, Paz me lo ha contado todo. Tendrías que haberme esperado, a mí eso de recoger mierdas para hacer putadas se me da de lujo.

Y, sí, es hora de que conozcáis a Sonsoles, la abuela de Paz. Si queréis hacer un estudio sobre la locura y la carga genética de esta, solo tenéis que fijaros en el ejemplo que tengo frente a mí y su nieta.

—Ha sido magistral, te lo juro, una cosa increíble. —Hago aspavientos con las manos y todo de lo emocionada que estoy—. Tendrías que haberle visto la cara a Héctor cuando ha abierto la caja y se ha encontrado con el truño inmenso de una vaca dentro. Aunque, francamente, no sé si se ha dado cuenta de que era de una vaca, pero en todo caso esta no se la ha visto venir.

Sonsoles se parte de la risa y me contagia.

—Pasa, venga, y me pones al día de lo que ha sucedido. ¿Y Alina? ¿Cómo está?

Niego con la cabeza y frunzo el ceño.

—Fatal, imagínatelo. Se iba a casar en un par de meses; tenía el vestido, las invitaciones, el restaurante, todo organizado y medio pagado...

Sonsoles chasquea la lengua y abre del todo la puerta para permitirme el paso.

Total, que entro sin dudar porque a nadie le amarga un chocolatito caliente antes de tener que ir a trabajar y porque Sonsoles es como mi abuela, aunque no lo sea.

De mayor quiero ser como ella. Es valiente, decidida y terca como una mula; directa, no tiene pelos en la lengua, y es tan pérfida como su nieta o como yo.

—No entiendo cómo pudo hacerle eso. Si mi Demetrio estuviese aquí, lo colgaría de los pulgares. Ese chico es un inconsciente, por dejar perder a una chica como Alina. Aunque...

Alzo una ceja.

—¿Aunque?

Recorta la distancia arrastrando esas zapatillas de andar por casa que están forradas con pelo de oveja sintético —espero que sea sintético porque Pancho acabaría con ella si se enterase de que un animalillo ha sufrido para que ella pueda usar eso.

—Gracias a eso, tu hermano tiene una oportunidad con Alina.

Sí, majas, que todas sabemos que él está coladito por mi amiga menos la susodicha.

—Ya ves... Si lo hubieses visto ayer, tan mono consolándola y dándole apoyo y cariño —rememoro ese instante para Sonsoles—, tan atento... Si hasta le olía el pelo —le explico.

A ella le encantan estas cosas; le dan vida, como dice ella. Allá donde haya un cotilleo, está mi abuela postiza.

La puerta del apartamento se abre y entra Paz con *Fufi*. Cuando me ve, alza las orejas y cierra la boca. *Fufi*, no Paz.

Este perro me odia, de veras, me odia cantidad; no entiendo el motivo porque no le he hecho nada, pero, ea, que no me puede ver ni en pintura.

—Yo ya me iba. —No estoy segura de si las explicaciones se las estoy dando al perro o a la dueña de este.

—¿No quieres tomarte un chocolate?

—Se me ha quitado el apetito.

Paz me saca la lengua porque sabe el cague que le tengo al chucho. Le doy un beso a Sonsoles y evito pasar al lado del rottweiler.

En serio, en esta familia hay grandes problemas para elegir los nombres porque, que un perro del tamaño de un camión se llame como un gusanito, no lo veo yo.

—Ahora subo —me indica Paz.

—Suerte con la audición. Es hoy, ¿verdad? —le pregunto a mi vecina.

Sonsoles asiente y aplaude.

—Esta noche te cuento.

Asiento de nuevo y abandono el piso, subo una planta y entro en mi apartamento.

Me tiro en el sofá y me recreo mentalmente en el encuentro de anoche con Noel, en lo guapo que está vestido de poli y en lo mucho que me gusta desde... ¿hace mil años?

Creo que mi hermano y yo tenemos el mismo problema. Él se volvió loco por Alina desde que fue consciente de lo que era el amor y yo... pues tres cuartos de lo mismo.

Imaginaos, el mejor amigo de tu hermano, que encima está cañón, que te gusta, te pone, se pasea por tu casa como si de la suya se tratase... Es imposible no fijarse en él.

Pensé que con el paso del tiempo se me pasaría, que no era más que un capricho pasajero. Pues ese maldito capricho está durando muchos años.

He perdido la cuenta de cuántos.

Años en los que me sacude el pelo como si fuese una renacuaja, en los que se mete conmigo buscando rimas que sean graciosas —para él— con mi nombre y en los que no me ve más que como la hermana menor de su mejor amigo.

Triste pero cierto. Esa es mi vida.

La puerta se abre y entra Samuel, quien, para variar, tira las llaves sobre el cristal del mueble del recibidor.

—Juro que, como no uses la cesta, cambiaré la cerradura y no te dejaré entrar nunca más.

Su respuesta pasa por alzar los hombros y demostrarme que se la suda todo mucho.

—Me ha llamado Noel.

Ufff, Noel. Tiene nombre de pecado capital.

—¿Y qué te ha dicho? —¿Se ha enamorado de mí? O, mejor aún, ¿se ha dado cuenta ya de que lleva toda la vida enamorado de mí?

—Me ha contado lo que le has hecho a Héctor y que, de rebote, se ha enterado de lo que había pasado y de que Alina no va a casarse con él.

—Es raro, ¿no? —pregunto.

—¿El qué? Porque, tratándose de ti, cualquier cosa es rara.

Bufo. Sam sonríe.

—Que Alina no se lo hubiese explicado. Pensaba que lo habría hablado con sus padres y con él...

Me incorporo y apoyo mis codos sobre las rodillas.

Mi hermano niega con la cabeza.

—Noel lleva unos días con unos turnos complicados y, además, ha estado ayudando a su abuelo en la granja. Gracias a ti tendrá menos mierda que recoger hoy.

—De nada. —Sonrío con suficiencia—. Aquí estoy para ayudarlo en lo que necesite. —Sobre todo si es de índole sexual...

Mi hermano alza una ceja y ladea la cabeza. Ya estamos, otra vez analizándome y, lo que es peor, seguro que me espera algún tipo de charla sobre la responsabilidad y esas cosas.

—Becca... ya sé que esto no es propio de mí —ay, madre, ay, madre—, pero me alegra que le hayas hecho eso a Héctor; ya sabes, lo de la...

—¿Boñiga? —Estoy a punto de aplaudir.

—Sí, eso. —Se carcajea; es una mezcla entre un oso amoroso y un gremlin—. No soporto que sufra, es... Alina es importante para mí.

El timbre suena y sé que es Paz la que está al otro lado. Y también soy consciente de que la conversación se ha terminado porque Samuel es reservado para sus cosas, y no lo culpo porque es obvio que yo tampoco se lo cuento todo.

—Ya abro yo.

Asiento.

—Oye, Sam —añado antes de que se marche—. Gracias por cuidar siempre de todas nosotras.

Mi hermano me guiña un ojo y abre justo cuando Paz se disponía a tocar de nuevo.

—Cuéntamelo todo y, cuando digo «todo», me refiero a que no quiero que te guardes ni el más mínimo detalle. —Mi amiga entra

como un vendaval y pasa por delante de mi hermano como si no hubiese reparado en su presencia—. Ah, hola, Samuel. Cada día estás más guapo —dice al darse cuenta de que está ahí plantado.

Él se sonroja, le devuelve el saludo y me guiña un ojo.

—Tengo un vídeo.

—¡Esa es mi chica! Joder, sabía que podía confiar en ti.

Lo vemos en bucle, hasta que nos duele la barriga de tanto reírnos.

Capítulo 5

Y yo sin saber nada

Noel

Estoy mosqueado, ¿vale? Entendedme, me acabo de enterar —y por una trastada de Becca— de que el imbécil de Héctor se ha tirado a otra en la casa que compartía con mi hermana, en la cama en la que ambos dormían juntos y a solo un par de meses de que se celebrase su boda. Y, para colmo, no era una tía cualquiera, era su gran amiga...

—Alina, ¿por qué no me habías contado nada de esto?

Mi hermana se hace pequeña por momentos y de inmediato sé que he utilizado un tono erróneo para dirigirme a ella. No pretendía sonar brusco y mucho menos cuando debe de sentirse fatal.

—Estabas trabajando y... bueno... no sé.

—¿Mamá y papá lo saben? —Ella asiente. Eso, al menos, me tranquiliza—. ¿Y el abuelo? —Niega con la cabeza.

—No, no quiero darle disgustos.

Qué disgusto ni qué ocho cuartos.

—Nuestro abuelo va a ponerse muy contento cuando se entere.

Alina alza la comisura de sus labios.

—Siempre ha odiado a Héctor.

Le confirmo sus palabras asintiendo en silencio.

—Anda, vamos a tomarnos un café, invito yo —le propongo después— y así me pones al día de todo lo que ha ocurrido.

Mi familia lo es todo para mí, ¿vale? Mi familia, mis amigos y las personas que me importan. Soy un tipo familiar, un chico sin grandes pretensiones en la vida, de esos que son felices con poco. No es que sea conformista, porque no creo que sea eso exactamente, sino que... considero que la felicidad no pasa por llenarse de cosas materiales, como coches caros o una casa que no puedes permitirte y que te llena de deudas por querer aparentar ser algo que no eres. Para mí, la

felicidad es mucho más sencilla. Consiste en rodearte de las personas que te quieren, saber que están bien, dichosas y en paz; disfrutar de su compañía y de los momentos que nos brindan... y, eso, eso lo he aprendido de mi abuelo, de sus lecciones vitales y de las historias que me cuenta.

Decido tomarme un descanso en el trabajo y caminamos hacia el bar en el que Nando, Samuel y yo nos reunimos cada semana para tomarnos unas cervezas, jugar un par de partidas de billar o ver partidos de fútbol.

Sí, somos de esos.

Abro la puerta y mi hermana entra primero.

José nos saluda desde la barra, a mi hermana con un guiño y a mí con una leve inclinación de cabeza; al menos no grita alguna obscenidad como otras tantas veces. Porque José es un picaflor.

Tomamos asiento y le tiendo la carta a Alina.

—Con un café con leche voy más que servida —dice.

—Ya vuelvo.

Me acerco a la barra y entonces José me saluda de esa forma en la que lo hace siempre.

—Tío, ya sé que estás de turno y que debería esperar para contarte lo que he estado pensando... pero voy a seguir tu consejo. —A saber qué consejo es, porque le doy infinidad de ellos y jamás me hace maldito caso—. Voy a invitar a salir a la hermana de Samuel.

Ese, desde luego, no es un consejo que yo le haya dado.

—¿Qué? ¿Por qué?

«Contrólate, Noel.»

—¿Recuerdas que te comenté que me gustaba una chavala...? Pues es Becca.

Pongo los ojos en blanco y me entran ganas de esposarlo y meterlo en el calabozo. Obviamente, no puedo hacerlo.

—Samuel te matará. Ya sabes cómo es con su hermana. —Intento persuadirlo, por si no lo notáis.

—Me da igual. Becca es mayorcita para decidir con quién se acuesta y con quién no.

Trago el nudo que se me forma en la garganta. Vale, que sí, que podéis reíros lo que os dé la real gana porque es un poco culpa mía. Tendría que haberle contado a Samuel que su hermana me gusta desde, no sé, desde hace mucho tiempo; haberme arriesgado, haberle

propuesto a ella una cita y, si me hubiera dado calabazas, al menos lo habría intentado.

¿Qué hice?

Comportarme como un mendrugo, callarme, babear por ella en silencio, simular que es como una hermana y esperar a que en algún momento se fije en mí y decida, no sé, tal vez lanzarse y ser ella mucho más valiente que yo.

Para ser poli, soy un tanto cobarde.

—Suerte con eso. —Un imbécil, eso es lo que soy—. Solo queremos dos cafés con leche.

—Esta noche. Esta noche voy a decírselo.

Frunzo los labios.

—Suerte con eso —repito. Supongo que soltarle que es un gilipollas no es buena idea, ¿no? ¿Y que mantenga sus ojos y sus manos apartados de mi chica?

Mi chica... Sí, ya, claro.

No es solo que Becca sea la hermana de mi amigo, es que... bueno, es que nos hemos criado juntos. Es decir, llevamos toda la vida viviendo en este barrio, hemos pasado vacaciones juntos porque Samuel y Becca forman parte de nuestra familia. La he visto crecer, madurar. Mi hermana y ella se han vuelto inseparables y...

Al principio pensaba que eso que sentía era solo fruto de la amistad, y lo creí fervientemente durante meses. El roce hace el cariño, ¿no? Ahí lo tenéis, es lo que me repetía.

«No es que sientas algo por ella, es que la quieres como a una hermana.»

Hasta que me di cuenta de que no era eso; que sí, que la quería un montón, que estaba dispuesto a protegerla siempre; que me gustaba pasar tiempo con ella y que era una chica increíble... a pesar de su locura y de no importarle mostrarse tal como es.

En todo caso, decidí que lo mejor era no dar rienda suelta a nada de eso y seguir siendo amigos.

Me ha salido como el culo, porque nada de eso ha funcionado. Ni me he olvidado de ella ni quiero hacerlo.

—¿Me estás escuchando? —Alina mueve ambas manos frente a mí y dejo mis cavilaciones y a Becca a un lado.

—Estaba pensando.

—¿Y tiene algo que ver con eso que acaba de soltarte José?

Me giro, ¿acaso nos ha oído?

—No sé de qué me hablas. —Mi hermana suspira, tonta no es—. Si te gusta Becca, deberías decírselo.

Ya, claro, como si fuese tan sencillo.

—No me gusta Becca. —Tal vez algún día llegue a creerme mis propias mentiras.

Alina me regala un mohín.

—Vale, lo he pillado. No quieres hablar de ese asunto, pero sí que quieres que yo te hable de los míos.

Os prometo que mi hermana es exactamente igual que mi abuelo.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto y cambio de tema—. ¿Tengo que vengarte?

Ella se ríe y me contagia. Me gusta que siga teniendo el valor de seguir adelante y no dejar que nada la hunda... y aún menos un tipo que no la valora, porque lo que ha ocurrido demuestra que no lo hacía.

—Llegas tarde para eso. Becca —me guiña un ojo y resoplo frustrado— se te ha adelantado.

Una sonrisa tira de la comisura de mis labios. De ahí el encuentro en la granja de mi abuelo antes del amanecer, la recogida de caca y su supuesta investigación.

Tendré unas palabras con ella, por supuesto. Y me encantará tenerlas.

—Lo de la bosta ha estado bien; no obstante, yo puedo ser más intenso. —Llevo mi puño derecho a la palma de mi mano izquierda y le doy golpes como si fuese la cabeza de Héctor. Ya entiendo que Samuel se ponga tan sobreprotector con Becca; joder, sí que lo entiendo.

Nuestras bebidas calientes llegan y guardamos silencio mientras José las coloca frente a nosotros.

—Después te llamo —me suelta.

—Qué pesado —farfullo cuando se ha marchado.

No, desde luego nada tiene que ver en eso el ardor de estómago que me produce el hecho de que Becca pueda aceptar la cita, para nada.

¿La dosis de ironía la habéis pillado?

Mi hermana me observa suspicaz y desvío la mirada, porque paso de ser el centro de atención y porque quien me preocupa ahora mismo

es ella.

—Lo único que ha pasado es que Héctor se estaba acostando con África, en nuestra casa y en nuestra cama —reconduce ella la conversación.

Ya lo ha mencionado Becca hace un rato, pero que salga de la boca de mi hermana me duele todavía más. Hace un esfuerzo para que no se le note el dolor, intentando disimular lo mucho que la ha herido... porque, joder, esto no puede ser fácil para ella.

Ni siquiera sé qué decirle porque eso de «Tranquila, todo saldrá bien» o «No te preocupes, que al final todo pasa» me resulta ridículo, porque, sí, puede que mañana no le duela igual, pero pensar en el mañana cuando sufres en el presente resulta bastante complicado.

—Sabes que estoy para ti, cualquier día, en cualquier momento y en la situación que sea. Si tengo que ir a buscar más caca de vaca, iré. —El brillo en los ojos de Alina me provoca ternura—. Hablo en serio —puntualizo.

—Lo sé. Y también sé que soy muy afortunada de tenerte. De teneros a todos. Héctor... Aprenderé a vivir sin él.

Le tiendo la mano.

—No, hermanita, él es quien va a tenerlo complicado para aprender a vivir sin ti.

Ella posa su mano sobre la mía y yo la resguardo haciendo una montaña con la que me quedaba libre.

—Te quiero mucho.

—Yo, desde luego, te quiero más.

Capítulo 6

Pues no era un jabalí asesino, no

Becca

Desciendo saltando escalones de dos en dos y, cuando llego a la planta de Sonsoles, veo que la puerta de Puri está entreabierta y eso me sorprende, es muy raro en ella. Es una mujer de lo más extraña. Es seca, distante y poco dada a la conversación... todo lo contrario que la abuela de Paz u otros vecinos del edificio. Es de las pocas personas con las que apenas tengo trato, y que conste en acta que lo he intentado, que he puesto de mi parte por ser muy maja.

Me acerco con cautela porque tampoco quiero meterme donde no me llaman, aunque ser entrometida es un poco divertido, para qué engañarnos. Toco con suavidad en la puerta y un gato comienza a maullar cerca.

Meto la cabeza, bajo la vista, miro el reloj. Tendré que posponer mi cena. Veréis, me huelo cómo va a terminar esto: me va a insultar por meter las narices donde nadie me llama y no volverá a dirigirme la palabra nunca, ni siquiera un saludo...

... o en la cárcel por allanamiento de morada.

—A tomar por el culo. Me arriesgaré.

Abro del todo la puerta sin ni siquiera mirar atrás y en una esquina descubro a un gato del tamaño de un jabalí. Es enorme; todo lo que tiene de alto lo tiene de gordinflón, y de inmediato me entran unas ganas enormes de achucharlo. Luego pienso en *Fufi* y en lo mucho que me odia y el daño que podrían hacerme sus garras afiladas y se me pasa.

—Eyyyy —saludo, como si el gato en cuestión me fuese a responder. Oye, y lo hace, porque maúlla—. Qué bonito eres.

Sonrío. Él, por supuesto, no lo hace; los gatos no sonríen, ¿o sí?

—¿Puri?

Capto un leve quejido desde lejos y como si alguien estuviese golpeando con algo la pared o el suelo, y me aventuro a entrar y que sea lo que Dios quiera. Tal vez me esté esperando un payaso asesino escondido tras una puerta y me apuñale o el jabalí con el que he comparado al gato y me coma.

¿Quién dijo miedo?

Camino despacio, porque no quiero morir, y de pronto me percato de que no soy tan valiente.

—¿Puri?

Otro quejido.

Los payasos asesinos no se quejan, matan. Los jabalís no hacen ese ruido; otro sí, pero ese en concreto no. No soy experta en esos animales, como veis.

Cuando entro en la habitación, me encuentro a mi vecina tirada en el suelo boca abajo, con la cabeza enterrada en una alfombra de pelos, medio desnuda y temblando.

—Mierda, mierda. Que no haya sido el payaso, por favor. Que no haya un asesino encerrado en ese armario esperando una distracción para acabar conmigo.

«Vale, cálmate, Becca. Todo está en tu cabeza.»

«Bien, tú puedes.»

«No, no puedo, joder, claro que no puedo.»

«Sí, sí puedes, hazme caso. Te disfrazas de mierdas cada semana, ¿cómo no vas a poder con esto? Puedes con todo lo que te propongas y más.»

«Vale, tienes razón, yo puedo.»

Me agacho y me quedo a la altura de Puri, casi acostada a su lado. El gato se coloca en la parte izquierda, como si quisiese ayudarme, y lo primero que pienso es que debo pedir ayuda.

Sí, esa es una idea cojonuda.

La mejor idea que he tenido después de la boñiga. Me río.

—No me estoy riendo de usted, Puri, me río por una mierda de vaca que...

Frunce el ceño. No, no es el momento para esta historia tan cómica.

Me acerco hasta la cama, veo varias mantas arremolinadas a los pies de esta, cojo una y se la echo por encima.

—Puri, no sé si puedo levantarla, no soy buena en primeros

auxilios... y ya sé que piensa que no soy buena en nada —porque, a quién quiero engañar, es probable que yo no le caiga demasiado bien, no—. Llamaré a alguien que sí sepa cómo actuar.

Cojo el teléfono y marco su número. Me tiembla un poco el cuerpo porque me gustaría llamarlo para tener sexo telefónico o para quedar y darnos el lote, pero, no, ya veis, la situación es otra bien distinta y me tendré que conformar.

—¿Becca?

—Noel, gracias a Dios y a todos los astros que contestas. Pensaba que estabas, no sé... ¿qué sueles hacer un martes a las nueve de la noche?

Espero que no sea quedar con otras porque me vengaré, de ellas y de ti, claro.

Me fijo en Puri, sigue en el mismo sitio, sin levantarse, joder. Si pudiese, ya lo habría hecho.

—¿Qué pasa? ¿Es José?

¿José?

—¿Cómo que José?

—Nada —percibo la duda en su voz—. ¿Qué pasa? —pregunta de nuevo.

—Resulta que... —Me visualizo alargando la conversación y contándole mi vida al completo; tal vez, si se percata de lo divertida y maja que soy, se enamore de mí. Voy a tener que tomar cartas en el asunto con respecto a este tema—. Tienes que venir a mi casa. Bueno, no exactamente a mi casa, a la de mi vecina, la que vive enfrente de la abuela de Paz.

—¿Puri?

—¡Sí! —grito. Qué listo es mi chico. Supongo que eso de que sea poli tiene mucho que ver en conocer los antecedentes penales de cada habitante de su zona—. Algo ha pasado: me la he encontrado tirada en el suelo y tengo miedo a moverla. Si tiene una fractura en el cuello y lo hago mal, me la cargo y será homicidio involuntario e iré a la cárcel. —Y en la cárcel no te podrás enamorar de mí.

—Estoy cerca, espera ahí. Llamaré a una ambulancia.

Y me cuelga.

Como si me fuese a ir a algún otro sitio, no te jode.

Me acerco de nuevo a Puri y me coloco a su lado, tumbada, para que me vea, porque no tengo ni idea de qué más hacer.

—¿Quiere que llame a Sonsoles? —Puri gime—. Interpretaré eso como un no.

Dudo que quiera que nadie la vea de esta guisa.

—La semana pasada tuve que vestirme de neumático. En el centro comercial abrieron una campaña sobre una marca que no recuerdo y eso que fui *top* ventas. Le contaré un secreto: leía el panfleto cada vez que alguien me preguntaba porque... porque, de todas las cosas ridículas que me he puesto, un neumático se lleva la palma. Alina en eso tiene más suerte... Por cierto, aquí entre nosotros tres —el gato también me está prestando atención—, ha dejado a su novio porque era un imbécil que se follaba a su amiga África.

—Por favor.

—Anda, ya habla.

—Siempre he hablado, solo que no lo quiero hacer contigo.

—Ohh, hiere mis sentimientos.

—¿Tienes de eso?

—Pues claro. El caso es que me tuve que vestir de neumático —pone los ojos en blanco, aunque no protesta; eso es buena señal y deduzco que quiere que siga hablando...—. Perdone —corto mi discurso de sopetón—, ¿qué ha ocurrido? Ya que habla, me lo podría contar.

—No quiero contarte nada.

¿Veis? Os he explicado que es arisca.

—Le diré que el negro no me sienta nada bien. Lo mío son los colores vivos y brillantes. El rojo, el rojo es el color del amor, ese me sienta que ni pintado; en cambio, el negro ensombrece hasta mi estado de ánimo y mi piel pierde resplandor. A lo que iba, vendí mucho y mi jefe me llamó. Yo, claro, estaba toda emocionada, así, redonda como una bola —porque, sí, fui disfrazada a su despacho—, ¿y sabe qué me dijo?

—¿Que te callases?

—Qué sentido del humor más fino tiene —ironizo—. No, no fue eso. Me contó que había ascendido a Ruymán. Imagínese mi cara.

—No, gracias.

Le acaricio la espalda, un poco por pena y otro poco por hacerla rabiar, para qué mentir.

—Me enfadé mucho, ¿sabe? Porque te dejas los cuernos trabajando, te pones toda esa mierda encima y, si tuviese algo de

sentido del ridículo, lo pasaría realmente mal.

—Seguro que sí.

—Oiga, que yo tengo mi corazoncito. Como usted, seguro que usted también.

Puri cierra los ojos y tal vez me esté equivocando; no obstante, creo que lo hace para que piense que se ha dormido.

—Hubiese preferido que me comiese *Dinamita*.

—*¿Dinamita?* —Abro más los ojos, asombrada.

—El gato, se llama *Dinamita*.

No me contengo y suelto una fuerte risotada.

—Sin lugar a duda, no esperaba menos de usted.

—¿Qué quieres decir? —replica abriendo los ojos de nuevo.

Cierro el pico y dejo de reírme. Tengo que empezar a filtrar las cosas que largo antes de soltarlas porque luego pasa lo que pasa y acabo como acabo.

—Nada, que es un nombre bastante explosivo.

Muevo los dedos frente a ella. Si ha pillado el chiste no le hace maldita gracia.

En ese momento entra Noel seguido de dos sanitarios. Me miran, tumbada junto a mi vecina, y Noel se acerca para ayudarme a levantar. Qué bueno es.

—Tienes que apartarte para que puedan hacer su trabajo. —Señala a los chicos que están a su lado.

Y yo pensando que se preocupaba por mí.

—Puri, estaré aquí mismo, con *Dinamita*. Vamos, *Michi* —le pido al gato, que, por supuesto, es menos arisco que su dueña. No hay más que ver cómo me hace caso.

Ella no me contesta y salgo al salón. Su apartamento es como el mío, solo que tiene más figuritas de porcelana y no hay ni una sola foto colgada en ninguna de las paredes. Parece que le gusta tejer porque hay manteles hechos de croché por todas partes, cojines y alguna que otra colcha.

Me quedo en el sofá, junto a *Dinamita*. No me voy a ir hasta que sepa que Puri está fuera de peligro.

Capítulo 7

¿Qué me estás contando?

Becca

Noel es el primero en salir del dormitorio. Se acerca con cautela y me pongo en guardia.

—Se ha caído. Se ha hecho un esguince en el tobillo y tiene un moratón enorme en el muslo derecho. Están inmovilizándola. La van a trasladar al hospital para hacerle un par de radiografías y descartar roturas.

Respiro tranquila.

—No podía levantarse.

—Y menos mal que no lo ha hecho porque podría haberse vuelto a caer y habría sido peor.

Dinamita se restriega contra mi cuerpo cuando se da cuenta de que mi atención la he puesto toda en Noel.

Eres un gato precioso, pero no tienes nada que hacer contra el poli. Te gana por goleada. Tú eres rubio; Noel, moreno. Los morenos me tienen ganada. No, mentira, Noel me tiene ganada.

—Gracias por quedarte con ella.

—¿Y la familia? —pregunto.

Noel niega con la cabeza.

—Me ha explicado que no tiene a nadie a quien llamar.

Esa respuesta me parte el corazón en dos.

Trago con fuerza. Me incorporo cuando la sacan en una camilla dispuestos a llevársela y me percato de que, en ese instante, parece más vulnerable que nunca.

Puri siempre ha sido una mujer huraña, de esas que marcan distancia con los demás, y no puedo dejar de pensar que, en realidad, no conocemos a las personas y no sabemos lo que les ha pasado en la vida o cómo se sienten.

Me acerco hasta ella y cierra los ojos.

—Sé que sabes que estoy aquí. —Decido conscientemente pasar a tutearla. Lo que me ha dicho Noel me lleva a querer ser más cercana, para que sepa que puede contar conmigo... aunque no me cabe duda de que va a ser un hueso duro de roer.

—Quisiera no saberlo.

Le doy un suave golpe en el hombro.

—Eso te has creído. —Sonrío, ella no—. Cuidaré de *Dinamita* hasta que vuelvas.

Abre los ojos y... asiente. Eso es, sin lugar a duda, un gran paso para Puri y un tanto para la menda, claro.

Cojo en brazos al gato aun a riesgo de que me lesione la columna vertebral, porque, joder, ¿qué le da de comer a este animal? Lechuga seguro que no. Salgo de la casa con él a cuestas.

—¿Sabes cuándo volverá?

Noel sigue con la vista fija en los sanitarios y en Puri.

—Puede que tarde toda la noche, dependiendo del volumen de urgencias que tengan. Ha sido un gesto muy bonito por tu parte ofrecerte a cuidar del gato... y haberte quedado con ella. —Me sonríe. Si lograse que me sonriese de esa forma cada día, adoptaría una jauría de lobos si hiciese falta... o una jauría de *Fufis*.

—Bah, no ha sido nada —le resto importancia.

—¿A dónde ibas? —inquiere.

Uhhh, si me lo pregunta, eso significa que quiere saberlo y, si quiere saberlo, es porque le intereso y, si le intereso, es porque le gusto y, si le gusto, es porque se quiere casar conmigo solo que aún no ha decidido la fecha.

Sí, exacto, es justo eso.

—Iba al bar de José. No tengo cena, quería pillarme un bocata de algo.

Noel asiente.

—Puedo ir yo a por algo de cena.

O puedes cenarme a mí y yo a ti.

—Vale. Yo me quedaré con *Michi*. En realidad se llama *Dinamita*, solo que *Michi* me gusta más.

Noel sonríe. Lo he vuelto a conseguir. No es que le haya contado un chiste, es que le he resultado graciosa.

Puedo repetiros todo eso de que, si me sonríe, es porque le gusto

y, si le gusto... Mejor no, ya ha quedado claro todo, sí.

Subo de nuevo a mi apartamento y entro. Dejo al gato en el suelo y, aunque parece dudar durante unos instantes, termina por dar unos cuantos pasos y analizar el espacio en cuestión.

—Eso es, como si estuvieses en tu casa, salvo que en tu casa te dediques a morder muebles y a colgarte de las cortinas; entonces, como si no estuvieses en tu casa.

Ni me mira, pasa de mí, se acerca al sofá, lo olfatea y se sube en él de un salto.

Cojo el teléfono y mando un audio de lo que parecen veinticinco minutos a mis amigas en el que les cuento que tengo una cita con Noel.

Pensadlo bien, tiene lógica. Va a venir a casa y ha ido a por algo de cenar para los dos; eso, lo miréis por donde lo miréis, es una cita.

Alina es la primera en contestarme y me da que ha puesto el audio en «x2», porque que responda tan rápido, normal, lo que se dice normal, no es.

Solo me felicita por portarme tan bien. Paz ni siquiera lo ha oído. A saber dónde está esta mujer. Es rara de cojones; a veces desaparece, como si la hubiesen secuestrado. A mí me da que tiene un abono en un club *swinger* y hace intercambios de pareja... solo que ella va sin pareja y la obligan a dejar el teléfono en la entrada y a firmar un contrato de confidencialidad.

Si llegado el momento tengo que promocionar un lugar de ese estilo, no quiero pensar cómo me harán vestirme. En el disfraz, habrá una chorra colgante casi que con total seguridad.

Observo a *Dinamita* acurrucado en el sofá y me planteo dos opciones.

La primera es arreglarme mucho, realzar mis cualidades —llámese pechotes— y soltarme el pelo. Se supone que eso de la melena al aire es tremendamente sexy.

La segunda opción es saltarme todo eso y esperarlo con un albornoz y sin nada debajo.

A ver, chicas, que llevo toda la vida pillada por ese hombre, he fantaseado muchas veces con él. Imaginaos el subidón que tengo en este instante solo de pensar que esta va a ser nuestra primera cita... de muchas que vendrán luego, claro.

Ni una ni otra opción son viables porque el timbre de casa suena.

El gato se incorpora, se sienta y comienza a lamerse una pata, y yo me muero de los nervios.

Me huelo la sobaca por si acaso resulta que una cosa lleva a la otra y termina poniéndome fina filipina.

«No flipes tanto, Becca.»

«Calla y déjame soñar.»

Me contoneo mientras me acerco —como si fuese a verme a través de la madera, no te jode— y abro sonriendo.

Menos mal que Murphy me quiere y al otro lado no está mi hermano o alguna de mis amigas, solo él. El gamberro de mis sueños. El poli malo. El chico por el que me dejaría meter de todo, hasta miedo.

—Hola —susurro lasciva.

Me observa y me aparta como si fuese un saco de patatas.

Joder, eso ha dolido.

Tendría que haberme cambiado o, mejor, haberme desnudado, puesto una toalla y fingido que acababa de salir de la ducha.

—Perdona, pero esto pesa.

Caigo en la cuenta de que carga algo en las manos. Dos bolsas.

—Pues sí que has traído comida.

—He pensado que, mejor que unos bocatas del bar de José —noto cierto retintín y no entiendo el motivo—, prepararé algo. He ido al supermercado a por provisiones.

¿Lo oís? Es mi corazón. Late acelerado porque, sí, es una puta cita con sus cuatro letras en negrita y en cursiva.

Que no es un triste bocata, majas, que me va a hacer algo. Hacer algo de comer. De lo otro, rezo para que también.

Lo dejo hacer porque no hay nada que me guste más que tenerlo en mi casa. Bueno, mentira, preferiría tenerlo en mi casa desnudo o que le pusieran el disfraz del club *swinger* a él; me encantaría ver cómo le sienta la chorra.

—¿Por qué sonríes? —me pregunta.

Uhhh, se fija en mí. Lo tengo en el bote y, si no es así, ya me encargaré yo de ello.

—Estaba recordando la cara de Héctor cuando abrió la caja, su paquete sorpresa. Que, oye, ya que estamos, gracias por no denunciarme. —Le sonrío abiertamente, tanto que creo que puede ver mis molares. Todos mis molares.

—Estuvo bien. Tengo que agradecerte que te preocupes tanto por mi hermana.

Es mi amiga y futura cuñada, la quiero por encima de todas las cosas.

—Bien, sorpréndeme, Noel —le pido.

Me sonríe. Mi corazón se dispara. Nuestra primera cita, chicas; estoy nerviosa que te cagas.

Capítulo 8

La cosa marcha según lo previsto

Becca

—¡Los mejores macarrones con tomate que he probado en mi vida! Y usted dirá que unos macarrones con tomate no tienen ciencia ninguna, pero, ojo, que sí que la tienen porque la pasta estaba en su punto, la albahaca le dio un toque de calidad y me pareció que estábamos en un restaurante de cinco estrellas en vez de en mi piso, con un gato que ni siquiera es mío, acompañada del hombre de mi vida. Si eso no es un gran paso en nuestra relación, no sé qué puede serlo.

El señor en cuestión me mira alzando una ceja de forma petulante.

—Yo solo quiero saber en qué consiste la oferta de los perritos calientes, señorita.

—Becca, me llamo Becca —le cuento, porque este tipo de información hace que empaticemos con la otra persona y, después de lo mucho que me he desahogado con él, se lo merece, ya que mis amigas han decidido dejarme de lado; no entiendo qué puede haber mejor que escuchar mi audio de quince minutos, la verdad.

—Eso tampoco quiero saberlo, señorita.

Pongo los ojos en blanco. Es un hueso duro de roer. Sonrío al ver a Sonsoles acercarse a mí, y sin *Fufi*, porque ella seguro que valora mi charla por encima de todas las cosas y no este señor que ni siquiera sé cómo se llama.

—Lea el panfleto. —Se lo tiendo, aunque reconozco que las formas no son las más adecuadas. Me ha hecho enfadar... yo ahí, abriéndome a él, y su respuesta es de todo menos empática.

Refunfuña mientras lo dejo atrás y me llama mala comercial. Claro, ¡no te fastidia! Una mala comercial no iría vestida de esta manera, ni siquiera una comercial de poca monta. Solo las que

tenemos suficiente aplomo y seguridad en nosotras mismas conseguimos llevar un traje así con la cabeza bien alta.

—¡Sonsoles! —grito desde lejos batiendo mis manos. Manos que, por cierto, son dos patatas fritas.

Ella se acerca hasta mí con esa sonrisa que tanto me gusta. Le salen unas arrugas tan monas que solo dan ganas de achucharla o regalarle una crema con efecto *lifting*.

—Madre mía, Becca, de lo que me acabo de enterar. —Vaya, llega con chismes, cosa buena donde las haya—. Han traído a Puri a casa. Anoche pasó algo en su piso. Le he preguntado, pero me ha girado la cara. Esa mujer tiene más mala leche que mi *Fufito*.

Un escalofrío me sacude al nombrar a su rottweiler.

—¿Quieres un perrito caliente? —pregunto—. No, quieres un perrito caliente —afirmo.

Tiro de su mano con mi patata frita y saco una silla para que tome asiento en la cafetería.

—Mari Carmen, que me cojo mis veinte minutos de descanso.

—¿Ahora?

No, claro que no, era un aviso para más tarde... no te fastidia.

—Sí.

Sonsoles me observa, con ese pelo azul tan guay y los labios pintados de rojo. Parece un arcoíris.

—Un cafetito, me tomaba.

—Y un perrito caliente, que, si no, no hay comisión para mí. —Esa es otra de las cosas que molan de mi trabajo: si vendes, cobras y, si no, tu sueldo es una mierda.

Menos mal que a mí se me da de lujo engatusar a la gente. Al único que no engatuso es a Noel, aunque, después de lo de anoche, me da que la cosa está cambiando.

—¿Qué está cambiando? —me pregunta Sonsoles.

—¿Lees mis pensamientos?

—Lo has pronunciado en alto.

—Vale, pido y te pongo al día.

Somos un par de chismosas de mucho cuidado, aunque yo a esto lo llamo confraternizar, porque... Pensad, le voy a contar un hecho que ha sucedido y que he vivido en primera persona y luego la voy a poner al día con el tema de Noel. Es como mi abuela, ¿vale? No me juzguéis.

Cuando regreso, me acomodo en la silla y me percato de que no me había parado a pensar lo gordo que tengo el culo con este traje. Unos tanto y otros tan poco. Tela, quiero decir.

Ni siquiera espero a que nos llamen para recoger nuestro pedido; el servicio a mesa en este sitio como que brilla por su ausencia.

—Anoche me encontré a Puri tirada en su dormitorio, boca abajo. —Lo de medio desnuda no le interesa a nadie—. Se había caído. Tuve que llamar a Noel y fue él quien se encargó de la situación.

Sonsoles chasquea la lengua.

—¿Cómo entraste en su casa? No estarás allanando viviendas de nuevo.

—¿Yo? ¿Por quién me tomas? —Alguna vez lo he hecho, sí, pero solo por venganza. Los adolescentes, en el instituto, son muy malos, y dejar ratones en una habitación da mucho juego. Solo que, claro, tienes que entrar en esa habitación en cuestión y no suelen abrirte la puerta e invitarte a pasar así como así. Ya me entendéis.

—No me hagas responder a esa pregunta.

Le saco la lengua. Sonsoles pasa de mí. Está acostumbrada.

—Su puerta estaba entreabierta. No me preguntes el motivo, tal vez fuera *Dinamita*, que la abrió en vista de lo sucedido.

—*¿Dinamita?*

—El gato de Puri. —Ese nombre es atractivo y comercial. Inolvidable—. Yo lo llamo *Michi*; es más tierno, como él.

—En ese caso no habrá salido a su dueña.

—*Fufi* tampoco se parece a ti.

—No sé por qué la tienes cogida con él.

No, si encima soy yo la culpable de su animadversión.

—El caso es que... creo que Puri no tiene familia. —Le he estado dando vueltas al tema, a eso que me contó Noel de que no había nadie a quien llamar, y no me he podido sacar de la cabeza el asunto—. Tú vives enfrente. ¿Recibe visitas?

—No estoy todo el día husmeando.

No, claro que no.

—*Vaaalep*. —No se lo cree ni ella, es la reina de los cotilleos y de las escuchas—. Has visto a alguien, ¿sí o no?

—No. Que yo recuerde, no. Puede que sea ella la que va de visita.

Muevo la cabeza.

—Existe esa posibilidad, sí. Se lo preguntaré cuando lleve a *Michi*

de vuelta a su casa esta tarde.

—Espero que no vayas vestida de esta manera.

—No, ¿por quién me tomas? No puedo ir todo el día vestida de perrito caliente, solo mientras dure la promoción. —Que rezo para que sea poco tiempo.

Mari Carmen me llama y voy a recoger una bandeja con nuestro pedido.

—Bueno, pues ya me contarás.

—Tengo otro asuntillo que seguro que te gustará conocer.

—¿Julio Iglesias está buscando esposa? Porque me ofrezco.

¿En serio? ¿Julio Iglesias?

—No... bueno, en realidad no tengo ni idea de si está buscando esposa o no. ¿Sabes quién sí está buscando esposa? —Sonsoles niega con la cabeza. Va a flipar en colores—. ¡Noel! —Las dos patatas fritas que tengo por manos aplauden... o al menos lo intentan.

—¿Cómo? —Ha dejado su perrito caliente a medio camino de su boca de la impresión.

—A ver, esposa, esposa... no lo sé, ¿vale? Pero anoche me hizo la cena. Eso debe de significar algo, ¿no?

—¿Que tenía hambre?

Joder con Sonsoles, cómo le gusta romperme las ilusiones.

—Después de que se llevaran a Puri al hospital, me preguntó que a dónde iba cuando me la encontré en su piso. Yo le conté que bajaba a la calle para ir al bar de José, a por un bocata para cenar, y se ofreció voluntariamente, sin coacción alguna, a ir él. Y no solo eso: pasó de los bocatas, pasó por el súper y me preparó la cena. No sé qué opinarás tú, pero yo me lo tomo como un gran avance en nuestra relación. De aquí a la vicaría porque, sí, soy de esas que quieren una boda con un traje de princesa blanco, un marido que me espere junto al altar y lloriquee mientras me acerco a él de la mano de Samuel y, con el tiempo, varios churumbeles. No descarto un perro y un loro. Me lo pensaré.

—Sí que sueñas a lo grande tú, ¿no?

—No me seas como tu nieta. Tu Demetrio te pidió matrimonio hincando la rodilla en el suelo, ¿verdad?

Sonsoles niega con la cabeza.

—Me hizo un bombo antes de tiempo. Mi padre lo amenazó. No pudo hacer nada por escapar de su destino. —Se señala sonriente.

Sopeso esa posibilidad. Un bombo me vale, ¿no? Al fin y al cabo, quiero hijos, solo supondría adelantar el proceso, y eso implicaría procrear y al procrear lo vería desnudo y, además de eso, Noel tendría que empotrarme.

Sí, desde luego que me vale.

—Fuiste una mujer lista —apunto.

—Siempre lo he sido.

Sonríe, la imito y comemos.

Capítulo 9

De ese asunto no quiero saber nada

Noel

Ni confirmo ni desmiento que hace dos noches, justo dos noches, evité que Becca fuese a por ese bocata porque no estaba dispuesto a que José le propusiese esa cita y tener que soportar cómo ella le decía que sí.

Tampoco confirmo ni desmiento que estoy en este mismo bar, esperando a que Samuel y Nando hagan acto de presencia, porque parece que Nando tiene algo que contarnos y no puede esperar al viernes.

—Eyyyy, Noel, ¿has visto a Becca últimamente? Aprovecho para tener contigo esta conversación porque Sam aún no ha llegado, ya que no podemos hablar de esto después... ya sabes lo protector que se pone con su hermana y prefiero que se entere de mis intenciones cuando todo esté confirmado. —Me guiña un ojo; no me hace maldita gracia.

Fuerzo una sonrisa que termina siendo más una mueca que otra cosa.

—No la he visto desde hace unos días.

José asiente. No pilla mi tono de aburrimiento.

Joder, que José es un buen tío, un poco lanzado con las chicas y eso, pero buen tío, y no me gusta ponerme borde con él. Si ni siquiera puedo culparlo de sus intenciones porque es lógico que se haya fijado en Becca, cualquier tío con dos dedos de frente se daría cuenta de que se ha convertido en una mujer preciosa, y que a ingeniosa y divertida no la gana nadie.

Estoy jodido, sí.

—Quedé en llamarte para contarte cómo había ido mi propuesta, si había aceptado salir conmigo, pero al final no pudo ser, no tuve

oportunidad de hablar con ella.

A Dios doy gracias por ello, y un poco a Puri también.

—No pasa nada.

Samuel me salva de tener que aguantar más minutos en los que, con toda probabilidad, José habría estado alabando las cualidades de Becca —cualidades que, por cierto, yo he visto antes— y ese dolor de estómago en forma de celos me hubiese estado dando puñetazos sin cesar porque, sí, todo esto es un poco —mucho— culpa mía. Me lo tengo más que merecido por cobarde.

—Ey, colega. —Chocamos las manos, nuestros pechos por un lado, y Samuel pide otra cerveza.

—Mi hermana me ha contado lo de la otra noche.

Alzo la vista y aguardo a que siga.

«No hay nada por lo que pueda matarte.»

Nada, salvo las malditas ganas que tenía de besarla.

Aunque ese pequeño detalle en cuestión no pienso contárselo.

—¿Te refieres a...?

—A lo de Puri. Menos mal que le cogiste el teléfono. Me ha comentado que estaba nerviosa.

—Ya, es normal. De todos modos, no hice nada que otro en mi situación no hubiese hecho.

Tengo que contaros que, cuando vi su nombre reflejado en la pantalla de mi teléfono, lo primero que se me pasó por la cabeza fue que me llamaba para contarme que José le había pedido una cita.

Una soberana tontería porque Becca y yo no somos de esa clase de amigos que son confidentes y se lo explican todo. No, no lo somos. Lo nuestro es algo más... ¿común? Ella es la hermana de mi mejor amigo, la mejor amiga de mi hermana y, como ya os he mencionado, prácticamente hemos crecido juntos.

El caso es que lo pensé. Barajé esa opción, temiendo que me soltara algo del tipo «Se te ha adelantado porque no has sabido aprovechar tu oportunidad». Y no le hubiese faltado razón... salvo porque nunca me he planteado que yo pueda gustarle a Becca de la misma manera en la que ella me gusta a mí.

A veces me hace bromas, se acerca, me toca... pero estoy seguro de que todas esas situaciones son solo fruto de malentendidos por mi parte y de cosas que están exclusivamente en mi cabeza.

Como cuando un sediento ve un oasis en pleno desierto. Pues yo

imagino a Becca pillada por mí.

—Eres un buen amigo.

Sí, claro, el mejor de los amigos.

—¿Te contó algo más? —Algo sobre una cena que preparé, la conversación, las risas... mis ganas de besarla.

—No... Bueno, que el gato iba a pasar unos días en casa. Puri no puede hacerse cargo de él porque apenas puede caminar. Yo soy alérgico, así que Becca está feliz porque no podré entrar cuando quiera y tirar las llaves sobre el cristal para fastidiarla.

Sí, lo hace solo por oír cómo refunfuña.

Sonrío y Nando aparece y se acerca a nosotros. Camina deprisa, nervioso, y su semblante no presagia nada bueno.

Es extraño, porque lo he visto hace un par de horas en la comisaría y estaba como siempre, igual de jovial.

Nando es mi compañero de trabajo y un buen amigo. Huelga decir que es un gran tipo, serio, recto y muy maduro. Vamos, de esos hombres que tienen la cabeza sobre los hombros.

—¿Qué pasa? —Sam se me adelanta.

—Una jarra bien fría —pide sin contestar ni saludar.

José abre mucho los ojos; eso significa que hay crisis.

La última vez que Nando pidió una jarra nada más entrar al bar fue cuando tenía guardado en el bolsillo de su pantalón un anillo con el que le iba a pedir matrimonio a Lorena la siguiente noche.

Y estaba acojonado por su respuesta. No durmió, ninguno de nosotros lo hizo, porque, aunque sabíamos que su novia iba a responderle que sí —no teníamos la más mísera duda de ello—, sentimos su nerviosismo y empatizamos con él, así que bebió, jugamos al billar, cerramos el garito y nos tiramos en los bancos de la plaza a cantar canciones de Estopa.

Somos unos tipos de lo más raros, sí.

Cuando José coloca la jarra frente a él, se la bebe de inmediato. Y cuando digo «se la bebe» me refiero a que lo hace por completo.

Prácticamente le salen las lágrimas cuando deposita el vaso de cristal con un golpe frío y seco sobre el aluminio.

—Lorena tiene un amante.

Me arrepiento al instante de no haberme pedido una jarra yo también.

—No te creo. —Samuel le quita hierro al asunto, aunque nuestras

miradas se encuentran y veo el reflejo de la preocupación grabado en sus ojos.

Nando nunca ha sido de esos tíos que se inventan las cosas o magnifican los hechos. Tenemos claro, tanto Sam como yo, que, si lo ha expuesto, es porque cree que de veras ha sucedido algo para pensar de esa manera.

—Yo estoy igual de sorprendido que vosotros... o no, sorprendido, no, lo que estoy es jodido, roto por dentro. Me duele aquí, ¿sabéis? —Se toca el pecho—. Me duele que te cagas.

Que está muy loco por Lorena os ha quedado bastante claro, ¿no?

Nando pide otra jarra y a este paso creo que no acabaremos solo en la plaza, sino vomitando sobre cualquier superficie de esta. Y no es algo que desee.

José me mira sin entender lo que sucede, porque tomar birra vale, solo que así... de esta manera...

—Espera —intervengo, tirando de raciocinio y reconduciendo la conversación—. ¿Por qué insinúas eso? —Y he utilizado ese verbo aposta.

Nuestro amigo aparta la mirada y trago saliva. Joder, que no le haya pasado lo mismo que a mi hermana, que no los haya pillado en plena faena...

—He visto un mensaje en su móvil. No ha sido a propósito, ¿vale? Ya sabéis que yo no soy de esa clase de tíos que revisan los teléfonos de sus mujeres. No lo hago, ¿entendéis? No lo hago.

—Lo sabemos. —Samuel estira un brazo y posa la mano sobre el hombro de Nando para que se tranquilice.

—Yo estaba en el sofá, su móvil, sobre la mesa de centro, y se encendió la pantalla, ¿de acuerdo? En un principio no quise mirar, pero... algo tiró de mí. Sin duda fue el destino; el destino quiso que lo leyese y me enterase de todo.

Trago con fuerza. Alzo la mano para pedir una jarra para mí también. A tomar por el culo la lucidez.

—Que sean dos —apunta Samuel.

—Tres, o cinco, mejor cinco. Seguro que con la quinta deja de doler. —Nando está devastado.

Es un gran tipo, un gran compañero, y no solo de trabajo, de vida; lo sé porque se nota, ¿vale? Esas cosas se notan.

—¿Qué ponía en el mensaje? —Menos mal que ha sido Samuel el

que ha preguntado, yo no me siento con fuerzas de hacerlo porque ese chico de ahí es mi amigo. Mi hermana ha pasado por una situación similar hace unos días y puede que sea un cobarde de mierda, que no tenga el valor de contarle a Samuel lo que siento por Becca desde hace tiempo y tampoco tenga el valor para admitirlo frente a ella, pero lo que sí que tengo claro es que nunca le haría eso a una mujer. Jamás.

—Me lo he pasado muy bien contigo esta tarde. Eres preciosa y siempre será así.

Nos quedamos en silencio, buscando un modo de defender a Lorena.

—No tiene por qué pasar nada.

—No lo entendéis. Lorena me contó que esa tarde había ido a casa de su madre, que había quedado con sus hermanas. El mensaje era de Guzmán, su compañero de trabajo.

Suspiro, de nuevo tiro de raciocinio.

—Eso no quiere decir nada.

—¿No quiere decir nada? ¿No quiere decir nada? —repite mi pregunta de forma sarcástica y maldigo la hora en la que no he cerrado la puta boca.

—Me mintió para quedar con un tío. Y yo no soy de esos que no quiere que su mujer quede con hombres, porque confío... —recapacita —... confiaba en ella. No tiene por qué pasar nada, pero está claro que, si me miente, si lo hace, es porque esconde algo.

Tiene razón, de ahí que me arrepienta de lo que he soltado. Tendría que haber tomado un sorbo en lugar de hablar porque eso que él expone es lo que pensamos todos.

—Lo siento —me disculpo.

—Supongo que lo que Noel quiere decir es que es cierto que te ha mentido, de eso somos conscientes todos, y eso está mal, pero, antes de actuar, de precipitarnos, será mejor que hables con ella.

—No pienso hacerlo. —No razona y él, por norma general, lo hace—. Lo que voy a hacer es seguirla.

Cierro la boca. No voy a opinar nada al respecto. Samuel tampoco lo hace. Solo bebemos y escuchamos una y otra vez sus teorías, a cuál más surrealista.

Sin embargo... eso es lo que hacen los amigos, ¿no?

Capítulo 10

Se magedia la trasca

Becca

Sé que Paz está en casa de su abuela y hemos quedado con Alina en mi piso dentro de una hora, así que, ahora que no estoy vestida de perrito caliente y que tengo algo de tiempo libre, decido bajar con *Dinamita* a ver a Puri.

Puede que no me abra la puerta, pero es un riesgo que estoy más que dispuesta a correr.

—Vamos, *Michi*, tenemos que ir a ver a tu ama.

El gato alza la cabeza desde su lado favorito del sillón y, cuando abro la puerta, se levanta como si fuese el rey del mundo, se lame una pata y se baja con desinterés.

Se cree el maldito que él es mi dueño y no al revés. Al menos de forma temporal.

—No puedes comportarte de esa manera, *Dinamita*. Eres un gato, no Dios, ¿me entiendes? —No sé si lo hace porque no me responde, solo ronronea mientras me sigue a una distancia prudencial, moviendo la cola como si todo le sudase un cojón, y con toda probabilidad sea de ese modo. Tampoco lo culpo—. ¿Qué haces durante todo el día? ¡Nada! —lo reprendo—. Solo te paseas por la casa, te subes al sofá, me lo llenas de pelo y piensas en comida. Si ni siquiera eres de esos que se molesta en cazar, me has salido con el culo fino.

Cuando llego al rellano inferior, la puerta de Puri está abierta.

Toco con suavidad.

—El señorito primero, claro, cómo no —protesto enfurruñada.

Entra y yo lo hago tras él. Puri está llegando al sofá con la ayuda de un par de muletas.

Me da pena, ¿vale? Porque es seria y dura y fría como un témpano de hielo, pero la veo tan vulnerable que no puedo evitar que

algo se contraiga dentro de mi pecho.

Tal vez me está dando una arritmia y yo pensando que es por tristeza y empatía.

Me pregunto si ella llamaría a Noel o bien se descojonaría viendo cómo la casco aquí tirada en el suelo. Con suerte me pondría una mantita de croché encima y me contaría cómo se convirtió en una mujer solitaria.

Quid pro quo.

—Hombre, Puri, veo que me esperabas y que te alegras de verme.

Gira la cabeza como si eso que le he dicho fuese el mayor insulto que le he dirigido en toda mi vida.

—No es a ti a quien quería ver, muchacha.

«Muchacha» es bueno, al menos no se ha dirigido a mí como «pelandusca» o «entrometida».

—Bah, cómo te gusta hacerte la difícil.

Me acerco cuando veo que intenta tomar asiento en el sofá y que no sabe si dejarse caer como un saco de patatas o como un paquete de arroz.

—No necesito ayuda. —Aparta mi mano cuando procuro sujetarla.

—No pretendía echarte una mano; solo pasaba por aquí, mi brazo se ha colocado de manera despreocupada en esta zona y una cosa lleva a la otra...

Me hace gracia. Ella sigue tiesa como una tabla de planchar, seria.

—No soy ninguna inútil. Está bien que cuides de *Dinamita* mientras tengo esta venda puesta y los moratones se curan, pero sé sentarme sola y levantarme también. Lo hago cada día, que no se te olvide.

—No, desde luego será de esas cosas que recuerde cada vez que suene el despertador y abra los ojos.

Nada, que no hay forma. Le caigo fatal, porque mis chascarrillos son de lo más graciosos y Puri ni se inmuta.

—Ven aquí, *Dinamita*, precioso.

Porque estoy de cuerpo presente y la oigo... Si alguien me contase esta escena y el tono tan dulce con el que ha llamado al gato, no me lo creería.

Michi le hace caso y luego me observa con esos ojos grandes,

estirando esas patas que parecen minimorcillas y ladeando la cabeza como si me estuviese diciendo «Si quiero ser su amo, seré su amo. Si quiero ser tu amo, también lo conseguiré».

«No vuelvas a dudar del poder de los gatos, Becca.»

—Bien, ¿quieres que llame a algún familiar o a algún amigo para tranquilizarlo y contarle que estás mejor? ¿Asegurarles que progresas adecuadamente?

Ya sé que dijo que no había nadie, pero no pienso rendirme con ese tema, ¿entendido? Y también le dije a Sonsoles que investigaría, porque no me lo puedo quitar de la cabeza y porque tiene que haber alguna persona que se preocupe por ella.

—A nadie —sentencia.

Me queda claro.

—¿Seguro? —No, tan claro no. Dulcifico la mirada; sin embargo, solo obtengo silencio por su parte.

No se molesta en responder y sé que ya he llegado al límite de su paciencia. Y teniendo en cuenta que es Puri, podemos afirmar que es bastante poca.

Merodeo por su casa como buena cotilla que soy. Nada de cuadros.

«Seguro que va a colgarlos justo ahora que tiene la pierna vendada y esas muletas que le facilitan la tarea de decorar el espacio, claro.»

—Puri, ¿crees en el amor a primera vista?

Tal vez ella no quiera hablar de su vida, pero nadie ha dicho que no pueda hablarle de la mía.

—De la vista, ¿de quién? Porque hay que estar bastante mal de los ojos para fijarse en ti.

Eso no ha sonado a cumplido ni mucho menos.

—Puede que ya lo sepas, porque tengo que admitir que tú lo sabes prácticamente todo del edificio —ella refunfuña—, a diferencia de mi hermano, por supuesto, porque hay cosas que no se le pueden contar a un hermano controlador y esta es una de ellas. El caso es que estoy loca por Noel.

Me mira, abre más los ojos y la boca. ¿A quién no le gusta un buen cotilleo? La tengo en el bote.

—¿Del poli? —De eso sí que quiere hablar.

—Del mismo. Es guapo, ¿verdad?

—Y listo.

Asiento.

—Eso también.

—No lo has entendido…

Tardo unos segundos en asimilar su pulla.

—Ahhh, ya lo pillo: quieres decir que es lo suficientemente inteligente como para huir de mí.

Su sonrisa la delata.

Joder, que ha sonreído.

Y lo he conseguido yo, no el gato. Lo miro. *Michi*, ¿quién es el jefe ahora? ¡Ja!

—Bueno, el caso es que debo darte las gracias porque tu caída propició una cena romántica en mi casa entre los dos.

—Permíteme que lo ponga en duda.

Joder con Puri, no hay manera de que su corazón se ablande.

—Que sí, que cenamos juntos.

—Eso me lo creo, pero lo del romanticismo…

Es un hacha, una auténtica hacha. Iba para detective y se quedó en… no sé, en lo que sea que eligiese como profesión. O no, a lo mejor era ama de casa, estuvo casada con un millonario cachas y este desapareció porque se largó con su secretaria y por eso tiene este carácter agrio.

Yo sería igual si me enterase de que Noel se había ido con otra sin ni siquiera haberme probado a mí.

No sé qué sería peor, si probarlo y que desapareciera o no hacerlo. Supongo que lo primero, porque en el segundo caso al menos no sabría lo que me pierdo. Porque, no es por nada, pero creo que Noel tiene que ser un lobo en la cama… o así me lo imagino yo.

—Vale, en mi mente hubo algo romántico en esa cita; en la de él, lo ignoro, porque me trata como a la hermana menor de su amigo y eso es triste.

—Seguro que te mueves bien en ese ambiente porque tú también das un poco de pena.

—Porque no te tengo en cuenta, porque, si no, te llamaría vieja arpía y me vengaría de ti… tal vez alejándote esas muletas y dejándolas en el baño con la puerta cerrada con llave.

Sonrío con suficiencia. *Dinamita* maúlla. Puri ni se inmuta.

—Y sería lo último que hicieras.

Con esa frase, ya me ha ganado. Puri tiene un corazón de hielo, pero un alma tan vengativa como la mía.

Capítulo 11

Y, tú, ¿dónde has estado?

Becca

De brazos cruzados, aguardo a que lleguen mis amigas, como cuando tu madre, a eso de las cuatro o cinco de la mañana, esperaba a que cruzases el umbral de la puerta, medio pedo, para echarte el sermón del siglo. Pues tal que así.

Y el sermón es para Paz, que lleva unos días sin dar señales de vida.

Tocan al timbre, abro dejando que la puerta rebote contra la pared, frunzo el ceño y Alina es la que me observa sin entender mi actitud de matona.

—Ah, vale, que eres tú... pasa —dulcifico mi tono.

La sujeto de la mano, trastabilla hasta que entra. Hombre, no puede ser de otra forma con el tirón que le he dado.

—¿Qué pasa aquí?

Choco un pie contra el suelo, estoy mosqueada y yo, cuando me mosqueo, soy mala, muy mala. Se me ocurre una idea.

Voy corriendo a la cocina y saco una lata de refresco, lo agito que te cagas, pero mucho mucho, y vuelvo a guardarlo en su sitio.

—Vale, eres el primero. Tú, para ella.

Regreso sobre mis pasos. Alina tiene los brazos abiertos y las manos hacia arriba, como si de una balanza se tratase, y seguro que se hace mil y una preguntas. No formula ninguna porque el timbre vuelve a sonar. Sonrío maliciosa.

Abro y, en esta ocasión, lo hago como si todo estuviese genial. Vengativa, ¿yo? No entiendo por qué lo pensáis...

Paz entra con una sonrisa de oreja a oreja y la despreocupación baila a nuestro alrededor.

—Dichosos los ojos —pronuncio con retintín.

Paz fija su mirada en mí y es astuta. Astuta como un lince, con toda probabilidad, porque me parece que se ha dado cuenta de que he tramado algo; algo feo y malo en su contra.

Porque ella es como yo y yo soy como ella; nos va la guerra, aunque su nombre indique lo contrario.

—¿Por qué lo dices?

Uy, uy.

—¿Dónde has estado? —pregunto yendo directa al grano—. Tuve la cita de mi vida con el hombre de mi vida —señalo a Alina, que sonríe porque es muy maja y sabe que hablo de su hermano— y tú no respondiste siquiera al mensaje.

Aquí pasa algo y nos queremos enterar todas. Bueno, tal vez Alina no, pero yo sí.

—Por aquí, por allá, por el otro lado...

—Esa respuesta suena a evasiva —comenta Alina irónicamente y la miro.

—Gracias.

—Por eso estás tan rara... —Alina afirma, no pregunta.

—Si analizamos los hechos —modo detective activado—, aquí hay gato encerrado. Paz suele ser de las primeras en responder. Sus mensajes son cortos a la par que efectivos, y salvo que haya estado matando y descuartizando, algo no me cuadra.

—Sabes que trabajo, ¿no?

—Trabajas en una cafetería. No eres una CEO. —Me mira mal—. Aunque podrías serlo porque eres cojonuda. —Recuerdo a Hannibal Lecter y se me pasa toda la maldad que me cabe en el cuerpo.

—¿Hemos quedado para interrogarme? El poli es su hermano.

—Y mi futuro marido —puntualizo. Nunca está de más recordarlo.

Paz pone los ojos en blanco. Eso no me mola.

—¿Y Héctor?

—Esa técnica para desviar el tema no te va a funcionar, jovencita.

Alina se carcajea, se tira al lado de mi amiga, que se ha instalado en el sofá, y yo me quedo de pie. Tengo que mantenerme en mis trece o no conseguiré que suelte prenda.

—¿Dónde estabas cuando te llamé por lo que había pasado con el gilipollas de su ex? Porque sigue siendo tu ex, ¿verdad?

—No voy a volver con él.

Me quedo más tranquila.

—Por aquí, por allá, por el otro lado... —La misma evasiva de antes. De nada.

—Vale —interviene Alina—. Veo que esto se va a convertir en una pelea de gatas y ya tenemos bastantes dramas y frentes abiertos como para terminar mosqueadas, así que haremos una cosa. Tú —me señala— tomarás asiento y dejarás de molestar a Paz, que hablará cuando quiera hablar y contará lo que quiera contar. —De pronto, me siento como una auténtica imbécil. Es cierto que soy bastante estúpida, pero nunca he sido de esa clase de amigas que obliga a las otras a contar lo que no quieren, porque no soy quién para forzarlas a ello—. Y tú —señala a Paz— quiero que recuerdes que somos tus amigas, que no nos juzgamos y que nos queremos por encima de todas las cosas.

Ese corazoncito que late dentro de mi pecho se lanza al vacío para recordarme lo afortunada que soy por contar con ellas en mi vida.

—Lo siento. Puede que se me esté pegando ese carácter malhumorado que tiene Puri.

Michi decide hacer acto de presencia al nombrar a su ama. ¿O es él el amo de todo? Sigo sin tenerlo del todo claro.

—Mi abuela me lo ha contado.

—¿Tu abuela? —inquiero ofendida—. Si lo hice yo en mi audio.

Hace un gesto de disculpa. La perdono porque soy buena gente.

—No lo he escuchado, lo siento.

La remedo.

—*Ni li hi iscichidi, li sinti.*

Alina se parte de risa.

—¿Y mi cita? ¿Sabes lo de mi cita?

—Por mi abuela.

—Dios, tu abuela es la mejor.

Paz se descojona y asiente.

—A Julio lo que es de Julio...

—Es «a César lo que es del César».

—Esta vez ha sido ella. —Alina pone cara de niña buena cuando la señalo. La adoro.

—*I Cisir li qui is dil Cisir*.

Nos partimos de risa porque... ¿qué mejor que eso?

—Bueno, dejemos mi cita a un lado y centrémonos en ti. —Señalo de nuevo a Alina por si Paz cree que vuelvo a la carga—. ¿Qué ha pasado? Novedades y esas cosas.

—Necesito ayuda.

—Mierda, que no he traído a Hannibal —protesta Paz poniéndose en pie de un salto.

—Espero que no haga falta. Necesito que me acompañéis mañana a recoger mis cosas. Héctor cree que voy a volver con él —imbécil— y yo... bueno...

—¿No me jodas que tienes dudas? —se mosquea Paz.

Contengo la respiración porque yo ya la tengo como futura cuñada por partida doble, ya sabéis, mi hermano y su hermano. Todo queda en familia.

—No os voy a engañar porque sois mis amigas. Pensé... Hubo un momento en el que pensé...

—No —casi que gimo.

—Lo conozco desde siempre, tenemos una vida en común, hemos sido afines durante mucho tiempo, un alquiler, un proyecto de vida juntos y me da pánico empezar de cero.

—Empezar de cero no es malo siempre que quieras hacerlo porque tú lo necesitas. —Esa soy yo, sí, que lo mismo te doy un sabio consejo que me visto de perrito caliente.

—Asegura que me quiere, que fue un error.

—Mentira —sentencia Paz con los brazos cruzados. Así, en esa postura y con ese semblante, acojona.

No pienso darle el refresco que he agitado antes porque estoy con ella. En el mismo bando. Contra Putéctor.

—Y, tú, ¿qué quieres tú? Da igual lo que él te diga. ¿Qué opinas tú? —cuestiono.

Casi que contengo la respiración aguardando su respuesta porque, aunque no sea con mi hermano, aunque bromee con ese asunto, lo único que deseo para Alina es que sea feliz con las decisiones que tome, porque el problema no es equivocarse, equivocarse está bien siempre y cuando aprendamos algo de esos errores que cometemos.

—Yo no quiero a mi lado a una persona que no se conformó conmigo. Tenemos distintas formas de ver la vida, de enfrentarnos al

amor. Yo lo quería todo con él, no necesitaba a nadie más a mi lado, en mi cama. Por supuesto, para él yo no fui suficiente.

—Alina... —susurro. Recorto la distancia, Paz también lo hace. Esas somos nosotras, las tres, con miles de taras, cometiendo estupideces y cotilleando sin parar... pero, cuando una flaquea, las otras se convierten en su muleta—. Ahí fuera hay alguien esperando a que te conviertas en su mundo, aguardando a que arrases con todo a su alrededor.

Porque puede ser que yo no sepa una mierda del amor, que me veáis aquí, riéndome de cualquier cosa, tomándomelo todo a la ligera, porque la vida nos enseña que, cuanto más te proteges, menos espacio dejas para el dolor; pensando que, cuanto más entregas, menos recibes. Sin embargo, yo siempre siempre dejaré espacio para las cosas buenas, no me conformaré con nada que no me haga feliz y me levantaré cada mañana dispuesta a reírme y a hacer reír a alguien.

Sí, esa es una buena forma de enfrentarse a la vida.

Tenedlo en cuenta.

Capítulo 12

El reencuentro y una segunda cita

Becca

Por supuesto que, tras nuestro encuentro de anoche, terminamos viendo de nuevo el vídeo de Héctor mientras abría la caja que contenía la bomba explosiva, que así es cómo hemos decidido bautizar a la caca en cuestión.

El caso es que tengo anotado en mi agenda mental hacerle una visita a Pancho para agradecerle que no presentase una denuncia por allanamiento de morada —delito en el que últimamente parezco una experta—. Aunque Noel me explicó que no se lo diría, creo que se lo debo.

—Bien, no tenemos ningún plan, por lo que, si pasa algo, tiraremos de este. —Paz nos enseña, cómo no, a Hannibal y, mientras Alina se lo toma a cachondeo, yo sé que habla muy en serio.

—No va a pasar nada. No habrá espectáculo, ni escenita alguna.

—Sí, ya... —Ni Paz ni yo nos fiamos un pelo de ese tipejo.

—Le he pedido a mi hermano que venga, para ayudarnos a bajar las cosas.

—¿Qué? ¿Y no me avisas? ¿Te has fijado en cómo voy? No puede verme así.

Y con «así» me refiero a vestida como una pordiosera.

—Es mi hermano, Becca, te ha visto en situaciones peores.

Como aquella vez en la que me cogí mi primera borrachera y vomité en sus deportivas nuevas o aquella otra en la que lo empujé sin querer intentando rozarlo por casualidad y terminó cayendo al estanque de los patos en la plaza.

Hasta oliendo a mierda me gustaba.

O, bueno, quizá no tanto. A nadie le gusta el olor a caca, no nos pasemos tampoco.

—Tienes razón.

Aun así, me acerco hasta el cristal del coche, me suelto el pelo, me lo atuso y me pellizco las mejillas para que cojan un tono rojizo que mole. Eso lo he visto yo en las películas y funciona.

Alina mete la llave en la cerradura, suspira con fuerza y nos observa.

—Allá vamos.

Paz y yo asentimos y nos colocamos tras ella, cuidando sus espaldas como nos hemos prometido hacer siempre.

Al principio no se oye ni una mosca.

—¿Héctor sabía que ibas a venir?

—Sí, le envié un mensaje por si... por si tenía algún plan. —Ya sabemos a qué tipo de plan se refiere mi amiga—. No quiero tener que presenciar por segunda vez esa situación.

Prácticamente no ha terminado su frase cuando Héctor aparece al final del pasillo.

—Alina... —Miradlo, si suena arrepentido y todo, con esa voz de corderillo, esa pose de no haberse follado a otra y ese semblante de pena. Por favor, no me has caído bien jamás, pero, mientras hacías feliz a mi amiga, tenía que soportarte... Ahora ya no.

—Si te acercas, te zurro. —Esa es Paz, que acaricia el bate como si fuese la lámpara mágica de Aladino.

—¿No podías venir sola?

Oh, oh, vamos a presenciar esto, ¿de veras?

—Ellas son mis amigas y les he pedido que me acompañen.

—Pensaba que podríamos hablar, Alina.

—Tú y yo no tenemos nada que hablar, Héctor. Todo ha quedado bastante claro entre nosotros.

—Muy claro —sentencio.

Me dedica una mirada reprobatoria. ¿Sabéis lo que hago con esa mirada? Imaginaos algo asqueroso; pues eso.

—Alina, cometí un error, un error de lo más estúpido. No volverá a pasar. —Recorta la distancia. Paz y yo nos colocamos a ambos lados de Alina, protegiéndola. Héctor se frena cuando está a un par de pasos de ella—. Yo te quiero.

Se me escapa una carcajada; una de lo más irónica.

—¿Qué? —me increpa.

—Deja de rebajarte, Héctor, porque mi amiga se ha dado cuenta

de que no eres lo que necesita. Ella merece a alguien que la quiera... No, ¡qué cojones!, que bese el suelo por el que pisa porque durante todo este tiempo ella lo ha dado todo por ti, el cien por cien, y tú le has entregado un veinte por ciento como mucho. La has cagado.

—Será mejor que te calles, Rebecca. —Siempre me ha llamado así; es el único que lo hace y creo que solo para sacarme de mis casillas.

—¿O qué?

Noel hace su entrada triunfal en ese momento y mi corazón deja de latir para comenzar a dar triples volteretas y saltos mortales.

De veras, no exagero ni una pizca al afirmar que es el hombre de mis sueños.

Es todo lo que una mujer puede desear. Es atento, familiar, cariñoso, simpático, protector —en el buen sentido, no como Samuel, que, si fuese por él y su economía se lo permitiese, me pondría un guardaespaldas—, gamberrillo —pero guay— y guapísimo, claro.

Me doy la vuelta y me quedo mirándolo embobada. Noel clava sus ojos en mí unos segundos, lo suficiente como para demostrarme que no va a permitir que me insulte, no al menos delante de él.

—Noel, ¿qué tal? —Putéctor cambia de actitud de forma radical. Es más falso que un duro de madera.

—Te he hecho una pregunta, Héctor.

Me cruzo de brazos, lo encaro y aguardo su respuesta.

—Es una manera de hablar, está claro que Rebecca y yo siempre nos hemos llevado bien. Los nervios me tienen destrozado.

¿Bien? ¿Bien tirando a matarnos?

—Los nervios y lo mal que lo has hecho, por supuesto —especifico.

Me gano una mirada penetrante por parte del ex de mi amiga y me limito a sonreírle con frialdad.

Una frialdad que siempre he sentido por él.

Alina da un paso adelante y Paz la sigue. Héctor se aparta cuando pasan y permite que entren en una de las habitaciones. Noel y yo nos mantenemos unos pasos atrás. Se acerca a mí, contengo la respiración; fantaseo con que sería un buen momento para que me cogiera de la cintura y estampara sus labios sobre los míos. Me imagino un beso tierno y fogoso, uno de esos con los que solo con el roce caería a sus pies o, mejor aún, él se rendiría ante mí.

—Una de las cosas que más me gustan de ti es que sabes defenderte. Eres muy valiente, Becca, y eso me encanta.

No sé qué coño ha dicho, me he quedado en... «Una de las cosas que más me gustan de ti»... Ahí, ahí he dejado de razonar, he dejado de escuchar, de sentir, de pestañear...

Me sonríe de un modo que hace que me tiemblen las rodillas y avanza por el pasillo como si no me hubiese dejado estremeciéndome.

Eso... Eso quiere decir que hay más cosas que le gustan de mí, ¿no? Sí, pues claro, porque «una» es solo «una» y, si declara que hay más de una, es que... Bueno, ya me entendéis.

Os invitaré a mi boda y, aunque quiero tener unos cinco hijos —lo hago por la baja tasa de natalidad española, por supuesto— y no me alcanzaría para ponerles vuestros nombres a todos, lo haría gustosa porque sé que estáis tan nerviosas en este momento como lo estoy yo.

Carraspeo, tomo aire con fuerza, mis pulmones se llenan de oxígeno y comienzo a dar pasos en dirección a la habitación.

Cuando entro, pongo los ojos en blanco porque Héctor sigue dale que te pego con su mierda de discurso sobre el perdón, que no quiso hacerlo y que la quiere, que le dará unos días para recapacitar y que pueden casarse, que el párroco le ha explicado que no hay problema.

—¿Has ido a hablar con el cura? —Alina levanta la vista cuando formula la pregunta.

Me coloco al lado de Noel; espero no empujarlo esta vez y que caiga, no sé, contra la mesilla de noche.

Qué guapo está vestido de poli, joder.

Aunque seguro que desnudo lo está mucho más.

—Claro, porque sé que al final lo reconsiderarás. Tu vida está a mi lado.

Noel se tensa, lo percibo; se dispone a moverse e intervenir y lo sujeto. Es un leve roce, una caricia, mis dedos encuentran los suyos y... Madre del amor hermoso. Para mí es algo íntimo, personal, algo intenso y para nada fraternal.

Baja la vista, yo hago lo mismo y, mientras nuestros ojos ascienden poco a poco hasta encontrarse, tengo la sensación de que estamos solos, de que no hay nadie a nuestro alrededor y de que, por primera vez, me mira, me ve... y no como la hermana menor de su mejor amigo, sino como Becca, la chica que le gusta por diversas razones y no una sola.

—No lo hagas más difícil, Héctor. Esto, lo que teníamos, lo has roto tú, solo tú.

—Podemos arreglarlo, podemos hacerlo.

Paz da un paso adelante, por si tiene que defenderla. Le pido, sin mediar palabra, que no lo haga. Asiente entendiendo a lo que me refiero.

—Yo ya no quiero arreglar esto. No quiero hacerlo.

Sonrío. Paz también lo hace. Noel me aprieta la mano, me giro y lo observo. Me muero por él, siempre lo he hecho.

Héctor abandona la estancia y seguimos recogiendo en silencio absoluto.

La vida está compuesta de muchos ingredientes; viviremos situaciones que nos romperán en dos, otras que nos harán volar, muchas que se convertirán en sueños y otras tantas que nos harán renacer.

Lo importante de todo eso es saber que, pase lo que pase, hay personas a tu lado para acompañarte en cada una de esas etapas y para darte un empujón cuando pienses que no serás capaz de superarlas.

—Esperadme aquí, voy un segundo al baño.

Si cree que voy a marcharme sin hacer alguna trastada, Héctor no me conoce en absoluto.

Capítulo 13

Y brindemos

Noel

A Paz se le ha ocurrido la magnífica idea de quedar esta noche en el bar de José para celebrar los santos cojones que se ha gastado mi hermana al poner a Héctor en su sitio.

Y, vaya, no es que yo me oponga a pasar una noche juntos o a una celebración, y mucho menos una en la que Becca esté presente, solo que no habría elegido este lugar teniendo en cuenta las intenciones del camarero en cuestión.

Intenciones que, claro, todos desconocen...

Cuando llego, Samuel está apostado en la barra, tomándose una cerveza y oteando el local como si hubiese venido aquí por primera vez. Cuando me ve, me saluda con un movimiento de cabeza y me sonríe.

No sé qué esperaba; desde luego, existe la remota posibilidad de que Becca le haya contado mi intervención de hoy y mi confesión. Sí, ¿vale? Soy perfectamente consciente de lo que le he dicho. Lo soy ahora; en «ese momento», justo en ese, no he pensado en nada que no fuese lo que estaba sintiendo, la forma en la que ha defendido a mi hermana y las agallas que se gasta esta chica.

—¿Sabes algo de Nando? —me pregunta cuando me coloco a su altura.

José me saluda con un alzamiento de cabeza y me guiña un ojo. Me temo que se muere por contarme algo y seguro que no me va a hacer maldita gracia.

—Hemos compartido turno por la mañana, pero me he escabullido para ir con Alina y las chicas.

Mi amigo, ese que estaba escaneando el establecimiento, fija su atención en mí cuando las nombro.

—¿Y qué tal?

—Un drama de los chungos —le confieso.

—¿Por Alina? ¿Está muy mal? No he querido preguntarle por si la incomodo. —Le da un sorbo a su cerveza y traga con parsimonia, dejando la jarra en el aire.

—No, Héctor se ha puesto en plan víctima. ¿Sabes que ha hablado con el párroco para que mantenga la fecha de la boda?

—¿Crees que tu hermana...?

—No, diría que no. Alina parece tener las cosas claras con respecto a ese tema, aunque a mí no me ha dado muchos detalles, ya sabes.

—Normal. Yo sé que Becca tampoco me lo cuenta todo.

A Dios gracias.

Las tres chicas llegan en este instante y, tal vez sean cosas mías, pero es como si todo el mundo se fijase en ellas, como si fuesen el centro de atención. Entran riendo, gesticulando y ensimismadas, sin dar importancia a nada que no sean ellas tres.

Y me permito el lujo de mirar con más atención a Becca. Un vestido sencillo, unas botas altas, el pelo suelto y esa sonrisa que me tiene pillado.

Es una mujer preciosa, natural, de esas que no necesitan aparentar ser nada más que lo que son. Siempre ha sido así, no ha cambiado; ha decidido que quiere ser ella misma sin importarle lo que los demás opinen, sin ser consciente de que lo único que sentimos todos los que la conocemos es envidia y, personalmente, ganas... ganas de sacarla de aquí, encerrarla en mi casa y no dejarla salir durante días. ¡Qué coño días!, semanas, incluso meses.

—Buenas noches, chavales. —Paz es la primera en saludarnos.

Cuando cruzo una mirada con Becca me doy cuenta de que sus ojos ya están fijos en mí. Le guiño un ojo y ella me saca la lengua. Este tipo de gestos no son habituales y es lo que la hace diferente. Toda ella lo es.

José carraspea cuando se acerca hasta donde nos encontramos.

Clava sus ojos en Becca. Me entran ganas de detenerlo. En sentido literal y figurado.

Observo a Samuel, que alza una ceja.

—¿Qué os pongo, bellezones?

Las chicas se ríen aceptando el cumplido.

—Cerveza para tres —pide Paz—. Ey, poli, somos todas mayores de edad.

—Por supuesto que sí. —José se ríe tras oír esa frasecilla que ha soltado.

Sam me mira, alzo los hombros. Me hago el loco.

—No estoy de servicio —apunto con despreocupación. Mi comentario no resulta tan gracioso.

Tal vez yo no sea tan gracioso como José. ¿Desde cuándo me ha importado eso?

—Mi hermano siempre está de servicio, aunque diga lo contrario. Lo digo por ti, Becca —me tenso—, para que no hagas una de las tuyas.

La susodicha se carcajea.

—No tengo ninguna venganza planeada para esta noche.

—¿Para esta noche? —cuestiono.

—No puedo portarme bien cada día. Soy pérfida y, como tal, lo mío es tramar maldades. Recuérdalo por si en algún momento decides jugármela.

No puedo evitar responder a sus provocaciones.

—Créeme, lo tendré muy en cuenta.

Ella asiente satisfecha y mi hermana me observa pestañeando. Espero que contenga las ganas de soltar una de las suyas y ponerme en evidencia.

José nos sirve en la barra las cervezas y unas tapas para picotear. Lo cogemos entre todos y nos dirigimos a una de las mesas que hay vacías lejos de la mesa de billar.

—Oye, Becca, ¿puedo hablar contigo un segundo?

Samuel frena sus pasos y agradezco que lo haya hecho y no se haya percatado de que yo también he decidido dejar de caminar.

Becca se gira y lo observa.

—Claro.

—Hablar, ¿de qué? —pregunta Samuel cuadrándose.

—Sam... —lo riñe Becca. No, joder, no lo regañes, deja que se lo cargue. No lo meteré en la trena por ello—. Soy mayorcita, ¿no crees?

Sé que está dispuesto a contestarle que no, que no lo cree; son muchos años juntos y nos conocemos. También hemos tenido infinidad de conversaciones en las que me ha explicado que se sentía inquieto, asustado o vulnerable por tener que hacerse cargo de su

hermana, sin saber si lo estaba haciendo bien, si la protegía de la forma correcta o si ella tenía claro que podía contar con él siempre que quisiera.

Alina lo sujeta por un brazo y hace que Samuel aparte la vista de Becca. Mi amigo sigue los pasos de mi hermana y toman asiento juntos en un sillón que hay pegado a la pared. Paz se sienta delante, dándole la espalda a la ventana.

Yo ocupo otro de los sofás de color verde aceituna, de espaldas a la barra. Mejor así porque no sé si sería capaz de quedarme aquí, plantado como una flor marchita, viéndolos hablar.

—No te pongas tenso, poli —me susurra Paz.

Este comentario ha quedado entre ella y yo.

La miro y me guiña un ojo.

Esta chica sabe algo. Esta chica es muy lista y lo sabe todo. No algo, todo.

Niego con la cabeza y ella me muestra su mejor sonrisa, como si no hubiera roto nunca un plato, y decido beber para templar mis puñeteros nervios.

Cuando Becca llega por fin a nosotros, casi que quiero levantarme e interrogarla. No lo hago porque... porque no estaría bien y no soy de esa clase de tíos que no permiten que su chica se relacione. Solo que Becca, por desgracia, no es mi chica. Y comienzo a tener dudas de que lo sea en el futuro si sigo comportándome como un maldito cobarde de mierda.

—¿Qué quería? —Sam mueve la cabeza señalando la barra del bar. Está serio, la tensión se puede cortar con un cuchillo.

—Me ha pedido una cita.

Me suda la espalda, la frente, las plantas de los pies y las palmas de las manos.

Quiero preguntarlo; no lo hago. No estaría justificado que fuera yo quien lo hiciese teniendo en cuenta mi actitud de «todo me importa un carajo, solo eres una amiga o la hermana de mi mejor amigo».

Aprieto los labios. Paz se ríe. De mí, por supuesto.

—¿Una cita? ¿Por qué? ¿Por qué ha hecho eso?

Alina sonríe. Paz lo hace de forma maliciosa. Yo llevo ambas manos al vaso de cerveza y bajo la vista; eso sí, atento como buen poli que soy a los detalles.

—¿Tal vez porque soy una mujer y puedo gustarle a alguien?

Joder que sí puedes gustarle a alguien, a muchos. A mí, sin ir más lejos.

Samuel chasquea la lengua y comienza a ponerse rojo. Mala señal, señoras y señores, muy mala señal.

Hermano protector saliendo en tres, dos...

—Tonterías. Espero que te hayas negado. Es... joder, es José.

Becca se cuadra, se lleva las manos a las caderas y vuelvo a tener ganas —muchas ganas— de sacarla de aquí, encerrarla en mi casa y no dejarla salir en años. Ya lo de los días, semanas o meses no me vale.

Estoy celoso, sí. Muchísimo.

Y, creedme, soy perfectamente consciente de que es culpa mía, ya lo sé, dejad de pensarlo.

—¿Y? —replica Becca—. Como si es Perico el de los palotes. —Me mira; no sé qué espera que haga—. Por supuesto que le he respondido que... —No aparta sus ojos de mí—. Sí. Le he contestado que sí.

La rabia me consume.

Samuel se levanta y se acerca a la barra.

Eres hombre muerto, José, solo que todavía no lo sabes.

Capítulo 14

Le he dicho que sí

Becca

—Que has hecho, ¿qué? —pregunta Alina desde el baño de mi casa.

Resoplo, no pienso gritar. *Dinamita* se enfadaría porque estoy interrumpiendo su siesta y se colgaría de la lámpara a modo de *vendetta*.

Empiezo a cogerle cariño a ese gato.

Avanzo por el pasillo hasta que llego al lavabo. Mi amiga se está desmaquillando.

—Le he cambiado la pasta de dientes por silicona para azulejos. Se me ha ocurrido esta mañana y no he podido contenerme. También le he roto varias de esas camisas de chico fino y ricachón que tiene, y le he puesto arena de gato en la almohada... arena sucia —especifico —, y he metido unos cuantos pares de zapatos en la bañera, con agua, por supuesto. Y esos también tenían pinta de ser caros. —Muevo las cejas para que me entienda.

—¿Y cómo te ha dado tiempo a hacer todo eso?

—Pues es muy sencillo. He ido al baño, ¿recuerdas? —Alina asiente—, y ahí he puesto en práctica parte del plan, y luego solo he tenido que retrasarme un poco para volcar la bolsa de la arena, meter los zapatos en el agua y cargarme las camisas... que, por cierto, serán muy caras, pero han sido fáciles de rasgar.

Y ya puede dar gracias a que no he encontrado preservativos cuando he abierto los cajones de su mesilla de noche, porque tenía un imperdible escondido en el bajo de mi camisa y me disponía a picárselos todos por bastardo infiel.

No es que esté a favor de las venganzas porque sí. Solo de las venganzas justificadas. Y esta lo es.

No es buen momento para contarle que tengo pendiente hacerle

una visita a África, ¿verdad?

—Yo te quiero mucho, Becca, de verdad, pero no me ayudas en nada haciendo eso.

No, lo de África mejor me lo guardo.

—¿Seguro? —Pongo ojitos de niña buena y Alina sonríe.

—En realidad, sería divertido ver su cara. Qué pena no estar presente cuando se cepille los dientes o cuando apoye la cabeza en la almohada.

—Exacto.

—Y hablando de penas...

—Uhhh, ¿es un eufemismo para hablar de penes...? —bromeo.

—¿Qué? ¡No!

—Vale —acepto a regañadientes—. Entonces, ¿qué?

—De verdad has aceptado salir con José, ¿no?

Confirmo sus palabras con un ligero cabeceo y regreso sobre mis pasos hasta el salón. No tengo hambre después del atracón que nos hemos dado en el bar gracias al picoteo, así que me acurruco en el sofá, con *Dinamita* cerca.

—¿Por qué no iba a aceptarla? ¿Estás de parte de mi hermano?

Porque, tras aceptar esa cita, lo único que ha hecho durante toda la noche ha sido refunfuñar sin parar. Ni siquiera me ha mirado a los ojos.

—No, no es eso. —Alina parece estar pensando en algo, espero que en algo relacionado con Samuel, pues, aunque él no me haya mirado, yo sí he podido darme cuenta de lo cerquita que estaba de mi amiga, todo el rato ahí, rozándose, casi casi como he hecho yo con Noel, solo que el poli ha mantenido las distancias y no ha habido forma. Al menos podría haber metido su mano bajo mi vestido... de manera accidental—. Es solo que estaba convencida de que estabas loca por mi hermano; no creía que, después de tantos años, se te fuese a pasar.

¡¿Qué?!

—Por supuesto que no se me ha pasado. Sigo loquita por Noel. —Me ofende que tenga dudas al respecto.

—Ahora sí que no entiendo nada.

—A ver, deja a la mente prodigiosa de esta pandilla de tres... —Miro a mi alrededor y recuerdo que Paz no está; otra vez ha puesto una excusa barata y se ha marchado. Sigo pensando que le pasa algo y

no nos lo quiere contar—. Tres si contamos al gato, porque nuestra amiga ha desaparecido sin dejar rastro. —Y no lo digo con inquina... o, bueno, quizá con un poco sí—. En fin, la idea es poner celoso a tu hermano porque los tíos son muy básicos: no se dan cuenta de lo que tienen hasta que lo pierden. Héctor me ha dado la idea hoy.

—¿De veras tenemos que hablar de él?

—Es un ejemplo. Te señalo un punto y tú me miras el dedo —le explico.

—Dame más detalles sin mencionar a mi ex.

—Cuando hemos ido a recoger tus cosas, allí, delante de todos, se ha rebajado porque ha sido consciente de que te había perdido, así que, cuando José me ha propuesto salir con él, he pensado... ¿y si acepto la cita, Noel se pone celoso y se da cuenta de que ha estado siempre enamorado de mí?

Alina suspira.

—Yo siempre he creído que a mi hermano le gustas.

¿En serio? Buceo en su mirada por si me lo está diciendo para consolarme o para que no me ponga triste... o bien para que me calle de una vez porque sé que con este tema soy una pesada de campeonato.

—¿Qué te hace pensar eso? —indago.

Necesito información y ella me la puede proporcionar porque es su hermana; tal vez hayan tenido «la conversación» y no me lo puede contar porque le ha prometido no hacerlo. Más o menos como Samuel y yo. Solo que mi hermano nunca me ha confesado nada y yo tampoco le he prometido nada.

—No sé, tengo ligeras sospechas. Y esta noche estaba de buen humor hasta que José te ha invitado a salir. —Alza los hombros.

Me hago ilusiones preciosas en las que mis cinco hijos corren a saludar a su padre, que llega de detener a todos los malhechores de la ciudad.

—Pues, si tus ligeras sospechas son ciertas, pienso aprovecharme de José. Esto es así: estoy dispuesta a enamorar a tu hermano y lo voy a conseguir cueste lo que cueste.

—Cueste lo que cueste suena un poco radical, y los extremos en esta vida son malos.

La mato, de veras; es que es demasiado sensata. Yo seré radical, pero ella es en exceso racional. Los polos opuestos se atraen, ¿no? Por

eso, Alina y yo, vamos a muerte en esta vida.

—Hablo de forma figurada, Alina. Figurada —reitero por si tiene alguna duda.

—Vale, lo entiendo. En el fondo no me parece tan mala idea.

Menos mal.

—Y lo agradezco.

—¿Cuándo tienes esa famosa cita?

—Me ha pedido que salgamos mañana por la noche. Le he dicho que se lo confirmaría porque el lunes trabajo doce horas y necesito descansar para estar lechuga como una fresca. —Me carcajeo; Alina, no—. Si Paz estuviese aquí, entendería el chiste. Es más, lo habría hecho ella. ¿Dónde crees que está?

Mi amiga me observa unos segundos de más.

—Yo creo que está saliendo con alguien.

—O tiene un abono en un club *swinger*.

—¿Qué? ¿En serio?

No lo descartemos, que Paz está más pirada que yo y eso ya es decir.

—No sé, lo que sí tengo claro es que desaparece durante horas, no contesta al teléfono, no nos explica lo que hace... y todo eso es muy raro en ella. Demasiado raro en ella, que de por sí ya es la reina de las rarezas.

Alina me da la razón.

—¿Crees que no confía en nosotras? —Percibo cierto pesar en su tono.

Al final, niego con la cabeza antes de hablar.

—No. Si no nos lo ha contado es porque está asustada, y ya sabes que Paz es de esconder sus emociones. No es como tú o como yo, que nos lanzamos y a tomar por el culo todo. —No se puede ser fina siempre, chicas—. En ese sentido, ella es mucho más introvertida. Cuando esté preparada, nos lo explicará. Yo, desde luego, no pienso presionarla como hice el otro día. Le pedí disculpas y lo hice en serio.

Alina se sienta a mi lado, apoya su cabeza en mi hombro y suspira.

—Para lo matona que eres, tienes un corazón enorme.

Apoyo mi cabeza en la suya.

—No se lo cuentes a nadie, tengo una reputación que mantener.

Capítulo 15

Y me quedo más ancho que pancho

Becca

Me he levantado lo suficientemente temprano para dejarle a Alina una nota apoyada en su taza de café explicándole que tenía una cosilla que hacer.

Me alegra que esté en casa y que también ponga de su parte para salir adelante. Anoche estuvimos hablando hasta las tantas y hoy... hoy he tenido que tirar de gafas de sol y corrector de ojeras.

No solo nos reímos y bromeamos, también tenemos conversaciones serias en las que ella me cuenta que se siente triste y desolada porque, aunque intenta hacerse la fuerte y la valiente —por ella, por nosotras, por su familia—, le duele que todo su mundo se haya ido al traste sin querer.

Yo la entiendo, de veras que lo hago, porque Alina lleva tanto tiempo saliendo con Héctor que me imagino que debe de sentirse rota cuando todos los recuerdos bonitos acuden a su mente.

Porque, sí, esas cosas pasan. Lo bueno y lo malo, las cicatrices y las heridas, las risas y las confesiones, los primeros besos, las primeras caricias, los «te quiero», todo eso está ahí y, aunque intenta simular que no le afecta, lo hace.

Las rupturas siempre lastiman, aunque se acabe el amor. Duelen. No hay nada más desgarrador que un recuerdo roto, que un «lo que pudo ser y no fue», un «lo que quise que fuese y nunca se dio».

Dejo todos mis pensamientos existenciales a un lado y toco el timbre de la puerta. Aguardo con un bizcocho de plátano en la mano que he comprado de camino y que debería haber dejado en el coche de Samuel, aparcado justo delante de la entrada principal.

Yo no tengo coche, ni siquiera quiero tenerlo, pero eso no quiere

decir que no sepa conducir y tomar prestado —nada de robar, que es delito— el coche de mi hermano.

Vuelvo a tocar al timbre, esta vez un poco más insistente, pero, nada, no hay forma. Y es extraño.

Total, como me conozco este lugar, doy la vuelta a la propiedad y me planto frente a la verja por la que el otro día Paz y yo nos colamos. Está entreabierta; técnicamente, es una invitación para que acceda, no estoy incumpliendo ninguna norma, ¿verdad?

El pastel de plátano no me va a responder.

Empujo la puerta con la mano que tengo libre y se abre del todo ante mí. A la luz del día, esta granja es mucho más bonita; la otra noche parecía tétrica. A un lado distingo unas cuantas ovejas que comen sin siquiera mirarme. Los cerdos están en una pequeña pocilga y me pregunto si cada día Pancho los mete bajo techo antes de irse a la cama. Sería como un hotel de lujo. Hotel Pancho.

Continúo caminando, mirando por donde piso, claro, por si encuentro minas tipo boñigas, y llego hasta un corral con gallinas. Dentro está la persona a la que busco, y a su lado está...

Está...

Sin camisa está...

Abro la boca. No es la primera vez que lo veo con el torso al aire, porque hemos ido a la playa juntos en muchas ocasiones, solo que, no sé, se me cortocircuita la neurona que me queda cuando veo a Noel frente a mí, con unos vaqueros desgastados, unas botas altas y nada en la parte superior del cuerpo, y cuando digo «nada», quiero decir nada.

Es el granjerito sexy.

No sé si está más bueno de poli o de granjero.

Me acercaré un poco más solo para ver si tiene vello, músculos sobre los que babear o cualquier lunar que no haya sido capaz de memorizar en otras ocasiones.

¿Qué? Lo hago porque todas queremos saber más, no solo yo.

Aunque debo parecer patética, guardo silencio mientras los oigo bromear. Pancho tiene una risa ronca, muy característica de él y que me recuerda mucho a la de su nieto. Aunque creo que, en cuanto al carácter, Alina se parece mucho más a su abuelo que mi futuro marido.

Sigo aquí, quieta, empapándome de las vistas... y no hablo de los animales, no, al menos no de los cuadrúpedos; hablo de Noel y de la

importancia en esta vida de aparecer justo en el momento en el que no lleva ni una prenda que cubra su torso definido.

Si todos los polis son así, como él, hago un llamamiento para que me detengan por cualquier cosa que haga, lo que sea. Y os puedo asegurar que hay miles de motivos para que eso suceda, porque mira que hago travesuras.

Unos carraspeos me hacen apartar la vista.

Joder, ¿por qué? ¿Por qué, Señor? ¿Por qué? Con lo bien que mis ojos estaban en ese lugar, con toda esa piel al aire libre...

—Buenos días, Becca.

Noel aparta sus ojos de lo que estaba haciendo al oír mi nombre. Yo, claro, no alzo la vista porque sigue fija en su pecho... que ahora veo mejor porque se ha incorporado... aunque espero verlo mejor pronto, más de cerca, tocarlo y esas cosas. Si mi plan para enamorarlo sale como tengo en mente, lo tendré comiendo de mi mano en menos que canta un gallo.

He dicho.

—Buenos días. —Logro unir dos palabras, algo es algo.

—¿Te has levantado temprano para venir a echarnos una mano o solo estás aquí para mirar?

Pancho, como podéis ver, es bastante directo.

—He traído el desayuno. —Yo me quiero desayunar a tu nieto—. Y también he venido para agradecerte que no me denunciaras por llevarme la mierda de tu vaca.

Pancho se gira y mira a Noel, que no aparta su mirada de mí.

Uy, que creo que alguien quiere desayunarme a mí... y no hablo de las vacas, las ovejas o los cerdos.

Las ilusiones que me hago siguen siendo increíbles.

El abuelo de Noel vuelve a mirarme y se sacude las manos.

—Vayamos dentro y me lo explicas todo.

Empieza a andar y se adelanta. Yo me quedo atrás porque... porque sería de estúpida no pararse a mirarlo un poco más.

Noel camina hasta donde me encuentro; por supuesto, está encantado de conocerse. Paso firme, seguro. Sus ojos oscuros refulgen y su media sonrisa me derrite el alma, y suspiro como una adolescente que está frente a su cantante favorito.

También suspiraría igual si me encontrase a Harry Styles, no os vayáis a pensar.

—¿Hay algo que te guste?

Abro la boca, abro más los ojos, abro mi vagina... Todas las puertas abiertas, señoras y señores.

¿Eso es una provocación?

¿Un enamoramiento repentino?

¿Producto de los celos?

«Finge que no te importa, Becca. Hazlo sufrir. Cuanto más sufra, más ganas tendrá de empotrarte cuando te coja.»

—Sí, justo ahí. —Señalo tras él una cabra—. Es taaan bonita... Seguro que a Puri le encantaría tener una igual.

«Soberana tontería has largado, maja, es que... ves un pecho y las neuronas a tomar viento fresco.»

«¿Qué? No es un pecho cualquiera, joder, es *su* pecho. El suyo.»

Me dispongo a darme la vuelta con toda la dignidad que me cabe en el cuerpo... aunque es bastante poca porque yo no sé lo que significa eso, es una de mis tareas pendientes.

Y, entonces, Noel, me agarra una mano.

Es... electrizante.

—¿Vas a salir con él? —me pregunta.

Por unas décimas de segundo me quedo descolocada. Se refiere a... ¡Claro! Se refiere a José.

A ver si Alina va a tener razón y resulta que le gusto de veras y yo saliendo con tipos con los que no quiero salir.

—¿Con quién? —Hacerse de rogar no es malo; es tan bueno como una venganza.

—Con José. —Puede que sea mi cabeza, pero... os prometo que es como si hubiese escupido su nombre.

—Claro. Ya os lo conté anoche.

—¿Por qué?

«Porque tú no me lo pides, poli.»

Me encojo de hombros, restándole importancia a su pregunta, aunque, por supuesto, la tiene.

—Porque me apetece, porque nunca se sabe lo que puede pasar y porque yo no desaprovecho las oportunidades.

Me deshago de su agarre, a regañadientes, porque no hay nada que me guste más que su tacto.

Cuando llego a la casa de Pancho, ya me espera con una jarra de leche, unas cuantas tazas, platos y cucharillas.

Me mira como si supiese lo que yo quería que sucediese mientras nos quedábamos solos su nieto y yo; no lo que de veras ha ocurrido, sino eso que me habría gustado, lo que he soñado. De todos modos, agradezco que no haga comentario alguno al respecto.

—No te perdonaré jamás que no me hicieses cómplice del delito.

Ufff, respiro de nuevo.

—Veo que alguien por aquí tampoco siente mucho aprecio por Héctor —comento.

—Siempre me había parecido un tipo que ocultaba algo. Siempre —afirma.

—Es un imbécil que no ha sabido valorar lo que tenía —resuelvo llena de convicción.

Alza los ojos y observo la puerta, Noel entra.

—Los trenes solo pasan una vez en la vida —sentencia, y mucho me temo que estas palabras no iban dirigidas a Héctor, ni siquiera a mí.

—¡Tengo un vídeo! —grito.

Pancho me sonríe pérfido.

—Me has alegrado el día, niña.

Capítulo 16

La famosa cita

Becca

Paz y Alina esperan en el salón de mi piso a que me prepare para la cita. José me ha enviado un mensaje para asegurarse de que no lo voy a dejar plantado y le he confirmado que no lo haré.

Aunque debo decir que ganas no me faltan. Que es muy majo, pero no es mi tipo para nada.

—Asegúrate de llevar preservativos, por si cambias de idea y te entregas a una noche loca de fornicio descontrolado.

Alina se tapa la cara. Oigo un gruñido que procede de fuera de casa.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta mi amiga, la del bate y la dueña de la frasecilla anterior; esa misma.

Me acerco hasta la puerta, solo con el sujetador en la parte superior, y abro. Mi hermano está en el rellano, con las manos en los bolsillos y la cara roja como una pizza de tomate.

—¿Qué haces ahí plantado?

—No puedo entrar porque soy alérgico al gato, ¿recuerdas? Pero eso no quiere decir que no pueda esperar aquí y leerte la cartilla mientras bajas las escaleras. Lo traigo todo apuntado por si resulta que se me olvida algo. —Mueve un papel frente a mí justo antes de que sus ojos desciendan unos milímetros—. Rezo para que ese no sea tu atuendo porque tendría que matar a José y acabaría en la cárcel. Sobre tu conciencia caería.

Me miro. Ni de coña.

—Me estaba vistiendo hasta que he oído tu gruñido.

Samuel señala a Paz.

—He oído lo de los preservativos. —Clava los ojos en mi amiga —. Ni se te ocurra. —Esta vez, en mí.

—¿Crees que tu hermana es virgen? —Esa es Paz. Se va a liar muy gorda como sigan por ese camino.

—Por supuesto que lo es.

Todas, las tres, giramos la cabeza para que no vea nuestra cara. *Michi* se levanta; me temo que hasta él se está riendo de la ingenuidad de mi hermano.

—Ya, claro —apunta Paz.

—¿Hay algo que tengas que contarme? —inquiere Samuel.

Los dejo a solas para marcharme a mi habitación, pues no quiero enfrentarme a una conversación cuyo final puede acabar como el rosario de la aurora; es mejor huir. Nadie afirmó que fuese valiente, solo vengativa.

Me enfundo una camisa sexy; no lo hago por José, por supuesto que no, sino para que, si más adelante sale el tema de la cita a colación mientras Noel está en el bar, el camarero me tache de chica macizorra... y, para eso, tengo que serlo.

No doy puntada sin hilo.

Me retoco el maquillaje y salgo de nuevo.

Paz y mi hermano siguen discutiendo sobre sexualidad. No me interesa.

—¿Qué tal estoy?

Le doy la espalda a Samuel, solo que, con la camisa que llevo puesta, se puede hacer una idea de cómo es la prenda por delante.

—Guauuuu. —Esa es Alina.

—Estás cañón. —Esa es Paz.

—Ni de coña sales así a la calle. Lo que llevabas antes y esto es más o menos lo mismo.

Me giro, mi hermano me ve. Frunce el ceño. Es mi cromañón favorito.

—Se te ve todo, Becca.

—Llevo tela. Solo que es transparente.

Se quita la sudadera y me la tiende.

—Maldito gato —farfulla.

—No pienso ponerme eso.

—No pienso dejarte salir.

Lo que me faltaba.

Alina se levanta y se acerca a Samuel. Ya está, tema solucionado. Ella no lo sabe; no obstante, podré hacer lo que me dé la gana porque

mi hermano, a su lado, deja de ser un ser racional para ser un ente enamorado... hasta las trancas.

—No es justo —suplica.

—Pásalo bien —se despide Paz moviendo los dedos de una mano frente a mí.

—Espero que no desaparezcas cuando vuelva.

Me saca la lengua. Fijo que lo hace, aunque ya no puedo verla.

Desciendo por las escaleras oyendo las protestas de mi hermano sobre la lista que había preparado y que no va a poder leerme. Al llegar a la puerta de Sonsoles, esta abre rauda y veloz.

—Uhhh. Estás tremenda.

Le guiño un ojo y me acerco.

—¿Ha venido alguien a visitarla hoy? —Le he pedido que vigile. Sonsoles no ha protestado.

—Mientras he estado en casa, no. Cuando he ido a la audición, no tengo ni idea.

Me vale.

—¿Qué tal te ha ido?

—Tengo que volver mañana, me pasaré por tu casa antes.

—Tengo turno de doce horas. Si vienes temprano, te ayudo; si no, nos vemos en el centro comercial o en casa por la noche.

—Tal vez me pase por el centro comercial.

—Seré la que vaya disfrazada de plátano, es la oferta de esta semana.

Sonsoles cabecea antes de hablar de nuevo.

—Pásalo bien en la cita. No es el poli, pero José también está de buen ver. Me recuerda a mi Demetrio cuando era jovencito, antes de hacerme el bombo. Después de hacérmelo, ya no me cayó tan bien.

—Oye, maja, que dos no follan si uno no quiere —lo defiendo, aunque sé que Sonsoles adoraba a su Demetrio a pesar de que se metiese con él a todas horas.

—Cierto. Espero que lo recuerdes tú también esta noche.

Me lanza un beso antes de cerrar la puerta y bajo las escaleras que quedan hasta el portal.

Me pregunto si a Puri le gustaría que la pusiese al día de este cotilleo. Seguramente me lanzaría alguno de sus comentarios hirientes y me invitaría a darme un paseo de vuelta por donde hubiese venido; aun así, mañana me pasaré y lo intentaré. Correré el riesgo de ser

pasto de su ingenio y de su mordacidad.

Cuando abro la puerta, veo a José esperándome apoyado en su moto.

¿Una moto? Eso es como una bicicleta con motor, ¿no?

—José, eres hombre muerto. Como le pongas un solo dedo encima a mi hermana, acabaré contigo y no sentiré remordimientos por ello.

Alzo la cabeza para ver la ventana de mi piso. Podría sentir vergüenza, pero no lo hago porque ya sé que Samuel hace este tipo de cosas, sí. Ya os he explicado que es sobreprotector conmigo y con mis amigas. De verdad, creo que necesita una novia para que deje de meterse en mi vida.

Mi amiga hace acto de presencia en ese instante y tira de él.

—Te esperaré despierto —añade. Ese comentario va dirigido a mí.

—No lo hará —grita Alina.

Me gustaría saber cómo lo consigue.

Recorto la distancia que me separa de José y la verdad es que... es guapo. Iba a decir que «agradable a la vista», lo que pasa es que esa me parece una forma elegante de llamar feo a alguien y José no lo es.

Qué lástima que no sea mi tipo.

—Debo admitir que has ganado puntos solo por soportar con entereza las amenazas de mi hermano. Otro, en tu lugar, habría salido pitando.

José se carcajea.

—Tu hermano es perro ladrador y poco mordedor. —No, no lo conoce lo suficiente, para nada—. Estás preciosa, Becca.

Sonrío, complacida por el cumplido.

—Gracias. —Podría añadir que él tampoco está mal, solo que... no quiero que se haga ilusiones y acabe imaginando que seré yo la madre de sus cinco hijos. Porque, lo siento, no será de esa manera.

—¿Preparada? —Se acerca con un casco en la mano para mí, me ayuda a ponérmelo y luego se enfunda el suyo.

Me explica cómo debo colocarme, me pide que me sujete a él con fuerza y, cuando apoyo mi cabeza en su espalda y tengo las manos alrededor de su cintura, me parece distinguir una figura masculina a lo lejos... una que conozco bien y que me gustaría conocer aún mejor.

La imaginación me juega malas pasadas.

Capítulo 17

Vigilarlos, ¿yo? ¡¿Por quién me tomas?!

Noel

He tenido que tragarme su mirada, sus cumplidos, la manera en la que le ha puesto el casco y cómo Becca ha situado las manos alrededor de su cintura, apretando su cuerpo contra José justo antes de que hayan emprendido la marcha.

Y mientras lo ha hecho, he recordado una y otra vez por qué es él quien la ha invitado a una cita y no yo.

Y me parece que todos los argumentos son una soberana porquería.

Tras ser espectador en primera persona del numerito que ha montado Samuel y de ver cómo mi hermana ha puesto de su parte para que su amiga disfrutase de su salida, no se me ha ocurrido mejor idea que llamarlo y pedirle que viniese a casa. No pensaba poner un pie en ese bar aunque no estuviese el susodicho allí, tampoco me iba a arriesgar a que la llevase al local porque... José me contó lo de la cita, no lo que haría en ella. Chico listo.

Mi mensaje tiene una respuesta corta y concisa, lo que confirma el malhumor que tiene mi amigo. Por supuesto.

Mientras camino en dirección a mi piso —llevar el coche era un riesgo que no estaba dispuesto a asumir— suena mi teléfono.

—Nando —respondo.

—¿Dónde estás?

—En casa. —No es una verdad, pero tampoco una completa mentira; me dirijo hacia allí, ¿no?

—Vale, voy para allá.

—¿Y Lorena?

—¿Qué pasa con ella? ¿La has pillado? ¿Te la has cruzado?

Me pongo en alerta de inmediato.

—No, solo quería saber si venía también.

Nando suspira.

—No, iré solo.

Me cuelga sin ni siquiera despedirse. Desde que pasó lo de Lorena o lo que él cree que pasó, Nando está serio, distante y preocupado. Apenas intercambiamos un par de palabras en la comisaría cuando él era de esos que entraban gritando los buenos días y, si me apuras, hasta cantaba para animarte el turno.

Se nota que está bien jodido.

Yo también lo estaría en su lugar. Es más, miradme...

Accedo al portal de mi edificio, subo a mi planta en el ascensor y entro en mi piso. Samuel no tarda nada en llegar, apenas me ha dado tiempo a quitar la camisa del uniforme de la silla del salón donde estaba y el portero electrónico suena. Abro sin preguntar quién es porque sé, por el modo de tocar, que solo puede tratarse de él... salvo que Nando haya cambiado eso también.

Entreabro la puerta y aguardo con calma.

—Lo voy a matar. —Como saludo, deja mucho que desear.

Alzo la vista y le tiendo la cerveza.

—Nando viene para acá.

—¿Ha pasado algo con Lorena?

—No tengo ni la menor idea.

Nando y Lorena llevan casados un par de meses. Han sido pareja durante muchos años y hace poco decidieron dar el siguiente paso en su relación. No me cabe en la cabeza que todo haya podido cambiar tanto en un período tan corto de tiempo.

Samuel saca su móvil y se pone a toquetearlo.

—¿Qué haces?

—Estoy comprobando la última vez que Becca se ha conectado al WhatsApp.

—Samuel...

—¿Qué? Es mi hermana, ¿vale? Me juré que la protegería. ¿Cómo te sentirías tú si...?

—Si, ¿qué?

—Si tu hermana saliese con un tipo.

Suelto una de esas risas carentes de humor.

—¿Es necesario que te recuerde que la acaba de dejar un imbécil porque se follaba a su mejor amiga?

—Puedo matarlo a él también.

Me jode lo que voy a decir, ¿vale?, os aviso de antemano, pero tengo que hacerlo, es cuestión de moralidad.

—Te guste o no, ella es mayorcita para saber con quién se relaciona... y no solo eso: también para tener relaciones de cualquier tipo.

Chasquea la lengua. Mi argumento le ha sonado a mierda, una mierda como la que Becca le puso a Héctor en una caja y le dejó en la puerta de casa con un cartelito que decía ENTREGA URGENTE.

—José es... José es como de la familia. Es como si tú te liases con Becca. —Joder. Trago con fuerza. Menos mal que baja la vista al móvil de nuevo y no me está mirando porque se daría cuenta de todo —. No te lo perdonaría.

Me cago en la puta.

Esa frase es como un maldito jarro de agua fría. Qué digo fría, directa del congelador, de los glaciares o del océano Ártico.

Ni siquiera sé qué coño responder a eso, así que doy gracias a que Nando decida hacer acto de presencia llamando al interfono.

Me incorporo dejando a mi amigo solo en el salón, teniendo claro que dejará de serlo si entre Becca y yo sucede algo. No sé quién coño se inventó esa clase de normas no escritas sobre que las hermanas de los amigos son intocables; no siento mucha estima por él o ella en este momento, desde luego que no.

Cuando paso por su lado de camino a la puerta veo que le está escribiendo un mensaje. Si no le contesta en diez minutos, irá a buscarla; rastreará su teléfono e irá a por ella.

Muy propio de él y de un psicópata también.

Aguardo a Nando en el rellano y sale del ascensor casi que sin respiración. Cuando se coloca frente a mí, se deja caer de cuclillas sin ni siquiera entrar en casa.

—Eyy, Nando, ¿qué pasa?

Me sitúo a su altura y empiezo a preocuparme muchísimo.

—Lorena está con otro. Lorena está con Guzmán. Lo sé. De veras que lo sé.

—Vamos. —Lo sujeto de un brazo para tirar de él y que se levante y de pronto me doy cuenta de que Samuel está a mi lado, ayudándolo también—. Entremos.

Aborto la idea de una cerveza para él y le preparo una infusión.

—Me ha contado que se iba a casa de su hermana a ver a su sobrino. La he seguido, ¿vale? Está mal, me estoy comportando como un cerdo asqueroso. Ya sé que no tendría que haberlo hecho. Debería entender que ha dejado de quererme sin más, solo que soy un puto cobarde de mierda que no es capaz de enfrentarse a esta situación.

»El caso es que, cuando se marchaba de casa, le he dado un beso en la mejilla, he forzado mi mejor sonrisa y la he dejado ir...

»Y he salido tras ella.

Le tiendo la taza con dos sobres de tila y Samuel me indica que casi que mejor vaya haciendo más porque mueve su teléfono en señal de que nadie le ha dado respuesta a su mensaje. Y sabe que lo he leído. Menos mal que no es igual de astuto con todo.

«No te lo perdonaría.»

Me deshago de esos pensamientos porque no es el momento ni el lugar para pensar en esa conversación, en lo que voy a hacer y en las decisiones que tengo que tomar.

Seguir comportándome como un gallina o enfrentarme a las consecuencias.

—¿Y qué ha pasado?

Suspira.

—No ha ido a casa de su hermana. La he seguido hasta un local situado en las afueras... donde la esperaba Guzmán. Lo primero que ha hecho al verlo ha sido abrazarse a él. Cuando se han separado, le ha acariciado la mejilla y han vuelto a abrazarse.

Intento que la bola que tengo en la garganta se deshaga para poder tragármela... porque ya no las tengo todas conmigo; es decir, sigo pensando que no tiene por qué pasar nada de lo que Nando supone, y hasta ahora he intentado suavizar la situación porque no sabemos a ciencia cierta lo que está sucediendo. Sin embargo, comienza a costarme no dejar que mi imaginación también vuele y posicionarse en el lado malo, en el negativo, como ha hecho Nando o como sé que ha hecho Samuel.

—¿Vas a separarte? —le pregunta este último.

Mi compañero lo mira y encierra su cara entre sus manos. Está destrozado.

—No sé qué voy a hacer. No sé cómo actuar, qué decirle. Llevamos sin acostarnos... —Se toma su tiempo porque esto es algo personal—. Semanas. Casi un mes. Seguro que es el tiempo que lleva

haciéndolo con él.

Samuel asiente, admitiendo que puede que tenga razón. Yo solo guardo silencio. La boca me sabe a hierro.

—No es que no crea lo que nos cuentas, Nando, solo que, de veras, no adelantes acontecimientos, no te precipites, no tomes decisiones sin hablar con ella.

Me mira, entrecierra los ojos. He sido yo el que ha expresado esas palabras.

—¿Acaso no me crees? ¿No has escuchado nada de lo que os he contado?

Niego con la cabeza.

—No es eso, de verdad que no es eso. Es que... es Lorena.

Eso parece romperlo mucho más por dentro y me pregunto si no habría sido mejor que me hubiera callado y no soltar lo que pienso.

—Lo sé. Solo que ya no es la Lorena que yo conocí, la Lorena de la que yo me enamoré.

Samuel y yo cruzamos nuestras miradas y sé que no es solo Nando quien tiene el corazón roto; a nosotros esto nos afecta también porque somos amigos. Buenos amigos.

Capítulo 18

Que nadie me despierte

Becca

Pssss.

Ni bien ni mal.

Tampoco regular.

La cita ha sido... bueno, ha sido. Es decir —qué mala persona me siento—, José se ha comportado como un encanto, se ha esforzado por ser simpático, por hacerme sentir a gusto, por conocerme, pero... —sí, hay un enorme inconveniente—... no es Noel.

Pensaba que acabaríamos en algún antro de mala muerte, entre motoristas tatuados, bebiendo cerveza en vasos que apenas han sido lavados y con música de los años sesenta.

Mmmeeecccc. Error. José me ha llevado a un local precioso, con unas vistas inmejorables a un acantilado, y sonaba música romántica.

Vamos, que se lo ha currado a tope.

Ahora bien, el «inconveniente» sigue ahí. Y me hace plantearme si de veras todo esto vale la pena, porque José es un buen tipo y se merece a una chica que esté a su altura. Y no hablo en sentido literal, hablo de alguien que hubiese disfrutado de esa cena como se merecía.

—Me lo he pasado genial, Becca.

Sonrío de forma instintiva; por quedar bien, vaya.

Le tiendo el casco y él lo guarda en el hueco bajo el asiento; el suyo se lo cuelga de un antebrazo.

—Te acompaño hasta la puerta, como buen caballero que soy.

Me carcajeo, esta vez sí ha sido sincero.

—Nunca he dudado de ello.

Me guiña un ojo. Caminamos en silencio, el único sonido que nos acompaña es el de nuestras propias pisadas y algún que otro vehículo que pasa por allí. Se nota que es domingo por la noche y que mañana

hay que volver a la rutina... y, al pensar en la palabra *rutina*, caigo en la cuenta de que, cuando me suene el despertador y tenga que disfrazarme de plátano durante doce horas, querré matar a José por esto.

—En serio, Becca, me lo he pasado genial —repite—. Me encantaría poder repetir. Pronto. —Hace una pausa, aguardando mi respuesta.

Me debato entre hacer lo correcto, que no es otra cosa que confesarle la verdad, ser una buena chica, o aceptar esa nueva propuesta de cita y a ver qué pasa. Nunca se sabe. Tal vez un clavo quite otro clavo.

«Salvo que tú no quieres que nadie te quite ese clavo con cuerpo de poli.»

«Touché».

Decido navegar entre el mar de la mentira y el de la verdad.

—Si te portas bien, me lo pensaré.

Él asiente y se acerca.

Todas las alarmas se disparan y comienzan a pitar a la vez. ¿Qué digo pitar?, a estallar, como si no hubiese cabida para otro sonido en el mundo. Ladeo la cabeza cuando sus labios se acercan a mi cara y, bueno, le hago la cobra.

Nadie puede culparme por ello.

—Excelentes reflejos. —Suelta una risotada.

En el fondo sé que lo ha fastidiado, a nadie le gusta el rechazo, aunque José lo lleva con estoicismo.

En todo caso, fastidia... Que me lo digan a mí, que el chico que me gusta no me hace maldito caso. Seguro que en este momento está por ahí, de picos pardos, con alguna compañera poli, trincándosela hasta que ninguno de los dos pueda caminar.

—Nunca dudes de mi astucia.

Me guiña un ojo.

—No se me ocurriría hacerlo, tu reputación te precede.

—Qué mono.

Se despide de mí, en esta ocasión besándome la mano, y yo inclino la cabeza. Se gira y se dirige hacia su moto y bato una mano a modo de despedida cuando arranca, para luego disponerme a abrir la puerta de la calle.

Me extraña que te cagas que mi hermano no esté esperándome en

el portal, con una vela prendida, el pijama, la bata, las pantuflas y un libro que no esté leyendo, porque Samuel no es de los que lee. Parece que Alina ha conseguido que no me espere despierto... ¿Habrá pasado algo jugoso entre ellos?

Ojalá. Jesusito... un empujón divino no les vendría mal.

Ya puestos, a mí tampoco.

—¿Qué mono? —oigo a mi espalda cuando accedo al edificio.

—¡La madre que me parió! —grito.

Me llevo ambas manos a la boca y descarto la idea de un secuestro. ¿Quién cojones va a querer secuestrar a una tía que se viste de perrito caliente o de plátano sin protestar? Desde luego, yo no; yo buscaría a alguien con más *cash* y no a una pobre como una rata.

—¿Qué mono? —insiste.

Me cuadro de hombros y me cruzo de brazos. Mi pezón sigue dentro del sujetador, eso es un gran avance teniendo en cuenta mis antecedentes.

—¿Te ha mandado mi hermano? —inquiero ofuscada.

Samuel, te estás pasando veinte pueblos.

—No, ni siquiera sabe que estoy aquí.

Vale, no está vestido de poli, por lo que tampoco creo que esté de servicio.

«¿Está aquí por mí?»

«¿Por qué debería estar aquí por ti?»

«No lo sé, te pregunto por si tú tienes las respuestas, para eso hablo contigo o conmigo misma, vaya».

—Vale. —¿Qué más puedo decir? ¿Cásate conmigo y tengamos cinco hijos? Saldría corriendo como alma que lleva el diablo.

—No me has respondido. —Sale de las sombras y me acorrala contra la puerta. Baja la vista y se topa con mi camisa, si es que a este pedazo de tela transparente se le puede atribuir ese nombre—. ¿Qué mono?

—No me gusta que me espíen. Y, si me parece mono y quiero decirle que es mono, lo haré, ¿te queda claro?

Sonríe ladino. Se me mojan las bragas.

—Esta es otra de las cosas que me gustan de ti. —Me tiemblan hasta las uñas de los pies, tanto que bailan sobre mis dedos, imaginaos el nivel—. Eres peleona.

Peleona.

Vale. Ser peleona también es bueno. Le gusta de mí que sé defenderme y que soy peleona, las dos cosas van un poco de la mano.

Decido seguirle el juego... total, no voy a perder nada: al contrario, quizá pueda sacar algo provechoso de todo esto.

Y si sale mal, puedo vengarme, eso también es positivo.

—Tengo muchas cualidades, solo hay que saber apreciar cada una de ellas.

Recorto la distancia. No me intimida.

«Te intimida cantidad.»

Vale, sí, pero no voy a dejar que lo note. Ni de coña.

Me paseo a su alrededor. Me encantaría ponerlo nervioso, que se sintiera como lo hago yo.

—Y José parece saber verlas —le susurro al oído.

Estoy jugando con fuego; con un fuego con el que me encantaría quemarme.

Cuando paso por su lado, su mano sujeta la mía con fuerza y bajo la vista; el contacto es ardiente, o quizá soy yo la que lo percibe de esa manera.

Tira de mí y choco contra su pecho. Contra ese pecho que tuve el placer de contemplar y con el que me deleité en la granja.

Se me escapa un gemido. Noel sonríe satisfecho.

«Vaya mierda, eres experta en que las cosas no se noten, sí. Para septiembre.»

Percibo su respiración acelerada, su aliento cálido cerca de mi boca, sus dedos soltando mi mano y de inmediato rodearme la cara. Mi espalda choca contra la pared, ¿o es la puerta? O tal vez sean las puertas del cielo.

Si el cielo fuese un lugar, serían sus labios.

Si el pecado tuviese nombre, se llamaría Noel.

Si el infierno tuviese puertas, serían las de su boca.

—Dilo —me pide. Casi me lo exige.

No logro ni recordar mi nombre como para saber a qué se refiere.

—¿Qué? —balbuceo.

—Dilo, pequeña delincuente —insiste.

Joder, que no lo pillo. Espera, ¿pequeña delincuente?

—¿El qué?

—Di que soy tu fantasía secreta.

Trago. Fuerte. Muy muy fuerte.

Asiento porque... porque no puedo hacer nada más.

—Dilo —me reclama—. Dilo y te lo daré, juro por Dios que lo haré.

—Eres mi fantasía secreta.

Y las puertas del infierno se abren porque la lengua de Noel entra en mi boca.

Y todo, absolutamente todo, se enciende.

Capítulo 19

Sin fuerza de voluntad alguna

Becca

He pasado mañanas, tardes y noches imaginando cómo sería este beso, qué haría cuando Noel me besase o cómo me comportaría si fuese yo la que tomase las riendas.

Lo he hecho vestida de tomate, de perrito caliente, de chica Playboy, de neumático, de tortilla de patata o de dónut; también sin nada de ropa, en la intimidad, cuando fantaseaba con que era él quien me acariciaba, quien me llevaba al éxtasis con sus dedos, con su boca... o con su polla.

Tengo mucha imaginación y no solo para idear venganzas.

La imaginación jamás ha estado a la altura de la realidad.

Su lengua conquista. Sus labios ganan guerras. Su cuerpo invita al pecado. Sus manos son dignas de llevar a alguien a la locura.

Suave, duro, intenso, caliente, excitante, abrumador, lento, acelerado, ardiente y alucinante.

Cuando su boca se separa de la mía y mientras sus manos siguen alrededor de mi cara, yo permanezco con los ojos cerrados porque temo abrirlos y que todo haya sido un sueño. Delirio puro y duro, como el que Noel provoca en mí.

Siento el vacío cuando ya no me toca y entonces me permito observarlo.

Ni siquiera sé qué espero encontrar.

Noel abre la puerta y sale a la calle sin añadir nada, sin despedirse, sin confesarme su amor y sin ponernos de acuerdo sobre los nombres de nuestros cinco hijos.

Solo se marcha, dejándome aquí, ansiosa y excitada.

Salgo tras él, porque no pienso permitir que las cosas queden así. Cuando llego a su altura, alza la vista y mira hacia arriba. Llevo mis

ojos hasta el lugar hacia el que se dirigen los suyos.

La ventana de la habitación de mi hermano.

Samuel me da igual en este instante.

—¿Por qué me has besado?

Mi pregunta lo pilla desprevenido. Baja la mirada y me observa una vez más. Ojalá supiese lo que piensa, lo que siente. Finalmente, se aproxima a mí. Lo percibo tan cerca como si no hubiese un solo milímetro entre nosotros y, a su vez, está a leguas de distancia.

—Porque me apetecía, porque nunca se sabe lo que puede pasar y porque yo no desaprovecho las oportunidades —susurra lánguido en mi oído.

Se aleja una vez que lo ha soltado y me quedo aquí plantada; ahora sí que me siento incapaz de reaccionar. Mi mordacidad se ha fugado por su culpa, junto con mis bragas. Ellas corretean como si fuesen un perrito faldero, las veo; en mi cabeza, claro.

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que Noel se ha ido, solo sé que lo he seguido con la mirada y que tengo claro qué es todo esto.

Me ha besado y ha huido después.

Chasqueo la lengua y mil y una cuestiones se forman en mi cerebro.

¿Por qué lo ha hecho? ¿Acaso estaba celoso? ¿Tiene razón Alina y su hermano siente algo por mí? ¿No he sido capaz de verlo? ¿Es el principio de algo? ¿Volverá a besarme cuando me vea? ¿Huirá de nuevo?

Y, así, una sucesión de preguntas sin respuesta y sin previsión de tenerla.

Abro de nuevo el portal y me quedo ahí plantada. Llevo mis dedos hasta mis labios intentando percibir su sabor o algún rastro de lo que ha sucedido aquí. Suspiro apoyada en la pared, con los ojos cerrados.

Joder, Noel me ha besado. A mí. Sin coacción, sin trampas.

Salvo que todo esto haya sido un poco fruto de la cita con José.

La culpabilidad se cuela por un resquicio de mi mente porque... Los tíos son todos unos imbéciles.

Paso de la sorpresa al enfado en cuestión de segundos.

Cuando llego a la puerta de mi casa, tras ella oigo maullar al gato y recuerdo que hoy no he bajado a ver a Puri para hacerle su visita. He estado demasiado ocupada como para pensar en ello siquiera.

—Vale, no tengo perdón. No solo he usado a un chico para darle celos a otro, cosa que encima creo que ha surtido efecto, sino que, además, te he tenido aquí encerrado todo el santo día, sin ver a tu dueña, al menos de forma oficial.

Lo que debería hacer y lo que hago, distan mucho entre sí.

Miro mi reloj de pulsera. Son más de las doce de la noche y es probable que Puri me mande a tomar viento fresco si toco a esta hora a su puerta. Aunque, psss, qué más da, igualmente ya no me soporta y tampoco tengo sueño... mucho menos después de ese beso.

Desciendo seguida de *Dinamita*, que sabe a dónde vamos. Se mueve rápido, como si él también necesitase un beso de la gata que lo tiene loco.

—Invita a otra a una cita, eso te dará lo que buscas.

Pongo los ojos en blanco y toco el timbre de mi vecina.

Me imagino a Sonsoles observándome a través de la mirilla. Si eso sucediese, habría abierto ya y me habría sometido a un quinto grado. No, ella no es de las que suelen callarse las cosas.

Pego la oreja a la puerta y capto pasos acercándose.

Michi aguarda sentado, moviendo la cola con nerviosismo. Yo estoy tensa por otros motivos menos razonables.

Cuando Puri abre, la sorpresa se refleja en su semblante, aunque la esconde con rapidez.

—Deberías dejarme una llave, así no tendría que llamar para venir a verte.

—Claro, y tenerte aquí constantemente. No se me ocurre un plan mejor, siempre y cuando quiera morir. Y yo no quiero hacerlo, pienso enterraros a todos —sentencia.

Sonrío por la forma en la que lo ha soltado y porque, bueno, porque me encanta su humor ácido. Es divertido a la par que ofensivo... salvo que a mí me la suda mucho.

Puri se hace a un lado y me cuelo en su piso. Pensaba que iba a largarme, pero no lo hace.

—¿Y tus muletas?

—No es de tu incumbencia. —Fría como un témpano de hielo, para no variar.

—Tengo que contarte algo. Algo que me acaba de suceder.

—No quiero saber nada.

—Oh, esto sí querrás saberlo. Es más, es probable que te rías a mi

costa.

Eso capta su atención y se gira de inmediato.

—Soy toda oídos —finaliza.

—Qué mala eres, ¿no?

—Es un gran cumplido, muchacha.

Me planteo ayudarla a llegar hasta el sofá y entonces recuerdo que ella no es de esas. Puri prefiere hacerlo sola porque... porque no quiere sentirse una desvalida. Nunca ha querido eso. Tuvo que ser una mierda para ella no poder ponerse en pie por sí sola cuando se cayó hace unos días.

—Pedir ayuda no es malo... —Dejo la frase flotando en el aire y ella, desde luego, no entiende a qué ha venido eso.

—¿Cómo dices?

Cambio de tema. No es el momento de hablar de esto. Tengo paciencia, no en vano las mejores venganzas se dan gracias a esa virtud.

—He tenido una cita con José. —Pone los ojos en blanco, ni siquiera ha llegado al sofá aún—. Y luego ha venido el poli... ese poli, sí, justo ese.

—¿Te estás inventando otra cita? —me pregunta.

Joder con Puri, qué mala leche se gasta.

—Me reitero en que, lo que tuve con Noel el otro día, también fue una cita... lo que pasa es que él no lo sabe. —De la misma manera en la que tampoco sabe que estoy completamente colada por él y esas cosas, por supuesto—. Aclarado esto, la cita con José sí que ha sido una cita.

—Entonces lo del otro día con el poli no lo fue.

Me levanto. Puri sonríe. Ha ganado la batalla.

—Quiero decir que me la pidió él, me ha recogido en el portal de casa, me ha llevado a cenar...

—Hummm —rumia—, sí, esto parece una cita.

—Y lo de la cena que me preparó Noel...

—Eso no, eso está solo en tu cabeza.

«Toma, ¿no querías bajar a ver a la vecina porque no tenías sueño? Pues ahí lo tienes, jódete, por insensata.»

—Me ha besado. —Puri ladea la cabeza como lo haría Samuel. Si mi hermano se enterase de esto, me mataría. No, mentira, lo mataría a él. Tal vez eso es lo que le haya pasado a Puri y no lo del

multimillonario, ¿no? Se enamoró, su hermano mató a ese chico y se convirtió en una mujer fría y despiadada; una mujer solitaria, terca y coleccionista de insultos inteligentes y mordaces.

—¿Te lo estás inventando, muchacha?

Suspiro o refunfuño. Un poco de las dos cosas. Total, que procedo a contarle con todo lujo de detalles el tema en cuestión. Puede que Puri sea una máquina de consejos y me dé alguno, no sé, que me ayude a decidir cómo actuar; a saber si debo lanzarme a la piscina sin flotador ni nada o bien debo huir despavorida... o aceptar la nueva propuesta de cita de José y ver qué pasa...

—Me estaba esperando en el portal. No sé por qué, pero estaba ahí y... —tiemblo al rememorar el momento y, a su vez, me mosqueo porque quería más—... y me ha besado.

Satisfecha tras habérselo contado todo, guardo silencio unos segundos.

—¿Quién?

¿Es que no ha escuchado nada de lo que le he explicado?

—¿Pues quién va a ser? ¡El poli!

Niega con la cabeza.

—No, que quién te ha preguntado.

Capítulo 20

Doce horas siendo un plátano

Becca

Podéis reíros de mí todo lo que os salga del papo. Imaginaos si estoy cansada que he regresado a casa sin cambiarme de ropa... y eso que el amarillo de mi disfraz se tiene que ver desde Marte.

Decido posponer el plan que tenía de ir a casa de África a hacer una cosilla que tenía en mente —nada, una cosa sin importancia con la que yo me reiría mucho y ella... A ella no creo que le hiciese maldita gracia— y subo los escalones como si tuviese una resaca del quince.

Cuando estoy en el rellano de Sonsoles, esta abre la puerta y sale vestida...

—¿Qué coño?

Lleva una camiseta negra ceñida con escote Bardot —para que todos nos enteremos, es de esos que dejan los hombros al aire—, unos pantalones pitillo también negros, de piel, extremadamente ajustados, unos zapatos rojos, pero muy muy rojos, y un cinturón con una hebilla considerable. Ah, bueno, y una peluca rubia llena de rizos que ocultan su habitual pelo azul.

—Te gusta, ¿eh? —Comienza a masticar chicle, un chicle que dudo que tenga, como si fuese una cabra montesa.

Estoy demasiado cansada como para hacer una broma al respecto, la verdad.

Asciendo hasta mi piso seguida de Sandy; sí, Sonsoles va vestida de Sandy y yo, de plátano. Directas al psiquiátrico que vamos tras esto.

—Hoy Puri ha recibido una visita —me cuenta subiendo tras de mí. Guarda una distancia prudencial porque mi disfraz ocupa como tres escalones—. Era el repartidor de la compra. No le ha dado

propina.

Muy típico de ella, sí. Me descubro sonriendo. Cuando llego a la puerta de mi piso, mi hermano está fuera.

Agradezco que sea alérgico a los gatos.

—Te estaba esperando —me recrimina, como si yo hubiese hecho algo malo, no te jode. ¿Besar a Noel se considera algo malo? Para mi hermano, seguro que sí. Sus ojos se fijan en mi atuendo, aunque lo que le llama la atención es la figura que viene tras de mí—. Hola, Sandy —pronuncia con descaro, como si él fuese Danny.

La abuela de Paz sonríe.

—Tengo una audición. Quiero ganar ese primer papel y quitárselo a Rita. Rita es una gilipollas de campeonato que se cree que, por ser rubia, ya puede robarme el puesto... una vez más.

De Rita, si queréis, hablamos en otra ocasión.

Abro la puerta y *Dinamita* sale a recibirme. Se le erizan todos los pelos y enseña los dientes cuando se encuentra con un plátano gigante, es decir, conmigo.

—Muerte por gato —pronuncia Samuel.

Lo ignoro por completo, a mi hermano y al gato, por supuesto.

—Estoy segura de que esta va a ser tu ocasión. —Analizo su atuendo y es perfecto—. A ver, dime alguna frase.

Sandy o, lo que es lo mismo, Sonsoles, se pone recta y empieza... a cantar. No a recrear una escena en concreto, empieza a cantar y a mover las caderas como en la última escena de la película. Pierna adelante, cadera adelante, pierna atrás, cadera atrás.

Yo lo único que oigo es: «Uoloueia, euo, euo, uh, uh, uh, joni. Uoloueia, euo, euo, uh, uh, uh, joni». Si el puesto depende de su nivel de inglés, estamos jodidos.

—Se le mueven... —Los pechotes...

—Sí —corta Samuel mi frase—. Necesitaré ayuda psicológica después de esto. Me marcho.

Lo observo abrir la puerta de su apartamento, contiguo al mío, y, antes de cerrar, me hace un gesto con la cabeza que ya sé bien lo que significa. Tengo que pasarme luego.

Ya sabía yo que no iba a salir indemne de esta. No con Samuel como hermano.

Puñetero plasta.

—¿Qué tal lo he hecho? —me pregunta Sonsoles cuando acaba.

No está asfixiada ni nada; ha cantado y bailado mejor de lo que lo haría su nieta... o yo.

—Vas a conseguir ese primer puesto y, si no, me encargaré de Rita personalmente.

La sonrisa que me dedica me indica que le ha gustado mi propuesta.

—Hablamos mañana. Haré algo de comer.

—Trabajo. —Me señalo el vestido—. De plátano de nuevo.

Finge una mueca. Su disfraz es mejor que el mío. Ella lo sabe, yo también; incluso *Dinamita*.

—De cenar —puntualiza.

Asiento.

—¿Vendrá tu nieta? No sé nada de ella.

—¿Tú también lo has notado?

¿Notado? Como para no hacerlo.

—¿Qué sabes? —inquiero.

—No suelta prenda. Oculta algo.

No puedo evitar fruncir el ceño.

—Mucha suerte —le deseo.

Y se marcha cantando como si todo le importase un comino. Y eso es justo lo que sucede. A Sonsoles se la bufa todo.

Entro en casa y *Michi* me sigue casi pisándome los talones.

—Luego le haremos una visita a tu humana si es que me abre la puerta.

Total, que dejo la puerta del baño abierta mientras me ducho para que el gato no se sienta solo. Cuando salgo, está sentado sobre el váter, lamiéndose una pata. Me visto y decido enfrentarme a la situación. Y con «situación» me refiero a mi hermano.

Sonrío al pensar que Noel es «un inconveniente» y mi hermano, «una situación».

—Espérame despierto —le pido. *Dinamita* ya está tirado en el sofá, consciente de que hará lo que le dé la real gana porque él es el amo y señor de todo el feudo.

Toco con los nudillos a la puerta del piso de Samuel, que parece haberme estado esperando justo tras ella porque abre casi al instante.

Tira de mi mano y me transporta a la noche anterior, cuando Noel hizo exactamente eso antes de besarme.

Joder, me encantaría que me besase de nuevo.

¿Estará él pensando en mí también?

¿Querrá otro beso?

—¿Me estás escuchando? —No, por supuesto que no. Tenía mejores cosas en las que pensar... o que recordar—. Vale, no respondas a eso. No necesito que me contestes a eso —matiza.

No es porque sea mi hermano, pero es listo. Aunque rezo para que no lo sea tanto como para leerme la mente y atarme a la pata de la cama y no dejarme salir nunca más por lo que hice anoche.

Desvío la atención, que no se note. Que no lo note.

Trago saliva.

Mal rollo, mi hermano interpreta eso como algo que no es.

—Por favor, dime que no te has acostado con José.

De haberme acostado con alguien anoche, José no encabezaría la lista.

—No me he acostado con José.

Sam respira, yo también.

—¿Te hizo sentir incómoda en algún momento? —Ladea la cabeza, me estudia. Analiza mi lenguaje verbal y el no verbal.

Niego con la cabeza.

—No.

—Has contestado muy rápido.

—He contestado rápido y te he dicho la verdad —apunto con firmeza.

—Necesito más información.

Me acerco a él y lo abrazo porque... porque sé que puede parecer un psicópata, pero lo hace por mí, porque quiere que esté bien, porque solo pretende protegerme sin entender que no puede hacerlo toda la vida.

—Me llevó a un sitio precioso, cenamos, compartimos una buena conversación. Dimos un paseo por los alrededores, me trajo a casa y se despidió de mí.

—¿Nada más? —De nuevo esa actitud de sabueso.

—Nada más. —Técnicamente, no es una mentira, porque... porque, bueno, lo que sucedió fue con Noel, no con José.

Samuel apoya su barbilla en mi cabeza y suspira, como si hubiese estado conteniendo el aliento durante un buen rato.

Me planteo felicitarlo porque anoche no me esperase en el portal o agazapado tras la ventana; sin embargo, en última instancia decido

no añadir nada sobre ese tema, porque tal vez lo interprete como que es algo que necesito que haga, que espero que haga. Y tras lo acontecido anoche y la posibilidad —por favor, Jesusito, escucha mis plegarias— de que pueda volver a suceder, no quiero darle motivos a mi hermano para que me espíe.

Que yo lo quiero mucho, solo que bien de la azotea no está.

—¿Piensas hacer algo con Alina? —suelto la pregunta que lleva días rondando mi cabeza.

Samuel se cree que la policía es tonta.

Se separa de mí de forma brusca.

—¿Qué quieres decir? —inquiere.

Su actitud cambia por completo al darse cuenta de que ha querido que viniera para interrogarme y le estoy dando la vuelta a la tortilla.

Me encamino a la cocina y abro todos los cajones hasta que encuentro un *pack* con tres paquetes de palomitas. Extraigo uno y lo meto en el microondas, programo tres minutos y, mientras mi tentempié comienza a explotar, apoyo ambas manos en la encimera y clavo mis ojos en él.

—No tienes que confesarme nada porque ya lo sé. Te conozco lo suficiente y veo cómo la miras.

—¿Desde cuándo?

Suelto una risilla irónica.

—¿Desde siempre?

Se acerca y toma asiento en una butaca que ha tenido mejores días. Cuando la compró hace una década, por ejemplo.

—No puedo hacer nada, Becca. No es el mejor momento para ello. Piénsalo. Ponte en su lugar.

Me imagino la escena y de inmediato le doy la razón.

—Vale. Acaba de pillarlo en la cama con su amiga. No, definitivamente no es el momento.

A pesar de ello, me niego a que mi hermano no haga nada al respecto. No quiero decir que tenga que ser ya, pero, al menos, debe valorar las distintas opciones.

Saco el paquete de palomitas, las vuelco en un cuenco y lo dejo frente a los dos.

Alzo la vista y me pregunto qué sucedería si yo también le confesase que estoy enamorada de Noel desde siempre; desde que era

una renacuaja y mis pezones no salían de paseo solos.

—Pase lo que pase, estaremos juntos. —Es todo lo que sale de mis labios. Todo lo que puedo añadir en este instante.

Y pienso en que esa frase encierra mucho amor, muchísimo. Porque siempre hemos sido Samuel y yo. Becca y Sam.

—Como siempre ha sido.

Nos zampamos las palomitas. Reímos y nos olvidamos de los problemas.

Ya habrá tiempo para enfrentarse a ellos.

Capítulo 21

Cuánta sabiduría

Noel

Además de un cobarde, soy un completo imbécil.

No hay mejor forma de definir mi actuación de anoche. Salí huyendo porque, tras ese beso, cuando la miré a los ojos, cuando me debatía entre hacer lo que quería o lo correcto, una pequeña voz se coló en mi cabeza y tomó el control.

«No te lo perdonaría.»

«No te lo perdonaría.»

«No te lo perdonaría.»

Eso me susurraba mi conciencia, casi me golpeaba con fuerza, y esa parte de mí, la juiciosa, la que sabía que no estaba comportándome como debía, la que había permitido que mis celos hiciesen acto de presencia y arrasaran con todo a su paso, me proporcionaron una vía de escape.

Casi me sentí victorioso. Casi.

Cuando Becca me plantó cara supe que ella se merecía a un tipo que no dudase, a uno que no se hubiese arrepentido de ese beso que habíamos compartido, a uno que no se sintiese como una mierda por ello.

Y, desgraciadamente, ese tipo no era yo.

Accedo por la parte trasera de la casa, esa que lleva a la granja, y sé que allí me espera mi abuelo como cada mañana en la que no tengo turno en la comisaría.

Una sonrisa perenne se forma en mi semblante cuando estoy con él se forma en mi semblante cuando lo veo hablar con las ovejas mientras les lanza su mezcla favorita de trigo, cebada y avena para que desayunen.

Mi abuelo siempre ha sido uno de los hombres más importantes

de mi vida. Y digo «uno» porque mi padre también es un gran hombre y ellos dos, a pesar de tener una relación de yerno y suegro de lo más normal, se llevan fenomenal. Para nosotros, la familia siempre ha sido lo primero; estar para todos cuando lo necesitemos y apoyarnos cuando sea necesario.

Nos rompimos cuando mi abuela nos dejó y pensé que mi abuelo no volvería a ser el mismo, que no oiría de nuevo su risa, sus bromas, cómo les contaba historias a sus animales o cómo me invitaba a desayunar leche fresca. Durante mucho tiempo la pena nos ganó la batalla y permitimos que lo hiciera. Porque las ausencias duelen cada día y esa es una de las verdades incuestionables de esta vida.

Ese hueco vacío, esa silla sin ocupar, estará en cada comida, en cada cena que se celebre, y nunca, jamás, podremos dejar de sentir esa pérdida.

Como si intuyese mi presencia, Pancho alza la vista y se le forman muchas arruguillas en los ojos cuando me mira.

—Cuidado por dónde pisas —me aconseja—. No he podido limpiarlo aún.

—Para eso estoy yo aquí.

Él asiente complacido. Cuando mi abuela nos dejó, nos prometimos que nosotros nunca lo dejaríamos a él.

Y lo cumplimos cada día.

Me acerco mientras termina de vaciar la caja con el contenido del desayuno de las ovejas y la deja en el suelo.

—Tienes mal semblante. ¿Has desayunado? —Los abuelos y su sexto sentido... y la comida, que creen que es la solución para todos los males.

—No me ha dado tiempo. —Tampoco he tenido ganas.

Chasquea la lengua con desaprobación.

—No necesito un ayudante que se maree cuando tenga que cargar. —Al menos no especifica el qué.

Suelto una risilla. Se sacude las manos y me pide que lo siga al interior de la vivienda.

Entramos en su casa por la puerta de atrás. Lleva una cántara pequeña de color plateado, la misma de siempre desde que tengo recuerdos de esta granja. Vierte el contenido en un caldero para hervir la leche y poder tomarla en el desayuno... como ha hecho toda la vida.

—Saca las galletas.

—¿Has hecho galletas? —pregunto sorprendido mientras me dirijo al armario de la cocina.

—¡Pues claro que no! ¿Por quién me tomas? —Me carcajeo—. Ha sido tu hermana. Estuvo aquí ayer por la tarde. Me prometió que vendría hoy a desayunar con nosotros. Por fin me ha contado lo que pasó. Tengo dos nietos que guardan muchos secretos, ¿no crees?

Sexto sentido, quinto o séptimo, ¿qué más da? Mi abuelo es el hombre más listo del mundo.

—¿Quieres que hablemos de esa chica o prefieres seguir sufriéndolo en silencio? Como las almorranas.

—¡Abuelo! —protesto. Lo hago, pero no puedo evitar sonreír cuando le doy la espalda para sacar una caja vieja que guarda galletas caseras.

Esa es la tradición. Al menos en esta casa.

—Si tu abuela estuviese aquí, ya te habría dado una colleja —me advierte.

Alzo la vista mientras le quito la tapa.

—Mentira, el de las collejas eras tú. La abuela me habría preparado chocolate, le habría puesto chocolate espolvoreado por encima y me habría dado tarta de chocolate.

Eso parece llevarlo años atrás. Su mirada se fija en un punto a su izquierda, como si la estuviese viendo, como si estuviera reviviendo esa imagen que le acabo de relatar.

—Tu abuela era una gran mujer. No hay nada que el chocolate no pueda arreglar. Hoy, sin embargo, tendrás que conformarte con un vaso de leche con miel y unas galletas que Alina trajo en son de paz por no haberme contado antes el percance con el estúpido de su ex.

—Alina necesitaba tiempo para asimilar todo lo que le había pasado.

Como yo, que necesito tiempo para quitarme la culpa de encima por lo que he hecho.

—Y no la culpo por ello, solo a su amiga por no haberme avisado. En vez de una boñiga, le habría guardado una cubeta entera.

No puedo evitar imaginar la escena, a Becca arrastrando la carretilla, a Paz con enormes arcadas y a mí esperando en el exterior sin entender nada, listo para oír las excusas que me habrían puesto, que sin duda serían de lo más variopintas.

—Anoche la besé. —Mi abuelo solo se gira unas décimas de

segundo, el tiempo suficiente para analizar mi semblante y tener claro qué tipo de discurso debe darme.

—¿Te he contado alguna vez cómo conocí a tu abuela? —Cientos de veces, por supuesto—. Estaba tan guapa esa noche. Claro que tu abuela siempre fue la mujer más bonita de la comarca.

—Si ella te oyese... —Todavía recuerdo cómo le tiraba de la oreja de forma cariñosa y lo llamaba adulador cuando le hacía algún cumplido. Mi abuelo estaba loco por ella. Nunca lo escondió. No como hago yo.

Desvío la vista avergonzado.

—Si ella me oyese admitiría que tengo razón y, si no la tengo... me da igual, porque la belleza siempre depende del ojo del que mire, ¿no crees?

Mientras él sigue removiendo la leche en el cazo, que ya ha hervido, y de vez en cuando elimina la capa de grasa que se forma en la parte superior, aprovecho para colocar tazas para tres, platos para tres y cubiertos para tres. Las galletas podrían ser para cinco como poco.

—Siempre fue una mujer preciosa. —Él asiente, dándome la razón.

—Estaba sentada en una de las sillas, ¿sabes? Porque antes las mujeres no podían bailar solas, estaba mal visto que lo hiciesen; tenían que esperar a que algún caballero las sacase a la pista de baile, que no les rozaran nada que no fuese apropiado y que corriese el aire entre ellos.

—Y llegaste tú para saltarte todas las normas.

—Exacto. Nunca me ha gustado ser un borrego, a pesar de que crío animales en una granja y los admiro a todos, a los terneros, a los cerdos, a las ovejas... —Suspira como si estuviese recordando, como si lo reviviese—. Me arrimé más de lo que era moralmente aceptable, bailamos varias piezas y, antes de irse, me acerqué lo suficiente para que solo ella oyese lo que tenía que decirle.

Me ha contado esta historia muchas veces y todavía sigo emocionándome cuando la escucho.

—¿Y qué fue?

—Le dije que ese día no, pero que, la próxima vez que nos viésemos, le robaría un beso.

Me carcajeo y apoyo la barbilla sobre mis manos esperando a que

continúe.

—Me imagino la cara de la abuela, porque ella era muy...

—Peleona, sí.

Como Becca; esa fue una de las palabras que le dediqué para definirla.

«Esta es otra de las cosas que me gustan de ti. Eres peleona.»

—Era una mujer con carácter.

—Me dio un pisotón que me dolió durante días. No sé si el resto de los presentes se percataron de ello o no; ahora bien, cuanto más me dolía, más me prometía que cumpliría mi promesa. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Que ella también esperaba que la cumpliese.

Sonrío, me coloco a su lado y lo ayudo a verter la leche en varias tazas que luego deposito sobre la mesa.

—Fue una suerte encontrarla, abuelo, no todo el mundo conoce al amor de su vida.

Él alza la vista y me escruta con la mirada.

—La suerte es no renunciar a él, Noel. —Ni siquiera sé qué responder a eso—. Si esa chica te gusta, si le has robado un beso, si quieres robarle cien más... Eso quiere decir algo, ¿no crees?

—Es la hermana de mi mejor amigo —le explico, como si él no lo supiese de antemano.

Pancho alza los hombros como si lo que le acabo de decir no fuese relevante para él.

—A mí ese pisotón me dio fuerzas. Espero que ese beso te las dé a ti.

Cierro los ojos. No he dejado de pensar en ella, en ese beso y en que salí huyendo a pesar de que no quería hacerlo, de que todo mi cuerpo se revelaba a ello.

—¿A quién has besado tú?

Alina entra e intenta esconder la sonrisilla petulante.

—Deja a tu hermano en paz o no habrá galletas para ninguno de los dos.

Le hago una peineta a mi hermana cuando mi abuelo nos da la espalda y ella me la devuelve, como tantas otras veces.

—Os he visto —pronuncia él.

—Jobar, abuelo, no hay quien te engañe —protesta la recién llegada.

Se gira, toma asiento y nos observa a los dos.

—Soy un perro viejo y os conozco como si fueseis mis nietos.

Damos buena cuenta del desayuno mientras hablamos, nos cuenta historias de la granja, de mi abuela y reímos.

A veces solo se necesita pasar un rato en familia para poner cada cosa en su lugar.

Capítulo 22

Cada oveja con su pareja

Becca

Tal y como le prometí a Sonsoles anoche, bajo a su casa a cenar. He tenido un día agotador; vestirse de plátano no resulta tan divertido como os pueda parecer, hacedme caso.

Antes de tocar el timbre de mi vecina, hago una parada en el piso de Puri. Pego la oreja a la puerta y oigo cómo arrastra los pies y, al final, abre.

Me dedica una sonrisa de suficiencia que me eriza el pelillo de la nuca.

—Vaya, ¿qué mentira me vas a contar hoy?

La empujaría si no tuviese ni una pizca de corazón. Aunque no os lo creáis, algo me queda.

—No suelo mentir —le anuncio— y mucho menos cuando se trata de mi futuro marido.

—Oh, ¿y para cuándo es la boda? —Su sarcasmo es como una patada en la espinilla. Y, aun así, me gusta.

—Te llegará la invitación.

—No iré.

No he dudado ni un solo instante de que esa iba a ser su respuesta.

—Hombre, y tanto que irás. *Michi* me llevará las alianzas. —El gato pasa de mí como de comer mierda. Ya está subido al sofá y ha encontrado la posición para dormir.

—Puedes tomar asiento tú también, no sientas celos de *Dinamita*. Hay espacio para ambos en ese sofá.

—Eres pérfida.

—Llevo muchos años ensayando —apostilla, sacándome una carcajada.

—Aunque tu invitación sea muy tentadora —ironizo—, hoy no puedo quedarme, Sonsoles ha preparado una cena. —Señalo en la dirección del piso de enfrente y, durante unas décimas de segundo, la mirada de Puri se ensombrece. ¿Eso que veo en sus ojos es tristeza?

—Mejor, no soporto tu compañía. Eres pesada, malhablada y tiendes a no guardar silencio.

—Menos mal que todo lo bueno eclipsa esas tres cosas, ¿no te parece?

No asiente, pero tampoco niega. Solo toma asiento en el sofá y sube el volumen del televisor.

—Cierra al salir. —Me dirijo hacia la puerta y, antes de abandonar su piso, la oigo añadir—: No es necesario que *Dinamita* vuelva a tu casa, ya puedo apañármelas yo sola. Siempre lo he hecho. Estoy más que acostumbrada.

Un sabor amargo me invade y sé, de inmediato, que, aunque Puri pretenda sonar indiferente, hay algo de dolor en sus palabras, un regusto agrio que yo misma saboreo.

Cruzo el rellano y, cuando Sonsoles abre la puerta, no hay rastro de Sandy.

—¿Cómo te ha ido? —Desvío unos segundos la vista y la fijo en la puerta de enfrente.

Mi vecina se da cuenta de hacia dónde he dirigido la mirada y dulcifica el gesto.

—Sabes que puede venir, ¿no? Hay comida para un regimiento.

—Dudo que Puri quiera unirse a la fiesta. Ni siquiera me quiere a mí en su casa...

—Debe sentirse muy sola, ¿no crees?

Esa, justo esa, es la palabra que me viene a la cabeza cuando pienso en mi vecina. En la del corazón de hielo, aclaro.

Creo que ahí, justo ahí, radica el problema. Intenta que no se note, pasar inadvertida, esconder ese sentimiento, pero está ahí, arañando la puerta igual que hace *Dinamita* cuando quiere salir o que le hagan caso.

—¿Y bien? —Cierro tras de mí y, ya dentro, veo que están mis amigas, jugando a algo en la tele, moviendo las manos como si ese fuese el partido de sus vidas.

—¡Me han dado el papel principal! Saluda a la nueva Sandy, nena —suelta de pronto Sonsoles, bailoteando; al menos no canta.

—¡Eso ha sido por los pantalones de pitillo seguro! —grita Paz desde el salón, pues ha estado pegando la oreja.

—Calla o te desheredo —le responde Sonsoles.

Me arrastra hasta la cocina, asoma la cabeza con cara de no haber roto un plato en su vida para comprobar que no pueden oírnos y parecer inocente si la ven y vuelve a meterla.

—¿Ha pasado algo que deba saber? —susurra bajito.

Alzo una ceja sin entender a qué viene esto.

Saca la cabeza de nuevo. No hay rastro de *Fufi*, cosa que agradezco.

—Algo, ¿de qué?

—Alina está hoy muy contenta, ¿no crees?

No tengo ni la menor idea de nada, porque acabo de llegar de currar y eso solo significa que estoy deshecha, además de que aún no he hablado con mi amiga.

—Si te refieres a mi hermano —ahora saco la cabeza yo—, no lo creo. —Sobre todo, por la conversación de anoche—. Samuel no es de esa clase de hombres, él le va a dar todo el espacio del mundo; es más, ni siquiera creo que se le insinúe. No es de esos, él es muy tímido en cuanto a Alina se refiere.

Sonsoles parece meditar mis palabras y, después de unos segundos, cabecea dándome la razón.

—¿Y tú? ¿Qué hay de ti?

¡Es verdad! No le he contado nada; a Puri, sí, pero a Sonsoles todavía no se lo he explicado.

Asomo el morro por la puerta de nuevo y veo que mis amigas están batiéndose en un duelo de esgrima. Vaya con esas dos. Y joder lo bien que lo hace Alina, Héctor debería temer por su vida... o mi hermano, Héctor es agua pasada.

Pongo al día a Sonsoles, a la que tengo que taparle la boca en un par de ocasiones porque parece que a la que hayan besado sea a ella.

—Ese chico se ha puesto celoso porque has quedado con el otro. ¡Ja! Para que digan que los hombres no necesitan a veces un par de cachetadas. Mi Demetrio no era así, era un lanzado. No hay más que ver: donde puso el ojo, puso la bala. —Ya sabemos a qué clase de bala se refiere—. Yo tenía que haber huido. Fíjate si tenía que haberlo hecho que me casé a las siete de la tarde y a las siete y un minuto ya me había arrepentido de ello.

Pongo los ojos en blanco, no se lo cree ni de coña.

—Existía el divorcio, lo sabes, ¿verdad?

—Claro, a ver dónde iba yo con esa barriga. Y es que no solo es eso, Demetrio en el fondo me adoraba. No hubiese estado bien romperle el corazón. No soy tan mala.

—Abuela, ¿ya te estás metiendo con el abuelo otra vez? —pregunta Paz desde el salón.

—¡No! —grita Sonsoles—. No se me ocurriría. Tú, callada —me susurra.

Justo antes de sentarnos a la mesa, el timbre de la puerta vuelve a sonar y por un instante pienso que quizá sea Puri, que haya decidido venir, importándole todo un pimiento, para compartir un par de horas con nosotras aunque nadie la haya invitado.

Tal vez debería haberla invitado... aunque seguro que se habría negado, pero, qué más da, Puri se niega a todo. ¿Qué hubiese significado otra negativa en su larga lista de ellas?

Cuando deshecho esa idea, se me cruza otra mucho peor... Noel ha venido porque quiere pasar la noche conmigo. Empezaremos por una cena con toda esta pandilla y luego subiremos a mi apartamento cogidos de la mano. Me arderá la piel de todo el brazo, no podré dejar de sonreír como una bobalicona, entraremos en mi piso, no esperaré siquiera a que la puerta se cierre y ya estará dentro de mí.

A ver, las posibilidades de desnudarse en cuestión de décimas de segundo es escasa, pero es mi fantasía y en ella las cosas suceden como suceden. Fin.

El caso es que el que está al otro lado es mi hermano y trae *brownie* de chocolate.

Lo adoro. No por el pastel, que también, sino porque... Bueno, en este momento lo que prima es el postre. El chocolate quita todas las penas.

Cruzo una leve mirada con Sonsoles, que no me presta atención. Me acerco hasta colocarme a su lado.

—Ya sé lo que pretendes, Sandy —bromeo.

—No sé de qué me hablas. —Me guiña un ojo. Lo sabe perfectamente—. Vosotros dos, aquí. Mi Paz se sentará al lado de mi guerra.

La guerra, por supuesto, soy yo.

Capítulo 23

Yo no he sido

Becca

África y yo tenemos un asuntillo pendiente...

Y con «asunto pendiente» quiero decir que yo me voy a descojonar de la risa y a ella, con toda probabilidad, no le hará tanta gracia.

Que lo hubiese pensado antes de hacerle lo que le hizo a mi amiga.

A ver, actuemos como personas sensatas a las que no les entusiasman las venganzas porque piensan que la comunicación es la base de todo.

¿Qué harías tú si te enterases de que a tu mejor amiga, que además es una persona increíble, le ponen los cuernos con la que creías su amiga? Que África y yo nunca hemos sido íntimas ni mucho menos, pero, no sé, un poco de respeto no está de más, ¿a que no?

O peor: imagínate que eres tú a la que te ponen los cuernos con una amiga tuya. Porque eso es muy chungo. Ese acto demuestra que esa persona nunca estuvo para ti, que realmente no fue tu amiga o que le importabas una soberana mierda, tú y vuestra relación.

Dime que no te pican los dedos ni un poco, o que no te tiembla el pulso ni un segundo, por vengarte y hacerle pagar por lo que ha hecho.

Una trastadilla de nada... solo una, o dos. Que esto es como las galletas: una vez empiezas, cuesta parar. No sacian.

Volviendo al tema, lo mires por donde lo mires, se lo merece.

Tras este discurso arrollador, te contaré que le he vuelto a pedir prestado el coche a mi hermano —y con «prestado» quiero especificar que no se lo he contado— y que me he escabullido tras la cena para hacerle una pequeña visita a la susodicha. Solo que ella no tiene por

qué saber que soy yo. Es más, espero que jamás se entere.

Aparco en un hueco que hay a bastantes metros de su casa unifamiliar. Si sale mal, lo primero que harán será buscar los coches que hay próximos, así que como vengadora profesional os diré que es aconsejable que no deis el cante de ninguna manera que luego pueda ser utilizada en vuestra contra.

¿Lo malo de este sitio? Que, tras de mí, hay un coche de policía. Me planteo el abortar la misión; no obstante, recuerdo que las venganzas no están hechas para las malas amigas y tampoco para las cobardes y nadie tiene por qué enterarse de lo que voy a hacer.

Seré rápida y eficiente como una auténtica villana de libro. Solo que a mí me tenéis que querer un poco más que a esas villanas en cuestión, ¿vale?

Me bajo del vehículo con las ideas claras. Oteo la calle de forma despreocupada porque, si vas a cometer una venganza, al menos revisa que no haya nadie cerca que pueda verte la cara. Es una buena manera de que no te caiga una multa o, peor aún, una denuncia.

Imaginaos la escena, ¿de acuerdo? Voy dando pequeños saltos, como quien no quiere la cosa, de modo que me voy acercando a la puerta de mi objetivo pero sin avanzar rápido, como haría un delincuente que pretende entrar a robar. Yo lo que quiero no es entrar, ni tampoco robar; es hacer un poco de daño, mucho menos del que ha hecho ella.

Cuando estoy llegando a la casa —y ya he dejado de dar saltitos — me cuelo en el jardín que hay bajo la ventana y echo un vistazo dentro. Las luces están apagadas. Seguro que está durmiendo... o follándose a Héctor de nuevo. No me extrañaría nada que fuese esto último.

Me acerco sigilosa a la puerta, saco el bote de pegamento de la chaqueta y me agacho. Comienzo a extender el pegamento por la cerradura de la casa.

—A esto le llamo yo ser una pegajosa. —Me río con mi propio chiste y soplo un poco para que se seque. Aunque lo bueno de haber llevado a cabo esta fechoría a estas horas es que habrá tiempo más que suficiente para que el pegamento seque antes de que se levante; con suerte, se irá por la mañana sin ni siquiera darse cuenta y, cuando vuelva por la tarde, su cara será un poema.

Esta putada no podré grabarla y enseñársela a Pancho.

Me giro y busco el coche de la susodicha; lo veo aparcado un poco más abajo y me dispongo a hacer lo mismo con él.

—Verás qué risa cuando mañana quieras ir a trabajar y no puedas. Ja, ja. ¿Quién se ríe ahora, África? ¿Quién?

Repito el procedimiento. Saco el bote de pegamento, me agacho y unto la cerradura de la puerta del conductor y la del maletero. Doy gracias de que no sea uno de esos coches que se abre con un mando, sino que haya que meter la llave; de lo contrario, me habría salido el tiro por la culata.

Cuando termino mi trabajo y me siento satisfecha por ello, le saco un par de fotos y se las envío a las chicas.

Se van a partir de la risa cuando vean lo que he hecho.

Me guardo lo que queda de pegamento en el bolsillo y camino hasta el coche. Cuando estoy llegando, me doy cuenta de que Noel sale de una de las casas cercanas.

«Mierda, de ahí el coche patrulla.»

«¿No tenías otro sitio al que ir?»

«¿O no podía ser otro poli?»

Bueno, ya que estamos aquí, podrías besarme otra vez, ¿no crees? No es para mí, es para una amiga.

En fin, que me apresuro y me meto en el coche con la certeza de que me ha visto. Soy así, no paso inadvertida, ¡qué le vamos a hacer!

Además, es el mejor amigo de mi hermano, conoce su coche. Vale, es más probable que vea el coche que a mí y que lo reconozca.

Arranco el motor y meto primera. Decido no encender las luces por si acaso, ya mejor lo hago cuando esté un poco lejos de él.

«¿Por qué nunca me salen las cosas como planeo?»

«No hay que ser muy espabilada: maja, has visto un coche patrulla ahí aparcado, ¿por qué crees que estaba?»

Vale, quizá tendría que haber abortado la misión por esta noche y haber vuelto en otro momento.

Me ha podido el ansia y que ya lo tenía todo preparado.

Comienzo a soltar el embrague y... ¿Sabéis la cantidad de cosas que podían haber salido mal? ¿Habéis barajado las distintas opciones? Pues yo no, porque, en vez de salir del aparcamiento de forma poco ruidosa, lo que he hecho ha sido meter la marcha atrás y pegarle un bombazo al coche de policía de Noel... con el coche que le he pedido prestado a mi hermano —sin que él lo supiese—, así que el estruendo

ha sido, como poco, brutal y las consecuencias no me las quiero imaginar.

Comienzo a temblar, me sudan las manos, las piernas, y tengo la sensación de que el bote de pegamento tiene una alarma con lucecita y está pitando dentro del bolsillo de mi chaqueta.

No puedo huir, porque le he pegado un porrazo al coche; tampoco puedo bajarme a mirar y, con los nervios, lo que hago es poner primera, dar hacia delante, maniobrar, dar marcha atrás para salir y volver a pegarle otro porrazo. Por si el primero no había sido suficiente, claro.

Lo que ocurre después es lo que ya esperábamos que pasase, o lo que esperabais vosotras, porque yo tenía esperanzas de que nadie se hubiese enterado, que quedase entre vosotros y yo, vamos.

Unos golpes en el cristal a mi lado me hacen dar un pequeño bote. Si esto le hubiese sucedido a otra persona, me estaría descojonando en su cara, por lo que no os guardo rencor si os sucede eso en este instante.

Cuando alzo la vista, me encuentro con la mirada acusadora de Noel.

Bajo el cristal de la ventanilla y lo saludo como si no hubiese roto un plato en mi vida.

—¡Hola! ¿Qué tal estás? —Le miro los labios y me estremezco al pensar en lo bien que besa, en lo besable que me parece y en las terribles ganas que me entran de lanzarme a su yugular.

—¿Acabas de darle un golpe a mi coche?

¿Cómo de mal está que esa actitud de poli arrogante me ponga cantidad?

—No, estás confundido. Puede que te haya fallado el oído. —No lo creo, fue capaz de oír cómo le decía a José que era muy mono y no lo tenía al lado.

Maldito poli con los sentidos desarrollados.

Abre la puerta y me requiere que baje. No lo hago de primeras. Omito su invitación silenciosa; si quiere, que me lo diga.

—Baja, Becca.

—Esas no son formas de pedir las cosas. —Sacar de quicio se me da tan cojonudamente bien como la venganza.

—¿Por favor?

—Uy, ese tono de ironía... Lo haré porque quiero, que conste.

Y porque tengo entendido que desacatar una orden de la autoridad es delito. Y me temo que ya me he saltado muchas normas esta noche, ¿verdad?

Salgo del coche bajo su atenta mirada y no creo que en este momento esté recordando nuestro beso, está... Está mosqueado.

Me cede el paso para que mire la parte trasera de mi coche y el modo en el que se une a la parte delantera del suyo.

«No tienes escapatoria posible. Le has dado un buen castañazo.»

—Bah, es un golpecito de nada, si casi no se nota.

Pone los ojos en blanco, incluso en la oscuridad soy capaz de verlo.

—Le has dado dos veces, Becca.

—Bah. —Le resto importancia, es lo mejor que se me ocurre—. Te daré los datos del seguro.

Mis palabras parecen hacer eco en su mente.

—¿Sabe Samuel que estás aquí?

«Te has quedado sin otro "bah" que añadir a la lista de los que ya has dicho, ¿eh?»

Niego con la cabeza.

Me va a caer una buena.

Capítulo 24

Becca, ¿qué has hecho?

Becca

Mi hermano se pasea por su piso con las manos tras la espalda, en una actitud que, os adelanto, no es nada cordial.

Tiene un cabreo que te cagas. Y no me extraña.

Noel, que está apoyado contra la pared y vestido de poli, lo ha puesto al día de lo que ha sucedido. Y lo que ha pasado es que le he dado dos trastazos a un coche de policía. Eso para empezar.

La parte buena de todo esto es que Alina estaba con él —uhhhh— y que está aquí. No ha abierto la boca; no obstante, espero que, cuando lo haga, sea para defenderme.

—Vale, le has dado un golpe...

—Dos, han sido dos —apunta Noel.

Porque estoy enamorada de él, porque, si no, lo acusaría de marisabiondo.

—Sonaba mejor lo de uno... —Como nuestro beso, Noel, ¿lo recuerdas? Uno pero que parecieron miles de ellos.

Mi hermano se pone rojo, otra vez. Mal asunto.

—Le has dado dos golpes a un coche patrulla tras haberte llevado las llaves del mío sin pedir permiso. ¿Qué coño estabas haciendo allí?

—Cuánta agresividad, Samuel.

—Contesta, nada de evasivas. Esta vez no vas a salirte con la tuya.

Vale, me he metido en un buen lío.

—¿Esto constará en mis antecedentes penales? —pregunto mirando directamente al poli, que me sigue poniendo cantidad.

—Depende de lo que hayas hecho. Estoy de servicio, no puedo obviar nada de lo que se cuente.

—Entonces será mejor que pida un abogado, ¿no? En las pelis

todo el mundo pide abogados de oficio. —Porque pagarme uno vistiendo de plátano... como que no.

—¿Qué estabas haciendo, Becca? —Samuel tiene un mosqueo de flipar.

Suspiro y miro a mi amiga unas décimas de segundo antes de explicar la verdad.

—Me he vengado de África por lo que te hizo. —Hablo con Alina, aunque todos los presentes prestan atención—. Las amigas, las auténticas, no se hacen daño; no se acuestan con los novios de ellas; las apoyan, las escuchan y las ayudan cuando es necesario. Se merecía un castigo.

Alina me sonríe y, francamente, me siento un poco mejor con su gesto.

—¿Qué le has hecho? —pregunta mi hermano.

—¿Por quién me tomas? —ironizo. Pone los ojos en blanco. No se fía un pelo de mí; hace bien.

—A ella, nada; a las cerraduras de su casa y de su coche...

Noel se lleva las manos a la cara. No, no me parece que se esté riendo, la verdad.

Alina se sitúa frente a mí y me coge las manos.

—De ahí las fotos —murmura. Asiento. No me ha dado tiempo de explicar el porqué de estas.

Me abraza. Me abraza con fuerza y cierro los ojos cuando estoy entre sus brazos.

—Eres una buena amiga. Una muy buena amiga.

Samuel carraspea poniéndose a su lado, muy cerca. Vaya, sé de uno que no desaprovecha la oportunidad para rozarse.

—A pesar de que haya sido con la mejor intención del mundo, Becca... tienes que dejar de hacer eso.

Observo a mi amiga y ella le da la razón a mi hermano. En el fondo, sé que la tienen y que hay líneas que no debemos cruzar, a pesar de que esas cosas tan estúpidas las haga porque los quiero y porque los protegería de mil y una formas si fuera preciso.

¿Que tienes que vengarte de un ex capullo? Ahí estoy yo.

¿Que tu amiga, o esa que creías tu amiga, te la juega? Puedes contar conmigo.

¿Que necesitas que yo sea tu paño de lágrimas? Por supuesto que lo seré.

Fuera bromas, ¿vale? Fuera de todo esto que ha pasado y del modo en que me he comportado, para lo que ellos necesiten estaré porque son mi familia. Y la familia siempre será lo más importante para mí, compartamos lazos de sangre o no.

—De acuerdo. Lo haré... siempre y cuando no vuelvan a hacerte daño. Si es así, no prometo nada.

—Alina es lo suficientemente valiente para defenderse solita, ¿no crees? —Ese es mi hermano, sí, el adulador y el roza cebolleta.

Aunque surte efecto, porque mi amiga lo mira y dulcifica el gesto. Samuel se está convirtiendo en un pastelito de nata y fresa. No hay más que verlo, dan ganas de comérselo.

—Y me tiene para lo que necesite —apunta Noel sin perder de vista a su hermana.

—Las venganzas de Becca son mejores —sentencia ella.

Ahora me la comería a ella. Este comentario también es una manera de defenderme. Solo hay que leer entre líneas.

—Pero yo puedo meter a gente en el calabozo —replica mi futuro marido.

Y el traje te sienta de lujo, eso también.

—Vale, me ha quedado claro, ni una sola venganza más. Tendremos que esperar a que el karma se las devuelva todas juntas y que se dé un poco de prisa porque a veces tarda demasiado en poner de su parte —suelto sin más.

Mi hermano se acerca a Noel y le tiende una carpeta.

—Los papeles del seguro, correré con los gastos.

Me adelanto. Ha sido culpa mía y he prometido comportarme como una persona cabal y sensata.

—No, esto ha sido cosa mía y, además, si lo cubre tu seguro, el año que viene te van a aumentar la cuota, así que... yo me hago cargo. No puedes estar siempre cubriéndome las espaldas, Sam. —Le doy la mano, él la sujeta entre las suyas. Somos familia—. La he cagado y asumo las consecuencias.

Noel nos observa a todos.

—El coche patrulla apenas tiene un par de rasguños. Diré que lo rocé sin querer aparcando y listo.

—Pero eso es mentira... —dejo flotando en el aire. Va a mentir por mí; puede que, en vez de cinco hijos, quiera seis, todos con su cara de no haber roto un plato y con mi maldad. Sería una combinación

explosiva sin lugar a duda—... y no me parece justo. Tengo que responsabilizarme de lo que he hecho mal y listo.

Mi hermano me deja hacer y Noel asiente.

—Becca... de veras que no ha sido para tanto.

Alina se sitúa a mi lado.

—Ella es mayorcita para defenderse y yo para asumir las consecuencias de mis actos. No hay nada más que hablar.

Me giro y me dirijo al lavabo mientras ellos hablan de lo que sea que tengan que hablar; no los espío ni escucho a hurtadillas ni nada de eso. Me comporto como una chica madura que odia lo que acaba de hacer, aunque, en realidad, mataría por ver la cara de África cuando se dé cuenta de la que le he liado. Y me haría sentir mucho mejor si Alina estuviera presente cuando lo hiciese.

Cuando salgo, me encuentro a Noel esperándome con un papel amarillo en la mano.

—Tengo que ponerte una multa, Becca.

Vaya, ya se me ha bajado todo el subidón, por un papelillo amarillo. Lo bate frente a mis ojos.

No sé qué me hace menos gracia, si este papel o ese en el que mi hermano tenía apuntadas todas las razones por las que no debía salir con José.

Lo sujeto y me lo guardo en un bolsillo del pantalón de malas maneras.

—Estás disfrutando de esto, ¿verdad?

Me sonríe como lo haría Puri, con malicia.

—No sé por qué piensas eso. Solo actúo como un buen poli, uno que hace bien su trabajo.

Se guarda la libretilla en el bolsillo de su camisa y me lo imagino sin ropa una vez más... o, mejor, con esa camisa abierta y nada más, o con las esposas; las esposas pueden quedarse en esta fantasía.

—Buenas noches, pequeña delincuente.

—Buenas noches, poli de pacotilla.

Oigo su risa mientras abandona mi piso. Cierro la puerta y me pregunto si mi hermano y mi mejor amiga se han ido a hacer cosas en la intimidad de su apartamento.

Me tiro en el sofá y me doy cuenta de que echo de menos a *Dinamita*. Pongo algo en la tele y me quedo un rato mirándola, hasta que me empiezan a pesar los ojos. Me dirijo a la habitación, me

deshago de la ropa y el papel de Noel cae al suelo.

Lo abro temiendo encontrar en él un importe que me haga temblar de miedo.

Mis ojos se abren por la sorpresa.

Mañana por la noche, a las nueve, en mi casa, pequeña delincuente.

Lo leo en voz baja, en voz alta, sin vocales y sin consonantes; lo leo de mil formas intentando que mi pobre corazón deje de latir tan acelerado como lo hace.

Imposible. No puedo controlar los nervios.

Me paso toda la noche pensando en cuáles serán los nombres de nuestros cinco hijos y sin pegar ojo.

Capítulo 25

Esa ha sido una buena estrategia

Becca

Paz ha acudido a la llamada. Ni siquiera me molesto en preguntarle dónde ha estado o qué ha estado haciendo porque estoy tan emocionada y nerviosa que, cuando abro la puerta, la agarro por la ropa de inmediato y la arrastro literalmente al sofá.

—No te lo vas a creer.

Ella empieza a pasarse las manos por la ropa que acabo de arrugar, alisándola.

—Sí que me lo creo. Alina me ha puesto al eléctrico esta mañana de lo que pasó anoche.

¿Eléctrico?

—Paz, es «al corriente», por favor.

—Corriente, eléctrico... Todo tiene relación —apunta.

Meneo ambas manos y le resto importancia a su comentario. Lo de África está bien, aunque eso no es lo mejor de todo.

—África se lo merecía. Sé que tú me entiendes.

Paz asiente con la cabeza, dándome la razón.

—Yo le habría hecho otra clase de trastadas —suelta guiñándome un ojo.

Cuando estoy con ella me siento menos malvada.

Muevo frente a sus ojos el papel que Noel me entregó anoche. Este capta su atención y lo sigue con la mirada, como si se sintiese hipnotizada por él.

Hipnotizada me quedo yo cuando pienso en Noel.

—¿Vamos a jugar a algo?

Niego.

—Esto es una multa... o lo que yo pensaba que era una multa, porque, en realidad, no lo es.

Mi amiga frunce el ceño porque no entiende qué quiero decir. Dejo de moverlo y aguardo a que lo coja y lo compruebe por sí misma.

Cuando lo hace, abre tanto los ojos que casi se le salen de las cuencas.

—¡Por Dios! Menos mal.

No, no esperaba esa respuesta, la verdad.

—¿A qué te refieres con «menos mal»?

Paz se levanta con el papelito entre las manos y vuelve a leerlo, esta vez en voz alta.

«Mañana por la noche, a las nueve, en mi casa, pequeña delincuente.»

—No soy tonta, ¿vale?, aunque pienses que no me doy cuenta de nada y que paso de todo.

—Porque pasas de todo... —Un poco, sí, esa es mi amiga, a la que le suda el papo cualquier cosa. Sonsoles es igual, la genética es lo más.

—Pues, aunque parezca todo eso, me percato de las cosas que nos rodean. El otro día, en el bar, cuando José te pidió que salierais juntos, pensé que Noel iba a matarlo. Estaba tenso, nervioso y muy mosqueado. Y eso empeoró cuando le contestaste que sí a esa cita, imagínate.

Ni me molesto en repetir el motivo por el que le dije que sí.

—Noel me besó la noche que quedé con José. —Lo suelto sin más. De carrerilla.

Paz parpadea. Mucho. Muy fuerte e insistentemente. Tal vez le haya entrado algo en el ojo o quizá esté sorprendida a la par que emocionada por mí.

—¿Qué?

—Noel me besó la noche de la cita con José.

Mi amiga se cuadra de hombros y sé que, si estuviese Hannibal aquí, el toquecito en la nuca me lo daría a mí.

—¿Y no me lo has contado hasta ahora?

Pongo los brazos en jarras. Lo que me faltaba.

—Estás tú bonita para recriminar algo cuando eres la reina del ocultismo... y no hablo de que seas una bruja. Al menos —puntualizo —, no esa clase de brujas. —Me atrevo a guiñarle un ojo.

—Vale, esa me la merezco.

—*Touché.* Y ya puedes soltar lo que sabes.

—No te puedo dar demasiada información, solo que Alina tiene

razón y creo que le gustas. Solo hay que averiguar el motivo por el que Noel no es capaz de lanzarse a la piscina.

Rumio sus palabras; estoy tan nerviosa por cómo han cambiado las cosas que no os hacéis una idea.

No es solo el beso, que también, es el hecho de pensar que pueda gustarle; que mis sentimientos sean correspondidos; que, no sé, que algo entre nosotros pueda nacer y funcionar.

«Cinco hijos.»

«Un perro.»

«Una casa con jardín.»

«Una valla blanca.»

«No tener que disfrazarme más de aceituna.»

Ya os dije que me estaba haciendo ilusiones y que eran todas fantabulosas.

—¿Qué crees que debo hacer al respecto? —Mi amiga pone los ojos en blanco—. Vale, es una pregunta de lo más absurda. No respondas. Iré, sacaré mi armamento pesado y esta noche se dará cuenta de que ha estado loco por mí desde siempre.

Paz entorna los ojos.

—Me parece una buena idea.

—¿Algo más que deba saber? Algo que hayas descubierto mientras parecías no enterarte de nada, ya sabes...

—Pasando inadvertida —puntualiza.

—En efecto. Deberías haber sido detective privado. Lo habrías bordado.

—Me lo tomaré como un acierto.

Y jode.

—Como un «cumplido» —la corrijo de nuevo—. Y lo es.

—No creo que tengas que hacer nada. El trabajo ya está hecho.

Paz toma asiento, se quita las zapatillas deportivas y sube los pies a la mesa de centro.

—Ni de coña. Baja eso de ahí.

Me hace caso sin rechistar.

—Si yo fuese Alina, te preguntaría por lo que vas a ponerte y esas cosas; sin embargo, por mí como si vas vestida de patata frita.

—No me tientes, que pido el disfraz.

Un brillo malicioso se cruza en su mirada.

—Sin nada debajo, eso sería bastante sorprendente. Tal vez lo

haga yo también.

Me estremezco al imaginarme a mi amiga de esa guisa.

—¿Qué? ¿Con quién? No me respondas si no quieres —me adelanto porque ya sabemos que a veces tiendo a ponerme en plan interrogatorio y la cosa acaba como acaba.

—Si te lo cuento, sabrás tú más que yo.

Y así es cómo mi amiga responde a mis preguntas, con evasivas. Lo que me confirma que la muy sinvergüenza esconde algo, aunque... ¿quién en esta vida no tiene secretos?

No seré yo la que tire la primera piedra.

Capítulo 26

¿Esto es algo así como una primera cita?

Noel

—Tengo algo que contarte. —Nando ha venido a casa. Lleva un par de horas aquí y he intentado tranquilizarlo porque... porque todo este asunto de su mujer se le está yendo un poco de las manos.

—Si me vas a contar algo sobre Lorena... siento decirte que llevo aquí un buen rato y que me habría sido de gran ayuda que lo hicieras cuando he llegado.

Niego con la cabeza.

—No tiene nada que ver con Lorena. Es Becca.

—¿Becca? ¿La hermana de Samuel?

—La misma.

—Vale, soy todo oídos. De esa manera olvidaré la mierda en la que estoy sumido durante unos minutos.

—Me alegra serte de ayuda —ironizo.

—Al grano.

—La he invitado a venir a casa.

Nando se lleva un pulgar a la barbilla; espera a que diga algo más, por supuesto. No lo hago.

—¿Hablas de una reunión de colegas? De esas en plan «Oh, pásate cuando quieras y veremos algo en la tele, compartiremos unas risas y, cuando estemos cansados, cada uno a su casa y a su cama». —Detecto que, para él, la palabra *cama* tiene un significado diferente del que tiene para mí. *Cama* y *Becca* unidas de la mano son una combinación que me encantaría explorar.

Sería ridículo negar que no lo he imaginado. En cientos de ocasiones. Y me tengo por muchas cosas, sin embargo, ridículo no es una de ellas.

Cobarde, puede ser. Ridículo, poco probable.

—Hablo de esas en las que quiero que venga, sin esperar siquiera a que cruce el umbral, y volver a besarla.

Se hace el silencio.

—¿Volver? ¿Cómo que volver?

Suspiro y me pongo en pie.

—Estoy muy loco por esa chica, ¿vale?

—Loca está ella.

Sonrío, tiene razón, pero... ¿qué más da?

—Me gusta desde hace, no sé, ¿mil años?, ¿dos mil?

—Ya será menos. Y luego dices que el que exagera soy yo —apunta mi amigo de forma desenfadada.

—Lo que pretendo decir es que... no quiero seguir de esta manera, ¿de acuerdo? La besé, el otro día, cuando volvió de una cita con José...

—¿José? ¿Nuestro José?

—El mismo.

—Tío, no, si está con él, no voy a apoyar esto, ¿te queda claro? No me van las infidelidades; por culpa de una estoy metido en lo más profundo del abismo.

—Yo no he especificado que esté con él. —Porque no está con él, ¿no? No he contemplado esa posibilidad—. Salió una noche con él, pero eso no quiere decir nada. Todas las personas tienen citas.

—Yo no.

—Tú estás casado.

—Por poco tiempo.

Pongo los ojos en blanco. Me exaspera porque no quiere hablar con Lorena, prefiere dar las cosas por sentado, y yo no estoy de acuerdo en eso.

—A lo que me refiero es a que no creo que ella sienta nada por él. No lo besó.

—¿Cuándo?

—¿Me estás haciendo caso? —inquiero.

—Por supuesto, solo que cuentas las cosas por fascículos y esa no es la manera para que yo, que no suelo enterarme de nada —abre ambas manos para darle énfasis a su frase—, pille las cosas.

Total, que sucumbo y le hago un resumen de todo en el que menciono unas cuarenta veces lo mucho que me gustó ese beso, las

ganas infinitas que tengo de darle otro y que no descartaría hacer más cosas... mientras Nando farfulla, susurra y me insulta alguna que otra vez.

—Y, Samuel, ¿qué opina?

Entramos en el quid de la cuestión.

—Si se entera, es probable que deje de ser mi amigo —pronuncio intenso.

—No exageres.

Teniendo en cuenta lo ocurrido antes, decido adelantarme y contarle nuestra conversación del otro día, esa en la que me dejó claro que no me perdonaría, ¿lo recordáis? Porque yo lo hago cada maldito día.

—Noel... —Se incorpora, se acerca; esto no pinta bien—. Estás bien jodido. —Os lo he aventurado, no pintaba bien.

—Lo sé, lo sé, pero... ¿qué hago? Lo he intentado, ¿vale? He intentado durante mucho tiempo evitarla, no pensar en lo que siento por ella... No puedo seguir actuando como si no me importase, como si no significase nada para mí, porque lo hace. Lo significa. Ella lo es todo, ¿me entiendes?

Nando asiente y sé que me comprende porque, si está pasando por lo que está pasando y si está sintiendo lo que está sintiendo, es porque los sentimientos son los que causan esa montaña rusa en la que algunas veces estás muy arriba, casi tocando el cielo, y otras estás arrastrándote por el fango.

—Según lo veo yo, no es nada malo que te guste la hermana de tu mejor amigo, salvo porque ese mejor amigo te matará. Y, cuando lo haga, no habrá historia, pero, oye, que te quiten lo bailao, ¿no?

—No me estás ayudando un carajo, ¿eres consciente de ello?

—Anda, pues igual que tú cuando me pides que confíe en Lorena, que no dé las cosas por sentado, porque luego la imagino con Guzmán, cómo se abrazan, y yo en casa, esperando por ella mientras... mientras... —Es incapaz de terminar esa frase, aunque todos sabemos cómo acaba.

—Vale, ya te he pedido disculpas.

—No, no lo has hecho. —Se cruza de brazos y esa es justo la actitud de poli que intimida que te cagas.

Él lo hace, yo soy más de los que fluye. Cumplo la ley siendo algo más molón. Parece mentira que un tipo que entra —o entraba— por

las mañanas en la oficina cantando pueda hacer que te acojones de veras cuando se pone serio.

—Lo siento. Siento llevarte la contraria en ocasiones, pero es que... es Lorena. —Insisto, sin dar crédito de lo que él supone que está pasando.

Becca es más de vengarse y yo soy más de hablar las cosas. Decidme que no nos complementamos.

—No voy a responder a eso, ahora bien, lo que sí voy a aconsejarte, porque me has hecho partícipe de esto —hace un círculo, sigo sus dedos con los ojos—, es que tienes dos opciones: o te arrepientes de haberlo hecho, de intentarlo, o te arrepientes de seguir huyendo y evitando tus sentimientos. Yo tengo claro lo que haría, ¿y tú?

Alzo la vista y nuestras miradas se encuentran. Nando tiene razón. Mi abuelo tiene razón. Alina también la tiene, incluso Paz, que me ha enviado un mensaje para decirme algo sobre un tal Hannibal Lecter y mi nuca si hago algo que no debo esta noche.

Parece ser que las noticias vuelan... aunque espero que no tanto como para que la visita me la haga Samuel y me corte el cuello por intentar... por hacer... por desear a su hermana pequeña.

—Tal vez ella no sienta nada por mí. Puede que esto, lo que sea —es mi turno de hacer círculos en el aire con los dedos y el de Nando de seguirlos con los ojos—, no tenga ni siquiera un principio.

—Puede, claro, por poder pueden pasar mil cosas. Lo que sucede es que, en infinidad de ocasiones, no tenemos ni puta idea de nada. Solo nos montamos una película en la cabeza. —Abro la boca para replicar, la mordacidad me pica en la lengua—. Ni se te ocurra, ¿me oyes? Porque yo sé lo que he visto. Así que, tú, callado o se lo contaré todo a Samuel y serás pasto de las vacas de tu abuelo.

»Y hablando de tu abuelo, ¿crees que ese pasto del que te hablo podría serlo un tal Guzmán?

Niego y me carcajeo.

—Puedo preguntárselo —digo sin embargo.

—Barajar distintas opciones no es delito.

—No, por supuesto que no... —le sigo la broma.

Nos quedamos en silencio y sé que está pensando de nuevo en Lorena. Cuando por fin alza la vista, intenta esconder todo eso que lo rompe por dentro, en lo más profundo de sus entrañas.

—¿Y a qué hora tienes la cita?

Miro el reloj de la cocina. Luego el mío.

—A las nueve.

Y en ese momento suena el timbre.

Nando sonríe con suficiencia, se incorpora y me da un par de palmadas en la espalda.

—Llámame y cuéntamelo todo. Alegra a este futuro divorciado.

Chocamos el lado derecho de nuestros pechos cuando nos abrazamos y nos palmeamos la espalda.

—Lo haré. Por supuesto que lo haré.

Capítulo 27

He venido en son de paz

Becca

—Hola, Becca. —Nando me saluda cuando sale de casa de Noel y agradezco mucho, muchísimo, haber abortado la idea de venir con una gabardina y sin nada debajo. Menos mal que no le he hecho caso a Paz, ni tampoco a mi conciencia que, en ocasiones, es una completa descarada.

—Buenas noches —respondo cortés.

Cuando me giro y me encuentro con los ojos de Noel, del chico del que llevo enamorada una vida entera —quizá más—, me percato de que tengo un nudo en el estómago un tanto extraño. Y no son gases.

¿Acaso estoy nerviosa?

¿Por qué debería estarlo?

—Has venido, pequeña delincuente —murmura.

Ya no sé si son los nervios o es alguna otra cosa mucho más primitiva, del tipo: «acércate, que quiero probar tu cuerpo entero».

—Nunca rechazo una invitación.

—Aún no sabes en qué consiste esta.

Tal vez la multa me espere tras esa puerta. Puede que no quisiese ofender a mi hermano, romper su amistad por una sanción económica o... no sé, ¿quiere probar sus nuevas esposas conmigo sin que nadie se entere?

—Sea cual sea —sobre todo si implica esposarme—, nunca las rechazo.

Se hace a un lado y camino con seguridad. Sonrío al imaginar que tropiezo, lo empujo, caemos al suelo y, no sé, ya estamos completamente desnudos cuando tocamos el pavimento.

¿Qué? En *Matrix* suceden esa clase de cosas, ¿por qué no pueden

pasar en la vida real?

Me quedo de espaldas a Noel, expectante. Oigo cómo cierra la puerta y me estremezco al imaginar que nos vamos a saltar cualquier tipo de conversación y que iremos directos a los preliminares; que me besará como si estuviese sediento de mí y me confesará que él también ha pensado en los posibles nombres de nuestros cinco hijos.

¿Será Noel de esos que quieren solo dos?

En fin.

—¿Te apetece tomar algo?

Oh, vaya, sí, a ti.

—Claro, lo mismo que tú.

Noel pasa por mi lado y se acerca a la cocina. He estado en este piso miles de veces y nunca me he sentido tan nerviosa como hoy.

Fijo la vista en él, que se queda parado justo bajo el marco de la puerta, de espaldas a mí.

Oh, mirad qué mono es. Está ahí plantado esperando a que le mire el culete. ¿Habéis escuchado alguna vez esas canciones de vídeos de TikTok en los que se ve a una panda de polis buenorros a rabiar y los graban sin que se den cuenta? Me refiero a las del tipo «Otra noche, otra luna sin tu vida, esta locaaaa no te olvida, te buscaré bandido...».

Pues creo que voy a sacar el teléfono y, bueno, eso no es delito, ¿no?, ¿o sí?

Noel regresa sobre sus pasos y se planta frente a mí. Todo sucede muy rápido, tan rápido que mi cabeza no razona en absoluto, aunque... con sus labios devorándome, ¿quién coño quiere razonar?

Abro la boca para él y su lengua entra en contacto con la mía. Me besa, me saborea, me consume, me martiriza y me vuelve completamente loca.

Un beso. Eso es todo lo que ha necesitado para tenerme rendida a sus pies.

«Otra noche, otra luna sin tu vida, esta locaaaa no te olvida, te buscaré, bandido...»

Se separa y posa sus manos en mis mejillas. Abro los ojos y me paso la lengua por los labios, deleitándome.

—Espero que te haya quedado suficientemente claro lo que me apetece tomar a mí.

Jesusito, gracias por echarme este cabo en forma de poli

gamberro, prometo hacer el bien de aquí en adelante.

—No, no me ha quedado del todo claro.

Y no es que sea lenta, es que quiero, ¡qué coño quiero!, necesito que me vuelva a besar de la forma en la que lo ha hecho. No le recriminaré nada ni pondré objeción alguna si, además de besarme, me mete un poco de mano.

Me lanzo a por sus labios cuando termino mi frase y él me recibe con las mismas ganas que siento yo.

Estoy en el puñetero paraíso de los besos del poli de pacotilla. Que nadie me saque de aquí, por favor y gracias.

Percibo cómo sus manos descienden con total lentitud, una que me enciende, me acalora y me incendia por dentro. Llega al bajo de mi camiseta y rezo mil y una plegarias para que su piel toque la mía.

Casi jadeo cuando lo hace.

Casi.

Porque su lengua no me lo permite.

—¿Y ahora?

¿Qué?

Me permito clavar mi mirada en la suya unas décimas de segundo. Sus ojos... Sus ojos brillan de deseo y me siento poderosa, me siento deseada, me siento arder.

—Sigo sin tenerlo claro.

Esta vez no sé quién besa al otro primero, solo sé que, a la vez que sus labios entran en contacto con los míos, mi espalda choca contra la primera pared que pilla. Me separo lo suficiente como para enredar mis piernas en sus caderas y... ¡me ha tocado el premio gordo! El poli tiene porra, chicas, tiene una buena porra.

En fin, que ya tendremos tiempo de hablar de ello, laaaargo y tendido. ¿Lo pilláis? Sí, claro que sí.

Sus dedos se posan en mis nalgas y me entrego a él. Me entrego a él de todas las maneras posibles.

—Joder, Becca.

«Joder» es bueno. Es más, «joder» es justo lo que tengo en mente. Solo eso.

Me lleva en brazos hasta su habitación y, cuando llegamos a la altura de la cama, nos separamos de nuevo. Mis piernas descienden hasta que toco el suelo una vez más.

Este tiembla bajo mis pies, o tal vez lo haga yo, a saber.

—¿Sigues sin saber lo que quiero tomar?

Me muerdo el labio; tengo una mezcla de expectación, ansias y nerviosismo. Es como si esos tres ingredientes estuviesen en una batidora y nos fuésemos a preparar un zumo con ellos. El resultado: sabroso y diferente, como yo, por supuesto.

—Ahora voy a enseñarte lo que quiero tomar yo.

Lo empujo con suavidad y no mido las consecuencias de lo que voy a hacer. ¿Por qué empezar a hacerlo en este momento cuando siempre he sido un poco kamikaze? ¿Por qué hacerlo cuando este chico que tengo frente a mí ha sido mi amor platónico desde ni recuerdo cuándo? No encuentro ninguna respuesta que me haga cuestionarme mis actos.

Comienzo a desnudarme con extrema lentitud. Intento ser sexy y, a su vez, ser yo misma, esa chica decidida que siempre se lo ha jugado todo a una carta.

Cuando mi sujetador queda a la vista, ese brillo que se reflejaba en sus ojos antes, en el salón, se ve eclipsado por el deseo más primitivo y ardiente que haya tenido el placer de contemplar jamás.

—Eres preciosa —susurra—. Eres una puta preciosidad.

Ladeo la cabeza, le dedico una sonrisa perversa y continúo mi labor, esta vez con mis pantalones.

—Y no lo has visto todo.

Es su turno de sonreírme con descaro. Sabía yo que Noel superaría todas y cada una de mis fantasías.

Mientras continúo desnudándome, él decide seguir mis pasos. Sujeta su camiseta de algodón por la espalda y se la saca por la cabeza. Ese maldito torso tonificado quita alientos aparece frente a mí y me quedo observando, solo observando, deleitándome en cada porción de su piel que merece la pena ser disfrutado.

¿Y sabéis qué?

Que debo de haberme portado muy bien en otra vida —en esta, lo dudo—, porque seré yo la que tenga el inmenso placer de saborearlo.

Se empieza a desabrochar sus vaqueros cuando yo ya he lanzado los míos a un lado.

Parece que mi cuerpo le provoca el mismo efecto que el suyo a mí, porque, cuando estoy quitándome las últimas prendas, sus manos son incapaces de seguir con lo que está haciendo.

Me siento poderosa.

Me siento deseada.

Me siento única y especial ante sus ojos.

—Joder, Becca.

Recorta la distancia, como si fuese incapaz de contenerse, y poso mi mano sobre su pecho. Lo detengo, lucho contra mis instintos y lo freno; lo hago porque he deseado esto durante tanto tiempo que quiero que sea especial, que todo eso que he soñado sea real, que la realidad supere mis expectativas.

Termino de desnudarme y, cuando me mira, cuando lo hace, me siento más suya que nunca. Me permito el lujo de contemplar cada parte de su cuerpo, cada curva, cada lunar, cada marca... Madre mía con el poli de pacotilla.

«Otra noche, otra luna sin tu vida, esta locaaaa no te olvida, te buscaré, bandido...»

—¿Y ahora? —me pregunta.

—Ahora te voy a enseñar lo que me gusta.

Capítulo 28

Te besaré, bandida

Noel

Nunca en mi vida he estado tan nervioso como en este instante.

Becca, frente a mí, desnuda, receptiva, entregada y con esa seguridad que tanto me gusta. Porque Becca es muchas cosas y todas son increíbles.

—Eres una puta preciosidad —repito.

Mi voz sale oscura, tomada, presa del deseo que me consume, que me hierve por dentro.

—Y tú eres un gamberro malhablado.

Sonrío ladino y me acerco hasta ella. Comienzo a deslizar las yemas de mis dedos por sus brazos descendiendo con delicadeza; me tomo mi tiempo, saboreando el momento de la misma manera en la que pretendo saborearla a ella.

Desde que la he visto, desde que mis ojos se han posado en ella esta noche, he sabido que estaba acabado; que lo de hoy marcaría un antes y un después porque sería incapaz de resistirme, de seguir conteniéndome, de dejarla ir.

Porque no hay nada que yo desee más que quedarme con ella, a su lado.

Asciendo por su abdomen y mis dedos se pasean por el valle de entre sus pechos.

Estos no son grandes ni pequeños, la medida perfecta. Toda ella lo es. Me lo ha parecido siempre.

La empujo con suavidad y ella se deja hacer. Primero toma asiento, me observa, me analiza, me mira de una forma inexplicable. Y mataría porque me mirase así siempre, como si ella también me hubiese elegido a mí.

«Fue una suerte encontrarla. No todo el mundo conoce al amor

de su vida.»

Me estremezco al recordar mis propias palabras... ¿Y si...?

Todos mis pensamientos se ven eclipsados cuando se coloca delante de mí, expuesta, sin importarle que mis ojos desciendan por su piel, que la devore con ellos, que sienta necesidad, una que solo me provoca ella.

Mi polla palpita. Ella se da cuenta.

Sonríe victoriosa.

Sabe que es por su culpa, que es la causante de mi deseo, de mi descontrol.

«¿Piensas quedarte ahí parado toda la vida?»

Me acerco, apoyo mi peso sobre mis piernas y mis manos vuelan hasta sus rodillas. Su piel es suave; su tacto, ardiente. Me pregunto cómo será su sabor. Y tengo la intención de descubrirlo.

Becca jadea cuando mi lengua se pasea por el interior de sus muslos. Gime con fuerza cuando mi dedo la explora.

—Estás muy mojadita, pequeña delincuente.

Ronronea. Me parece el ruido más sexy del mundo. Me correría oyéndola emitir tal sonido una y otra vez.

Alzo la vista y Becca ha dejado caer su cabeza. Permanece apoyada en los codos, pero no me mira. Solo siente.

Y pretendo hacerla sentir y mucho.

Mi lengua se desliza hasta su centro. Su clítoris me recibe gustoso y los jadeos de Becca se intensifican.

—¡Joder! —grita.

Me pone. Mucho.

No le doy tregua. Muevo la lengua a la vez que dos de mis dedos entran y salen de su coño. Sus caderas van a mi encuentro y me permito alzar la vista y contemplar su cuerpo desde abajo. Sin perder detalle de cómo su piel se enciende, del calor, del deseo que se apodera de ella, prosigo. Cada vez más fuerte, cada vez más intenso, cada vez más ansioso por darle más.

Le daría todo lo que me pidiese si con eso este momento se volviese eterno.

Se balancea. Está cerca.

—No pares —me pide—. Ni se te ocurra parar —me amenaza.

Clava sus increíbles ojos en mí y me parece la chica más sensual que haya visto en mi vida.

Sus mejillas encendidas, su piel ardiendo, el deseo flotando entre los dos.

Y le doy todo lo que tengo.

Le entrego todo lo que soy.

Explota con mis dedos dentro de ella y mi lengua todavía moviéndose sobre su centro. Con suavidad, disminuyo el ritmo. Beso una vez más sus muslos y me incorporo hasta ponerme a su altura.

—Joder, Noel, ¿dónde coño has aprendido a hacer eso? Dímelo, es para una amiga.

Me pongo a su lado y la abrazo.

—Soy un poli con muchas habilidades.

Abre los ojos y gira la cara. El brillo malicioso propio de Becca sigue ahí.

—Ah, ¿sí? —La aprieto un poco más—. No quiero que desperdicies ninguno de tus talentos. ¿Qué más sabes hacer?

—¿Eso que oigo es una provocación?

—No entiendo cómo has llegado a esa conclusión.

Su mano se cuela entre los dos, todavía de lado, y me agarra la polla. Cierro los ojos, exhalo. Esta mujer no es consciente de lo mucho que me gusta, de lo mucho que me pone, de lo mucho que la necesito.

«Calma, debes mantener la calma.»

Cuando la menea entre sus dedos, esa calma desaparece. Por completo.

Ruedo como puedo y abro el cajón de la mesilla de noche. Rompo un preservativo y me lo enfundo con rapidez.

—Ya era hora, joder —masculla.

—Qué boca más sucia tienes, pequeña delincuente.

Se aprieta contra mi polla. A tomar por el saco todo el raciocinio.

Alzo su pierna y sitúo mi miembro en su entrada. Empujo las caderas hasta que estoy dentro. Cierro los ojos.

«No te corras. Aguanta, chico. No te corras.»

Respiro.

Lo intento.

Ella mueve el culo y las caderas, saliendo a mi encuentro. Estamos de lado, muy cerca, demasiado cerca. Mueve su culo una vez más.

Me voy a correr. No quiero. Al menos, no tan rápido.

Me muevo hacia delante. Y cometo el error de abrir los ojos y

verla desnuda, abierta frente a mí, con la pierna levantada, su clítoris hinchado y mi polla dentro de ella.

Esto es una puta locura.

Empiezo a embestir con más fuerza, sin plantearme nada más que no sea el placer; darle placer y que ella me lo dé a mí.

—Tócate —le pido, casi le exijo.

Becca levanta una mano y, antes de llevar los dedos a su clítoris, gira la cabeza, los mete en su boca y los chupa.

Me cago en la hostia puta.

«No te corras, campeón, aguanta.»

«Claro, como si fuese tan fácil.»

Lleva sus pecaminosos dedos hasta su coño y comienza a moverlos con tiento. Acompasamos los movimientos. Cierra los ojos y yo me permito hacerlo también.

Los envites se vuelven frenéticos, los gemidos se hacen eco en la estancia, el calor lo abarca todo y el placer nos consume.

Me dejo ir. Me corro con su nombre en los labios y Becca me sigue segundos después con el mío en los suyos.

La observo y, antes de pensar, hablo.

—Eres mi pequeña delincuente. Solo mía.

Capítulo 29

Pausa dramática

Becca

Yo sé de una que ha follado.

Yo sé de una que se ha corrido.

Yo sé de una que...

—¿Estás cantando? —Los brazos de Noel siguen apretando mi cuerpo contra el suyo y me siento más plena que nunca.

Ojito, ¿eh?, que me ha dicho, y sin coacción alguna, que soy su pequeña delincuente. ¿Qué? ¿Cómo te quedas? Has flipado, ¿verdad?

—No, no estoy cantando. Solo tarareaba. Lo de cantar no es lo mío.

Me estruja más fuerte.

—No, lo tuyo son las travesuras.

Y lo tuyo soy yo.

Uhhh, ¿con travesuras hace alusión a que soy un hacha en la cama? Porque, a ver, digamos que ha quedado bastante claro que lo soy. Que él también, no le resto mérito porque lo tiene, pero... me he lucido, majas.

—Entre otras cosas —sentencio.

Noel me muerde la oreja antes de darme una palmada en el trasero y levantarse. Me giro, sería un pecado capital perderse a semejante hombre desnudo y, por si acaso esto no vuelve a suceder —cosa que es bastante poco probable porque lo he encandilado con mi *sex-appeal* y mis meneítos de cadera—, tengo que grabar a fuego en la retina lo bueno que está y lo mucho que me gusta.

—Vamos a darnos una ducha y prepararé algo de cenar. Estoy hambriento. —Y la mirada que me dedica me demuestra que no estamos hablando de comida. Salvo que yo sea la proteína de esta, claro.

Me incorporo a regañadientes y me dirijo al baño con Noel.

Lo veo abrir el grifo y templar el agua.

Cuando considera que está a punto, me tiende la mano y entramos en la ducha.

Gimo de puro placer cuando el agua cae sobre mi espalda.

—Está perfecta.

—Siempre te ha gustado el agua muy caliente.

Me sorprende que recuerde estos detalles; es decir, nos conocemos desde hace mucho tiempo, es evidente que conoce mis gustos. En todo caso, es práctico, pues este tipo de cosas no es algo que vayas contando en una cita, en plan «Hola, ¿qué tal? Me llamo Becca y resulta que me encanta el agua hirviendo y, la salsa, fina».

Fina me ha puesto a mí.

—Está perfecta así —ronroneo.

Lo veo enjabonarse delante de mis ojos y bajo la vista cuando su miembro se endurece de nuevo. Me sonríe con picardía, pero se comporta como un caballero y no me mete mano. Ohhh, qué pena.

—Iré preparando algo de cenar.

Me da un beso en la punta de la nariz y sale de la ducha dejándome aquí. Pongo el agua un poco más caliente todavía y pienso en cómo han cambiado las cosas en tan poco tiempo. Aguanto la risa cuando me imagino la cara de Alina y de Paz cuando les explique lo que ha pasado esta noche. Puri va a flipar. Seguro que piensa que me lo he inventado, como nuestra primera cita.

Mujer de poca fe.

Aunque, técnicamente, puede que deba recordar este día como el día que fornicamos por primera vez y que cenamos en su piso. Eso es una cita, ¿no? Sí, esta tiene más peso que la otra.

Me deshago del jabón y me envuelvo en una toalla esponjosa.

Salgo del baño y veo que sobre la cama ha dejado una camiseta blanca de algodón. Me la pongo y me miro al espejo.

Sí, tengo cara de haber hecho cosas sucias, guarras. Tal vez mi hermano también tenga un radar para esto y se percate de que las he hecho.

«¿Qué pensará cuando se entere? ¿Debería contárselo?»

«No, claro que no.»

«Pero es tu hermano.»

«Ya, lo sé, pero no puedo confesarle nada aún; no, al menos,

hasta saber hacia dónde nos lleva todo esto.»

Y, por encima de todo, me matará. Aunque es probable que caiga primero Noel.

Salgo del dormitorio y me paseo por su casa. Vale, que sí, que hemos estado muchas veces aquí y que no es nada nuevo; sin embargo, es como si hoy todo lo viese con otros ojos.

Es probable que todo haya cambiado y que, tras esto, nuestra relación evolucione de manera favorable o... No, no quiero pensar en nada de eso. No me voy a poner en modo dramática porque no me pega, eso nunca ha ido conmigo.

Repaso las fotografías que tiene distribuidas por casa y no puedo dejar de sonreír cuando veo a mi hermano y a Noel vestidos de policías cuando eran unos renacuajos. Noel siempre tuvo claro cuál sería su profesión.

Veo otra de otros carnavales en los que todos nos disfrazamos de payaso, de excursiones a la playa con su familia, de cenas y reuniones en las que nunca faltábamos.

Y una de esas fotos llama especialmente mi atención. En ella aparecemos Alina y yo sentadas en las escaleras de su casa, por fuera, ambas riendo, despreocupadas. Recuerdo ese día. Alina tenía una cita con un chico del barrio, era su primera cita y estaba nerviosa. Me preguntó si debía besarlo y yo le dije que dejaría de ser su amiga si le metía la lengua a un chico antes de que lo hiciera yo.

Parece que haya pasado mucho tiempo desde entonces. No lo ha hecho.

Mi respuesta fue el desencadenante de esa risa. No sé quién nos sacó la foto, solo sé que tras nosotras estaban ellos. Noel y mi hermano. Samuel no dejaba de mirar a Alina con el ceño fruncido. Ay, mi pobre Sam, ahí ya estaba loco por ella. Desde siempre lo ha estado. Por otra parte, Noel me miraba a mí y sonreía, sonreía como si...

—Como si yo fuese la chica más divertida del mundo —murmuro en voz alta.

—Siempre has sido la chica más divertida del mundo. —Me envuelve entre sus brazos desde atrás y no quiero salir de aquí. Por favor, podéis dejarme por toda la eternidad, no me quejaré.

Apoyo la cabeza contra su hombro de forma despreocupada.

—Tu hermana iba a tener su primera cita.

Asiente.

—No me lo recuerdes. Estaba histérica y no dejaba de dibujar corazones en cualquier papel que encontrase, incluidos mis apuntes.

Me carcajeo al imaginar la escena.

—¿Quién sacó la foto?

—Fue mi madre. Le encanta coleccionar recuerdos de todos nosotros. Siempre ha dicho que, en vez de dos hijos, tiene cuatro.

Trago con fuerza.

—Tenemos mucho que agradecerles a tus padres.

Noel se separa y me da la vuelta. Me acaricia la mejilla y coloca un mechón rebelde —como toda yo— tras mi oreja.

—No hay nada que agradecer. Ahora bien, si por casualidad quisieras hacerlo, estaría encantado de que me dieses muchos besos —alza las cejas con socarronería— y yo le trasmitiría todo tu cariño cuando la viese.

Le propino un golpe en el pecho y eso le arranca una carcajada sincera. Me uno a ella.

Me encanta esto, ¿sabéis? Es decir, me encanta poder ser yo misma con él, saber que siempre hemos sido amigos y que siempre he soñado con que, quizá algún día, podríamos ser algo más; que pudiera verme de la misma manera en la que yo lo veo a él.

Porque esta Becca que conocéis no es solo una chica que lleva a cabo venganzas en nombre de sus amigos y de su familia, también es una chica que sabe lo que es perder; lo que es tener pocas personas a su lado pero que valen por miles de millones de ellas; lo que es notar las ausencias; lo que es sentirse perdida y sin rumbo... No siempre enseñamos nuestra cara de primeras... a veces hay que rascar, con una moneda, con el dedo, o con besos, y, cuando lo haces, encuentras un tesoro bajo la superficie.

Me deshago de esos pensamientos y nos dirigimos hacia la cocina, cogidos de la mano. Puede que mis ilusiones, esas que son preciosas, estén en un punto de no retorno y tal vez Noel sea así de atento con todas sus conquistas.

Alzo la vista y me encuentro a mi chico observándome. «Mi chico», ¿habéis visto? Esto también forma parte de esas ilusiones de las que os hablo.

—¿Estás bien? —Tiene dudas, tiene miedo de que me haya arrepentido, necesita saber que todo está como debe estar.

—Estoy mejor que nunca, poli de pacotilla.

Parece respirar tras mis palabras.

—Tú remueve la salsa en lo que yo escurro la pasta —me pide.

Hago caso y me coloco frente a los fogones. Es una sensación de lo más extraña porque es como si hubiese pertenecido a este lugar siempre y, a su vez, esta fuera la primera vez que estoy aquí.

Saca dos platos, sirve una cantidad considerable de pasta y, con la sartén en la mano, vierto la salsa.

—Y *voilà*. Un plato digno de los dioses —sentencio y me anoto un tanto.

—Huele genial. Mucho me temo que soy un policía excelente y un cocinero de fábula.

—¿Algún atributo más del que quieras alardear? —inquiero. El deseo flota en el aire una vez más.

—No lo sé, dímelo tú.

Pongo los ojos en blanco y nos sentamos uno frente al otro.

—No pienso aumentar tu ego, ya de por sí grande. —Muy grande, ¿entendéis? Sí, por supuesto que sí.

—¿Qué tal Puri? —me pregunta cambiando de tema.

Enrollo un poco de pasta y soplo. Me muero por probarla. Y la pasta también.

—Tengo la ligera sospecha de que se siente muy sola, Noel —me sincero con él.

El tenedor queda a medio camino entre el plato y su boca. Yo, en cambio, no dudo en comer y mastico como una llama, me puede la desesperación.

La paciencia no es una de mis virtudes.

—¿Qué te hace pensar eso? —Me presta atención.

—No recibe visitas, no quiere que llame a nadie y lo tranquilice por su estado, nunca recibe llamadas de teléfono, al menos —aclaro— mientras estoy en su casa. Creo que solo tiene a *Dinamita*.

—Su gato.

—Su gato villano, es tan malvado como ella. Se complementan. Como tú y como yo. —Vaya, lo he soltado, ¿entendéis por qué es mejor pensar las cosas antes de largarlas? Pues, para empezar, para que no te coma la vergüenza.

Aunque no tengo claro si yo tengo algo de eso...

Noel me sonríe y no añade nada. Y habría sido un buen momento para confesarme que soy el amor de su vida y que está loco por mí. Y

que cinco hijos le parecen pocos.

En fin, otra vez será.

Vengativa y perseverante, sí, esa soy yo.

—¿Y sabes qué? —Noel levanta la vista de su plato y clava sus ojos en mí, expectante—. Que voy a ser la vecina más pesada del edificio, hasta en la sopa va a tenerme. No pienso permitir que se sienta sola, porque no hay nada más triste que eso.

Capítulo 30

Me ha quitado hasta el habla

Becca

Si pudiera convertirme en un objeto, si tuviese esa habilidad, en este instante sería la alfombra mágica de Aladino, o una nube, o una nube encima de la alfombra mágica de Aladino porque... porque me siento volar.

No sé si estamos juntos, si somos amigos con derecho a roce o estamos comprometidos —aunque en mi cabeza... bueno, ya conocéis mis intenciones y creo que está de más recordároslas—. El caso es que en este momento me da igual todo, lo único que me importa es cómo me siento.

Y que esta vez no ha salido huyendo. Eso debe de significar algo, ¿no?

Tras salir de casa de Noel, me vine a mi apartamento. Como me pareció que era demasiado tarde para hacerle una visita a Puri, tras darle un par de vueltas al asunto, decidí que iba a convocar una reunión extraordinaria; como la de los diputados del Congreso, solo que con personas a las que les tengo mucho más cariño.

Aparte de eso, me paso la noche soñando con él, la mañana soñando con él y espero que la tarde sea más de lo mismo.

Salgo de trabajar y envío un par de audios al grupo que tengo con las chicas.

Paz, para variar, no contesta; sin embargo, Alina me promete que vendrá esta tarde, cuando ella también termine su turno laboral.

Toco en la puerta de Sonsoles antes de subir a mi apartamento y parece que no hay nadie.

Con toda probabilidad estará en el teatro, cantando «Uoloueia, euo, euo, uh, uh, uh, joni. Uoloueia, euo, euo, uh, uh, uh, joni», o perfeccionando su inglés, cosa que, visto lo visto, urge.

Subo a casa y preparo todo lo que necesito para llevar a cabo lo que tengo en mente. Cojo patatas y huevos, refrescos, cerveza y algo de picar. Bah, total, que lleno varias bolsas de forma compulsiva por lo que pueda pasar. Cuando salgo al rellano, mi hermano está entrando en su piso. Deja las llaves a medio colocar.

—¿A dónde vas? —me pregunta.

¿Sospecha? ¿Llevo las palabras *sexo desenfrenado* grabadas en la frente?

Sonrío y me coloco mi mejor pose, esa que llevo años ensayando, de «yo no he roto un plato y tampoco me he tirado a tu mejor amigo» y Samuel ladea la cabeza. A este hombre no se le escapa ni una, joder.

—Bajo a casa de Puri. Tengo prevista una reunión.

—¿Qué clase de reunión?

—Una a la que no estás invitado.

Por supuesto, salvo que quieras saber el gran tamaño que tiene por miembro tu amigo, ejem, ejem.

—Vale. Me ha quedado claro. ¿Estará...? —Oh, qué tierno. Carraspea—. ¿Vendrá Alina?

La sonrisa que le muestro ahora es esa en la que puede verme hasta las muelas del juicio; muchos dientes, mucha encía y muy forzada. Lo saca de quicio y me gusta meterme con él. Eso sí, ojito, que yo soy la única que puede hacerlo, que es mi hermano.

—Estará. ¿Quieres que le diga algo de tu parte? No sé —me acerco—, algo como «Alina, revísame el motor» o «Alina, quiero revisarte la tubería». —Sam pone cara de asco—. Tal vez «Alina, cámbiame el aceite».

—¿Qué? —me empuja con cariño—. ¿Qué te ha dado con las comparativas de la mecánica? ¿Es por José? ¿Es eso? ¿Has vuelto a verlo?

No sé por qué lo suelto, pero lo hago.

—¿Y qué si lo he visto?

Samuel se pone rojo y de inmediato sé que es mejor dejar de bromear con este asunto y no tensar la cuerda, porque pueden pasar dos cosas: o me lo cargo de un infarto o me mata él a mí.

—¡Me voy! —grito mientras comienzo a descender por las escaleras.

—Esto no quedará así —oigo a su vez.

—Claro, claro. —Es decir, ni de coña vamos a seguir hablando de

ese tema.

Llego al rellano y sigo oyendo los refunfuños de mi hermano en la planta de arriba hasta que se mete en su piso. Me planto frente a la casa de Puri y toco al timbre. Pego la oreja a la puerta y espero captar los pasos que siempre oigo. Nada. De inmediato, me pongo en alerta. ¿Y si se ha vuelto a caer? ¿Y si no llega al teléfono? ¿Y si se la ha comido *Dinamita*? Porque es un gato glotón y mono a la par que diabólico.

Vuelvo a tocar y me embarga la desesperación.

Comienzo a captar pasos y me tranquilizo.

Dinamita, perdóname por pensar mal de ti.

La mirilla se oscurece y sé que Puri está observándome a través de ella.

—¡No hay nadie! —grita desde dentro.

—¿De veras? —ironizo, por supuesto que lo hago.

—¿Es que no me oyes? ¡No hay nadie! —insiste.

—O abres o tendré que llamar a un cerrajero. Diré que te encontré hace semanas semidesnuda en el suelo y que temo por tu vida.

—¡No serás capaz!

—Ponme a prueba.

Oigo el cierre girar y, al abrir, me encuentro a Puri cruzada de brazos con esa actitud tan suya de que le importa todo un pimiento. Solo que yo sé que es todo fachada.

—Eres mala —me acusa.

—He aprendido de ti. —Le sonrío con suficiencia y ella sigue ahí, plantada frente a mí.

Baja la vista y se percata de las bolsas que traigo.

—Ya me han traído la compra. Y no necesito nada. ¿Me oyes?

—Alto y claro. Pregúntame si te hago caso. —Ni se inmuta—. Por si acaso tienes dudas: no, no te hago maldito caso. Y, ahora, hazte a un lado y déjame pasar.

No sé si es mi tono o que, en el fondo, se hace la dura, pero Puri es un trocito de pan, porque se hace a un lado y me deja entrar sin problema y, lo más importante, sin rechistar, cosa rara en ella.

Me meto en su pequeña cocina y comienzo a abrir todos los cajones. Ella se acerca despacio.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Yo también me alegro de verte. —Alzo la vista, tiene el ceño fruncido—. Voy a preparar un par de tortillas. Nada como las caseras.

—¿Desde cuándo una muchacha como tú sabe cocinar?

Nuestras miradas se cruzan y me pongo seria; no suelo hacerlo, porque la vida hay que tomársela con buen humor y con una pizca de locura; sin embargo, no todo pueden ser risas y fiestas.

—Desde que mi madre me enseñó, poco antes de morir.

Es innegable que esperaba otro tipo de respuesta, tal vez una más mordaz o menos sincera. La sorpresa sigue reflejada en el semblante de mi vecina cuando comienzo a pelar las patatas frente a ella. Me afano en mi tarea hasta que su pequeña figura se sitúa a mi lado y me quita la bolsa.

—Trae, estás desperdiciando mucha patata. Hay que hacerlo con más mimo.

Que me diga eso ella, que es la reina de «no te acerques, que te muerdo», tiene delito.

Me hago a un lado y la dejo hacer mientras me muevo por la cocina sacando cosas para colocar los frutos secos y las patatas fritas que he traído.

Cuando tenemos un par de sartenes de patatas preparados, el timbre suena y Puri alza la vista.

—¿Qué has hecho?

Le enseño, tal y como he hecho con mi hermano, todos los dientes, las encías y hasta la campanilla si hace falta.

Me acerco hasta la puerta bajo su atenta mirada. Si las miradas matasen, yo sería pasto de las vacas de Pancho.

Abro con decisión y Alina se encuentra al otro lado. Me enseña una botella de vino y asiento.

—Te dejo pasar, solo porque lo has traído blanco.

—Para mi amiga, lo mejor.

Nos dirigimos hacia la cocina y hago las presentaciones.

—Puri, esta es mi amiga Alina. Alina, esta es la maravillosa Puri. —Si ambas pillan la ironía o no, lo dejo a su elección.

Puri solo refunfuña. Y Alina la saluda con un tímido «Hola» que a mí me ha sonado a «No me comas, por favor».

—Una vez hechas las presentaciones, ¿qué sabemos de nuestra amiga?

—Que se habrá fugado para no tener que aguantarte. Tú deberías

haber hecho lo mismo. —Señala a Alina con el tenedor de madera.

—No le hagas caso: se hace la dura, pero me adora.

—Casi tanto como que me saquen las muelas sin anestesia. Ambas cosas están a la par —ironiza.

Yo no se lo tengo en cuenta, ese humor ácido me da la vida.

—Ya sabes que yo nunca he sido de sonsacar información ni nada por el estilo. Ahora bien... empiezo a replantearme lo del club *swinger* —indica Alina.

Puri alza la ceja; *swinger* le ha sonado a chino mandarín.

—Es un club de intercambio de parejas —explico para que nos entienda.

—Ohhh, ¿y qué amiga dices que hace eso?

Meneo la cabeza. Nada, que Puri se ha pasado al lado oscuro, ¿o es al claro?

Capítulo 31

Ciega, sorda y muda

Becca

—El caso es que la nieta de Sonsoles, tu vecina de enfrente, tiene secretos. Secretos que no nos cuenta... y no es que a nosotras nos guste saberlo todo...

—Que no sois unas enteradillas —puntualiza Puri.

Alina se queda perpleja.

—No te asustes, ella es así.

—Soy todo amor y sinceridad.

—Dolorosa sinceridad.

—A ella es a la que el novio le puso los cuernos, ¿verdad? —suelta tan tranquila.

—¿Se lo has contado? —pregunta Alina. Ya no tengo que hacer confirmación alguna.

—Me lo ha contado. —Sonríe malvada. Esta mujer es de lo que no hay.

Aprovecho para darle la vuelta a la tortilla, de forma literal, y así evito que mi amiga me observe como si quisiera matarme y Puri, pues igual, solo que eso es lo normal en ella.

Dejo la tortilla con mimo en un plato y mi vecina me empuja para continuar ella con la siguiente. Al menos no nos ha largado a patadas, eso es un gran avance.

—¿Y hay alguna novedad con respecto a ese tema? —Yo novedades tengo muchas, solo que voy a guardarme lo mejor para el final.

—No deja de enviarme mensajes pidiéndome disculpas. Asegura que me quiere, que fue un error, que no volverá a hacerlo...

Puri comienza a reírse. Joder, si esta mujer jamás de los jamases se ríe. Nos pilla con la guardia baja porque nos quedamos las dos

plantadas en la cocina sin saber qué hacer o qué decir.

—¿Te lo has creído? —le plantea a mi amiga de modo directo, sin ambages y sin dar rodeo alguno.

—Yo no quiero volver con él. Ya no. Lo quise mucho, Puri. Fue el primer y único chico con el que tuve algo serio, con el primero que hice planes de futuro, compartí una casa, una cama; fue con él con quien yo...

—Vale —la corta Puri. Y no me queda claro si lo hace porque no quiere que termine esa frase o porque mi amiga poco a poco ha ido bajando el tono de voz y se ha apiadado de ella.

Puri me hace un gesto con la cabeza para que le dé la vuelta a la segunda tortilla.

—No pasa nada si no sale bien a la primera —murmuro.

—Por supuesto que no pasa nada. Es más, tienes al hermano de esta chica —me señala—. Por lo que sé, está loco por ti desde siempre.

Me giro como si me hubiese quemado el culo con un hierro candente. Alina abre mucho los ojos y la boca, yo ni siquiera sé qué añadir o cómo replicar esa frase que ha soltado si es que se puede replicar. Se me ha secado la garganta, me he quedado sin palabras y creo que me he olvidado hasta de respirar.

—¿Qué has dicho? —inquiere. Intercala su mirada entre una y otra.

Analizo a Puri. No parece darle mayor importancia al tema. Me la está devolviendo, se está vengando por haberme colado en su casa y haber preparado esta reunión. Si se cree que con eso va a lograr que desaparezca, lo lleva claro. No sabe con quién se está metiendo.

Si ella es tozuda, yo lo soy multiplicado por veinte.

—Tu amiga me lo contó, en una de esas ocasiones en las que es incapaz de guardar silencio... que suele ser la mayor parte del tiempo, por supuesto.

—¿Tú lo sabías? —cuestiona.

Alina nunca se enfada. Como mucho, si lo hace, es como, bueno, como en este momento: rictus serio, actitud de «esto sí que no me lo esperaba y menos viniendo de ti» y una pizca de decepción.

Termino de darle la vuelta a la tortilla y me acerco hasta ella, no sin antes cogerle los mofletes a Puri y tirar de ellos como si la abuela fuese yo y ella la nieta traviesa.

—Lo intuía, por supuesto que lo hacía, porque Samuel siempre te

ha mirado... Te ha mirado de la forma en la que yo miro a Noel, solo que nunca me lo había confesado abiertamente... hasta hace unos días, Alina.

—Pero... Pero... —Las palabras se le atascan.

—Esto no cambia nada, Alina. Tú eres libre, siempre lo has sido, y Samuel siempre se ha mantenido alejado y te ha dado tu espacio y lugar. Su prioridad siempre ha sido tu felicidad.

Y entonces caigo en la cuenta de que mi hermano siempre ha antepuesto la felicidad de los que lo rodean a la suya propia. Siempre pendiente de que yo esté bien, de que no me falte de nada, de mi bienestar. Siempre cubriendo mis travesuras y dando la cara cuando la he liado gorda. Y también pensando en mis amigas, porque todos nosotros somos una familia.

La familia que hemos elegido formar. No la que nos ha tocado. La que queremos. Ni más ni menos que eso.

—Yo... ni siquiera sé qué decir al respecto.

—No tienes que decir nada. Yo que tú, subiría esas escaleras y me lo comería a besos. ¿Sabes por qué? —Esa es Puri, por supuesto. Alina niega con la cabeza—. Porque ese muchacho te ha esperado a pesar de todo. A pesar de que llevabas con ese otro chico —medita—, ¿cuánto llevabas con ese otro chico? Porque eso no me lo ha largado aquí tu amiga.

—Chismosa.

—Donde las dan...

—Cuatro años —responde Alina, como si no hubiese estado prestando la más mínima atención a las pullas que nos hemos estado lanzando—. Cuatro años —repite como una autómata.

—¿Quién coño te espera cuatro años? —Nadie—. Su hermano.

Alina me observa y busca, no sé qué busca, tal vez que todo sea una broma. Desde luego, no lo es.

—No pienses en eso, ¿vale? Es Samuel.

—Es tu hermano —contrataca. Vaya, ya lo sabía.

—Puri te lo ha contado porque es así de simpática.

—Porque es hora de que lo sepa —acota sin dar pie a réplica—. Porque los trenes en esta vida no pasan a menudo y seguro que tú no se lo habrías contado.

Por supuesto que no lo habría hecho.

—¿Me lo habrías contado?

Me duele tener que confesarle que no. Niego con la cabeza.

—No quiero que nada de esto te condicione y tampoco quiero traicionar a Samuel y su confianza. Mi hermano es todo lo que tengo en esta vida. Todo lo que tengo.

»Puede que nos peleemos, que me queje de lo controlador que es, que me escabulla de su vigilancia y que guarde algún que otro secreto, pero es lo único que me queda.

Alina enternece el gesto, se acerca y coloca sus manos sobre mis hombros.

—Nos tienes a nosotros también. Y a Puri.

—¿A mí? Ni de coña. Yo a esta chiquilla no la soporto. No, no, no. —Se aleja unos pasos de la cocina refunfuñando como una vieja pejiguera, dándonos un poco de espacio.

—En el fondo te tiene cariño —me consuela Alina.

—Eso, tú dile mentiras —replica desde fuera.

—Falta de oído no tiene. —La señalo.

—Tampoco de cordura —insiste Puri.

Alina y yo nos fundimos en un abrazo y en ese instante suena el timbre.

Mientras mi amiga abre, yo ayudo a Puri, que ha vuelto a meterse en la cocina.

—Eres un demonio, más demonio que *Dinamita*. No entiendo por qué te llamas Purificación cuando deberían haberte puesto de nombre Bomba de relojería.

Puri sonríe maliciosa. En el fondo, me gusta que lo haga.

—Ya estaba cogido.

—Holaaaaa. —Paz hace acto de presencia en ese momento y no se siente ni una pizca intimidada por Puri—. He traído compañía, por si la vecina necesita un toquecito en la nuca. —Alza las cejas de forma mecánica y Puri... Puri suelta una carcajada.

—La del club *swinger* me cae bien. Puedes traerla cuando quieras.

—¿Qué? ¿Club *swinger*? —pregunta sin entender nada. No la culpo.

Me muerdo la lengua por soltar la bomba, así que...

—Me he acostado con Noel.

Alina contiene el aliento; Puri pone los ojos en blanco y suspira porque cree que me lo estoy inventando, y Paz... Paz se morrea con Hannibal Lecter.

Y a esto es lo que yo llamo una noche normal y corriente en mi vida.

Capítulo 32

Te estaba esperando

Noel

Samuel me ha mandado un escueto mensaje en el que me ha pedido si podíamos vernos en el lugar de siempre. Y ese lugar no es otro que el bar de José.

Mal asunto.

Mentiría si os dijese que no estoy un poco nervioso por si se ha enterado de lo que ha pasado entre Becca y yo, por si ha descubierto que estamos juntos y... bueno, no sé, por si pretende matarme.

Aunque un asesinato en un lugar público no es nada aconsejable.

Para variar, llego el primero y tomo asiento en la barra.

José se acerca con rapidez y coloca frente a mí un botellín de cerveza.

—¿Has visto a Becca últimamente?

La he visto, sí, solo que no pienso contártelo.

—No mucho, la verdad. Tengo entendido que ha estado liada con el trabajo.

José alza la vista y su mirada se dirige hacia la puerta. Supongo que comprobando que Samuel no aparezca por aquí.

—Becca es una chica increíble, Noel. Nos lo pasamos genial en la cita. Es divertida, ocurrente, muy alegre y extrovertida. Creo que estoy pillándome un poco.

Me atraganto. Lo hago. Comienzo a toser y es José el que me da un par de palmadas en la espalda.

—¿Qué has dicho? —pregunto, porque tal vez me haya fallado el oído.

—Que me estoy pillando por Becca. No dejo de pensar en ella. Voy a pedirle que salgamos otra vez. No quiero enviarle un mensaje, puede que me pase luego por su casa.

Ni de coña.

—Me parece una gran idea, sí.

José sonríe y me trago los celos que me consumen.

Las cosas entre nosotros han cambiado o así, al menos, lo siento yo. No me he planteado la opción de serle sincero, contarle lo que siento y confesar que llevo mucho tiempo viéndola de una manera muy diferente.

No sé en qué momento dejó de ser para mí la hermana de mi mejor amigo y se convirtió en Becca, la chica que me gustaba, la chica por la que sentía, y siento, algo más que atracción; la chica de la que estoy enamorado.

Imagino que fue algo paulatino. Los pequeños detalles hacen que algo se convierta en un todo.

Las risas, las cenas, los paseos, las visitas a casa, las trastadas que cometía y de las que luego fingía no saber nada. El apoyo que le brinda a mi hermana... Fue un compendio de muchas cosas que me hicieron darme cuenta de que había dejado de ser una niña para convertirse en una mujer... y que había dejado de ser la hermana de Samuel para ser la chica por la que estaba loco de remate.

Y, entonces, esa culpa me golpea de nuevo en forma de mazo.

«No te lo perdonaría.»

Sé que tengo que hablar con Samuel del tema, explicarle lo que siento y contarle que esto no es un simple capricho pasajero. Solo que, antes de eso, tengo que estar seguro de que por parte de Becca también significa algo más.

Nos complementamos. Lo soltó sin más, sin dudar, sin pensar. De los dos, siempre he pensado que ella es la que más agallas tiene y, sin lugar a duda, sigo pensándolo.

Una mano sobre mi hombro me sobresalta. Vaya poli de mierda que no se las ve venir.

—Se te ve muy concentrado.

Pensando en tu hermana, sí.

—No es nada importante —finjo—. ¿Ha pasado algo? —pregunto.

José duda entre acercarse o no hacerlo y escondo la sonrisilla de satisfacción que eso me produce. ¿Qué? Nunca he afirmado que sea un buen tipo.

—Una cerveza —le pide desde la distancia—. ¿Este te ha contado

algo? —me plantea a mí y alzo una ceja—. Algo de la cita.

Niego con la cabeza.

Podría comportarme como su mejor amigo y explicarle lo que me ha dicho minutos antes de que él apareciese, jugar esas cartas a mi favor. Lo sopeso durante unas décimas de segundo y me arrepiento porque yo no soy de esa clase de tíos. No hago ese tipo de cosas.

—Nada.

—¿Y Alina?

—¿Qué pasa con Alina? —me pongo en guardia, a veces entiendo su forma de comportarse con su hermana.

—Nada —duda—. Solo quería saber si te ha dado información sobre ellos. —Señala a José.

—No. No es algo que mi hermana y yo hablemos, la verdad. Ya sabes que ella es reservada con esas cosas y mucho más si está tu hermana de por medio.

José se acerca y entonces comienza la fiesta.

—¿Qué tal, José? ¿Te lo pasaste bien con Becca la otra noche?

Yo me lo pasé mejor con ella. Me callo. Si pudiese, no respiraría.

—Tu hermana es la caña.

Samuel se pone en pie y apoya los codos en la barra, con el botellín de cerveza entre sus manos.

—Eso ya lo sabía. Lo sabemos todos. No era necesario una cita para darse cuenta. José, es mi hermana —repite.

Intento no recordarlo cuando estoy con ella. Evito pensar en lo que sucederá el día que te enteres de ello.

Siento una pizca de culpabilidad al pensar que, mientras Samuel crea que Becca y José están juntos, no pensará que soy yo el que está con ella.

—Becca ya no es una niña, Samuel. Sería bueno que te fueses haciendo a la idea.

Se inclina aún más y lo coge de la pechera para encararse. Por un instante temo que vaya a darle una hostia.

Agradezco que eso no suceda.

—Es mi hermana pequeña.

No tan pequeña...

José resopla ofendido. El tío le echa cojones al asunto, eso es indiscutible.

Coloco mi mano sobre su hombro.

—No es una cría —replica el camarero.

José forcejeaba para deshacerse de su agarre tirando de la ropa. Samuel lo suelta y se echa hacia atrás. Más que tomar asiento, parece haberse dejado caer, como si su cuerpo pesase unos mil kilos.

—Samuel... —comienzo a hablar.

Algo le pesa por dentro, algo lo hace. Me mira, lo percibo.

—No me digas nada, ¿vale? Ya lo sé, sé que José tiene razón, sé que Becca ya no es aquella niña de trenzas que se paseaba descalza por el jardín de tu casa. Tampoco es la enana que me pedía que le contase un cuento antes de dormir o que enfriase su sopa antes de bebérsela directamente del plato. Sé que ha crecido y sé que tengo que hacerme a la idea de ello. Pero... solo nos tenemos el uno al otro. Y prometí que la protegería. De todo. Lo prometí.

—Y no has incumplido esa promesa, nunca.

Samuel traga saliva. Yo también lo hago.

—Siempre he podido contar contigo. —Sé lo que encierran esas palabras. «Confío en ti, ciegamente.» Cierro los ojos. Cada vez me siento peor—. Eres un buen tipo. Siempre lo has sido.

Con toda probabilidad, dejará de pensar eso cuando sepa lo que he hecho.

Y... bueno... lo que pienso seguir haciendo.

Capítulo 33

Socorro, auxilio

Becca

Otro turno de doce horas y seré pasto de las vacas. Al menos, mi indumentaria de hoy es mucho mejor que la última. He descubierto que vestirse de fresa no está tan mal. El rojo combina con mi tono de pelo y los niños no huyen de mí como si me los fuese a comer. Un punto a mi favor.

—¡Becca! —Oigo que me llaman y me giro justo antes de abrir la puerta de mi edificio—. ¡Becca, espera!

Distingo la figura de José acercándose a paso acelerado. Sonrío mientras me acerco a él.

—Buenas noches —lo saludo.

—Llevo un rato esperando. No sabía cuándo ibas a llegar. Tu hermano... —¿Mi hermano?—. Tu hermano estuvo en el bar anoche, pero no quise preguntárselo. Empieza a acojonarme. —Me sonríe. Intenta que no se le note, pero sé que lo asusta de veras.

—Pues aquí me tienes. —Me señalo—. ¿Ha pasado algo?

Baja la cabeza. Cuando la alza, distingo la determinación en su mirada.

—Esperaba que me llamases. Me he portado bien —sentencia.

Oh, vaya, es eso... Upsss.

—Ya, verás, es que he estado bastante liada. —Le muestro mi disfraz, que llevo en una bolsa, y, aunque no sepa qué coño es, sabe a lo que me refiero—. Mucho trabajo, muchas cosillas pendientes. —Y muchos frentes abiertos.

—Bien, al menos es eso y no que pasas de mí. —Analiza mi expresión, no sé qué es lo que ve. Seguro que no lo que pienso realmente.

«No eres Noel. No me gustas. Me caes bien, como amigo genial,

pero no voy a liarme contigo aunque seas la mar de majo.»

Ni siquiera sé qué responder a eso, la verdad, por lo que se instala un silencio denso entre los dos.

—Oye, pues me alegro mucho de verte. Espero que sigas bien. —¿Habéis leído lo que le he soltado? Pues eso no es lo que se suele decir, al menos, sin parecer una desalmada o una tonta del culo.

Me dispongo a girarme para meter de nuevo la llave y percibo una vez más su presencia. Y, ya puestos, lo cerca que está.

—¿Te apetece que salgamos algún día? Otra cita, tú y yo.

No quiero herir sus sentimientos, ¿vale? No quiero hacerlo. Tampoco puedo decirle que sí solo por quedar bien cuando con el único que me apetece tener citas es con Noel.

Y José, por si no os lo he comentado en ninguna ocasión —nótese la ironía—, no es él.

Inspiro y me lanzo al vacío.

—Te lo agradezco mucho, José, y en serio que me lo pasé genial, pero no estoy segura de que sea buena idea.

Asume la negativa con entereza.

—¿Es por tu hermano? —me pregunta.

Podría utilizarlo de excusa, claro que podría hacerlo, o también podría comportarme con una persona con algo de cordura y ser sincera.

—No. —Acompaño mi negativa con un gesto de cabeza—. Es que... —dilo, hazlo, suéltalo sin más—... me gusta alguien.

Eso sí que no se lo esperaba.

—Ah —rechazo, golpe y porrazo—, vale. Lo pillo.

Retrocede un par de pasos. Me siento fatal por haber sido tan honesta; sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer?

—Lo siento, José, de verdad que me lo paso bien contigo la otra noche y creo que eres un buen tipo, pero no buscamos lo mismo.

Sí, eso es. Has hecho lo correcto. Puri estaría orgullosa de ti. No, dudo que Puri se sintiese orgullosa de mí por haber actuado así. Ella hubiese sido más de «¿Qué coño dices? ¿Acaso me has visto? ¿Cómo se te pasa por la cabeza siquiera que una mujer como yo pueda estar con un tío como tú?». Sí, de haber soltado eso, seguro que me habría hecho la ola.

—Vale. Pues nos veremos por ahí.

No sé por qué, pero entro en casa sintiéndome un poco mal. Un

mucho mal.

Subo las escaleras y me planteo ir a ver a Puri y a *Dinamita*, o quizá a Sonsoles, que seguro que tiene algún comentario chulo que me sube el ánimo; sin embargo, me dirijo a casa sin más.

Romperle el corazón a alguien es una auténtica mierda. Que lo sepáis.

Con todas esas cosas en la cabeza, me meto en la ducha. Ni siquiera he pensado en lo que voy a cenar y tampoco he visto a Noel desde nuestro último encuentro. Tal vez haya decidido poner tierra de por medio una vez más, como cuando me besó.

Puede que esto sea un juego para él. No sé. Yo siempre estoy superpositiva, a tope de *power*; ahora bien, no puedo negar que lo de José me ha dejado chof.

Me caliento un paquete de esa pasta que se hace en el microondas y enciendo el televisor.

Devoro mi cena viendo a las hermanas Gilmore contarse sus problemas y pienso en llamar a mis amigas y comerles la oreja con los míos. Tampoco he sabido gran cosa de Alina desde que nos vimos anoche en casa de Puri y se enteró de todo. Y no he tenido el valor suficiente de explicarle a Samuel que su amor platónico está al corriente de ello. Se va a liar muy gorda cuando lo sepa y me huelo que se me caerá un poco el pelo por el camino.

Si termino poniéndome peluca, quiero ser pelirroja. Me lo he ganado.

Cuando tiro a la basura el envase de lo que ha sido mi cena, capto un leve sonido en la puerta, como unos leves toquecitos. Son lo suficientemente bajos como para pensar que me lo he imaginado.

Yo, de imaginación, ando sobrada.

De todos modos, me acerco con cautela y aguardo. Lo vuelvo a oír, así que decido abrir un poco, como si por ese poco no cupiese un cuchillo del tamaño de Canadá.

—Joder —farfullo cuando me doy cuenta de quién es. Abro del todo y miro hacia la puerta de mi hermano—. ¿Qué haces aquí?

Alza una ceja. Ya se me ha pasado todo. No ha huido a Rumanía.

Dejo que entre y cierro muy muy suave, para que nadie se percate de nada. Y con «nadie» me refiero a Samuel; el resto del edificio me da que está al corriente de todo.

—¿Tú qué crees que hago aquí? —me pregunta de vuelta.

Oisss, qué mono es.

—¿Venir a verme?

—Evidentemente. Estaba con tu hermano y te hemos oído llegar hace un rato. He tenido que esperar un poco, luego aparentar que me marchaba a mi piso, bajar las escaleras, abrir la puerta del portal para hacer ver que salía a la calle sin salir y volver sobre mis pasos.

—Eres el poli más mono del mundo. —Me lanzo a sus brazos y me encierra entre ellos.

—Soy el tío más mono del mundo, lo mires por donde lo mires. —Me fascina cuando se pone así: ese punto chulo y ese corazoncito que tiene son lo que hace que me vuelva del todo loca.

—¿Y si no me hubiese enterado? Imagínate, solo por un instante, que hubiese estado en la cama, leyendo o mirando TikTok. —Pone los ojos en blanco—. ¿Qué? Hay cientos y cientos de vídeos molones.

—Vale —cede y me acaricia la mejilla. Me deleito con ese roce—. Sé que podría haber usado el teléfono, pero me gustaba más este factor sorpresa.

—Pues has hecho bien. Y mi hermano no se ha dado cuenta. Se nota que eres poli.

Entierra sus dedos en mi melena y acerca sus labios a los míos. Y ahí todo deja de importar.

—Te he echado de menos —pronuncio con desesperación contra su boca.

Ni siquiera soy consciente de haberlo soltado, de habérselo confesado, de haberlo verbalizado en voz alta, hasta que sus labios se posan sobre los míos de nuevo.

Besar a Noel es como estar en casa.

El beso se vuelve cada vez más ávido, cada vez más intenso, cada vez más caótico e imposible de controlar.

Mis manos bajan hasta el borde de su camiseta y ni siquiera me lo pienso cuando me deshago de ella y la lanzo a un lado. Nos miramos unas décimas de segundo antes de que mi camiseta siga la trayectoria de la suya.

Nos volvemos una maraña de besos, gemidos y piel.

Noel me lleva hasta mi habitación y me doy cuenta de que va a ser la primera vez que hagamos esto aquí.

—¿Qué piensas? —Debe de haber notado mi cambio de actitud.

—¿Sabes que vamos a hacerlo en mi cama? —pregunto

desenfadada—. Es decir, vamos a guarrear en mi cama. —Y esta vez no lo haré sola.

—Sí, ¿y?

—Nada, solo que me encanta la idea. Vamos a guarrear en mi cama y luego esa cama olerá a nosotros dos y al sexo desenfrenado que vamos a compartir en ella y...

Noel coloca sus dedos sobre mis labios.

—Me temo que va siendo hora de que te haga callar.

Uhhh, me encanta el poli malote que se pone provocador cuando se excita.

—¿Y cómo piensas hacer eso?

Aprieta su polla contra mi centro. Gimo y dejo caer la cabeza hacia atrás. Ha dado en el lugar justo que necesita atenciones.

—Enséñame lo que sabes hacer, pequeña delincuente.

No es necesario que me lo pida dos veces. Cuando quiere darse cuenta, ya tengo su polla en mi boca.

Capítulo 34

Soy una caja de sorpresas

Becca

No entraré en detalles —aunque me muera de ganas— sobre la cantidad de orgasmos que Noel me ha proporcionado esta noche.

Tampoco os diré que está a un par de días de pedirme matrimonio porque estoy convencida de que ya es consciente de que soy el amor de su vida... o, mejor aún, de que lleva enamorado de mí desde... desde que el sol sale por el este y se pone por el oeste. Más o menos ese es el tiempo que llevo yo pillada por él.

En fin. Me dispongo a cambiar las sábanas y tomarme el día con filosofía, tal vez rememorando la de cosas que le hice en esa cama y las que luego me hizo él a mí, cuando el timbre de casa empieza a sonar.

Sonrío mucho porque... Es que no puede dejar de pensar en mí. Que lo sé yo.

Abro con actitud de «Ven aquí, nene, que te voy a dar lo tuyo, lo mío y lo de tu prima» hasta que caigo en la cuenta de que, el que está al otro lado, es mi hermano. Y se me baja todo, por supuesto.

Mierda. Esto no es bueno. ¿Se habrá enterado? ¿Se lo habrá contado Puri? Porque esa señora puede ser muy malvada cuando quiere. Y no es que lo diga yo, es que ella es consciente de ello y no se avergüenza lo más mínimo.

—¿Por qué me miras de esa forma? ¿Te encuentras mal? Estás colorada.

No me hagas contarte lo que tengo colorado y quién es el causante de ello, por favor.

—No te miro de ninguna manera y, no, no me encuentro mal. —De hecho, me encuentro mejor que nunca.

—Vale. —No parece demasiado convencido—. ¿Puedo entrar o

me vas a dejar aquí toda la mañana?

Pues... ¿debería dejarlo entrar después de lo que pasó anoche en este piso? No lo tengo del todo claro. Al menos, por su actitud, deduzco que no se ha enterado de nada porque, si hubiese sido así, me estaría subiendo a un avión y enviándome a un internado. Un internado de chicas, os lo aclaro, por si acaso.

—Anda, pasa —cedo—. ¿Has desayunado?

Samuel niega con la cabeza y me muestra una bolsa que traía escondida a la espalda.

—Me disponía a ir a ver a Noel, pero he recordado que ayer mencionó que pasará la mañana en la granja con su abuelo y no me apetece nada que me pongan a limpiar boñigas.

Muy esclarecedor, sí.

—Así que yo soy tu segundo plato.

Mi hermano se carcajea mientras se mete en la cocina. Saca leche de la nevera, sirve dos tazas y añade cacao en polvo antes de meterlas en el microondas.

—Tú nunca podrías ser mi segundo plato, siempre serás el primero.

Cómo sabe ablandarme, el maldito. Y con qué poco, fijaos; una frase y se acabó.

Ahora bien, está de buen humor. Tal vez sea un momento genial para contarle que me estoy acostando con su mejor amigo... o, mejor aún, para explicarle lo de Alina.

Carraspeo un poco buscando fuerzas de donde no las tengo mientras coloco los bollitos rellenos de chocolate blanco en la mesa. Tienen una pinta deliciosa.

«No te distraigas.»

«Vale, no lo haré.»

Samuel se acerca y deja las tazas frente a nosotros. Remueve un poco el contenido de la suya antes de beber.

—Alina sabe que estás loco por ella.

Mi hermano tose. La taza se le vuelca un poco y derrama leche con chocolate en mi alfombra. Se mancha los pantalones. Se pone rojo. No sé si porque se ha quemado o por la mala hostia que le ha entrado por lo que le he contado... o una mezcla de ambas cosas.

—¿Qué has dicho?

Empieza a entrarme el canguelo.

Era mejor hacerlo rápido. Como cuando quitas una tirita y te arranca los pelos y te duele la hostia, pero lo has pasado todo de una; pues igual.

—Alina lo sabe.

Vale, pensemos. No me puede matar porque me quiere, aunque su mirada en este instante indique lo contrario. No lo hará. Porque no lo hará, ¿verdad?

—Joder, Becca. ¿No sabes guardar un secreto o qué? —Si él supiese. En fin.

—No he sido yo. Al menos, técnicamente.

—¿Cómo que no has sido tú? ¿A quién más se lo has contado? ¿Lo sabe Noel?

—¿Por qué lo nombras? ¿Por qué? —me pongo a la defensiva y Samuel ladea la cabeza. Se acerca.

«Si no te calmas, sí que se va a enterar de todo.»

Respiro hondo.

—¿Qué pasa? ¿Se lo contaste a Noel?

Niego con la cabeza.

—Se lo conté a Puri.

Mi hermano parpadea. Me temo que Puri es la última persona en la que él estaba pensando.

—¿A la vecina? No sabía que erais tan amigas.

Yo tampoco.

—No sé, Samuel, surgió sin más. Cuando me la encontré tirada en el suelo, me tumbé a su lado. Luego me quedé unos días con su gato, nada une como eso, así que la he visto en otras ocasiones —me defiendo—. Ya sabes que digo y hago muchas chorradas.

—De eso no me cabe la menor duda.

—Me ofendes.

—No hablemos de ofensas, por favor, porque Alina se ha enterado, por la vecina —recalca—, de que estoy enamorado de ella. ¿Qué puede ser peor que eso?

Pues, probablemente, que me estoy acostando con tu mejor amigo, y no solo eso, que estoy loca por él. Ahhh, y que no te lo he contado nunca, jamás.

Sí, se masca la tragedia.

—No sé por qué lo hice, ¿vale? Supongo que porque me gusta hablar con ella y me da pena porque creo que se siente muy sola y no

me gusta que nadie se sienta solo porque ya sabemos lo que es eso. Tú y yo sabemos lo que es sentirse así.

Samuel dulcifica el gesto. No pretendo ganármelo de este modo, ni mucho menos, que conste; eso que le he soltado es lo que pienso de verdad. Y sé que, aunque no lo parezca, aunque mi hermano en este momento no esté de acuerdo, Puri es una señora de fiar.

Y puede que en el fondo lo haya hecho por el bien de ambos, porque quería ser una casamentera solitaria o esperaba que Alina abriese los ojos y se diese cuenta de lo que tiene; de lo que puede tener si ella quiere.

—No pasa nada —zanja ese tema, aunque no lo veo del todo convencido—. ¿Y ella? ¿Qué dijo Alina?

Me acerco la taza a la boca y le doy un sorbo largo. Mi hermano es el que mejor prepara la leche del mundo.

—Pues estaba flipando.

—Mierda.

Vale, lo he soltado un poco de sopetón y resumido, y Samuel es de los que necesitan información.

—A ver —voy a intentar apaciguarlo—, es normal que esté en *shock*. Piénsalo, ella no tenía ni la más remota idea de lo que pasaba. En un principio, creí que se iba a enfadar mucho porque yo lo sabía y no se lo había contado...

—Gracias por guardarme el secreto... si es que a todo esto se le puede llamar de esa forma.

Asiento. Está claro que, bien, no lo he guardado, vamos, ¿a quién pretendo engañar?

—Por supuesto. Alina es mi amiga y tú, mi hermano. Os quiero muchísimo a los dos. Y he estado pensando un poco en el tema, ¿vale? —En muchos temas, porque lo de José ayer también me dejó tocada y... bueno... luego vino mi chico y me quitó todas las penas a base de pene, ejem, ejem—. El caso es que... —retomo el tema en cuestión—... estoy convencida de que es mejor que lo sepa.

Samuel se pone en pie como si intuyese lo que pretendo explicarle.

—No pienso hacer nada al respecto. No me digas que aproveche la oportunidad, que me acerque a ella, que intente algo, porque no va a ser así.

Uhhh, a la defensiva conmigo no, ¿eeeh?

—¿Por qué? —pregunto sin entender nada—. Ahora que ella lo sabe...

—No, no puedo, Becca. Por más que sienta algo por ella, es la hermana pequeña de mi mejor amigo. Yo jamás perdonaría a Noel si se liase contigo —concluye.

Me duele lo que está diciendo, que pudiese ser así, que no aceptase lo nuestro y rompiesen su amistad por mi culpa. Y no solo eso, que supusiese también un distanciamiento entre nosotros dos.

—Estás diciendo una soberana tontería —replico, y lo pienso de veras. Es imposible que él crea que es mejor renunciar a sus sentimientos que entender que el amor no se elige, no se busca; solo se encuentra, aparece donde y cuando menos te lo esperas.

Además, que a mí me encantaría tener a Alina de cuñada.

—No sé, Becca. Hay muchos factores que me condicionan. Es la hermana de mi mejor amigo, la conozco de siempre, se convirtieron en nuestra familia cuando nos quedamos solos...

Me pregunto si estas cosas que menciona mi hermano también las valora Noel. Si también lo condicionan.

—No veo que ninguno de esos argumentos tenga peso.

—Tú lo ves todo muy sencillo, Becca, siempre ha sido así.

—Porque la vida es para tomársela de esa manera, Sam. ¿Por qué nos empeñamos en complicar las cosas cuando no todo tiene que ser complicado?

—¿También eres filósofa?

Pongo los ojos en blanco. De veras, en ocasiones me entran ganas de matarlo.

—Si lo fuese, no me vestiría de plátano o de patata frita —sentencio. Mi hermano me dedica un mohín de lo más mono—. Solo piénsalo, ¿vale? Piensa las cosas. No estoy de acuerdo en que la solución a esto sea renunciar al amor.

No lo es, al menos no para mí. Nunca ha sido de ese modo y no quiero que Samuel piense de esa manera porque, si alguien se merece ser feliz, es él. Más que nadie en este mundo.

—Lo pensaré —acepta. Sé que lo hará, aunque tardará semanas en tener las cosas claras porque Samuel no es nada decidido—. Y, ahora, voy al baño.

Le cedo el paso y vuelvo a tomar asiento mientras me llevo un bollito a la boca. Cierro los ojos, está delicioso.

Cuando Samuel regresa, sigue nervioso y evita mirarme. Hombres, no hay quien los entienda.

Capítulo 35

Que no te metas con Becca, muñeca

Noel

—Mi hermana se está acostando con alguien.

¿Qué? Mierda, mierda, mierda.

Trago saliva. Soy hombre muerto.

Vaya poli de pacotilla, Becca tiene razón.

—¿Por qué sonríes? No es gracioso, ¿no me has oído? Mi hermana se acuesta con alguien.

No pienso explicarle que estaba sonriendo porque me he acordado de esa forma en la que me llama y de lo mucho que me gusta. El apelativo y ella. Frunzo el ceño.

—Te he oído. ¿Por qué piensas eso?

—He ido esta mañana a su casa. Pensaba pasar por la tuya, pero he recordado que ibas a la granja con tu abuelo, así que he decidido ir a desayunar a su piso. He comprado bollitos, hemos tenido una charla, ya sabes, cosas de hermanos... —Cosas de hermanos—. El caso es que en un momento dado he ido al servicio y... había tres envoltorios de preservativos en la papelera de su baño. Tres, colega, que se lo hizo tres veces a mi hermana.

¡Y qué tres veces!

—Vale, lo he pillado. Samuel... ya hemos hablado de este tema.

—Es José. Seguro que es José. Estoy convencido porque ese chico está colgado por mi hermana. El otro día, en el bar, cuando tuvimos ese pequeño acercamiento... no me quedó ninguna duda. Y ella aceptó esa cita con él. Tal vez sigan viéndose.

—¿Se lo has preguntado a Becca?

—¿Qué? ¿Estás loco? ¿Cómo voy a preguntarle si se está tirando a alguien? ¿A José? No puedo hacer eso. Pero... sí que puedo actuar como Nando y seguirlos, a ambos... ya sabes.

Una vez más, soy hombre muerto.

—No puedes hacer eso. —Mi tono suena recriminatorio y se da cuenta al instante.

—Nando lo hace.

—A Nando también le pedí que no lo hiciera —contrataco—. Es más, a Nando le he aconsejado cientos de veces que hable con Lorena, que no tome decisiones precipitadas. ¿No crees que es lo mejor?

—Becca no va a soltar prenda, es muy suya con sus cosas.

Y yo lo agradezco.

—¿Y no te parece que lo mejor es que dejes que haga su vida?

Samuel frunce el ceño y me analiza. Si este hombre hubiese querido meterse en el Cuerpo como hice yo, probablemente sería el jefe de todos.

No se le escapa ni una.

—Yo dejo que Becca haga su vida, solo que intervengo un pelín en ella.

—¿«Un pelín» es alguna clase de eufemismo de los tuyos?

—Puede —rezonga cruzándose de brazos en actitud nada despreocupada.

Se pasea por mi casa como si tal cosa. Mi cabeza comienza a trabajar a marchas forzadas porque Becca estuvo aquí el otro día, porque pasó lo que pasó entre nosotros y porque no sé hasta qué punto puede que quede algún indicio de todo ello.

—De veras, Sam, no puedes protegerla de todo y luchar contra todos...

—¿Te crees que no lo sé? Ha crecido, soy consciente de ello, solo que... no me hago a la idea; me cuesta verla como esa mujer en la que se ha convertido. Me cuesta dejarla ir porque no quiero perderla.

—Nadie ha dicho que vayas a perderla, solo tienes que dejar que tome sus decisiones, que elija, que se equivoque y acierte, porque en eso consiste la vida.

—La vida es una puta basura.

—No siempre y lo sabes —sentencio.

Samuel se acerca y se sitúa frente a mí; lo observo desde abajo, desde el sofá.

—No sé qué habríamos hecho sin vosotros, sin tu familia, sin vuestro apoyo. Nada sería como es ahora, de eso estoy seguro.

—Tampoco tenemos la certeza. Siempre hemos sido familia y

siempre lo seremos. Pase lo que pase.

—Pase lo que pase —repite.

Me observa unos segundos de más y no sé si quiere contarme algo más o hemos zanjado el tema.

—¿Qué pasa? ¿Hay algo que te preocupe además de lo de Becca?

Samuel asiente; sin embargo, no dice ni pío.

—¿Cómo está Nando?

¿Es eso lo que en realidad quería saber?

Suspiro.

—Estuvo aquí hace unos días. No lo está pasando nada bien, me temo que le va a pedir el divorcio a Lorena o eso es lo que me dio a entender.

—¿Tú qué piensas sobre ese asunto?

Ahora que estamos a solas, podemos hablar de ello sin tapujos.

—Creo que debería hablar con ella. Confiar en ella.

—¿Crees que Lorena está con ese tío? —me pregunta yendo directo al grano.

—No lo sé. En un principio estuve convencido de que no. Ahora ya no lo tengo tan claro. De lo que sí estoy seguro es de que no todo es blanco o es negro.

—Estoy de acuerdo. Y, si al final resulta que Lorena está con ese tipo, al menos lo habrán hablado. —Asiento dándole la razón, puesto que la tiene—. Nando siempre lo tuvo claro, desde que conoció a Lorena supo que sería la mujer de su vida y no dudó ni un instante de ello. Fue a por todas, parece mentira que las cosas hayan cambiado en tan poco tiempo desde que se casaron.

Medito sus palabras. Yo también lo he tenido claro siempre. Hasta cuando Becca no me veía, yo sí lo hacía. Sí la veía. Sí la sentía.

—Tal vez me equivoque, pero creo que Lorena también lo tuvo claro siempre.

—Ojalá tengas razón —apostilla mi amigo—. Ojalá.

Capítulo 36

A mí no me vengas con esas

Becca

Le he enviado un mensaje a Noel en cuanto Samuel ha salido por la puerta de su piso.

No sabéis la cantidad de veces que he hecho el ridículo en esta vida. La de tonterías que he llevado a cabo y la de venganzas que he puesto en práctica, a cuál más surrealista; ahora bien, tener que esconderme de mi propio hermano se lleva la palma y empiezo a sentirme mal por ello.

Cuando el timbre de mi casa suena, abro sin miramientos, tiro de su camiseta como hice con Paz hace unos días y su cuerpo choca contra el mío. Siendo honesta, las sensaciones no tienen nada que ver con las que sentí cuando se trató de mi amiga. El hormigueo que siento cuando lo tengo cerca se hace patente al instante.

—Yo también me alegro de verte, pequeña delincuente.

Noel no pierde el tiempo y se lanza a por mis labios. Pierdo la conciencia, el raciocinio y... ¿recordáis eso por lo que me sentía mal? Porque yo, definitivamente, no.

Pufff, magia; se ha esfumado por completo.

Entierra sus manos en mi pelo y se acabó. Me tiene a su merced.

Gimo en sus labios y llevo mis manos a la cinturilla de su pantalón con desesperación.

—Becca —susurra apenas separándose unos segundos de mí—, me vuelves completamente loco.

Me lo tomaré como un «Sí, quiero ser el padre de tus cinco hijos, estoy de acuerdo en lo del perro y también con la casa con jardín y porche». ¿Qué? ¿Por qué conformarme con una valla blanca si puedo tener el *pack* completo y con el chico del que estoy enamorada?

Durante unos segundos, me planteo decírselo.

—Noel —casi jadeo. Mi voz sale pastosa, no me recuerda ni siquiera a mí; sin embargo, sé que tras esa palabra se esconde una confesión que no sé cómo será recibida.

—Sí, Becca, sí, yo también me moría por besarte.

Bueno, no es lo que tenía en mente, pero me vale; al menos de momento.

Doy un pequeño salto y mis piernas encierran su cintura. Mis manos se colocan sobre sus hombros y mis dedos juguetean con el pelo de su nuca. Mi espalda choca contra una pared y ahogo un gemido cuando su polla presiona mi centro.

Me deja caer con suavidad y comienza a desnudarme sin apartar sus ojos de los míos. No sé cuánto tiempo pasa desde que la primera prenda cae al suelo hasta que se forma una pila de ropa a nuestra derecha. Pueden ser segundos, minutos; sin embargo, a mí me parece mucho más.

—Tócame —le pido, casi exijo. Ronroneo.

Me sonríe como solo él sabe, esa mezcla de chico bueno que promete cosas muy malas.

Se acerca, analiza, estudia, cuestiona y toma todo a su paso.

—¿Aquí? —Posa sus manos sobre mi muslo. Pasea sus dedos por mi piel. Exhalo—. ¿O mejor aquí? —La piel de mi pierna se siente abandonada cuando se pasea por mi abdomen.

—No —susurro—. No juegues conmigo.

No hay rastro de su sonrisa encantadora. Ha dejado de lado al cachorro para que la fiera arrase con todo. Y yo, por supuesto, me dejo hacer.

Con todo el descaro que tengo, arrastro su mano hasta mi coño y cierra los ojos cuando percibe la humedad entre mis piernas. Qué poco ha necesitado para tenerme en el bote. Cuando he conseguido lo que quiero, la mía va directa a su polla.

Jadea. Me siento fuerte, poderosa, casi invencible.

La muevo entre mis dedos a la vez que Noel hace lo mismo conmigo.

No me atrevo a cerrar los ojos, no quiero perderme nada de lo que me pueda ofrecer. Quiero guardar cada instante en mi memoria, cada gemido, cada caricia, cada abrazo y cada beso. Cada orgasmo, cada risa. Todo, lo quiero todo de él.

Me lanzo a por sus labios mientras seguimos explorándonos.

Su lengua no juguetea, saquea.

Su boca no besa, conquista.

Su cuerpo no roza, se adueña de todo.

Sin saber que a mí me tiene desde siempre; que he decidido ser mía y, a su vez, ser suya.

Percibo el vacío incluso antes de que me abandone. Alza mi pierna, retiro mi mano. Me encuentro con su mirada ávida... de mí.

—Voy a follarte, pequeña delincuente.

Madre mía. Madre mía.

—Demuéstramelo, poli de pacotilla.

La primera embestida me quita la respiración. Su miembro entra por completo, llenándome. Dejo caer la cabeza hacia atrás presa de esas sensaciones que se agolpan en mi interior, del placer más absoluto que solo Noel me proporciona, rendida ante él.

Muerde la piel que queda expuesta de mi cuello.

—Sabes a pecado, Becca.

Alzo la vista y encierro mis dedos en su pelo. El calor lo invade todo mientras Noel bombea en mi interior.

—Siempre he sido una chica mala —ronroneo—. Pecar es lo mío.

Tiro de su cabello instándolo a moverse dentro de mí con más brío.

Cuelo una mano en la unión entre los dos.

—Joder, sí, eso es, Becca. Tócate para mí. Quiero ver cómo te corres, quiero sentir cómo te corres.

El tono y sus palabras me alientan. El calor crece entre nosotros, nos enciende, nos excita, nos altera. Meto uno de mis dedos en su boca y Noel lo chupa. Se deleita con él sin apartar sus ojos de los míos.

Una vez me siento satisfecha con el trato, lo llevo de nuevo a mi centro y me toco. Joder, qué puta pasada. Esto es mejor que cualquier venganza.

Se me escapa un grito cuando los movimientos se aceleran, cuando el deseo comienza a escaparse de nuestro control, cuando su polla no deja de volverme loca con ese ritmo frenético.

—Yo... Becca, yo... —Sé lo que necesita porque es justo lo que anhelo yo también.

Es su mano la que ocupa el sitio de la mía y entonces... Todo estalla y caigo en esa nube densa de placer que tanto me gusta. Es

esponjosa, es vibrante, es acogedora y explosiva. Me hace cosquillas, me hace volar sin tener alas.

—Me cago en la puta.

Percibo los espasmos de su orgasmo; la forma en la que su frente se apoya en la mía y los movimientos dejan de ser frenéticos para ser suaves, delicados... alargando esas sensaciones, ese placer al que sucumbimos cuando estamos cerca, cuando somos uno solo. Porque eso, todo eso, es lo que somos cuando estamos juntos.

—¿Todo bien? —me pregunta.

—Mejor que bien —me sincero y le regalo una sonrisa de mujer satisfecha entre los brazos del hombre que acaba de hacer ciertas travesuras con ella.

Me coge en brazos y grito porque no me esperaba el gesto.

—Joder, poli, estás fuerte que te cagas.

Se carcajea mientras entramos en mi dormitorio. Pasamos la cama de largo, cosa que no sé si me entristece o me reconforta porque a ver quién es la guapa que aguanta otra sesión de sexo como esa.

—Te oigo pensar —bromea.

—Si me oyeses, pensarías que soy una degenerada.

—Eso ya lo pienso desde hace un rato. ¿Recuerdas cuando tenías las manos entre tus piernas y te acariciabas junto a mí? —Bajo la cabeza abochornada—. Pues en ese momento ya lo pensaba.

Entramos en el baño y, cuando me deja en el suelo, le propino un pellizco en esa parte que parecía —sí, solo parecía— que tenía una pizca de grasa.

—Tal vez me guste serlo —lo provoco.

Se gira, me observa; me gustaría saber qué piensa.

—Tal vez me encante que lo seas.

Mi corazón late acelerado. Puede que sea por el orgasmo que acaba de darme este chico o quizá sea porque quiero que todo eso signifique algo; que sea más de lo que parece; que sus palabras encierren mensajes que, al descifrarlos, impliquen un futuro juntos.

Porque yo siempre he sido una chica de vivir el momento, de disfrutar el aquí y el ahora; no obstante, es imposible no fantasear con lo que podríamos ser.

—Ven —me pide.

Otra vez el agua caliente y sé que, aunque tengo los ojos cerrados, me sonríe.

«No pienses en guarradas, no lo hagas. ... Es un baño, es algo romántico, ¿acaso no querías eso?»

«Por supuesto. Y, claro, lo otro también. ¿A quién pretendo engañar?»

—Sigo oyendo tus pensamientos.

Abro los ojos, miro hacia abajo y señalo su polla.

—Veamos, ¿yo soy la cachonda y tú el que tiene la polla dura?

Alza los hombros, me parece de lo más mono. Mono y excitante. Una mezcla deliciosa. Como todo Noel, por supuesto.

—No puedes culparme por estar excitado cuando tengo entre mis brazos a la chica más guapa del mundo.

Ainss, estoy replanteándome lo del sexto hijo, que lo sepáis, porque, además, he descubierto que hacerlos es lo mejor.

Ya eso de cuidarlos, lo hablaremos cuando toque. Siempre puedo regalarle tres a Alina, uno a Paz y otro a Puri.

Es coñaaaa. He leído vuestros pensamientos también.

Sin ni siquiera responder a sus palabras, Noel me encierra entre sus brazos y yo me dejo hacer.

—¿Sabes? Siempre me ha gustado esto —le cuento.

—¿Que te abrace? Ya sabes que soy un poco sobón. —Se ríe.

Y a mí me gusta que lo sea.

Capítulo 37

Un sobón con un gran corazón

Becca

Tras ese baño, esa ducha, los múltiples abrazos que nos damos y algún que otro beso que, para mi disgusto, no acaba en sexo desenfrenado, nos ponemos algo de ropa y nos tiramos en el sofá. Aunque sería mucho más preciso aclarar que quien se ha tirado en el sofá he sido yo y Noel se ha metido en la cocina.

Soy una mujer afortunada, obvio.

Oigo pasos en el rellano, que se paran delante de mi puerta, y unas llaves que caen al suelo y pienso que quizá mi hermano haya tenido la genial idea —otra dosis de ironía aquí, por favor— de entrar en mi piso porque, ahora que *Dinamita* ha vuelto a su linda casa, ya puede hacer lo que le dé la gana e invadir mi apartamento, tirando las llaves de nuevo sobre el mueble de cristal, a su antojo.

Noel alza la vista y deduzco que ambos hemos llegado a la misma conclusión. Respiramos cuando oímos que una puerta se cierra y yo, por si las moscas, decido escabullirme unos segundos y pasar la llave a la mía.

Me planteo eso de acercarme a la cocina y hablar con Noel sobre este tema.

Barajo las distintas formas de abordarlo.

«Oye, Noel, ¿cómo ves eso de que tú y yo nos casemos y mi hermano sea el padrino?»

«¿Somos amigos o más que amigos?»

«¿Cuánto tiempo llevas loco por mí? Admítelo, se te nota.»

«¿Quieres cinco hijos o seis?»

No, no me convence ninguna.

Así que desecho la idea y me centro en algo que también me gusta: él.

—¿Necesitas ayuda? —pregunto.

Noel sonríe aún con la cabeza baja mientras pica pimientos. Solo empuja un par de cebollas hacia mí.

—¿Sabrás hacerlo?

—Solo si no te importa verme llorar.

—Lo superaré —sentencia siguiéndome la broma.

—Ja, ja. Eres de lo más chistoso.

—Yo también soy una caja de sorpresas.

¿Acaso insinúa que yo lo soy?

«Pues claro, por supuesto. Ya te ha dicho dos cosas que le gustan de ti y otras tantas que no verbaliza pero que se sobreentienden. Por eso de que soy increíble y tal.»

En fin.

—Nunca me había fijado en la cantidad de fotografías que tienes en tu apartamento colgadas. —Giro la cara y observo mi pasillo vacío.

—Me conoces desde siempre. —Oh, y tanto que sí—. Mis padres, mi hermana, Samuel y tú sois lo más importante que tengo. —Asiento —. Y, si es así, ¿por qué no tener todos los recuerdos ahí, cerca, para revivirlos contantemente?

—¿Recuerdas cuando nos conocimos? ¿La primera vez que nos vimos? —le pregunto. Porque yo lo tengo grabado a fuego en la mente y eso que pasó hace ya bastantes años.

—No eras más que una renacuaja entrometida.

—Oh, qué bonito, es un gran halago. Sí, esa es una buena forma de conquistar a una mujer, confesarle que la primera vez que la viste pensaste que era insoportable.

Se carcajea. Me tiemblan las piernas de pura dicha.

—Nunca he pensado que fueses insoportable. ¿Pesada? Vale. ¿Cotilla? Mucho. ¿Vengativa? En grandes cantidades.

—Oh, vaya, pues sí que te has fijado en mí.

Su cuchillo para, por eso de que no querrá perder una de sus falanges y, ahora que sé lo que sabe hacer con ellas, desde luego que yo tampoco quiero que las pierda. Clava sus preciosos ojos en mí; ni negros ni grises, marrones y especiales.

No todos los ojos tienen que ser de color claro para que te miren de una forma en la que nadie te ha mirado antes.

—Yo siempre... siempre... —se acerca tanto que percibo su respiración en mis labios—... me he fijado en ti. Hasta cuando tú

creías que no te veía, yo lo hacía.

Esa frase, justo esa, fue la que yo misma pensé. Si es que somos almas gemelas.

—Creo que nunca habíamos coincidido cuando yo era tan pequeña. —Regreso al pasado y retomo el tema en cuestión.

—Sí que lo habíamos hecho —replica mientras prosigue con la labor de cortar de forma precisa unos pimientos rojos—. Solo que tú eras muy pequeña para acordarte. Nuestros padres se llevaban bien y a mí solo me parecías un incordio. Eras una llorona y protestabas. Cuando nos reencontramos, después de... —No, no quiero que lo digas —. Después de todo eso, habías crecido. Seguías siendo una renacuaja metomentodo, pero ya no lloriqueabas. Solo te vengabas cuando Samuel y yo te dejábamos a ti y a Alina de lado para jugar solos.

—Y yo les daba patadas a vuestras cosas o quemaba los soldaditos.

—¿Eras tú?

—Por supuesto, ¿quién si no?

—Eras malvada.

—¿Eras? —pregunto.

—Vale. —Sonríe ladino. Me tiembla hasta la raya del pelo—. Sigues siéndolo. Lo del otro día, lo de África y lo de Héctor...

—Ya pedí disculpas, poli. Han prescrito los delitos, no puedes hacer nada. —Y si así fuese, se lo haría olvidar de una forma un tanto guarra y tal.

—Lo sé, solo quería decirte que, a pesar de que está mal —me señala con el cuchillo, pongo los ojos en blanco—, el simple hecho de que defiendas a mi hermana de esa manera me llena el corazón.

¿Y yo? ¿Yo no te lleno el corazón? Porque puedo, ¿eh?, solo tienes que dejar que me cuele en él y, vamos, lo voy a petar de amor. Palabrita de chica vengativa.

—Aunque yo no tenga el piso lleno de fotos, solo algunas, esas imágenes las tengo todas aquí. —Señalo mi cabeza. Por suerte para mí no tenía el cuchillo en la mano, ni siquiera he empezado a cortar las cebollas. Soy una ayudante de pena—. Y vosotros nos salvasteis. Estuvisteis ahí cuando no teníamos a nadie más. Yo era todavía pequeña para entender lo que había pasado, pero sí que sé que, sin tus padres, sin tu hermana y sin ti, Samuel y yo no seríamos los que somos hoy.

Tal vez sea el destino. Pensadlo unos segundos. Mi hermano está enamorado de Alina y yo estoy enamorada —hasta las trancas— de su hermano.

Quizá todo ha pasado por algo; quizá nos teníamos que enamorar de esas personas que nos hicieron sentir menos solos y abandonados en esta vida.

—Nosotros no hicimos nada que no nos naciese del corazón. No erais ninguna clase de obra de caridad. —Nunca lo he visto de esa forma, puede que sea un poco ingenua por ello—. Entrasteis por la puerta grande con esos ojos tristes y esos corazones rotos. ¿Cómo íbamos a resistirnos a dos hermanos que daban más que pedían?

Parpadeo un par de veces y maldigo todo por no haberme puesto a cortar esas cebollas; así, al menos, tendría la excusa de que eso es lo que me sucede y no que me ha emocionado.

—Me ha entrado algo en un ojo —me disculpo.

Noel se queda en la cocina mientras yo me doy la vuelta y me dirijo hacia la intimidad del baño. Vale, no soy muy dada a demostrar que el pasado todavía me duele. Me he hecho la dura, no, soy una tía dura e intento, por Samuel, por mí misma, que ese pasado no me condicione.

Justo antes de poder cerrar la puerta, Noel mete la pierna.

—Eyyy —me dice. Abre, no pongo impedimento alguno.

Me doy la vuelta sin luchar contra esto. No tengo por qué esconderme o por qué dejar de mostrarme tal y como soy. Yo también tengo cicatrices, todos las tenemos.

Me lanzo a sus brazos y esa sensación de estar en casa de nuevo me envuelve.

—No es malo que muestres tus heridas, Becca, porque yo siempre estaré ahí para curártelas.

Alzo la vista. Un pozo insondable.

Es probable que Noel no lo verbalice, pero creo... Creo que me he colado por esa rendija de la que os hablaba y, si no es así, desde luego que él ha entrado por una de las mías y las ha cerrado todas una vez dentro.

No hay cabida para nadie más. Tal vez no la haya nunca.

Capítulo 38

Cómo no asesinarte

Becca

Cuando Noel se marcha a trabajar, me tiro en el sofá a no hacer nada. Definitivamente, ese es uno de mis pasatiempos favoritos. Enciendo el televisor, comienzo a pasar canales sin ton ni son y, justo cuando doy con una película que me motiva, llaman a la puerta de casa. Y no es un pequeño timbrazo, suena con potencia, lo que me indica que mi amiga, esa que tiene un bate por mascota, está al otro lado.

Camino hasta la entrada y mis sospechas se confirman cuando abro y veo su cara frente a mí. Y os prometo que no es un semblante que presagie nada bueno.

—He avisado a Alina, necesito que estéis las dos presentes.

¿Necesita? ¿Cómo que necesita?

—¿En qué clase de lío te has metido?

No hay rastro del bate, por lo que no se trata de nada chungo, ¿no? Al menos, de esa clase de problemas que conlleven acabar presas por asesinar, descuartizar y esconder un cadáver.

Ya sabéis a lo que me refiero.

—Podría ironizar y soltarte uno de esos rollos sobre que yo jamás me meto en líos; sin embargo, no soy una mentirosa.

Trago saliva. Mal asunto. Empiezo a acojonarme de veras. Ni siquiera, en esa frase tan larga, ha cambiado una palabra por otra, así que, sí, la cosa pinta mal.

—¿Tiene que ver con ese secreto inconfesable?

Eso es lo primero que se me viene a la cabeza, o lo segundo, porque antes he valorado la idea del cadáver y esas cosas sin importancia.

Ni siquiera me responde, se limita a pasar al salón y dar vueltas alrededor del sofá. Por supuesto, dejo que lo haga, aunque decido no

mirarla mucho porque me marearé y potaré. Bastante tuve con quitar la mancha de la alfombra que provocó mi hermano con cierta confesión. No quiero tentar a la suerte con nada más.

Minutos después, suena el timbre del portero electrónico y es la misma Paz la que abre sin ni siquiera preguntar quién es.

—Gracias por dejar que se cuele en el edificio un asesino —ironizo.

—Los asesinos no llaman.

—Porque tú lo digas.

—Es un hecho demostrado científicamente.

—Ya, sí, seguro que ese hecho demostrable lo estudian tanto como tu capacidad de alterar las frases hechas.

Paz me sonríe petulante. Me entran unas repentinas ganas de ahogarla... solo que ya le tengo cariño y que prometí que me portaría bien de ahora en adelante.

El timbre de la puerta suena y mi amiga, una vez más, abre sin siquiera mirar. Me enseña, con las manos abiertas y los brazos simulando una balanza y con ojitos de «¿Tenía o no tenía razón?», que es Alina la que está al otro lado y no un ladrón o un criminal mucho peor.

Pongo los ojos en blanco y le saco la lengua. Me devuelve una peineta.

Que viva el amor y la amistad, claro que sí.

—Vale, he llegado lo más rápido que he podido.

—¿Dónde estabas? —pregunta Paz—. Me has dicho que tardarías cinco minutos y han sido quince desde que te he avisado.

—¿Sabes lo que significa «aproximadamente»?

—Significa ahora de ahora.

—Lo que quieres decir es «ya de ya» —puntualiza Alina ganándose una mirada reprobatoria de su parte. Hay cosas que no cambian.

Vale, ha cambiado una frase, no es un asunto de vida o muerte.

—*Li qui quiris dicir is yi di yi* —la remeda.

Me descojono. ¿Qué? Es que deberíais ver la cara que ponen: una de quisquillosa y, la otra, de enteradilla.

—Ya estamos todas... porque no has avisado a nadie más, ¿no? —planteo.

—He pensado en mi abuela, pero me mataría. Ella sí lo haría.

—Mientras no se lo cuentes a Puri —rezongo.

—¿Qué? Ni de coña. Después de lo del otro día, lo único que me falta es que lo sepa toda la ciudad.

—Yo... —Alina intercede—. Pues yo se lo agradezco.

Abro mucho los ojos. ¿Qué quiere decir eso exactamente? No me da tiempo a preguntar porque Paz toma la palabra de nuevo.

—Estoy saliendo con alguien. En realidad, no sé si se puede definir como tal. Estoy... Bueno, eso. Algo, alguien, yo y esas cosas que pasan.

—Sí, esclarecedor. Más claro, imposible.

Percibo que mi amiga también tiene instintos asesinos hacia mí, que he sido la que ha soltado la pulla. Ojo, con cariño, pero pulla al fin y al cabo.

—¿Y qué hay de malo? —cuestiona Alina—. ¿Ves? No había ningún club *swinger* —me recrimina.

¿Es que no saben callarse? Puri, Alina, ¿quién será la siguiente?

—¿Otra vez con lo del club *swinger*? ¿Me ves haciendo esas cosas? —Asiento con la cabeza sin abrir la boca—. Joder, cómo me conoces. Me mola la idea, me lo apunto.

Es mi turno de mostrarle las manos a Alina. ¿Qué? Ya os he explicado cómo es Paz y hemos tenido tiempo más que suficiente para conocerla y saber de qué pie cojea.

Decido no abrir la boca y Alina parece haber llegado a la misma conclusión que yo, porque guardamos silencio expectantes.

Necesitamos más información, sobre eso de «Algo, alguien, yo y esas cosas que pasan».

—¿No pensáis preguntar nada? —Parece que guardar silencio no ha sido una de las mejores decisiones.

Cedo.

—¿Con quién te acuestas? —Porque sé leer entre líneas.

Alina se levanta de golpe y porrazo.

—No será con Héctor, ¿no? Porque hoy me he enterado de que África no ha sido la única... así que he ido paseando mi cornamenta por toda la ciudad como una estúpida inocente.

—¿Qué? —Esa soy yo.

—¿Qué? —Esa es Paz—. ¿Por quién me tomas? El club ese de intercambio, vale, ahora bien, Putéctor, ni de risa.

Vale, me quedo más tranquila.

—De eso hablaremos luego, primero esto. —Señalo a Paz. Me arrepiento de haber prometido portarme bien porque ese tío no se merecía solo una mierda de vaca, se merecía una pocilga entera o ser engullido por esa mierda.

—Estoy loca por el jefe de Noel.

Jefe de Noel. Noel, uhhh. «No, no pienses en él.» Retomemos el tema. Jefe de Noel. Vale, Jesús. Jesús. Pega con Paz. Paz y Jesús son nombres de personas de bien, de buena gente, de santos. Santos. Santo que es mayor que ella. Jesús que tiene como...

Abro la boca al llegar a la conclusión. Alina lo ha hecho a la vez, solo que, con total seguridad, no ha pensado como yo ni ha dado el mismo rodeo.

Cierro la boca y miro a Paz, que tiene el rostro escondido bajo las manos.

¿Eso que huelo es vergüenza? Pero ¿qué coño?

—Jesús —lo nombra Alina.

A ver, que todos conocemos al inspector. Todos.

Paz asiente con la cara aún tapada.

Me acerco hasta la butaca y me arrodillo frente a ella. Poso mis manos sobre las suyas y tiro con fuerza para apartárselas.

—¿Haces pesas o qué? —pregunto cuando me percato de que no soy capaz de retirarlas—. No te quedes ahí pasmada, ayúdame —le pido a Alina.

Esta niega con la cabeza. Así no se puede. Menos mal que la que tuvo que ir a la granja conmigo no fue mi futura cuñada porque, en vez de mierda, habríamos recogido flores silvestres.

—Tiene quince años más que yo. Por si no habéis caído en la idea.

—Es «caer en la cuenta» —la corrijo—. Y, sí, lo hemos hecho.

Deja un pequeño hueco entre el dedo corazón y el dedo anular de una mano por el que nos enseña un ojito. Nos evalúa. Busca los riesgos o daños.

Tiro de su mano con ímpetu, así tenga que usar mi peso por completo.

—Paz, joder, que somos nosotras. Que hemos conocido a Hannibal, nos hemos emborrachado, hemos meado detrás de un coche al salir de fiesta y hemos recogido boñigas de vaca juntas. No hay nada que una más que recoger caca con un cucharón para un ex muy

hijo de perra y reincidente en eso de poner los tochos.

—¿No me habéis escuchado? Quince, he dicho quince, no cinco.

Me la trae floja. Esta respuesta es muy Puri.

—¿Y? —Giro la cabeza porque ha sido Alina la que lo ha pronunciado.

—Que, además de tener quince años más que yo, tiene dos hijos, uno de doce años y otro de ocho.

—¿Y? —insiste Alina—. Pues tendremos sobrinos ya criados. —Alza los hombros, le resta importancia. Por cosas como esta la quiero a rabiar.

—¿No nos lo habías contado porque sentías vergüenza? —Es un razonamiento bastante lógico, sí.

No sé cómo no se me pasó por la cabeza que pudiese ser algo mucho más complicado que un club *swinger*. En fin...

—Me he enamorado de un *sugar daddy*.

—O de un hombre experimentado —apunto.

—¡¿Enamorado?! —grita Alina. Joder, que yo no he caído en la cuenta, mis reflejos dan pena. Desde que estoy satisfecha sexualmente, mi ingenio se ha esfumado. A ver si esa va a ser mi kriptonita—. Algo, alguien, yo y esas cosas que pasan, ¿es tu forma de confesar que estás enamorada?

Paz le hace una peineta ahora a ella, y me hace gracia. No sé, este es mi humor.

Me incorporo y tiro de Paz. Ella se levanta, menos mal porque dudo que hubiera podido incorporarla si hubiese opuesto resistencia, teniendo en cuenta lo que ha hecho con sus manos...

Nos miramos unos segundos. Veo el reflejo de las dudas, la vergüenza, el miedo, la inseguridad y un sinfín de sentimientos que no deberían estar ahí. Porque a veces quiero matarla, pero, por encima de todo, la quiero.

La abrazo. Se desinfla entre mis brazos.

—Si lo quieres, si te hace feliz, yo estaré a tu lado.

Paz casi ahoga un gemido.

Siento otros brazos rodeándonos.

—Yo también estaré a tu lado de la misma forma en la que tú has estado al mío.

Permanecemos así unos minutos, solo sintiendo nuestra presencia, trasmitiéndonos nuestro apoyo incondicional.

Alina se separa y tras eso lo hago yo. Coloco mis manos en los hombros de Paz.

—Si Jesús te hace daño, Hannibal y yo le haremos una visita.

Paz asiente. Alina se carcajea.

Ya sabéis que yo no levanto venganzas en vano.

Capítulo 39

Para no perder las viejas costumbres

Noel

Nos hemos vuelto a reunir en el bar de José, a pesar de que no tengo malditas ganas de ello... sin embargo, ¿qué iba a decir para librarme? «Oye, Samuel, resulta que José no es mi persona favorita en el mundo desde que salió con tu hermana» o, mejor aún, «Si se acerca a ella, lo meto en el trullo», todo esto ligado a un «Quedemos en otro sitio. De nada».

Sí, suena bastante racional tirando a pirado del tarro.

Sonrío al pensar en que a Becca le encantaría que le contase este tipo de pensamientos; seguro que se acercaría y me provocaría con algún comentario rollo «¿Qué sucede, el poli de pacotilla está celoso?». Joder, pues claro que sí.

Me sitúo en la barra intentando pasar inadvertido. He sido el primero en llegar una vez más y me dedico a mirar el teléfono, como si en él hubiese encontrado alguna cosa de lo más interesante cuando lo que hago es pasar pantallas sin más, leer titulares de noticias que no captan mi atención o mirar fotografías de fiestas o almuerzos que me la traen sin cuidado.

Lo veo acercarse por el rabillo del ojo y me tenso.

—Hombre, Noel, ¿cómo te va la vida?

Suspiro y guardo el móvil. Es ridículo, yo lo soy comportándome de esta manera. ¿Acaso no estamos juntos? Es decir... Porque lo estamos. No siempre es necesario verbalizarlo o ponerle nombre. Yo estoy convencido y seguro de lo que siento y ella... Bueno, Becca es Becca y es muy jodido saber lo que piensa o lo que espera. No quiero que se asuste, por eso prefiero ir con pies de plomo, disfrutar de lo que tenemos y dejar que fluya. Tal vez, si le confieso mis sentimientos, se acojone o, peor, me explique que para ella no significa lo mismo, que

no estamos en ese punto y que cada cual siga su camino.

Y entonces estaré jodido. Bien jodido.

Además, tenemos pendiente el asunto de Samuel. Porque vi su cara de auténtico pánico cuando anoche oímos las llaves en el rellano. Sí, ese es un asunto que tengo que afrontar con él y es una conversación que tengo que mantener, solo que... no sé cuándo hacerlo ni de qué manera sin causar estragos en nuestra amistad.

—Ya ves, José, de casa al trabajo, del trabajo a casa y luego siempre hay hueco para una paradita aquí.

Él asiente tras mi cordial explicación.

—¿Te has enterado ya de lo de Becca?

Por supuesto.

—No. —Finjo, obvio.

—Me ha dado calabazas, tío. En serio, pensaba que lo habíamos pasado bien. Me esforcé, lo hice, solo que no salió como esperaba y rechazó una segunda cita. Para una chica que me gusta, que me gusta de verdad...

Tiene que ser jodido. Una cosa no quita la otra; a ver, que no esté con él a mí me beneficia por todo eso que ya sabemos, pero todos tenemos claro que es una buena mierda eso de estar colado por alguien y que ese alguien no sienta lo mismo.

Trago con fuerza. Ese también podría ser yo.

Maldita sea.

—¿Qué te respondió exactamente?

José me evalúa unos segundos, imagino que valorando hasta qué punto puede o quiere contarme algo.

—Me dijo que estaba pillada por otra persona.

Un escalofrío me sacude.

Yo. ¿Habla de mí? ¿Se refiere a mí?

—Ya.

—Pero me gustó eso, ¿sabes? Fue honesta. Sin trampa ni cartón. Salvo porque aceptó la primera cita y me dio ciertas esperanzas.

—Tal vez quisiera comprobar si entre vosotros podía haber química, porque nunca se sabe.

«O lo hizo para ponerte celoso.»

Y vaya si lo consiguió. No me paro a pensar si yo habría dado el paso que di si Becca no hubiese aceptado salir con José.

Sí, seguramente sí.

—Sí, de veras que no le guardo rencor alguno. No lo hago.

—¿A quién no le guardas rencor? —El tono firme e inalterable de Samuel se cuela entre nosotros.

José se acojona, y eso a mí me hace un poco de gracia, aunque no debería. Porque me va a matar cuando se entere de todo lo que ha pasado entre Becca y yo.

—A tu hermana —sentencia—. Me ha dado calabazas.

Samuel toma asiento en el taburete de al lado y os prometo que es como si hubiese vuelto a la vida.

—Menos mal —suelta—. Lo siento, no es nada personal —se disculpa—. Has sido tú, pero podría ser cualquier otro.

José asiente y se acerca a él.

—Yo que tú no dejaría de preocuparme... porque me contó que le gustaba alguien.

Samuel se levanta y yo coloco una mano sobre su hombro.

—¿Qué hemos hablado? —le pregunto para que recapacite.

Cuando de Becca se trata es un maldito controlador nato.

Me indica que sí con la cabeza, solo que su cuerpo y sus palabras pasan de mí.

—¿No es contigo con quien se estaba acostando?

José le sonríe inquisitivo.

—Desde luego que no.

Samuel clava sus ojos en mí. Lo mismo se ha dado cuenta de que soy yo. Lo mismo soy hombre muerto.

Veo los engranajes de su cabeza trabajar a marchas forzadas; rápido y preciso, es un auténtico lince. Solo que no le da tiempo de lanzar la pregunta porque Nando aparece en ese instante con una pequeña bolsa de viaje.

—Necesito quedarme unos días en tu casa, ¿puedo? —me pregunta. No sé si darle las gracias o tirarme a su cuello por interrumpir la conversación.

Clavamos todos la vista en él y en su estado. Piel pálida, ojeras, hombros caídos y su ropa ha tenido mejores momentos.

—¿Dónde has estado? —indago al analizar todos esos detalles.

—Llevo todo el día dando vueltas. He ido a tu casa y no estabas, y como sé tus turnos laborales y no te toca estar en comisaría, he supuesto que te encontraría aquí.

—Joder, Nando, ¿qué has hecho? —plantea Sam yendo directo al

grano.

—Me he ido de casa. No podía seguir allí. Me he largado esta mañana, cuando Lorena se ha marchado al trabajo. He recogido unas pocas cosas y he salido de casa.

—¿Y no sabe nada de ti?

Alza los hombros.

—He apagado el teléfono. ¿Por qué tendría que preocuparse por mí si está con otro?

No pensaba que la cosa fuese a llegar tan lejos.

—¿Qué te dije de hablar las cosas con ella?, ¿de la comunicación? —me adelanto. No tendría que haberlo hecho.

—¿Para qué? —me increpa sacando su carácter—. Está con otro, no me voy a humillar de esa manera. No necesito más pruebas.

Guardo silencio unos instantes y permito que sea Samuel el que le dé la charla; una que según él no necesita.

—No deberías dejar que las cosas acaben así. Habla con ella.

Nando al final suspira resignado. Sabe que no vamos a decirle lo que espera escuchar por el simple hecho de que sea nuestro amigo. Justo por ese motivo, tenemos que ser honestos con él. Y hablando de honestidad y de amistad... quizá yo debería dar ejemplo y actuar en consecuencia.

—Si lo necesitas, puedes quedarte en mi casa —se ofrece Samuel.

—La mía también tiene una habitación disponible. No hay problema —intervengo.

Nando asiente y se sitúa a nuestro lado. Se pide una cerveza que prácticamente se bebe de un trago e intercala una mirada entre nosotros dos. José ha desaparecido.

—Sois unos buenos amigos. Sois unos amigos increíbles.

Ni Samuel ni yo añadimos nada. Nos observamos como si fuésemos dueños de algún secreto inconfesable... y, por mi parte, así es.

Capítulo 40

¿A qué te refieres?

Becca

—Sigo en *shock* —verbaliza Alina cuando Paz se marcha y nos quedamos a solas en el salón de mi piso.

No es que haya hecho otra de sus desapariciones estelares para las que ya tenemos justificación, es que necesitaba hablar con Sonsoles de este tema antes de que corra como la espuma por el barrio. Nos hemos ofrecido a bajar con ella, a pesar de que *Fufi* esté allí. Imaginaos si la quiero que no me importaba tener a ese perro cerca.

Nos lo ha agradecido, pero hemos entendido que es algo que debe hacer ella sola. Yo tengo que sincerarme con mi hermano y, cuanto antes, mejor. No me gusta sentir que le oculto las cosas, porque entre nosotros jamás ha sido de esa manera. Siempre nos hemos tenido y quiero que siga siendo así.

—Yo me alegro muchísimo por ella. Paz es una tía increíble, se merece lo mejor. Y da igual dónde o con quién. Lo que importa es que la haga feliz.

—Ya... no, si yo también, es solo que... ¿por qué no puede resultar todo más sencillo? ¿No tienes la sensación de que debes nadar contracorriente constantemente?

—¿Por qué piensas eso? ¿A qué te refieres? —indago.

—Mírame, Becca. —Clava sus preciosos ojos en mí. Me recuerdan tanto a los de Noel, brillan tanto, que asusta. Se señala—. He salido con un chico durante cuatro años de mi vida. Teníamos planes de futuro. Vivíamos juntos, compartíamos miles de cosas y, al final, ha resultado ser todo una mentira.

—Tú no tienes la culpa de que Héctor sea un bicho de mucho cuidado.

—No; en cambio, sí tengo la culpa de no haberme dado cuenta

antes, de haber sido tan ingenua.

Niego con la cabeza. No estoy para nada de acuerdo con ella.

—No es ingenuidad, es confianza. Confiabas en él ciegamente.

—Mientras él sacaba a pasear su chorra por todos lados. Joder, si está más visitada que el metro de Madrid.

Se me escapa una carcajada. ¿Qué? La comparativa no es mala; al contrario, es bastante acertada.

—Ya sabes que la positividad es uno de mis puntos fuertes. —Alina alza una ceja, inquisitiva—. Vale, no lo es, solo que en este contexto quedaba genial. En fin, si vemos la parte positiva de todo esto, podemos sacar en claro que ha sido mejor que te dieses cuenta ahora que no dentro de unos años, cuando una separación hubiese implicado más problemas.

—Ya, sí, en eso tienes razón, claro. Solo que... ¿por qué siempre tengo que fijarme en los chicos que no son buenos para mí? ¿Por qué no me di cuenta de lo que sentía Samuel? Tu hermano es un buen chico.

—Mi hermano está un poco pirado.

—Los pirados son los mejores... para muestra, un botón. —Me señala—. Si hasta vamos a ser cuñadas.

Me aletea el pecho al oírla hablar de esa forma.

—¿Tú crees? —pregunto.

—Joder, mi hermano está loco por ti. Claro que lo creo.

—Yo también lo estoy por él, ya lo sabes.

—Lo sabe todo el mundo menos Samuel.

Finjo un mohín.

—Pues de la misma manera en la que todos éramos conscientes de los sentimientos de mi hermano por ti menos tú.

—A veces somos unos imbéciles que no sabemos apreciar lo que tenemos delante hasta que...

¿Hasta que? ¿Cómo que hasta que?

—¿Estás siquiera planteándote algo, Alina? ¿Algo con mi hermano?

Ella mueve las manos de manera apresurada y comienza a negar de carrerilla.

—No, no, no.

—Si respondes así, tan precipitadamente, es que has estado pensando en el tema —afirmo.

Alina baja la cabeza; siempre lo hace cuando se siente acorralada.

—Vale, lo he pensado un poco. Quizá he fantaseado con cómo sería una relación con Samuel.

Si me pinchan, no sangro.

—Yo no lo conozco en esa faceta, ¿vale? No te puedo ayudar, pero lo que sí sé es que está loco por ti y que haría cualquier cosa por hacerte feliz. ¡Míralo! Si lleva esperándote media vida, Alina. Ahí, viendo cómo salías con otro tío y, para colmo, con uno que no te merecía.

—¿Sabe que me he enterado?

Asiento para decirle que así es con ese gesto.

—Se lo he contado. No podía ocultarle eso.

—Tampoco puedes ocultarle lo de Noel, Becca.

Lo sé.

—Se lo va a tomar fatal.

—Se lo va a tomar muchísimo peor si se entera por otra persona que no seáis vosotros. Samuel solo quiere tu felicidad. Te protege porque no quiere que sufras... o, al menos, pretende ahorrarte todo el sufrimiento que esté en sus manos evitar. Yo lo entiendo, de veras, porque veo las buenas intenciones que hay tras su actitud de hermano protector.

—Y desquiciado.

—También —acepta riendo—. Yo... No sé.

La pregunta, paladeo la pregunta antes siquiera de formularla.

—Has empezado a ver a mi hermano con otros ojos, es eso, ¿verdad?

Otra vez ese movimiento de manos seguidos con un montón de noes, lo que me lleva a la misma conclusión de antes y a ella, desde luego, también, porque guarda silencio súbitamente.

—No quiero que empieces a fantasear, porque, positiva, no sé, ahora, soñadora eres un rato.

—¿Yo? ¿Por quién me tomas?

Vamos a ser las mejores cuñadas del mundo, lo tengo muy claro.

—Has puesto esa cara.

Le dedico un mohín de aburrimiento.

—¿Qué cara?

—Justo esa en la que visualizas nuestra boda.

Y los cinco hijos, que nadie habla de eso, joder.

—Para nada.

Alina se incorpora y yo lo hago también.

Me abraza antes de coger su bolso y encaminarse hacia la puerta.

—Habla con tu hermano —me aconseja.

Lo tengo en asuntos pendientes.

—Lo haré —afirmo para su tranquilidad y para la mía también—. Oye, Alina... —Se para con el pomo ya en la mano—. No pierdes nada por salir con mi hermano. Una cita y ver qué sucede. Ya sabes: algo, alguien, tú y esas cosas que pasan... —parafraseo a Paz.

Alina no responde, solo sonríe críptica. No tengo ni la más remota idea de si ha respondido afirmativamente, si se ha negado en rotundo o si se lo pensará.

Supongo que, como de todo en esta vida, ya nos enteraremos.

Capítulo 41

La morcilla andante

Becca

Me temo que hoy llevo el peor disfraz de todos los tiempos. Como conejita de Playboy, yo y mi pezón derecho nos sentíamos mucho más a gusto con esa indumentaria que esto que me han obligado —hagamos hincapié en el «obligado», por favor y gracias— a ponerme, porque vestirte de salchicha negra no es nada favorecedor.

Las morcillas están sobrevaloradas, salvo que sea una clase de morcilla que nos dé un placer de esos que hacen que se nos viren los ojos y tal.

Me han achuchado, me han dado mordiscos y también han intentado tirarme al suelo y darme vueltas como si estuviese en una parrilla. Todo por la mierda de sueldo que cobro. Pero, ojo al dato, he logrado vender todas las bandejas de morcilla que estaban expuestas.

La comisión bien vale la pena. Para que Alina me diga que no soy positiva; no, qué va.

—Hola, pequeña delincuente. —Sonrío de espaldas a él mientras me quito el sombrero negro y lo dejo a un lado.

Cuando me giro y lo observo, me encuentro con sus preciosos ojos. Unos ojos que me recuerdan a una noche de verano.

—Hola, poli de pacotilla.

Repara en mi atuendo justo cuando yo me fijo en el suyo. ¿Os he contado alguna vez lo mucho que me ponen los uniformes?

—Vaya, de pronto me han entrado ganas de comer... ¿carbón? —me pregunta—. ¿Vas disfrazada de carbón?

Me saca una carcajada. Diría que la primera del día, porque las horas de trabajo de hoy han sido un auténtico infierno.

—Soy una morcilla andante. Y, aunque me gustaría hacerte la típica broma «de lo que se come, se cría», siento decirte que este trozo

negro que tienes frente a ti lo ha vendido todo.

Noel me sonríe y se acerca sin dudar.

—¿Acaso insinúas que debería comer más morcilla?

—No sé, ¿crees que debes comer más morcilla?

Su respiración se hace pesada, la excitación comienza a hacerse patente. No es un buen tema de conversación para mantenerlo en la calle cuando lo único que quiero es arrancarle la ropa y entregarme al fornicio.

—Lo que realmente creo es que eres tú la que debería comerla.

—¿Seguimos hablando de la morcilla? —Me señalo. Tengo las bragas empapadas. Salivo. Sí. Él. Yo. Nada de ropa. No se me ocurre ninguna idea mejor que esa.

—No lo sé, dímelo tú.

El aire se vuelve denso. La piel me hormiguea por ser tocada, mis dedos lo hacen por tocarlo y, por encima de todo, me muero por besar esos labios provocadores e incitantes.

—He terminado de trabajar —apunto como si tal cosa.

No quiero parecer desesperada. Lo estoy.

—Yo también. De hecho, me pasaba por aquí solo para verte.

Ohhh, es que es el novio perfecto.

—Yo también te he echado de menos. —Sí, sé que lo ha hecho porque esa frase que ha formulado solo puede significar eso. No tengo pruebas, pero tampoco dudas.

—Vamos, te acompaño a casa —se ofrece.

Y, de nuevo, leo entre líneas y lo que de veras quiere decir es que va a follarme una vez pongamos un pie en mi apartamento.

Sí, joder, sí, eso es justo lo que quiero.

—Dame unos minutos, necesito volver a parecer una persona normal y no una salchicha mutante.

Noel me cede el paso y entro por la puerta del personal para acceder a la zona del vestuario.

No es más que un pequeño cuarto que tiene las cosas básicas: un baño, unas taquillas que tuvieron su momento hace como veinte años y un banco que tampoco es que esté recién comprado.

Comienzo a desvestirme con presteza; cuanto antes acabe, antes podré volver con el chico que me quita el aliento.

Esa misma puerta por la que he entrado se abre cuando estoy en ropa interior. La oscuridad me permite intuir su figura. Y alterarme

por ello.

Es tan guapo y me vuelve tan loca que dejo de pensar de manera racional y solo me concentro en fantasear con la cantidad de cosas que su piel provoca en la mía.

Ni siquiera me había percatado de que estaba conteniendo la respiración hasta que su lengua está saqueando mi boca. Por supuesto, no seré yo la que le niegue el paso, la que oponga resistencia alguna a todo eso que hace. No soy tan tonta.

—Hostia puta, Becca. Cómo me pones. Joder, es imposible controlarse, ¿qué coño me haces?

No tengo ni la más remota idea; ahora bien, si encuentra la solución a ese acertijo, que me la explique porque, todo eso que él siente, lo noto yo también. Multiplicado por dos millones.

Enredo mis dedos en su pelo y tiro de él cuando volvemos a unir nuestros labios. Lo muerdo, él jadea. Se me mojan las bragas al instante.

Es un beso primitivo, ardiente e irracional. Justo como las chispas que danzan a nuestro alrededor.

Es Noel, joder, es el puto poli de pacotilla el que causa estragos en mí. Y lo deseo más que a nada en este mundo.

—Nunca podré saciarme. Contigo todo tiene principio, pero no tiene fin.

Podría interpretar esas palabras, soltaros algo elocuente y mordaz; sin embargo, no cavilo cuando dos de sus dedos se cuelan bajo mis bragas y comienza a follarme con ellos.

Las piernas me fallan, el placer se acrecienta, su otra mano tira de la copa de mi sujetador y lo baja con habilidad. Mi pezón sale a saludarlo. Este es un saludo bien distinto al exhibicionismo de aquella anécdota que os conté. En este caso, ansía sus labios casi tanto como mi boca. Puede que más.

Me regala un mordisco y yo me deshago entre sus dedos cuando lo hace. Soy completamente incapaz de controlarme cuando esa mezcla de sensaciones se arremolinan y hacen que todo a mi alrededor explote. Y de qué forma lo hace, joder. De qué manera.

Todavía sumida en la nebulosa del éxtasis, oigo cómo baja la cremallera de sus pantalones. Su miembro choca contra mi muslo a la vez que mi espalda impacta contra la puerta de una de las taquillas. El frío me relaja; mi piel arde y lo necesitaba. Os prometo que lo hacía.

—No seré bueno, ni caballeroso; no seré romántico ni tierno.

«Solo quiero follarte. Fuerte y duro. Hasta que todo a nuestro alrededor deje de importar.»

Ni siquiera me había percatado de que había colocado su polla en mi entrada cuando ya me ha embestido con ella, alzándome.

—Joder.

—Joder es justo lo que pretendo hacerte. Lo que voy a hacerte.

Si es una maldita promesa, rezo para que la cumpla.

Tira de mi pelo y mi cabeza cae hacia atrás. Muerde mi cuello. Maldita sea, así no hay quien aguante, es imposible que lo haga. Bombea con rudeza, tal y como me ha prometido, y el único sonido que se oye es el de su miembro entrando y saliendo de mí y mi cuerpo tocando el metal. Me protege con su mano cuando se percata de ello.

Y eso que me ha advertido de que no sería tierno. Desde luego que lo es.

Sale de mi interior y me baja. Me da la vuelta y coloca mis manos sobre la superficie de las taquillas. Su rodilla separa mis piernas y mis bragas se hacen a un lado.

—¿Vas a cachearme, poli de pacotilla?

—Voy a hacer algo mucho mejor.

Esta vez son sus dedos los que se cuelan en mi melena. La enreda y tira de ella. Gimo fuerte porque ese es el preciso momento en el que su polla regresa a mi interior.

—¡Sí, sí! —grito.

Lleva su dedo a mi boca, frena sus movimientos y se vuelven más lentos, más densos, más pausados y tortuosos. Eso es justo lo que pretende. Volverme loca. Y, claro, cómo no, lo está consiguiendo sin esfuerzo alguno.

Su pecho se apoya en mi espalda y se acerca sin reserva a mi oído.

—Chist —me provoca—, pueden oírte.

Me importa bastante poco, la verdad.

Ese mismo dedo se sitúa sobre mi entrepierna. Y mi buen juicio, o lo poco que quedaba de él, se esfuma.

Lo mueve en círculos con una precisión desconcertante.

Y de inmediato sé que no tengo nada que hacer, soy suya, al completo, y no pienso oponer resistencia alguna.

Me corro con un jadeo ahogado. Me fallan las piernas y son sus manos las que me sujetan mientras bombea de forma frenética. Cuando oigo mi nombre salir de su boca en un gemido, sé que está tan perdido como yo y sonrío satisfecha por ello.

Me aprieta contra su cuerpo todavía dentro de mí.

Sale con cuidado y de inmediato percibo el vacío. Me sonríe petulante, sabedor de que ha conseguido lo que quería, de que se lo he dado.

—Ni se te ocurra ponerte chulito conmigo.

—¿Yo? Por favor, ni por asomo, morcillita.

Lo empujo y él tira de mi brazo encerrándome entre los suyos. Estar ahí es como estar en casa.

Cuando nos separamos, termino de vestirme, él hace lo mismo y salimos a la calle sin dar muestra alguna de lo que ahí dentro acaba de suceder.

—Vamos, te acompaño a casa.

—¿Esa es una especie de recompensa por no haberte portado como un caballero antes?

—Puede.

Me muero por cogerlo de la mano, por mostrarnos sin reservas, y me prometo que será mañana, que hablaré con Samuel cuando vuelva por la noche de mi turno y que ya no habrá más excusas ni pretextos ridículos. Lo afrontaré con entereza porque sé que Alina tiene razón y que mi hermano solo quiere mi felicidad, y si algo tengo claro es que no puedo ser más dichosa de lo que lo soy cuando estoy con él.

—¿Por qué sonríes? —me pregunta.

Apenas faltan unos metros para llegar al portal de casa.

—Porque estoy contigo. ¿Acaso necesito algo más? —Brutalmente sincera.

Noel recorta la distancia una vez más, posa sus manos en mis mejillas y me besa. Me besa en la calle.

—¿Nos vemos luego? —me pregunta cuando se separa de mí.

No sé si puedo respirar siquiera.

—Te estaré esperando —contesto aturdida.

Noel sigue su camino mientras yo me quedo embobada mirándolo, disfrutando de esos andares sexis que tiene.

Abro la puerta y subo hasta mi piso. Es hora de pensar a qué país emigraré cuando le explique a Samuel lo que ha pasado.

Capítulo 42

Sé que me echabas de menos

Becca

—Como opciones he barajado Cuba, Nigeria, Nepal... Y párame cuando quieras, Puri, no te preocupes.

—¿Decías?

—¿Has escuchado siquiera algo de lo que te he contado?

Vale, no hace falta ni que responda porque ha subido el volumen del televisor, lo que indica que esta mujer no me está haciendo maldito caso.

Me acerco y le robo el mando. Lo tiro y cae vete a saber dónde. Ni siquiera me preocupo por eso.

—¿Qué haces?

—He venido a verte, deberías tratarme como a tu invitada.

—Eso hago, salvo por un pequeño detalle de nada.

Joder, está ofendida porque no le he preguntado por su esguince, es eso. Soy una vecina horrible.

—¿Cuál?

—Que nadie te ha invitado.

No, la vecina horrible es ella; aun así, no me voy a dar por vencida porque yo nací para vengarme, no para acojonarme.

—Bah, ese es, como tú bien dices, un detalle sin importancia.

—No, la tiene y mucho, porque te has colado en mi casa.

—Me has abierto la puerta y te has hecho a un lado.

Que si esta mujer le explica esto a un poli, acabo en el talego... Y no, gracias.

—Casi me has empujado aprovechándote de mi debilidad.

Debilidad, los cojones.

—Puri, ¿te estás creyendo lo que me estás diciendo?

Ella sonríe con malicia.

—No, pero me gustaría que vieses tu cara de miedo. Uhhh, soy Rebecca y estoy cagada.

La empujo con suavidad y comienza a gritar.

Me pongo nerviosa. ¿Por qué nadie me recuerda que debo tener cuidado cuando hago estas cosas? Que los huesos de las personas mayores son frágiles y yo soy muy bruta.

—Ahhh —se queja.

Me levanto.

—¿A quién llamo? ¿Al 112? ¿A la Cruz Roja? ¿A algún hijo? —A ver, que aprovechar la situación para sonsacar información no está de más.

Puri comienza a troncharse de la risa y a señalarme, se sujeta la barriga y se dobla en dos. Me cruzo de brazos, mosqueada.

¿Recordáis cuando no se reía ni por asomo? Pues ahora lo hace constantemente, solo que de mí.

—Tendrías que verte. —Y jode con la risa.

—¿Estabas vacilándome? —inquiero.

—¿Yo? No. ¿Por quién me tomas, muchacha? No debes pensar así de una persona como yo.

—¿Una vieja?

—Uy, lo que ha soltado la niñata. —Intenta levantarse. Me tiende la mano, no pienso ayudarla—. Venga, ayúdame.

—Ni de coña.

—Lo haré sin tu ayuda.

La malvada de mi vecina se pone en pie y camina hasta donde está el mando. Apaga el televisor y tira de mi mano para llevarme a la cocina.

Abre un par de cajones y extrae un paquete de galletas. Al menos no me ha dado un sopapo.

—Cuando hice la compra, pedí este paquete de galletas por si venías... —Si me pinchan, no sangro—. No sé si te gustan... Pensé que las galletas eran un buen acompañante para un café.

Aguarda unos segundos sin mirarme siquiera a la cara.

Carraspeo. Me estoy emocionando un poco. Hay que ver cómo consigue ablandar mi pobre corazón tras una travesura de las suyas... y, claro, tras reírse de mí en mis narices.

—Me encantaría tomarme ese café y esas galletas.

Y doy gracias por este detalle, porque sé que, aunque Puri intente

parecer distante, se burle, me pinche y me haga travesuras varias, ella me ha cogido tanto cariño como yo se lo he cogido a ella.

Me meto en la cocina y la ayudo mientras prepara el café. Esta noche no voy a poder dormir, un café a estas horas es cosa mala; sin embargo, guardo silencio y ya pensaré de qué forma mataré las horas.

En realidad, ya sé de qué forma mataré esas horas. Solo necesito a Noel. El resto ya podemos improvisarlo si eso. Ejem, ejem.

—Creo que lo más sensato es que le confieses a Samuel lo que sientes por Noel sin más —pronuncia al cabo de unos minutos.

Casi se me cae una de las tazas.

—¿Cómo has dicho?

—Te estaba escuchando hasta que has empezado a soltar esas tonterías de irte del país y, entonces, he decidido pasar de ti porque, cuando te pones pesada, eres peor que una burra en brazos.

¿Esa expresión es con una burra o Puri tiene la misma disfunción que Paz con eso de las palabras?

Bah, da igual.

—Es que tú no lo entiendes, es Samuel.

—¿Y? Ya me lo has dejado claro: sobreprotector, controlador, guardián, guardaespaldas, espía y no sé si me dejo algo atrás.

—Aniquilador —añado. ¿Qué? Joder, encaja con mi hermano.

Ella pone los ojos en blanco. No me toma en serio. Hace bien.

—Es tu hermano y, como tal, solo quiere lo mejor para ti.

Lo sé, lo sé.

—Si tienes razón...

—Pues ya está. ¿Qué prefieres? ¿Seguir escondiéndote? ¿Besarte en la calle y que tu hermano os pille? Me lo imagino.

—Yo casi que prefiero no hacerlo.

—Déjate de estupideces y afronta las cosas como una adulta.

—¿Acaso los adultos no se acojonan?

Ni que yo no lo fuese, joder.

—Todos los días. Lo que pasa es que seguimos adelante y ya está.

—¿Y si resulta que se lo cuento para nada?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que Noel no sienta lo mismo que yo.

—En el hipotético caso de que así fuera...

—Me vengaré.

Otra vez pone los ojos en blanco, cada vez me divierte más.

—En el hipotético caso de que así fuera, ya pensaríamos en cómo salir de esa.

No sé si ella se ha dado cuenta, ahora bien, yo sí. Ha dicho «pensaríamos», en plural, lo que implica que estará a mi lado y, por ende, me tiene cariño. Fin del razonamiento. Cuando no estoy cachonda, puedo leer entre líneas a la perfección, majas.

Asiento y nos tomamos el café con las galletas.

Cuando salgo del piso de Puri, estoy decidida a ir directa al de mi hermano. No sé si es la cafeína o que Puri tiene razón. Es Samuel, maldita sea, ya debería habérselo contado.

Subo el tramo de escaleras y, cuando llego al rellano, inspiro con fuerza, cierro los ojos y exhalo. Repito el procedimiento un par de veces hasta que tengo el pulso más calmado.

Saco las llaves de su casa del bolsillo de la chaqueta y abro con cuidado. Quiero darle una sorpresa.

—¿Quieres que te diga que Becca es solo un rollo para mí? ¿Un pasatiempo? ¿Que paso de tu hermana y que solo la quiero para un revolcón? ¿Eso es lo que quieres oírme decir y así te quedarás tranquilo?

Comienzo a percibir el latido acelerado de mi corazón. Retumba tanto que soy incapaz de oír nada que no sea a mí misma. *Bum, bum, bum.* Fuerte y apresurado.

Es Noel, es la voz de Noel. Es él quien ha pronunciado esas frases, el que ha formulado esas preguntas.

Soy incapaz de razonar, de moverme, casi que no logro ni respirar.

Con la llave aún puesta en la cerradura, cierro con cuidado para que no se percaten de que he estado aquí y de que los he oído.

Me meto en mi apartamento. Cierro y me dejo caer al suelo.

No sé cuánto tiempo permanezco sentada. Solo sé que capto unos golpes suaves en la puerta y que esos golpes los siento como si fuesen puñetazos en el pecho.

No abro, por supuesto que no lo hago.

Solo me quedo ahí, sintiendo cómo se resquebraja mi corazón.

Capítulo 43

¿Creías que no iba a enterarme?

Noel

He recibido un mensaje de lo más críptico por parte de Samuel. No sé qué mosca le ha picado, solo que está mosqueado por vete a saber qué. Me ha contado que ha hablado con José y que me pase por su casa. Todo eso entre unas veinte exclamaciones, así que le envío un mensaje a Nando para explicarle que llegaré un poco más tarde de lo que le había dicho esta mañana cuando hemos desayunado juntos y me dirijo hacia el apartamento de mi amigo.

Rezo para cruzarme con Becca y, bueno, tal vez abrazarla...

Llevo días con ganas de confesarle mis sentimientos, solo que me he contenido porque antes quiero hablar con Samuel y ser completamente sincero. Quiero explicarle lo que siento y dejar de escondernos como si fuésemos dos delincuentes de poca monta.

Toco en el portero electrónico del portal y empujo cuando oigo el sonido de la cerradura activándose. Subo las escaleras y, cuando llego a su planta, me paro frente a ambas puertas y sonrío.

—¿Qué coño haces, Noel? —me ha pillado ahí, plantado como un auténtico memo, así que carraspeo y me meto en su piso sin ni siquiera responder.

El sonoro portazo que da retumba en toda la vivienda.

—¿Qué tal? —Me dejo caer en el sofá de forma despreocupada.

Samuel permanece de pie, frente a mí, con cara de pocos amigos... o cara de querer cargarse a alguien.

—¿Qué tal? —ironiza.

Vaya, pues sí que está mosqueado.

—¿Qué te ha hecho José en esta ocasión para que estés tan cabreado?

Refunfuña, se da la vuelta y comienza a pasearse por el salón

como un león enjaulado.

—Resulta que esta tarde me he pasado por el bar, nada, a tomarme un café antes de venir a casa, y José me ha contado que ha descubierto quién es el tío con el que mi hermana se ha estado acostando. —Joder. Me tenso. Trago saliva—. Por casualidad, tú no sabrás nada, ¿verdad?

Es el momento, de nada sirve ocultarlo y mucho menos cuando ya estaba en mis planes ser franco con él. Joder, es mi amigo, siempre lo ha sido, y lo que siento por su hermana es sincero. No es una tontería ni un capricho pasajero. No lo es.

—Escucha, Samuel...

—Ni se te ocurra ponerme una de tus mierdas de excusas, Noel. ¿Te ha hecho gracia? ¿Te has reído a gusto? ¿Te lo has pasado bien?

Me incorporo, de pronto me siento incómodo ahí sentado. Necesito moverme.

—No. No es eso.

—Has sido consciente durante todos estos años de lo mucho que me preocupo por mi hermana, del miedo que tengo a que le hagan daño...

—Becca es mayorcita y sabe defenderse sola —sentencio.

—¿Es eso lo que te repites cada vez que te la tiras?

—Ni se te ocurra hablar de esa manera. No hables así de nosotros —me enfurezco.

—¿Entonces? ¿Cómo pretendes que afronte esta situación? ¿Esperas que te abra los brazos tras lo que has hecho?

—¿Y qué se supone que he hecho?

—Traicionarme. Imagínate mi cara cuando el tipo que creía que se estaba tirando a mi hermana va y me explica que os vio ayer en la calle y que os besasteis antes de que ella entrase en el portal. Joder, Noel, joder. —Se lleva la mano al pelo y tira de él con fuerza y desesperación.

Niego con la cabeza, ofendido. Guardo silencio y solo oigo nuestras respiraciones aceleradas.

El corazón retumba en mi pecho. Sabía que iba a ser una conversación complicada, solo que no tanto.

Empiezo a entender que esto, con su actitud fría y distante, no va a llevarnos a ningún punto.

—¿Quieres que te diga que Becca es solo un rollo para mí? ¿Un

pasatiempo? ¿Que paso de tu hermana y que solo la quiero para un revolcón? ¿Eso es lo que quieres oírme decir y así te quedarás tranquilo?

Otros segundos de silencio, en el que tanto él como yo nos miramos. Los ojos de Samuel destilan rabia y dolor. E imagino que es justo esa traición de la que él habla la que bulle por todos los poros de su piel.

—Me has engañado —concluye señalándome—. Has dejado que creyese que mi hermana estaba con otro cuando era contigo con quien se acostaba.

—Lo he hecho porque ni siquiera sabía cómo te tomarías las cosas. Mírate, Samuel, ¿crees que me habrías escuchado? ¿Lo habrías hecho? ¿Qué pasaría si fuese al revés? Si tú estuvieses enamorado de mi hermana, ¿crees que me ofendería de la misma forma en la que tú lo estás haciendo?

Samuel se tensa y desvía la mirada unos segundos. Supongo que está analizando lo que acabo de explicarle, el ejemplo que le acabo de poner.

—Quiero que te vayas, Noel. Quiero que te vayas y que permanezcas alejado de mi hermana.

Una risa falsa brota de mi garganta.

—No voy a hacer eso. ¿Y sabes por qué? Porque estoy loco por ella. Porque llevo mucho tiempo queriéndola, mucho tiempo guardando estos sentimientos. Mucho más de lo que te imaginas, y no pienso renunciar a ella, aunque por el camino te pierda a ti. —Trago una vez más. ¿Por qué las cosas tienen que ser tan difíciles siempre? —. Ella significa mucho para mí, Samuel, y no estoy dispuesto a enterrar mis sentimientos. Lo siento, esta vez no. No bajaré la cabeza, no huiré. La quiero y estoy dispuesto a luchar por ella. Siempre lo he estado, solo que no me he dado cuenta hasta ahora.

Paso por su lado y da un paso a la derecha hasta colocarse justo frente a mí.

Barajo las distintas opciones cuando nos retamos con la mirada. Tal vez me vaya a dar un puñetazo o quizá entienda lo que le he explicado.

Se hace a un lado y me deja pasar, sin más.

Salgo al rellano, respiro con fuerza y me planto frente a la puerta de Becca. Toco con suavidad con los nudillos, como he hecho otras

tantas veces, solo que, en esta ocasión, la puerta nunca se abre.

Capítulo 44

Desmontando el castillo de naipes

Becca

No sé siquiera cuántas horas han pasado desde que Noel dejó de tocar a mi puerta. Oí sus pasos descendiendo por las escaleras y llamar a la puerta de Sonsoles.

No sé lo que le preguntó ni de lo que hablaron, solo que me levanté como una kamikaze —una de lo más patética— y lo observé marcharse a través de la ventana.

Volví a tirarme en el suelo, en el mismo lugar, al lado de la puerta, hasta que, ya clareando el día, he tenido algo de fuerzas para enviarle un mensaje a Paz para que venga.

No he avisado a Alina y le he pedido por favor que ella tampoco lo haga porque... porque es su hermana y, bueno, ya sabéis las implicaciones que eso tiene.

«¿Quieres que te diga que Becca es solo un rollo para mí? ¿Un pasatiempo? ¿Que paso de tu hermana y que solo la quiero para un revolcón? ¿Eso es lo que quieres oírme decir y así te quedarás tranquilo?»

No he dejado de darle vueltas a esas palabras, a todas las preguntas, buscando en ellas un indicio de inocencia, algo que me diese una vía de escape, un cabo al que agarrarme, algo que me indicase que no lo había entendido bien; que, tal vez, no soy solo un rollo para él, ni un pasatiempo o un revolcón. Sin embargo, cada vez que lo intento, cada vez que busco esa parte positiva, ese resquicio por el que dejar que la esperanza se cuele, regresan a mí de una forma que no presagia nada bueno.

Me hago a un lado cuando el timbre de casa suena con fuerza y sé quién está tras la puerta.

Abro desde el suelo y mi amiga entra. La puerta golpea contra la

pared y ahí está Paz y, cómo no, su amigo Hannibal Lecter.

—¿A quién tengo que matar? —pregunta.

Probablemente, si no me sintiese como una mierda andante, me reiría. Obvio que no lo hago.

—¿Qué haces ahí tirada? —Alzo la cabeza cuando Sonsoles entra en el apartamento, al menos agradezco que no haya traído a *Fufi*. Estoy bien jodida, pero no quiero que me coma un perro del tamaño de un caballo.

Paz me tiende la mano y me ayuda a incorporarme.

—¿Has dormido ahí? —insiste Sonsoles.

—No he dormido —admito con honestidad.

Frunce el ceño y se dirige hacia mi cocina, se mete en ella y comienzo a oír el ruido de calderos, tazas, platos y demás enseres.

Espero que no se moleste porque no tengo apetito.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta mi amiga tirando de mí y llevándome hasta donde está trasteando su abuela—. No la he traído por voluntad propia, que conste —se defiende—. He pasado un momento por su casa, para ver cómo estaba, y me ha preguntado si venía a verte. Se ha sumado como una auténtica polizón.

—Da igual —le resto importancia—. Y es «colado», no «sumado»; se ha colado...

—Muy jodida no debes de estar si todavía tienes la poca vergüenza de corregirme. —Me saca la lengua.

Sonsoles nos muestra una pequeña bandeja con varias cosas en ella y Paz suelta a Hannibal para ayudarla. Lo cojo entre mis manos. Oye, pues es suave...

—Si no has dormido, dudo que hayas desayunado —dice dirigiéndose al salón. Allí me tiende una taza, que acepto por cortesía —. Anoche Noel estuvo en casa, Becca. ¿Qué pasó? Me preguntó por ti, quería saber si te había visto. Me contó que había estado tocando a tu puerta y que no le habías respondido.

—No quise abrir.

Ambas se sorprenden.

—¿Qué? ¿Por qué? —inquiere Paz.

Suspiro con fuerza, cierro los ojos y, cuando los abro, Sonsoles toma asiento a mi lado. Se inclina para coger otra de las tazas mientras aguarda.

—Subí de casa de Puri y fui directa al piso de Samuel. —Señalo

en esa dirección—. Estaba decidida a hablar con él, a explicarle lo que siento por Noel. No quería seguir ocultándole nada, porque es mi hermano y porque sé que, aunque bromee y me meta con él, quiere lo mejor para mí. —Ambas asienten, están de acuerdo conmigo—. Abrí con las llaves que tengo y, antes de acabar de entrar, antes de que me viesen, me llegó la voz de Noel.

—¿Qué oíste? —indaga Paz, casi interrumpiéndome.

«¿Quieres que te diga que Becca es solo un rollo para mí? ¿Un pasatiempo? ¿Que paso de tu hermana y que solo la quiero para un revolcón? ¿Eso es lo que quieres oírme decir y así te quedarás tranquilo?»

—Le estaba diciendo a mi hermano que yo solo soy un rollo para él, que todo lo que hemos compartido ha tenido fecha de caducidad desde el principio.

—¿Con esas palabras? —recalca Sonsoles.

—Le formulaba preguntas de ese estilo. En plan, ¿te quedas tranquilo si te confirmo que...? —No soy capaz de repetir las preguntas, a pesar de que las tengo grabadas a fuego en la mente... o entre pecho y espalda.

—¿Y qué pasó después? —plantea Paz, que acaricia a Hannibal.

—Me fui.

—¿Qué? ¿Por qué? —Mi amiga casi grita.

—Porque estaba escuchando una conversación ajena, porque me dolía lo que había oído, porque me estaba rompiendo por dentro. Porque todas esas ilusiones que me había hecho no eran más que mentiras. ¿Quieres que siga?

—Es que nada de lo que has soltado me convence. Estaban hablando de ti, tenías todo el derecho a quedarte y defenderte. Y, claro, a vengarte si fuese necesario.

Vaya, mi amiga tiene buenas ideas cuando no cambia las palabras de lugar... o cuando no se las inventa.

—Dejando la venganza a un lado —Sonsoles le dedica una mirada reprobatoria a su nieta por su insinuación—, Paz tiene razón. Tendrías que haberte quedado.

—Ya no puedo dar marcha atrás.

—Ahora puedes vengarte —insiste Paz, que sigue erre que erre con su bate.

Sonsoles se lleva la taza a la boca.

—Si me permites opinar —guarda silencio unos segundos en los que me limito a asentir para que siga—, lo lógico es que hables con él y le expliques lo que has escuchado. A mí no me pareció que fuese una tontería, anoche estaba preocupado. Preocupado de veras.

—No le hagas caso a mi abuela, desde que está interpretando a Sandy se ha vuelto una blandengue. Hablemos de la venganza —insiste mi amiga.

Sonsoles se levanta y se dirige hacia la puerta.

—Yo no quiero saber nada de esto. Cuando entres en razón, estaré abajo. Y, tú —le dice a su nieta—, quiero que traigas a ese novio tuyo a cenar esta noche. Y ni una sola excusa, jovencita.

Mi amiga pone los ojos en blanco cuando su abuela cierra la puerta.

—¿Cómo se lo ha tomado? —Soy una amiga de mierda que solo se ha preocupado de sus miserias y ni siquiera le había preguntado por las suyas.

—Bien. Ahora va contándole a todo el mundo que tiene dos bisnietos. —Eso sí que me sonsaca una risotada—. Ya ves. Estaba acojonada, ¿sabes? Por el qué dirán.

—¿Desde cuándo te importa el qué dirán? ¿Desde cuándo nos importa a alguna de las dos? —razono.

Porque nosotras siempre hemos ido a contracorriente, orgullosas de ello.

—No es eso, no hablo de la gente, de las personas que no me importan, hablo de vosotras, de mi abuela, de mis padres... de los hijos de Jesús. Es complicado, la diferencia de edad lo es.

—No nos has contado cómo empezó todo esto.

Mi amiga sonríe. Le gusta mucho, no hay más que verla. Si casi se sonroja. Casi.

—Fue una tontería. —Se carcajea como si lo estuviese recordando y estoy convencida de que así es—. Nos cruzamos una noche en un local, nos saludamos porque nos conocíamos y me invitó a tomar algo.

—¿Qué hacías tú en un local sin mí?

Ella pone los ojos en blanco.

—Buscaba algo que tú no me puedes dar.

Vale, lo pillo. Puajj.

—¿Entonces?

—Una cosa llevó a la otra y la otra a la otra y ya sabes...

—Algo, alguien, tú y esas cosas que pasan —recito su frase.

—Exacto. Volvimos a vernos, volvió a pasar y se fue convirtiendo en algo serio. Hace unas semanas, justo cuando pasó lo de Putéctor... me confesó que sentía algo por mí más acá del sexo...

—Es «más allá»...

Se la suda porque sigue hablando sin hacer caso a mi corrección.

—... y yo le confesé que me pasaba lo mismo.

—Por eso desaparecías, porque no querías que nadie se enterase ni os viesen.

Un poco como Noel y yo.

—Estaba harta de tener que esconderme, Becca. Y sé que a ti te pasa igual.

Bajo la cabeza. Estaba harta. Lo estaba. Pero ¿sabéis qué? Que todo esto duele, por supuesto que lo hace; sin embargo, no voy a lloriquear porque nunca lo he hecho. Soy peleona, ¿lo recordáis?

Cuando levanto la vista, Paz me sonríe porque sé que encuentra determinación en mi mirada.

—Voy a necesitar a Hannibal.

—¿Qué? Ni de coña, las cosas de matar no se prestan.

—Es... Bah, da igual.

—Se me ocurre algo mejor, mucho mejor —comenta con una sonrisa malvada bailando en su rostro.

—Soy toda oídos.

Capítulo 45

La sabiduría que da la edad

Noel

Me dirijo hacia casa de mi abuelo sin apenas haber pegado ojo en toda la noche. La conversación con Samuel no fue como yo esperaba que fuese ni mucho menos y, cuando llegué a mi piso y se lo conté a Nando, me dijo que entendía que Sam hubiese reaccionado así porque en cierto modo tenía razón y lo había traicionado.

Soy su amigo y le he mentido. Aunque no lo he hecho con mala intención, el resultado sigue siendo el mismo.

Esta vez no encuentro a mi abuelo donde siempre, no está rodeado de animales, ni tampoco regando los cultivos; lo pillo en la cocina con mi hermana, quien, por lo visto, tampoco tiene buena cara.

—Parece que hoy mis dos nietos preferidos... y los únicos, por supuesto, necesitan un consejo sabio. ¿Galletitas? —pregunta tendiéndonos un plato, dejándolo en la mesa y empujándolo en nuestra dirección.

Esa es una oferta irrechazable.

Cojo una entre los dedos y le doy un mordisco.

—A ti, ¿qué te ha pasado? ¿Es Héctor?

Alina niega con la cabeza y mi abuelo esconde una sonrisilla. Ya me he perdido algo.

—¿Y tú? ¿Te han dado una paliza? Porque, si es así, tienes pinta de haber salido malparado.

—No he dormido. —Carraspeo—. José nos vio —suelto.

—Espera, ¿quién es José? —indaga Pancho—. ¿Y, exactamente, qué y a quién vio?

Se lleva una galleta a la boca y se la come de un solo bocado.

—José es el camarero del bar en el que nos reunimos a veces.

—Ahhh, vale. ¿Y bien?

—Parece que vio cómo Becca y yo nos besábamos ayer por la tarde. En la calle.

Alina contiene la sonrisa y niega con la cabeza.

—No te burles de tu hermano —la reprende mi abuelo—. Así que... ¿ya es oficial? —pregunta.

—¿Estáis...? ¿Becca y tú estáis juntos?

—Por supuesto que lo estamos —sentencio. La duda ofende.

—¿Y Samuel? —indaga ella—. ¿Lo sabe? ¿Cómo se lo ha tomado?

—Lo sabe, a José le faltó tiempo para llamarlo y contárselo. Samuel está fatal. Se siente traicionado.

—Eso sumado a cómo es él... —apunta Alina.

Mi abuelo y ella deben de haber hablado de este tema, porque Pancho no formula muchas preguntas, y eso significa, con total seguridad, que mi hermana lo ha puesto al día.

Me llevo las manos a la cara y me la cubro con ellas.

—Estoy enamorado de Becca y se lo he explicado. No pienso rendirme, no pienso dejar que su enfado me haga apartarme de ella. Lo siento. Incluso le pedí que se pusiese en mi lugar, que imaginara cómo reaccionaría yo si fuese al revés, ya sabes, si él y tú... —Señalo a mi hermana y dejo la frase en el aire.

Mi abuelo tose y gira la cabeza y Alina aparta la vista de inmediato.

¿Qué coño pasa?

—¿Qué? —doy voz a mis pensamientos.

Intercalo miradas entre mi abuelo y mi hermana esperando a que alguno de los dos se digne contarme lo que sucede. Ninguno lo hace.

No sé si estoy montándome una película de la hostia en la cabeza, claro, a saber, solo que, si sigo la línea argumental que he seguido y me quedo justo en el lugar en el que he insinuado que Alina y Samuel se liasen... ¡No me jodas!

—¿Te has liado con Samuel? ¿Es eso?

Mi abuelo sonríe. Mi hermana no lo hace.

—No, no me he liado con nadie —puntualiza.

No suena convencida.

—¿Qué ocurre entonces?

Alina suspira, sus hombros se relajan y mi abuelo no deja de zampar, como si estuviese disfrutando de lo lindo de todo esto.

—Hace una semana o así, en una de las reuniones que organizó Becca una noche en casa de Puri... me enteré de que Samuel lleva mucho tiempo enamorado de mí.

¿Cómo?

—¿Perdona? Creo que te he entendido mal.

—No, hijo, no. No lo has entendido mal —apunta mi abuelo con un deje de burla en su tono de voz.

¿Esto es en serio? Es decir, Samuel... Toda la vida... Mi hermana... Pero ¿cómo?

—Yo tampoco sabía nada, me enteré porque Puri lo soltó.

—¿Y ella cómo lo supo?

—Porque Becca se lo confesó.

Pequeña delincuente guarda secretos. Cómo te quiero, joder.

—Vale. —Entendedme, estoy en *shock* y tal; sin embargo, no podría ser más feliz si mi hermana y mi mejor amigo tuviesen una relación porque ambos son fantásticos, aunque para Samuel yo en este momento no exista.

—Así que, bueno, pues sí que puede ponerse en tu lugar porque él y la hermana de su mejor amigo... ya sabes. —Alina siempre tan críptica.

—Eso, ya sabes. —Y mi abuelo siempre tan sarcástico.

—¿Qué quiere decir ese «ya sabes»?

—No ha pasado nada, solo que... ¿por qué no me he dado cuenta antes?

Joder, ¿y por qué no lo he hecho yo?

—No lo sé.

—Tal vez porque ambos os habéis estado guardando ese secreto cuando lo más sencillo hubiese sido contaros la verdad desde un principio. Lo que me lleva a... —Pancho hace una de esas pausas dramáticas que tanto odio y solo nos sonríe.

—¿A? —pregunta Alina.

—A que deberías salir con él, porque me parece un buen muchacho.

—¿Le das el visto bueno, abuelo? —pregunta ella, como si hubiese descubierto la pólvora, vaya.

—Por supuesto. El otro no era más que un imbécil y siempre te lo dije. —Mi hermana sabe que tiene razón, lo hizo tantas veces que perdimos la cuenta de cuántas—. En cambio, el hermano de Becca me

cae bien, es un tío que se viste por los pies. Es serio y bueno, lleva esperando por ti muchos años, ¿no crees que se merece una oportunidad? —formula la pregunta y la deja en el aire.

Sigo sin entender cómo no me ha contado nada; es más, anoche tuvo la oportunidad de hacerlo y tampoco soltó prenda. Y luego me tilda de traidor, ¡él!

—Salvo que tú no quieras; entonces, no tienes por qué darle la oportunidad a nadie, Alina. Ya lo sabes.

—Ya, ya —murmura—. No sé, no sé lo que quiero... Puede que, ay, Dios, ¿por qué no puede ser todo más sencillo?

—Porque, si fuera de esa manera, si las cosas no nos costasen, no las apreciaríamos de la misma forma. Lo que me lleva a... —Otra pausa dramática que me pone los pelos de punta—. ¿Os he contado alguna vez cómo besé por primera vez a vuestra abuela? Joder con la cachetada que me arreó; ahora bien, valió la pena. Los cinco dedos en mi mejilla la valieron.

Alina me tiende la mano y me sonríe; yo la sujeto con fuerza porque siempre siempre lo haré. Pase lo que pase, estaré para ella.

—No, abuelo, nunca nos lo has contado. —Solo cien veces, pero estoy dispuesto a escucharla unas cien más si hace falta.

—Fue en nuestro segundo encuentro, después de aquel baile y el pisotón... Qué peleona era vuestra abuela...

Sí, sin lugar a duda, a los hombres de nuestra familia nos gustan las mujeres peleonas.

Y yo estoy dispuesto a luchar con uñas y dientes por la mía.

Capítulo 46

La venganza se sirve en bandeja de plata

Becca

Lo he prometido, lo sé, ¿vale? He prometido portarme bien y le he jurado a Sonsoles —tras contarle el plan en cuestión, porque Paz no sabe guardar secretos, salvo que sean los suyos— que sería la última travesura; que, con esta, colgaría la mochila de las venganzas y me portaría debidamente. Al menos lo intentaré... porque, mientras le prometía que no cometería más actos vengativos, cruzaba los dedos tras mi espalda.

Mujer precavida vale por dos.

Con mi sonrisa de niña buena, esa que tan bien se me da fingir cuando vendo alguna de esas mierdas que odio pero por las que me pagan, toco el timbre de casa de mi chico... o el que era mi chico...

No es él quien me abre, es Nando. El tercero de la pandilla.

—Becca, ¿qué tal? —me pregunta cuando abre.

—Muy bien, mejor que bien. —Si sueno falsa, no me importa—. ¿Y tú? —Él solo se limita a asentir—. Vengo a ver a Noel, ¿está en casa?

—No. No, pasa —me indica.

Por supuesto que entro sin dudar. Y, cuando estoy ahí, los recuerdos acuden en bandada.

Putos recuerdos, cuánto daño gratuito hacéis.

—¿Quieres tomar algo? —me ofrece.

Niego con la cabeza. No tengo apetito.

—Y tú... Bueno, ¿qué haces aquí solo? —Sé que es una pregunta un tanto cotilla y que me puede mandar al carajo cuando quiera, solo que me extraña encontrarlo aquí cuando sé que Nando vive con Lorena.

—He tenido un pequeño problema personal, nada que no tenga arreglo. —No parece demasiado convencido al decir esto último—. En fin, voy a dar una vuelta, necesito tomar el aire.

—Yo me quedaré un rato —comento.

Oigo la puerta cerrarse y me paseo por el piso de Noel. No es que cuando él estuviese no pudiera cotillear a mis anchas, pero, claro, mola mucho más cuando no hay nadie que te vigile.

Reviso de nuevo todas las fotografías que tiene colgadas y encuentro algunas nuevas en el pasillo. En la mayoría de ellas, salgo yo. En algunas, disfrazada en carnaval; en otras, a punto de salir con Alina, en nuestra graduación, alguna cena con su familia...

Hasta que reparo en una que tiene en un cajón de la mesilla de noche.

Sí, he llegado a ese punto de no retorno en el que he comenzado a abrir cajones. Dadme unos segundos y os contaré cómo es su ropa interior, aunque yo ya la haya visto. Y puede que la vaya a ver hoy por última vez.

Desvío esos pensamientos, me siento en el borde del colchón y la sujeto entre las manos.

No creo que sea nuestra mejor fotografía, ese día ni siquiera tenía ganas de que inmortalizaran el momento. Mi hermano había conseguido su primer contrato fijo y salimos a celebrarlo. Yo me sentía muy orgullosa de él, estaba muy feliz por todo lo que lograba y triste porque... porque Noel no me hacía maldito caso y llevaba toda la noche hablando con una chica preciosa.

Estaba enfadada, dolida y ofendida. Aun así, insistieron en sacar esas dichosas fotografías. Después de varios intentos, de muchas risas y de varios gritos, se dispersaron todos, menos Noel, que se acercó, me miró con esos ojos tan bonitos que consiguieron que me olvidase de que minutos antes miraban a otra y me pidió que nos hiciésemos una los dos solos.

No contesté, porque me quedé embelesada contemplándolo. Por aquel entonces, no pensaba en esos cinco hijos, ni en el perro, ni en la casa con jardín. Solo quería que me viese de la misma forma en la que yo lo hacía; en la que yo lo veía.

«Yo siempre... siempre... me he fijado en ti. Hasta cuando tú creías que no te veía, yo lo hacía.»

Otra vez ese puñetero dolor sacudiendo mis entrañas. Prometí

que no dejaría que lo hiciese.

Guardo la foto como si me quemase entre los dedos.

Joder, cómo duele el desamor. ¿Por qué nadie nos lo explica? ¿Por qué no lo hacen? No es justo, solo se habla de todas las cosas bonitas que tiene, pero, claro, luego, cuando te rompen el corazón, no te hablan de los recuerdos, de los momentos compartidos, de la desazón, del anhelo y de esa punzada que te indica que una parte de ti está rota.

Claro, todo eso mejor no tenerlo en cuenta.

«Y, a pesar de ello, lo habrías vivido igual.»

«Pues claro, por supuesto, porque lo quiero. Aunque él a mí no, yo lo sigo queriendo.»

Maldito Cupido, qué cabronazo que eres.

Oigo la puerta abrirse y me pongo nerviosa. A lo que he llegado... nerviosa, ¿yo? Por favor, Puri se descojonaría de mí y de mi reputación de tía dura que he mostrado todo este tiempo.

Me armo de valor y sigo adelante con mi plan. Incluso, cuando salgo al pasillo y lo encuentro ahí, de pie, frente a mí, observándome como si yo fuese la única mujer en el mundo, en su mundo, decido continuar con el mismo.

—Hola, poli de pacotilla. —Me estremezco, no sé si se da cuenta de ello.

«¿Me echabas de menos?»

«Por supuesto que no, Becca.»

Se acerca hasta mí. Me he quedado parada justo frente a la puerta de su habitación. Intercala una mirada entre su cama y yo. Bien. Genial.

—Hola, pequeña delincuente guarda secretos. —Su voz suena sumamente provocadora.

No entiendo a qué viene ese último adjetivo, pero tampoco pregunto; me limito a sonreír porque, en una situación normal, me haría gracia. A la Becca que no le han roto el corazón, le haría mucha gracia, por supuesto.

Y esa Becca de la que os hablo, le seguiría el juego.

Muevo el dedo índice y comienzo a caminar hacia atrás, entrando en su dormitorio. Noel me sonríe y me sigue. Cuando mis piernas chocan contra el colchón me siento acorralada por él y su cuerpo.

Y, maldita sea, el mío responde, aunque yo no lo quiera.

Demasiado guapo, demasiado sexy, demasiado todo.

Coloca su mano sobre mi mejilla y me permito unos segundos de debilidad; unos que quedarán entre tú y yo.

—Tenemos que hablar, Becca.

Abro los ojos. Este es el instante en el que me manda a paseo y mi plan se va al garete.

—Claro que lo haremos.

Paseo mi mano por su torso, por sus brazos, por su cuello, por su mentón y oigo cómo expulsa el aire mientras me deleito con su cuerpo. Puede que no me quiera, pero no le resulto indiferente. Y me aprovecho de ello.

Lo desvisto con presteza, como he hecho otras tantas veces, solo que, en esta ocasión, las sensaciones son bien distintas porque sé que, tras esto, todo habrá llegado a su fin.

El sabor amargo de la despedida invade mis sentidos.

No existe un Noel y Becca felices para siempre. Y, todas esas ilusiones que me hice, se esfuman, desaparecen, se volatilizan. Pufff.

—Espera aquí —le pido cuando sobre su cuerpo solo queda su ropa interior.

Recorro la casa de nuevo en busca de lo que ya tenía que haber preparado antes de que llegara, solo que me ha podido la curiosidad y un poco también el romanticismo. Eso de regocijarte en tu propia mierda tampoco sirve de nada.

Doy con ellas y regreso sobre mis pasos. Esta vez ni siquiera me doy un momento para calmarme, cojo el toro por los cuernos y entro.

La picardía se refleja en su semblante y sonrío victoriosa.

—Así que vamos a jugar a esto...

Las muevo frente a sus ojos.

—Y no será a lo único que juguemos.

Me guiña un ojo y por unas décimas de segundo barajo como opción el arrepentirme y dejar que hable, explicarle todo lo que oí y marcharme después de soltarle algún insulto que bien merecido tiene.

Sin embargo, si no me vengase, no sería yo, y tengo una reputación que mantener. Ya me conocéis.

Doy un paso adelante y lo empujo sobre la cama. Se deja hacer. Observo su miembro excitado y sé que lo tengo justo donde quiero.

Me sitúo a su derecha y lo esposo al cabecero de la cama.

Observo mi obra de arte y sonrío de soslayo.

—¿Te gusta lo que ves? —me pregunta. Me provoca.

Mucho. Solo asiento.

Me acerco y le quito los calzoncillos, dejándolo completamente desnudo.

Me maravillo con todas y cada una de las líneas de su cuerpo. Sus músculos, su piel, sus lunares, las cicatrices... lo absorbo todo por última vez.

La boca me sabe a hierro fundido. Evito derramar una sola lágrima.

—¿Becca? —me pregunta observando mi semblante circunspecto.

No sé si ha notado el cambio, el mío; el amargor de la despedida que danza a nuestro alrededor y se cuela entre nosotros como un monstruo de afiladas garras.

Comienzo a dar pasos hacia atrás, sin apartar la vista de él.

El desconcierto se refleja en su rostro. Un rostro con el que sigo completamente fascinada.

—¿Becca? —insiste.

Me giro sin tiempo a nada más y oigo mi nombre salir a gritos de su garganta.

Abandono su casa dando un portazo. Y comienzo a caminar rápido, muy muy rápido.

No sé cuánto tiempo paso recorriendo las calles de la ciudad, solo sé que empieza a llover y apenas lo noto.

Decido regresar finalmente a casa... o, no, mejor no, mejor voy a la suya.

Capítulo 47

Y así me has pillado

Noel

Intento deshacerme de las esposas. Que sí, que ya sé que ni de coña se puede, pero es una de esas cosas imposibles que tienes que intentar sea como sea. Como cuando te pica un mosquito y te piden que no te rasques y lo haces con más ganas porque parece que el picor se intensifica. Pues más o menos igual.

—¡No me lo puedo creer! —gruño.

No entiendo cómo no he visto venir sus intenciones.

«Tal vez, si fuese capaz de comportarme como un ser racional cuando la tengo delante, cuando me toca, otro gallo cantaría.»

Barajo las distintas opciones que tengo.

Una: amputarme el antebrazo y llamar por teléfono.

Dos: amputarme el antebrazo y escapar porque ya no necesitaré llamar por teléfono... o sí, a una ambulancia.

Tres: esperar a que regrese Nando.

Cuatro: rezar para que Nando llegue antes que Samuel, porque, sí, cuando le he dicho a Becca que teníamos que hablar, quería decir que lo teníamos que hacer de verdad.

También con Samuel, al que le he enviado un mensaje antes de subirme al coche en casa de mi abuelo y llegar aquí. El resto ya lo sabéis, estoy esposado al cabecero de la cama.

Y ella, tan pancha.

—¡Ya te pillaré, pequeña delincuente!

Y eso que no iba a hacer ninguna trastada más. Lo que me lleva al motivo por el que ha hecho esta. ¿Qué cojones ha pasado?

Oigo el timbre de la puerta y deduzco que no es Nando porque él tiene llave; por consiguiente, Samuel está al otro lado.

Grito su nombre. El timbre sigue sonando, por lo que es obvio

que no me oye; no sé si sentirme tranquilo porque eso indica que la casa tiene buen aislamiento o entrar en pánico porque puedo quedarme aquí, en bolas, hasta vete a saber cuándo.

La amputación vuelve a mi mente en forma de *flash*.

Si no estuviese tan mosqueado, puede que me hiciese gracia mi propio chiste. Por supuesto, no me la hace.

—¡Samuel! —grito con más fuerza.

Y, entonces, los timbrazos cesan, lo que me lleva a dos posibles conclusiones. O se ha cansado y se ha largado, o bien me ha oído. Tres, tres conclusiones.

Mi móvil comienza a sonar y este sería un momento de lo más cojonudo para descubrir que lo había soltado en la mesilla de noche. Nada, que pensar con la polla no está bien. Es caca.

No, no lo es. Habla la desesperación.

Yo sigo a lo mío, desgañitándome llamando a mi amigo. Y de pronto la puerta de casa se abre y me llegan las voces de Nando y de Samuel.

Los llamo, ni siquiera sé a quién de los dos. Al que primero me haga caso, da igual.

Se acercan, capto los pasos; esto de estar esposado hace que agudices el oído. Algo bueno debía tener, joder.

—¿Qué cojones...?

Samuel da un paso hacia atrás y me da la espalda.

—¿Qué ha pasado aquí? —Menos mal que Nando es un poco más racional. Empezaba a preocuparme—. ¿Te has esposado al cabecero? —Me he adelantado con esta última afirmación; sí que debería preocuparme, la verdad.

—¿Me ves capaz de hacer eso, Nando?

Esposado porque me aburría, tócate los huevos.

No, tocármelos no podré esposado. En fin.

—No me hagas responder a esa pregunta.

Samuel se gira y me observa.

—¿Qué? ¿Te da vergüenza verme en pelotas? No tengo nada que no hayas visto ya.

Me enseña el dedo corazón. Ni siquiera sonrío. Estoy mosqueado. Con él, con Becca y conmigo.

—¿Dónde están las llaves? —me pregunta Nando.

—En la caja fuerte, donde guardo el resto de las cosas.

—Parece que las esposas no las guardaste bien.

Mi enfado se acrecienta por momentos. Su mofa no ayuda una mierda.

Nos deja solos y se marcha en busca de las llaves. Me olvido de la amputación. Al menos unos segundos.

Samuel se acerca y me tapa mis partes nobles con una camiseta.

—Hombre, vaya, gracias —ironizo.

Sigue muy enfadado. Vale. Bien. Porque yo también lo estoy.

Sale de la habitación y, cuando Nando regresa y me veo libre —por fin—, muevo las muñecas y luego me visto.

Me encamino hacia el salón y me encuentro a Samuel frente a la ventana, contemplando la calle a través del cristal.

—Yo vuelvo dentro de un rato —comenta Nando, que sale de aquí sigiloso, como si supiese que se avecina tormenta y que es mejor no estar presente.

Me quedo en silencio unos segundos de más, procurando apaciguar mi carácter. Samuel se percata de mi estado de ánimo cuando se da la vuelta y aguarda a que dé el primer paso.

No lo haré.

—He recibido tu mensaje. —Traga saliva—. ¿Qué se supone que tienes que decirme que no me hayas dicho ya?

Sí, mi mensaje iba en esa dirección, palabra arriba, palabra abajo.

—¿Cuándo pensabas contármelo?

Frunce el ceño. No lo entiende. Normal, tanto tiempo callando, es imposible que sepa que lo he averiguado.

—¿A qué te refieres?

—¿Cuándo pensabas contarme que estás enamorado de Alina? ¿Antes o después de enterarte de lo mío y llamarme traidor? Es mera curiosidad —ironizo.

Tiene claro que estoy cabreado; aprieta su mandíbula. No pienso ceder ni un ápice.

—No pensaba hacerlo —sentencia. Y se queda más ancho que pancho.

Eso rompe mis esquemas porque pensaba que sí que lo haría, que confiaría en mí; es más, joder, debería haberlo hecho.

«Tú tampoco lo hiciste. Tampoco confiaste en él.»

Me callo.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto?

—Sorpréndeme. —Otra vez ese sarcasmo que me saca de mis casillas.

Samuel es un gran tipo, de veras que lo es, solo que tiene lo mismo de buena persona que de cabezota.

—Que me has tildado de traidor, me has dicho que te he traicionado, cuando tú has hecho justamente eso. Has actuado de la misma manera; por lo tanto, no puedes juzgarme, no puedes enfadarte, por un pecado que tú también has cometido.

Chasquea la lengua. Ya he cogido carrerilla. Esto se convierte en un no parar.

Me he propuesto sincerarme, así que eso es lo que voy a hacer.

—Yo jamás me enfadaría contigo por estar enamorado de mi hermana y que iniciaras una relación con ella porque, ¿sabes qué? —aguarda una vez más. Mandíbula tensa, porte rígido—, creo que no podría haber nadie mejor que tú para estar con ella. Porque sé que la ibas a querer por encima de todas las cosas, la ibas a respetar; porque la ibas a proteger; porque ibas a cuidarla y a velar por su seguridad. Y porque confío plenamente en que la harías feliz, Samuel.

»Y confío en ti —concluyo de manera rotunda.

Mi amigo tiene las manos apretadas y, aunque su postura denote que todo le importa un cojón de pato, sé que no es así, que de verdad está masticando mis palabras, que las está analizando; justo por eso se las he dicho, buscando ese fin.

No he podido ser más transparente de lo que lo he sido. Al menos esta vez.

—Me dijiste, hace semanas, que, me gustase o no, mi hermana era mayorcita para saber con quién se relacionaba... y no solo eso, también para tener las relaciones que quisiese. —Asiento; sí, lo hice, fui yo el que pronunció esas palabras—. Por eso me soltaste ese discurso, estabas allanando el terreno para lanzarte sobre ella.

Una risa carente de sentido común sale de mi garganta.

—¿Es que todavía no lo has entendido? No es ningún capricho. Estoy enamorado de tu hermana y eso es lo único que me importa, Samuel. No se trata de allanar ningún terreno, se trata de construir ese camino juntos. Ella y yo.

Samuel frunce el ceño. Sus labios se convierten en una fina línea.

—¿Ha sido Becca la que te ha hecho eso? —Asiento con la cabeza —. ¿Por qué?

Alzo los hombros.

—No tengo ni la menor idea. Pensaba... no sé, pensaba que estábamos bien, que ella sentía lo mismo que yo...

Samuel se gira de nuevo. Vuelve a mirar por la ventana.

—Está enfadada.

Ah, ¿sí?

—No me había dado cuenta. —El dueño de la ironía soy yo. En este momento, soy el rey de esta.

—Le has hecho algo.

Lo sé.

—No tengo ni la más remota idea de qué puede haber sido.

Freno unos instantes mis pensamientos. Samuel está hablando sobre el tema sin amenazarme, insultarme o largarse sin más.

—Oye, Samuel. —No se gira, no lo hace. Él es ahora el rey de la cabezonería. Carraspeo porque me cuesta un poco formular esta frase y ni siquiera entiendo el porqué—. Pase lo que pase, yo siempre te apoyaré. Siempre seré tu amigo y siempre estaré a tu lado.

Sam se gira por fin; durante unos segundos solo me observa y es como si pudiese ver los engranajes de su cabeza trabajar a marchas forzadas.

Se acerca, coloca una mano sobre mi hombro y se dirige hacia la puerta.

—Yo, que tú, guardaría las esposas en la caja fuerte y las mantendría lejos de mi hermana.

Sonrío; no me ve mientras lo hago.

La puerta se cierra.

Esa es su forma de decirme que, por lo pronto, no me matará.

Y me basta.

Capítulo 48

La soledad como arma de destrucción masiva

Becca

Cuando la puerta de mi vecina se abre, las lágrimas han empezado a correr por mis mejillas.

Puri se sorprende; en esta ocasión no esconde sus emociones como otras tantas veces ha hecho conmigo.

Al principio, escondía las risas que le provocaban mis tonterías; tras eso, escondía sus propios sentimientos y, en los últimos días, ha empezado a mostrarme que ella también tiene esas pequeñas rendijas en su corazón y que ha dejado que me cuele por ellas.

Y ese es el motivo de que esté aquí, en su casa, en su puerta, esperando a que me permita entrar de cualquier manera, de la que ella quiera o me deje.

He llegado a la conclusión de que Puri se siente muy sola y, en este momento, yo también me siento de ese modo.

—¿Qué ha pasado, muchacha?

Se hace a un lado y me deja pasar. *Dinamita* está tirado en el suelo, ahí mismo, al lado de la puerta y, cuando me ve, alza la cabeza, me escruta unos segundos para que entienda que sabe que estoy aquí y sigue a lo suyo porque le importo más o menos lo mismo que una lechuga fresca.

Puri cierra la puerta y arrastra los pies hasta el sofá. Yo la sigo como una autómata.

—Pensaba que la venganza me haría sentir mejor. No lo hace. Ni por asomo.

—¿Qué venganza? ¿Qué es lo que has hecho... y no me has contado, claro?

—Cuando subí a hablar con mi hermano... Noel estaba allí, los oí

hablar; en realidad, solo a Noel. Le estaba explicando a Samuel... —Sí que duele, un montón—. Le estaba explicando a mi hermano que yo solo he sido un pasatiempo, una aventura. Ya ves, Puri, tienes razón, soy de lo más ridícula.

Aguardo su comentario mordaz, uno de esos que siempre tiene preparados para lanzarme; sin embargo, no llega. Coloca una mano sobre la mía y percibo el calor de esta. Me reconforta.

—No eres ridícula. Eres una chica enamorada... que eso es más o menos lo mismo —apunta como si nada.

—De un chico que no siente lo mismo por ella, lo que nos lleva al punto de partida. Soy ridícula.

—No lo eres. Y no debes llevarle la contraria a una persona como yo, porque tengo más edad que tú y, por lo tanto, más experiencia.

Yo tampoco me burlo de ella como otras tantas veces he hecho.

—Sentirse solo es una soberana mierda.

—La soledad no es mala, lo verdaderamente jodido son las decepciones. Los chascos que te da la vida, uno tras otro. De eso tú también sabes un poco, ¿no?

—Puede. —Ni confirmo ni desmiento.

—¿Sabes? Yo me casé muy joven; no había cumplido los veinte años y ya tenía a mi cargo una casa. Mi madre me preparó para ello, por supuesto, como se hacía antes, y, además, era la mayor de siete hermanos, por lo que ya tenía bastante experiencia sobre lo que implicaba eso. Tuve tres hijos, un chico y dos chicas. No sé nada de ellos desde hace años. Ni una llamada, ni una visita. Al principio, pensé que era normal, cada uno tenía su vida, su marido, sus mujeres y sus hijos. Me preocupaba, llamaba cada poco tiempo e intentaba visitarlos. Esas llamadas se fueron espaciando y las visitas mucho más. Seguí justificando su ausencia. Trabajo, distancia, compromisos sociales... Hasta que llegué a la temida conclusión, Becca.

Lo sabía, sabía que Puri escondía tristeza en su interior. Esas cosas se perciben, solo hay que ahondar un poco para aprender a verlas.

—¿Qué conclusión? —indago.

—Que yo ya no formaba parte de sus vidas. Y que ellos no tenían interés en formar parte de la mía. Y eso es muy triste, muchacha. Muy triste. Porque son mis hijos, porque he jugado con ellos, he cuidado de ellos, he estado a su lado cuando me han necesitado, los he apoyado

en cada decisión y los he acompañado en cada paso que han dado y me han permitido ver. Hasta que dejaron de hacerlo, hasta que comencé a ser invisible a sus ojos o me convertí en un estorbo.

—No digas eso, tú no eres un estorbo. Un poco mal bicho, sí. Una molestia, desde luego que no. —Y no le digo esto por quedar bien, lo pienso de verdad.

—Por eso, cuando me encontraste tirada en el suelo de mi habitación, cada vez que me preguntabas si quería que llamaras a alguien, por dentro pensaba «¿Quién va a querer saber de mí?». Nadie, porque estoy sola, Rebecca. Sola. —El gato maúlla en ese momento, para que le hagamos caso. Es más, se contonea entre las piernas de Puri, como si pudiese empatizar con su estado de ánimo, con lo sola que se siente, con la pena que trasmite—. Sí que te tengo a ti, *Dinamita*. —Le rasca la cabecita y él parece conforme con la muestra de cariño.

—No estás sola, me tienes a mí. —Sonrío.

Mi vecina alza la cabeza, está emocionada.

—Has sido la muchacha más pesada que he conocido en mi vida.

—Bueno, ya sabes, tengo muchas cualidades y todas muy distintas, Puri.

—Has sido muy auténtica. Siempre lo has sido, desde que te conocí, cuando todavía no habíamos entablado esta amistad. Te oía hablar en el rellano con la vecina de enfrente, charlabais, la hacías reír, y tu hermano y esa nieta loca que carga un bate de béisbol también. —Me carcajeo al pensar en Paz.

—¿Sabes que Paz se ha echado novio?

—El pobre, lo compadezco.

—Yo también. —Nos tronchamos.

Guardamos silencio cuando dejamos de reír y solo compartimos una mirada llena de complicidad.

—Gracias por ayudarme aquella tarde. Gracias por quedarte conmigo, y no hablo solo de ese día, hablo de los que vinieron después. Porque te interesaste por mí de forma altruista porque quisiste, a pesar de que hice lo posible porque desaparecieras.

—Un pelín bruja sí que fuiste.

Puri asiente, no me da una colleja ni nada.

—Lo que quiero decir es que insististe... y que tal vez eso sea lo que debes hacer con el poli.

Bajo la vista cuando lo menciona.

—Lo he dejado desnudo y esposado a su cama —le cuento.

No entro en detalles; por supuesto no le iba a explicar cómo tiene la chorra, me refiero a esa clase de detalles tipo explicarle que me he roto por dentro dejándolo allí, el sabor amargo de la despedida y las dudas que he tenido cuando sus ojos han conectado con los míos.

—Te lo perdonará, estoy convencida de ello.

—No es cuestión de perdón, Puri, es que él no siente lo mismo por mí. ¿Recuerdas la noche de tu caída? ¿La cita? —Hablo de esa cena que para mí fue una primera cita, por eso de que me hice unas ilusiones que te cagas—. Pues tenías razón, no lo fue.

—Tonterías. Sí que lo fue. He visto cómo te mira y, desde luego, no lo hace como un tío al que no le importes un pimiento.

—Puri, no es por ser quisquillosa, pero tú nos has visto más bien tirando a poco.

—Las ventanas dan para mucho y yo tengo mucho tiempo libre y un montón de paciencia. Y el otro día veníais juntos, te besó en la calle. Insisto, Rebecca, ese chico siente algo por ti, solo que en este momento estás demasiado ofuscada para entenderlo, como cuando yo me mosqueo con *Dinamita* porque me rompe el sofá con sus uñas. —Lo reprende frente a mí, y el gato ni siquiera alza la vista—. Date unos días y habla con él. Si es cierto que no siente nada por ti, al menos os habréis comportado como personas adultas. Y nada de venganzas.

Suspiro.

—Las venganzas son divertidas. Mucho. —Sonrío.

—Lo son, pero... ¿verdad que en este caso no te ha hecho sentir mejor después? Porque ese sentimiento de soledad sigue estando ahí, presente. —Bajo la cabeza avergonzada una vez más, porque tiene razón y me da rabia que así sea—. Habla con él y... después me lo cuentas todo.

Le regalo una sonrisa y ella me la devuelve.

—Me lo pensaré —finalizo.

—Bien. —Da un par de palmadas y se levanta.

—Veo que ya estás del todo recuperada.

—Por supuesto, bicho malo nunca muere. —Me señala la cocina y la sigo—. Y, ahora, vamos a tomarnos un café y galletas.

—¿Has comprado más? —No escondo la emoción. Al final, Puri es un trocito de pan duro, pero pan al fin y al cabo.

—Claro, ¿cómo iba a dejarte sin ellas?

Asiento y de pronto se me ocurre una idea; una idea increíble y que nada tiene que ver con bates de béisbol ni con esposas o cacas dentro de una caja, tampoco pegamento.

—Espera un momentito aquí —le pido.

Bajo la atenta mirada de desconcierto de Puri, abro la puerta y cruzo el rellano. Toco el timbre de casa de Sonsoles y, cuando abre, vestida de Sandy, sonrío de forma cariñosa.

—¿Te apetece tomarte un café y unas galletas? —Señalo la puerta de Puri.

Sandy me observa.

—Solo un ratito. Paz vendrá más tarde, a cenar, ya sabes. —Alzo las cejas socarrona—. *Fufi*...

—El perro infernal no está invitado.

—Lo suponía. —Se despide del susodicho y cruzamos el rellano.

Entramos en casa de Puri y se queda un poco en treinta y tres cuando me ve aparecer con la vecina.

—Hola, soy Sonsoles.

Puri pone los ojos en blanco.

—La vecina de enfrente.

—Esa misma. —Mi Sandy sonríe.

—La pesada del perro —añade.

Sonsoles frunce el ceño y *Dinamita* se pasea por allí para dejar claro que Puri también tiene a alguien que la defienda. Este gato dominaría el mundo si se lo propusiese, de veras os lo digo.

—Bueno, hechas las presentaciones... al lío —intervengo.

Puri, por supuesto, lanza comentarios mordaces sin ton ni son y Sonsoles los aguanta o se los devuelve con estoicismo.

Sí, por si hay algún resquicio de duda, creo que las mejores amistades comienzan así, lanzándose pullas.

Capítulo 49

No es oro todo lo que reluce

Noel

—Le he enviado un par de mensajes, la he llamado en varias ocasiones e, incluso, me he pasado por su trabajo a ver si la veía por allí. Si hasta le he preguntado a Alina por ella y me ha pedido, casi suplicado, que no la presione de esa forma porque Becca es su amiga y no quiere estar en medio. Y la entiendo, solo que lo he hecho como último recurso. —La desesperación es lo que tiene, no me podéis culpar por ello.

—Ese no tiene por qué ser tu último recurso —replica Nando, que me está escuchando sin protestar.

—¿A qué te refieres? —indago.

—Primero, necesito que me pongas al día de lo que ha pasado. De todo, porque yo me quedé en que estabas loco por ella a la par que acojonado porque Samuel se iba a enterar. Por lo que veo, Samuel ya lo sabe y sigues de una pieza.

—Becca me está evitando. Samuel cree que está enfadada conmigo y yo he llegado a esa misma conclusión. —Señalo mi habitación.

—Ya, por eso de que te dejó en bolingas ahí —deduce.

—Básicamente. Lo que no sé es el motivo.

—A las mujeres no hay quien las entienda —sentencia con firmeza y se señala—. Te voy a dar el mismo consejo que me diste tú a mí. Habla con ella.

Suspiro con fuerza. Un consejo que él no ha seguido. Todo bien, sí.

—¿Acaso no has escuchado nada de lo que te he contado? He intentado hablar con ella y no hay manera. No contesta mis llamadas, ni abre la puerta de su casa...

—Que sí, que sí... —me interrumpe—. Solo que... inténtalo con más ganas.

—Como no la secuestre... —Una leve sonrisa baila en los labios de mi amigo—. ¿Insinúas que la secuestre? ¿Sabes que somos polis y eso es delito? —Otra sonrisilla más.

Comienzo a plantearme el asunto.

Me encantaría poder comentarlo con Samuel, pedirle su opinión, solo que... no puedo hacerlo, porque ni siquiera sé en qué punto estamos. Solo sé que, lo que le dije hace unos días —cuando le aseguré que estaría a su lado, cuando le expliqué que no había nadie que pudiese hacer más feliz a mi hermana que él—, bueno, sigo pensándolo.

El timbre de casa suena y por unas décimas de segundo me planteo que sea ella, que Becca esté al otro lado; que, una vez abra, se lanzará a mis brazos, me llamará «poli de pacotilla» y me confesará que está loca por mí y que todo ha sido un terrible malentendido y, entonces, tal vez la espose yo a ella a modo de venganza. Y me tomaré mi tiempo, vaya si lo haré.

Una idea comienza a tomar forma en mi cabeza mientras llego a la puerta de la entrada.

Vale. Bien. De todas las opciones que había barajado en estos escasos segundos, esta es la que menos me esperaba.

Una Lorena acobardada, asustada, está plantada frente a la puerta de mi piso con las manos hechas una maraña de dedos que se mueven sin cesar y una pierna tras la otra, como si estuviese debatiéndose entre permanecer en el lugar o echarse a correr y llegar todo lo lejos que sus pulmones le permitan.

—Hola —la saludo con cortesía.

Ella alza la vista y de veras que no encuentro rastro alguno de esa mujer segura de sí con la que he compartido infinidad de cenas.

—Hola, Noel... —casi balbucea—. ¿Está...? ¿Nando está...? ¿Aquí? —consigue articular.

Siento unas terribles ganas de abrazarla y consolarla cuando ni siquiera sé por qué debería hacerlo.

—¿Quién es? —grita mi amigo desde el salón.

Eso debe de haber respondido a la pregunta de Lorena, porque solo suspira, como si se hubiese quitado un peso de encima. Uno enorme.

—Pasa —la invito.

Lo hace temerosa. Cuando cierro la puerta tras ella, se hace a un lado.

—Nando, tienes visita.

Mi amigo ni se lo imagina, porque bromea.

—Ah, ¿sí? ¿Ha venido Samuel para esposarme como hizo su hermana contigo?

Me reiría si no estuviese tan tenso... y si me hiciese gracia el asunto de las esposas, claro.

Se acerca hasta donde nos encontramos y sus pisadas frenan de pronto, como si se hubiese encontrado con un muro invisible que le prohibiese continuar caminando.

—Lorena...

—Nando... Yo... Necesito hablar contigo —le dice. Termina por soltarlo casi de forma atropellada, como si lo hubiese traído preparado.

Carraspeo, me adentro en el salón y ellos me siguen y continúan hablando. Cojo una chaqueta, mi cartera, el teléfono y las llaves con la intención de marcharme. Cuando paso al lado de mi amigo, me sujeta de la mano impidiéndome continuar.

—Os dejaré a solas —aclaro.

—No, esta es tu casa, no deberías irte. Lo que Lorena tenga que contar, lo puede hacer delante de ti. Eres mi amigo, no hay nada que no sepas.

Sé a lo que se refiere, sé que habla de la infidelidad, de Guzmán y de su intención de divorciarse.

Lorena parece cada vez más pequeña frente a mis ojos. Cruza una mirada conmigo, respira, asiente y comienza a hablar.

No me marcho; ahora bien, sí que les dejo un poco de espacio y entro en la cocina.

Las primeras frases se pierden en el vacío de la casa. Las segundas toman fuerza según el enfado de Nando se acrecienta.

Y entonces comienza la fiesta de los reproches por parte de mi amigo. Me siento tremendamente mal. De hecho, más que eso.

—No puedo creer que tengas el morro de haber venido a buscarme después de lo que me has hecho, Lorena.

Se le escapa un jadeo.

—¿Qué se supone que es eso que te he hecho? —Su tono sigue

siendo suave, inseguro y lleno de dudas. No me extraña.

—Sabes a lo que me refiero. Me has mentido. Me has mentido en mi puta cara, varias veces.

Intenta sonar firme; sin embargo, lo conozco lo suficientemente bien como para saber que es todo una máscara.

—Sí, lo he hecho.

Casi se me cae la taza de las manos, con todo el contenido de esta.

—No tienes nada más que hacer aquí, Lorena. Ya te has reído bastante de mí. Y se acabó. Esto —me lo imagino señalándose—, lo nuestro, lo que teníamos. Te lo has cargado, al completo.

Aprovecho ese momento para salir de mi piso sin que se den cuenta de que me he escabullido. No necesito estar presente; es más, no quiero estar presente.

Me dirijo al único sitio que se me ocurre.

José me saluda con la cabeza cuando entro. Tomo asiento en mi taburete de siempre, en la barra, y sobre la marcha coloca frente a mí una cerveza.

—Oye, Noel, quería pedirte disculpas —me suelta sin más.

Alzo la vista y aparto la mirada de la cerveza.

—¿Por qué deberías hacer eso? —inquiero.

—Porque fui yo el que le contó a Samuel lo tuyo con Becca.

Niego con la cabeza.

—No tiene importancia. Es decir, me habría gustado ser yo quien se lo contase o, quizá, que lo hubieses consultado conmigo antes de decírselo...

—Ya, no sé, pensé que lo sabía. Le he estado dando vueltas estos días al asunto, y no sé cómo no me di cuenta de que eras tú. Se nota, ¿sabes? En el fondo siempre se ha notado. Solo que tal vez no hemos sabido verlo.

Asiento, José me devuelve el gesto. Ya no le tengo tanta rabia.

—A esta invita la casa. —Señala la cerveza.

Permanezco un buen rato, apostado ahí, sin apenas beber, solo pensando en el motivo para que todo haya terminado como lo ha hecho, para que Becca no quiera saber de mí y el consejo que me ha dado Nando.

Nando... ¿estará bien?

Decidido a marcharme en su busca y justo antes de abandonar el

bar, me cruzo con mis amigos, ambos se dirigen hacia mí. Samuel y Nando. No sé siquiera cómo interpretar la expresión de este último.

—Noel —me saluda Samuel, una vez más, distante.

—Samuel —respondo exactamente igual—. ¿Y Lorena? —pregunto sin saber qué ha pasado.

Nando duda. Se tapa la cara con ambas manos, avergonzado. Cruzo una mirada con Samuel, que niega un par de veces. No sé si eso es bueno, malo o regular.

—Lorena está embarazada.

Capítulo 50

Entre estas tres paredes

Becca

Si vestirse de morcilla no era para nada favorecedor, hacerlo de beicon no te quiero ni contar.

Soy una fina loncha llena de grasa. ¡Que no hace gracia!

Vale, ya sé lo que me vais a preguntar o lo que se os está pasando por la cabeza. Podéis usar beicon con cualquier cosa que os venga en gana. ¿Unas judías verdes? Estupendo. ¿Un bocata? Mejor que sean dos. ¿Pollo envuelto en él? Yo también me apunto.

Ah, ¿no? ¿No era eso lo que queríais saber? Ya, claro. A mí es que no me apetece mucho hablar de Noel, la verdad. Porque, sí, ha sido una soberana mierda recibir llamadas y no contestar ninguna; que tocase a mi puerta, morirme de ansias por abrirla y no hacerlo, o esconderme cuando se acercaba a verme en este mismo lugar y pedirles a mis compañeros que me cubrieran.

Patética. Esa soy yo.

Junto a eso de que sé defenderme y soy peleona, debería rezar que también soy ridícula. A ver si eso le gusta tanto como lo otro. En fin.

Comienzo a quitarme la vestimenta con la intención de irme a casa. He quedado con Puri, Sonsoles, Paz y Alina para cenar en casa de la abuela de mi amiga. Ha prometido encerrar al perro infernal, por lo que disfrutaré de esta reunión como una niña pequeña con zapatos nuevos.

Odio a ese maldito perro casi tanto como él me odia a mí. Fin.

Cuando guardo todas mis cosas en la mochila y salgo a la calle, me encuentro un coche de policía justo en la acera de enfrente.

Mi corazón empieza a latir desbocado porque... ¿y si es él? La puerta del conductor se abre y todos mis miedos se hacen realidad.

Noel, con ese porte que tiene, esa cara que dan ganas de comérsela a besos y esa mirada que hace que me derrita sobre esta acera, me escudriña a fondo, sin perderme de vista, como si supiese que barajo como opción salir corriendo, pillar un vuelo a Katmandú y no regresar nunca más.

Maldito cuerpo que reacciona sin que yo le dé permiso.

—Buenas tardes. —Se toca la gorra cuando me saluda.

Así que es eso, vamos a fingir que no nos conocemos. Yo también sé jugar a ese juego.

—Buenas tardes, señor. —Uy, sexy... ha salido sexy de mi boca y se ha dado cuenta de ello porque ha intentado disimular su media sonrisa.

—Necesito que me acompañe —me pide. ¿Cómo? No, espera, ¿y cómo sabía que tenía turno esta tarde y que esta era mi hora de salida? Maldita Paz, seguro que ha sido ella porque es una jodida bocazas a la que quiero mucho y a la que temo a partes iguales—. Necesito hacerle unas preguntas, señorita.

Ufff, ¿es sano que ese «señorita» haya sonado como «ven que te voy a comer hasta los pulgares de los pies»?

—¿Por qué? No he hecho nada. —Muchas cosas; no obstante, todas buenas. He prometido que me portaría bien. Al menos, tras nuestro pequeño incidente, por supuesto.

—Eso lo decidiré yo, señorita —insiste.

Se me corta un poco el rollo porque, no sé, ¿y si de veras la he liado gorda con algo? ¿Las venganzas prescriben? Es para una amiga.

Mucho me temo que oponer resistencia a la autoridad es un delito y aquí, este poli de pacotilla, viene vestido como lo que es, así que casi mejor me callo y pido un abogado.

—Quiero un abogado.

Comienzo a descojonarme sola porque siempre he pensado que a los polis, cuando les piden un abogado, responden con un «el que tengo aquí colgado». Y, vaya, que me parto de la risa sola. Porque tengo un humor sencillo y fácil. ¡Qué le vamos a hacer!

La gente no me presta mucha atención cuando me subo al coche patrulla, creo que todos creían que tarde o temprano acabaría liándola tan parda que esto sucedería. Mi vida era la crónica de un encierro asegurado.

El trayecto es rápido y permanecemos en silencio. Yo me lo voy

imaginando desnudo durante todo el camino y puede que ese sea el motivo de que yo esté en esta posición... acusada... hablo de eso, no de otro tipo de posturas. Para mi desagrado, claro.

Llegamos a la comisaría. Noel me abre la puerta del vehículo, sujeto mi mochila y me bajo como si todo me importase tres pepinos. No lo hace, a nadie le gusta estar en este sitio salvo que seas el que multa o detiene, no sé si me explico.

Abre la puerta del edificio y coloca una mano en la parte baja de mi cintura. Diría, y llamadme quisquillosa, que lo hace más abajo de lo que es estrictamente profesional. Aun así, y como soy un poco masoca —añádase esto a los otros adjetivos, gracias—, no me quejo porque, justo donde posa su mano, mi piel hormiguea.

Me conduce por unos pasillos hasta que llegamos al temido lugar en el que siempre supe que acabaría. El jodido calabozo.

Me giro con toda la dignidad que tengo en el cuerpo.

—¿Qué coño significa esto?

Sonríe sardónico. Malditas mis bragas que se mojan. O maldita yo que las mojo.

—Un calabozo. Te sentirás como en casa —pronuncia.

Respiro hondo, porque asesinar en la comisaría sí que es cosa mala. Ese es un delito que no podría negar haber cometido.

Me abre la puerta de barrotes y entro.

Cuando cierra, me sujeto a estos con ambas manos y meto la cabeza, todo lo que puedo, entre dos de ellos. Barajo, entre las distintas opciones, lloriquear. ¿Qué? Eso siempre funciona.

Pero ya no siento pena, ahora solo cargo un mosqueo del quince.

—Quiero saber por qué estoy aquí. Y quiero saberlo ya —exijo.

«Y no me vaciles porque te haré una visita con Hannibal Lecter.» Esto, claro, no lo digo, porque es amenazar a la autoridad. Y eso también es cosa mala.

—Por supuesto que lo sabrás.

Se marcha dejándome a solas entre... estas tres paredes. Al menos no hay ningún asesino en serie aquí con el que compartir celda. Porque ya solo me faltaría eso, tener que mantenerme alejada de alguien que acojona cantidad.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que vuelvo a oír pasos. Noel se para frente a los barrotes y por entre dos de ellos cuela una botella de agua.

Si espera a que la coja, lo lleva claro.

—Ya sabes por dónde te la puedes meter. —Señalo la botella.

—Sí, me hago una idea, pequeña delincuente.

Abre la puerta de rejas y se cuela dentro de este espacio. Ya es de por sí pequeño, solo que, con él, se vuelve mucho más asfixiante. Porque me muero de ganas por lanzarme a sus brazos. Aprieto mis manos contra la madera del banco en el que me he sentado para no hacerlo.

—¿Vas a explicarme ya el motivo por el que estoy aquí?

—Claro. Solo que, antes, tendrás que explicarme tú el motivo por el que me dejaste esposado al cabecero de mi cama, sin olvidarnos de que me dejaste desnudo —ufff, qué buenísimo estaba, por favor—, la causa por la que no contestas a mis llamadas y tampoco me abres la puerta de tu casa. No entiendo el porqué de tu enfado.

Así que se trata de eso...

—¿Me has encerrado para poder hablar conmigo?

Se aproxima. Está tan cerca que me duele.

—A grandes males, grandes remedios.

Así que sí que tenía que hacerme preguntas, solo que eran de índole personal.

—Sabes que no puedes retenerme contra mi voluntad por algo así, ¿verdad?

Alza los hombros, se la suda todo. A mí, no, joder.

—Allanaste la granja de mi abuelo sin su consentimiento para recoger una mierda que luego le enviaste a un vecino. Pusiste pegamento en las cerraduras de la casa y el coche de una ciudadana y escapaste de allí, proceso durante el cual golpeaste no una, sino dos veces, un coche de policía en esa lamentable —lo recalca, el maldito— huida... —enumera todas y cada una de mis más recientes fechorías.

—Vale, vale, lo he pillado. —Soy culpable de todos esos hechos y de más que no ha mencionado, como dejarlo esposado y esas cosas.

—Pues soy todo oídos —finaliza.

Se aleja y se apoya en la pared de enfrente. Una de sus piernas se flexiona y tira de sus pantalones, que se ciñen mucho más a partes que no debería estar observando por mi salud mental. Y aguarda.

Me incorporo y me enfrento a esto. A lo que sea.

—Te oí, ¿vale? Oí cómo le contabas a mi hermano que yo era un pasatiempo para ti —«¿Quieres que te diga que Becca es solo un rollo

para mí? ¿Un pasatiempo? ¿Que paso de tu hermana y que solo la quiero para un revolcón? ¿Eso es lo que quieres oírme decir y así te quedarás tranquilo?»—. Un rollo, algo pasajero. Lo oí todo y no puedes negarlo.

La boca de Noel se abre desmesuradamente. Frunce el ceño, cierra los ojos; las aletas de su nariz se abren que te cagas, por ahí cabría un puño entero, y entonces me mira y, sí, me derrito. Supongo que tendré que acostumbrarme a que esto me pase siempre porque sigo loca por él.

—¿Y qué más oíste? —tantea. Abro la boca, la cierro, la vuelvo a abrir y no soy capaz de pronunciar ni una sola palabra—. ¿Qué más oíste? —insiste.

—¿No te parece suficiente?

Exhala y se acerca hasta mí. Se queda parado justo enfrente y a mí me entra el tembleque.

—No, la verdad es que no me parece suficiente porque, si te hubieses quedado, si hubieses entrado y hubieses estado presente en toda la conversación, te habrías dado cuenta de cómo le confesaba a tu hermano que no eras ninguna de esas cosas porque todo eso es completamente incompatible con lo mucho que te quiero. —*Bum, bum, bum.* Ese es mi puto corazón, que amenaza por escaparse de mi cuerpo y darse de cabezazos contra la primera pared que pille—. Porque siempre has sido tú y solo tú. Sin dudas y sin reservas, sin medias tintas. Porque yo siempre siempre he sido tuyo, solo que he tardado más de lo debido en darme cuenta.

Espera, espera, espera. Recapitulemos, ¿qué?

Observo las tres paredes, esas en las que mi corazón quiere darse de hostias a ver si es que hay una cámara oculta o algo por el estilo y, no, no veo nada raro.

—Yo... Esto...

Ridícula. Esa soy yo. Una pequeña y ridícula delincuente de poca monta.

—Esto —me señala y toca mi pecho— es la mujer de la que estoy locamente enamorado —suspira.

Me muero por lanzarme a sus brazos. No lo hago por miedo a que se aparte y me rompa los piños contra el suelo.

—Pero yo oí...

—Solo una parte, solo una, y malinterpretaste las cosas. Si

hubieses hablado conmigo, si hubieras querido escucharme en vez de esposarme a un cabecero y largarte dejándome allí —oh, sí, ahora bien, te dejé desnudo para satisfacción de mis sentidos, sobre todo, el de la vista, claro—, tal vez las cosas habrían sido de otra manera y nos hubiésemos evitado todo esto. —Nos señala. Doy un paso hacia atrás.

Tiene razón.

—Lo siento.

Se inclina hacia mí, cierro los ojos. ¿Me va a besar?

—Por supuesto que lo sientes —susurra en mi oído.

Da un par de pasos en dirección a la puerta y, cuando me doy cuenta de lo que pretende, me ofusco.

—¿Piensas dejarme aquí?

¡Que le he pedido disculpas, joder!

Se gira, ahora mismo no me parece tan guapo. Es mentira, vale, sí que me lo parece.

—Por supuesto, tienes mucho en lo que pensar.

Oigo cómo se ríe alejándose mientras grito, enfadada:

—¡Quiero un abogado!

Y lo único que me llega es algo de «aquí colgado»... Podemos intuir lo que es.

Capítulo 51

A Dios pongo por testigo

Becca

No hay nada más bochornoso que tu hermano sacándote del calabozo... o sí, si te sacase del calabozo desnuda. Para vuestra tranquilidad, no es el caso, Noel no lo ha hecho, aunque, tras todo lo sucedido, estoy convencida de que me lo merecía.

Porque he dado por sentadas cosas que no eran tales. Porque me he equivocado, he desconfiado y soy una auténtica estúpida. Ya está, no hay forma de justificar esto.

Recojo mis cosas y veo que no hay rastro de Noel por la comisaría. No sé si es porque ha terminado el turno o de verdad no quiere saber nada de mí. Y me lo he ganado a pulso.

—¿Qué has hecho esta vez, Becca? —me pregunta Sam con cara de pocos amigos cuando subimos a su coche.

—Podría jurarte que en esta ocasión no la he liado, solo que sí lo he hecho.

—¿Has asesinado a alguien?

—No.

—Me quedo más tranquilo. Creo que Paz es una mala influencia para ti. —Sí, recuerda a Hannibal, ¿quién no lo hace?—. O no, tú eres una mala influencia para ella.

Le doy un golpe en el hombro y mi hermano pega un volantazo.

—Mierda, lo siento por eso también.

—Te estaba tomando el pelo. —Me guiña un ojo y ya está, se lo perdono todo.

Llegamos a casa y subimos las escaleras.

—Espera un momento —le pido a Samuel.

Toco el timbre de la puerta de Sonsoles y es ella la que abre. Echo un vistazo dentro sin pasar y las veo a todas riendo y cenando.

—¿Dónde has estado? —me pregunta—. Te hemos estado esperando.

—Estaba en la cárcel. —Bueno, casi; esas tres paredes y esos barrotes daban fe de ello.

Puri se abre paso y se sitúa al lado de Sonsoles.

—Sabía que tarde o temprano eso sucedería. Es tu destino. —Y no parece que bromee, la verdad.

—¿Quieres pasar? —me pregunta Sonsoles. No sé si nos lo pregunta a ambos, porque mi hermano sigue situado tras de mí.

Lo señalo.

—Este grandullón y yo tenemos cosas que hacer.

Fufi, el maldito, se pone al lado de su dueña y me enseña los dientes. Vosotras no lo sabéis, pero está diciéndome sin palabras que al final no lo han encerrado y, a mí, sí. Se ha anotado un tanto perruno, que lo sé yo.

—Pasaos luego si queréis —nos invita.

Asiento, aunque no tengo del todo claro que eso vaya a suceder, dependerá de mi estado de ánimo.

Antes de que cierre la puerta, seguimos subiendo y llegamos a nuestra planta. Mi hermano abre la puerta de su piso y yo ni siquiera me molesto en intentar huir hacia el mío. Tenemos un asunto pendiente y es hora de enfrentarse a él.

—¿Quieres tomar algo? —me pregunta cuando he soltado todas mis cosas.

Vaya, en su casa sí que deja las llaves en el puñetero cestito de las narices. Entiende mi mirada y solo sonríe condescendiente. Tengo ganas de darle un puñetazo en la barriga.

No lo hago, ya me he metido en suficientes líos por hoy... o por un año entero...

—No, gracias. —Lo suelto con retintín.

Entramos al salón, se mete en la cocina y cuando sale trae dos cervezas y me tiende una. Samuel tiene que trabajar eso de aceptar un no por respuesta; al menos, uno que venga de alguien de su misma sangre, porque a Alina la respeta que te cagas.

—Estoy enamorada de Noel.

Venga, un aplauso por aquí, lo he soltado sin más porque ya estoy hasta las narices de dar rodeos y es mi hermano.

Ahora es el momento de que me suelte un discurso de hermano

mayor, de esos que tanto le gustan, y que me diga que no puede ser, que es su amigo, que qué pasará si me rompe el corazón, que tendrá que matarlo y acabará él en el talego.

—Siempre lo he sabido —zanja—, solo que me he negado a aceptarlo. De la misma forma en la que siempre he tenido claro que era un amor correspondido. Pero... joder. —Se lleva una mano al pelo y lo revuelve; cuando me mira, vuelve a tener la cara roja—. Es Noel, es mi mejor amigo.

¿Perdona? ¿Siempre lo ha sabido? ¿Correspondido? Eh, ¿hola? ¿Qué me he perdido?

—Siempre hemos sido nosotros, Samuel. Cuando papá y mamá murieron —mi hermano desvía la vista y traga con fuerza—, estuviste ahí, te encargaste de que pudiese ser feliz, te sacrificaste por mí sin dudar, hiciste lo imposible porque no los echase de menos, te convertiste en todo lo que tengo y te estoy inmensamente agradecida.

—No digas tonterías, Becca, eres mi hermana. No hice nada porque tuviese que hacerlo, lo hice porque te tengo aquí —se señala el corazón—, porque te quiero.

Dejo la cerveza a un lado sin haberla probado y me arrodillo frente a él. Apoyo mi cabeza en sus rodillas y lo abrazo de esa manera especial, como hacía cuando era pequeña. Él entierra sus dedos en mi pelo y lo acaricia con suavidad. Muchas noches me quedaba dormida así, con él a mi lado; su presencia y sus caricias eran lo único que me reconfortaba.

—¿Y quién te consolaba a ti? —lo suelto sin pensar por el hilo que han tomado mis pensamientos. Alzo la vista—. Te convertiste en padre, madre, abuelo y hermano. Te convertiste en mi mundo al completo, Samuel. Y nunca, jamás, vas a dejar de serlo. Porque eres la mejor persona que he conocido, el mejor hermano que se puede tener, solo que...

—¿Solo que...?

—Que tienes que controlar ese mal genio que te gastas y lanzarte a por mi amiga —bromeo.

¿Qué? No podéis pedirme que esté todo el rato hablando en serio, porque entonces no sería yo.

Me empuja y caigo de culo.

—Eres peor que un grano en el culo.

—Depende de en qué culo, no me importaría —sigo bromeando

—. Si fuera el culo de Nick Bateman, te digo ya que me encantaría ser su grano... con pus y todo.

—Qué cerda eres.

—Sí, la reina de las cacas, me llaman.

Él se carcajea.

—Tengo que reconocer que esa ha sido la peor y mejor venganza que has llevado a cabo nunca.

Asiento, no del todo convencida.

—Perdona por meterme en toda clase de líos.

—Bah, ¿qué más da? Has hecho que sea todo mucho más divertido. Ahora bien, lo del calabozo...

—Eso es cosa de tu amigo.

—Era la única forma que tenía de hablar contigo, porque no le hacías maldito caso —me explica.

Espera, espera, espera.

—¿Lo sabías? ¿Lo sabías todo? —Me señalo.

—Puede. —A mí con esas respuestas ambiguas no, ¿eh?

Espera, espera, espera.

—¿Eso quiere decir que no te importa que Noel y yo...? —¿Chusquemos, nos atemos a la cama y hagamos bebés de forma descontrolada?

—Puede —responde.

—Explícate —le pido, y entonces sí que tiro de la cerveza; de pronto tengo la boca seca.

—Noel se enteró de mis sentimientos por Alina, ¿y sabes qué me dijo al respecto?

Niego con la cabeza.

—Recuerda que hace varios días que huyo y esas cosas —contesto por fin.

—Se enteró de que estoy loco por Alina y me comentó que creía que no había nadie mejor para estar con su hermana que yo. —Sonrío, sí, es tan Noel. ¿Os he contado ya que estoy loca por él? Un par de veces solo, dejadme fardar un poco más, porfa—. Y eso me hizo pensar en vosotros y en que Noel es un buen tío. Un muy buen tío —puntualiza—, y yo debería alegrarme de que él te haya elegido a ti y de que tú lo hayas elegido a él porque sé que va a cuidar de ti.

Ainsss, suspiro, mucho y muy fuerte, y Samuel se percata de ello porque sus ojitos brillan de pura satisfacción. ¿O son los míos los que

lo hacen? El orden de los factores no altera el producto.

—Eres el mejor hermano del mundo —verbalizo. Y espero que sepa leer en mis palabras toda la gratitud que siento por él; el cariño, el amor y la felicidad que me aporta cada día—. Te quiero a pesar de que seas un controlador nato.

Me empuja de nuevo y caigo en el sofá.

—Serás el padrino de mi primer hijo.

—No quiero pensar en eso. He cedido un poco, no te pases.

Le hago una peineta y me la devuelve.

El timbre de la puerta suena en ese momento y voy decidida a abrir todavía riendo. Alina está al otro lado y yo tiro de ella con fuerza y la abrazo.

—Pensaba ir a verte luego y ponerte al día de todo. Joder, no sabes la cantidad de novedades que...

—He venido a ver a tu hermano —me corta.

¿Qué? O sea, ¿qué?

—A mi hermano.

—¿Becca? —pregunta el susodicho.

—Creo que tienes visita —apunto.

Samuel asoma la cabeza y me hago a un lado cuando Alina entra y se miran.

Él no aparta los ojos de ella. Es que no se puede estar más coladito, salvo que estuviese Noel aquí y entonces podríamos competir sobre qué pareja está más pillada y esas cosas.

Alina carraspea y me mira.

—Sonrío como una lela, ¿verdad? —planteo.

—Sobras —zanja mi hermano.

—¿Yo? —me giro ofendida.

Alina se carcajea. Ya se ha cambiado de bando. Esto no es justo.

Cojo mi bolso y me dirijo a la puerta.

—Me marcho antes de que me echen.

—Yo diría que ya te ha echado. —Y mi amiga señala a mi hermano.

—A Dios pongo por testigo de que me vengaré.

Me cierran la puerta en las narices. Literal. Si es que...

Cuando me giro para ir a mi piso, me encuentro al chico que hace que todo mi mundo se tambalee ahí, frente a mí.

—Hola, pequeña delincuente, ¿me has echado de menos?

Acelero el paso y me lanzo a sus brazos sin dudar.
—Sí, joder, sí.

Capítulo 52

Algo, alguien, tú y esas cosas que pasan

Becca

—Eyyyy, José, otra ronda de cervecitas por aquí, que tenemos mucho que celebrar —grito desde la barra—. Creo que estoy un poco perjudicada, poli de pacotilla. Puede que luego me deje esposar sin poner reparo alguno.

Mi hermano carraspea a mi derecha.

—Por favor, ¿sabéis que os estoy oyendo? —inquiere.

Joder, es que esto de estar un pelín contentilla de más hace que mi lengua, ya de por sí suelta, vaya a su puñetera bola.

—Yo sabré hacerte callar —me susurra Noel al oído.

Nada, que con este chico es imposible mantener las bragas en su estado normal... salvo que su estado normal sea estar mojadas; entonces está todo perfecto y no hay problema alguno.

Nos hemos reunido aquí porque tenemos muchas cosas que celebrar, como ya he dicho. Por ejemplo, la vida, ¿no?

Aunque seré mucho más específica —borracha, pero buena muchacha—. Nos hemos reunido aquí para celebrar el amor y el resultado de este, porque Nando va a ser padre. Sí, vamos, lo que habéis leído.

La otra noche, tras esa reconciliación más que merecida en la que cabalgué a mi poli como una auténtica amazona, nos tomamos tiempo para hablar de todo lo que había pasado.

Le conté lo que había descubierto de Puri, que mis sospechas no eran para nada infundadas y lo sola que se sentía. Él me explicó con detalle la conversación con mi hermano, los días que sucedieron a la misma y lo estúpidos que fuimos por no poner las cartas sobre la mesa y jugar al gato y al ratón cuando todo hubiese sido mucho más

sencillo si solo hubiese hablado con él. En fin, que en la vida no todos los problemas se resuelven con tanta facilidad; ojalá, pero no es de esa manera ni por asomo.

La cosa es que Nando ha sido tan sumamente estúpido como lo he sido yo. Quizá más, porque yo malinterpreté unas frases que oí. Él, por el contrario, vio a Lorena abrazada a su compañero de trabajo —gay, por cierto—, y supuso que lo estaba engañando.

Nuestros miedos y nuestras inseguridades, en ocasiones, nos joden la vida.

Así que se supone que estamos aquí reunidos, sin que Lorena lo sepa, para darle una sorpresa y porque Nando quiere pedirle disculpas de forma pública.

—La que has liado, Guzmán. —Me carcajeo.

—¿Sabes si el camarero está disponible? —Abro mucho los ojos, ¿habla de José?

—Ese, sí —lo señala—. Es tan guapo que duele mirarlo.

—Diría que sí. —Lo de que es hetero ya mejor que lo descubra él, porque, en cuestión de gustos sexuales, ni entro ni salgo, ni la manta es mía. Ya me entendéis.

Nando se acerca hasta nosotros visiblemente nervioso. Normal, si yo hubiese metido tanto la pata, también lo estaría.

—Becca, tú y yo deberíamos trabajar eso de la comunicación, ¿no crees?

Me giro, lo observo y le sonrío. Noel me abraza por la espalda y me aprieta contra su pecho.

—Siempre puedes encerrarla en el calabozo si no te escucha esta noche. Puedes alegar desacato a la autoridad.

—¿Lo dices por la hostia que me dio? —Se la merecía, por supuesto.

—Claro.

Al par de minutos, la puerta del local se abre y entran Paz y Jesús.

—Sigo pensando que esos nombres, para las maldades que traman, no están bien elegidos —bromeo.

Noel me pellizca la nalga y mi hermano le aparta la mano de la zona.

—Es mi hermana. —Me señala—. Y ese es su culo.

Si él supiese la de cosas que hemos hecho con este culo. Digo...

chist.

Mi amiga se acerca a nosotros con el gesto contrito.

—¿De verdad estás nerviosa? ¿Tú? Por favor, si eres la dueña de un bate de béisbol.

—Y, si te metes conmigo, ese mismo bate te visitará esta noche y te dará un toquecito en la nuca —me amenaza.

—Vale, pero al menos espera a que acabe con lo que el poli tiene en mente hacerme, tengo las expectativas muy altas. —Y coloco la mano tan arriba como mi cuerpo me lo permite.

—Así no se puede matar, ¿vale? Es imposible, para eso no se pide cita —rezonga ofuscada.

—*Piri isi ni si pidi citi* —la remedo. Me gano un empujón. Me lo tengo merecido.

—Jesús —lo saluda Noel cuadrándose.

—Es capitán —sentencia Paz con socarronería, por eso de que es su jefe y tal.

Jesús sonríe y le sujeta la mano a mi amiga. Entrelazan los dedos, me pongo tontorrona.

—En realidad, es «inspector».

Abro las manos y la boca. Es que... hasta él la corrige. La pobre Paz no da una, eso sí... la queremos igual; de veras, la queremos igual.

La siguiente en entrar en el bar es Alina, que trae a Lorena con ella. Mi amiga ha sido la encargada de conseguir esta proeza porque estaba claro que, de las tres, era la más convincente. A mí se me habría notado forzada y Paz sugirió que Nando se merecía uno de sus famosos golpecitos, con lo cual quedó automáticamente descartada.

En serio que no entiendo cómo he acabado yo en la comisaría cuando sus índices de asesina rebosan por todos lados. La vida no es justa, de verdad que no lo es.

—Me estoy tirando a un inspector. —Me da un par de codazos. Enredo mis manos en sus brazos y permanecemos expectantes.

—Allá voy —añade Nando.

—Todo va a salir bien —lo calma mi hermano.

Nos colocamos formando una fila de lo más extraña, todos expectantes, entendiendo que esta historia también debe tener un final feliz porque no puede ser de otra manera.

¿Que Nando se ha equivocado? Por supuesto que lo ha hecho, solo que... el que esté libre de pecado, que tire la primera piedra,

¿vale? Porque todos, absolutamente todos, la cagamos alguna vez y merecemos otra oportunidad.

Menos Putéctor, ese no tiene perdón de Dios.

—Lorena —esta retrocede unos pasos cuando se percata de que esto ha sido una especie de encerrona. Amenaza a Guzmán con un dedo, que le lanza un beso—. Yo... —No me jodas, Nando, que no puedes dudar en este momento—. Lo siento muchísimo, siento haber dudado de ti, de lo nuestro. Siento haber metido la pata hasta el fondo y no haber creído en lo que hemos construido juntos. Sé que me mentiste por miedo, pero... Joder, mírame, Lorena, ¿cómo pudiste pensar que iba a tomarme a mal tu embarazo si eres lo mejor que tengo en esta vida? ¿No te das cuenta de que ese bebé es el resultado de algo grande? Tan grande como nuestro amor.

Vale, empiezo a querer un bebé, el primero de todos los que vamos a tener, y también quiero enfadarme con Noel para que luego haga semejante declaración y llorar como hace Lorena frente a todos nosotros sin importarle lo que digan o piensen.

Me acerco, empujo a Nando en dirección a su mujer.

Tropieza y se queda frente a ella. Coloca sus manos sobre su barriguita y ella se lanza a sus brazos.

Se oyen aplausos, vítores y muchos «ohhhh»; uno mío, claro, porque estoy emocionada también con la escena.

La llena de besos y abrazos y seguimos festejándolo; ahora que todo ha salido bien, lo hacemos con ganas.

Mi hermano se encuentra un par de pasos más allá contemplando cómo Alina baila con Paz y me acerco hasta él.

—¿Y bien? —le pregunto.

Sigue siendo igual de reservado, él es así. No ha querido soltar prenda sobre la visita de Alina del otro día. Y yo me muero de ganas por saber más. Lo digo por si había dudas y eso.

—Y bien, ¿qué? —Siempre tan críptico como es él.

—¿No piensas pedirle una cita? Por favor, si te la estás comiendo con los ojos. Si ella fuese un aguacate, te habrías comido hasta el hueso. —Sí, esta semana he patrocinado aguacates. ¿Queréis? Están de oferta, me los quitan de las manos.

La comisión, necesito la comisión.

—¿Qué te hace pensar que no le he pedido una cita?

¿Qué?

—No juegues con mi corazoncito, ¿eh?, que quiero a esa chica como cuñada. Advertido estás.

Noel se acerca y me abraza. Me dejo, por supuesto. Mi hermano me empuja con suavidad hacia Noel y luego se acerca a mi amiga.

Le tiende el brazo y ella lo sujeta sin dudar.

—¿Has visto qué bonita pareja hacen? —Soy como una de esas madres orgullosas de sus polluelos. Solo que mi hermano, de polluelo, tiene poco y yo, de madre, por el momento, nada de nada.

—Nosotros molamos más —sentencia Noel.

Me doy la vuelta y recorro sus facciones con mis dedos.

—¿Podemos irnos ya?

—¿Tienes prisa, pequeña delincuente?

—Hay una venganza que he decidido cometer, la última —prometo.

—Eso dijiste la última vez.

—Siempre digo que será la última. Lo complicado es cumplirlo. Además, ¿dónde está la gracia si dejo de hacerlas? No podrás pillarme, desnudarme, esposarme y... —Dejo la frase en el aire.

—¿Y? —pregunta con la respiración acelerada.

Sigue maravillándome el efecto que provoco en él.

—Ya lo verás luego. No puedo contarte todos mis trucos, porque entonces sabrías tú más que yo.

Me dirijo hacia la salida y, cuando llego a la puerta, saco de mi bolso unas esposas y las muevo frente a sus ojos con picardía.

Noel me sonríe socarrón y camina hacia mí con una resolución que me pone cantidad.

—No prometo llegar a casa —murmura.

—Nunca he dicho que quisiera llegar.

Escándalo público, ese será mi siguiente delito.

Epílogo

Becca

—No me puedo creer que estemos haciendo esto.

Sí que me lo creo, vaya, solo que, arrastrar a Noel tras un arbusto para observar a mi hermano y a su hermana dándose el lote, pues eso, que seguro que está mal, aunque... por favor, ¿sabéis el tiempo que llevo esperando a que esto suceda? ¿No? Pues mucho. Muchísimo. Años. Lustros. Siglos.

Ya paro, que se me va de las manos.

—Por favor, nos ha costado más que a la *Paca* parir.

La *Paca* es una de las vacas de Pancho. Somos como íntimas amigas, pues con su mierda empezó esta historia. Resulta que ella fue la dueña del truño que le hice llegar de manera urgente a Héctor y, bueno, pues hasta aquí ha llegado nuestra unión.

—¿Qué hacéis? —Paz nos empuja y caigo hacia delante, lo que implica que mi escondite se ha ido al traste y que mi hermano y Alina se han dado cuenta de lo que estábamos haciendo.

Comienzo a silbar y a hacer ver que busco algo en el suelo de la granja. Pancho ha preparado una especie de desayuno-almuerzo-cena —porque es para flipar la cantidad de comida que hay— y nos hemos reunido todos, y cuando digo «todos», hablo de que Puri se ha traído a *Dinamita* y que *Fufi* ha hecho buenas migas con algún cerdo.

Podría hacer algún comentario mordaz al respecto, solo que prefiero guardármelo porque parece que hoy no me ha hecho mucho caso y lo agradezco.

—¿Estabais espiándonos? —Samuel se acerca a grandes zancadas. Decir que está enfadado es quedarse corto. En esta ocasión se le ha puesto rojo hasta el cuello, haceos a la idea del alcance del cabreo.

—No entiendo cómo puedes llegar a esa conclusión. Solo nos hemos reunido aquí porque... porque... —balbucear cuando tienes que

sonar convincente no es nada halagüeño—... porque Paz quería contarme que está embarazada.

—¡¿Qué?! —grita Alina—. ¿Estás embarazada? —insiste la susodicha.

—Joder, es que Jesús no para. Ese hombre quiere tener una familia numerosa. Todo el día pensando en procrear. Quiere aumentar la tasa de natalidad, ya sabes, creo que tiene tatuado lo de «Todo por la patria» en el pecho —les explico.

Una trola como una casa, claro, solo que ellos no lo saben.

—¿Voy a ser tía? —insiste Alina.

Paz baja la cabeza y, bueno, a ver, me sigue el juego que te cagas. Lo suyo no es la hostelería, os prometo que lo suyo son las artes escénicas, ¿se llama así? Bueno, ya me habéis entendido y eso.

—Parece que sí, que vais a ser tías —admite.

Me acerco hasta ella y la abrazo, porque, bueno, ya que me he metido en este jaleo yo sola, tengo que fingir que estoy emocionada con la mentira y tal.

Alina se acerca y la abraza también.

—¿Has visto, poli? Van a tener un bebé antes que nosotros. Llegamos tarde.

—Ni se te ocurra —lo señala mi hermano. Y leo entre líneas la amenaza de muerte.

—Tú, callado, que hasta hace nada te estabas dando el lote con mi amiga y te digo ya que, si se dejase meter algo, le meterías de todo menos fuego.

—No se dice así, es «le meterías de todo menos miedo» —apunta Paz.

Ponemos todos los ojos en blanco; manda huevos que me corrija ella a mí, que tiene un máster en cambiar frases hechas o inventarse palabras.

—¿Y Jesús? ¿Lo sabe?

—Eso, eso, ¿lo sabe?

—No, no se lo he contado aún, así que espero que me guardéis el secreto porque... quiero ser yo la que se lo diga. A Puri ni una sola palabra —nos pide.

—¿Ni una sola palabra de qué, muchacha del demonio? —Upsss, la ha pillado. Esto es cosa mala. Eres una mujer acabada y tu secreto ficticio mañana estará en todos lados.

—De nada —sentencia Paz.

Yo ni siquiera la miro porque tengo claro que Puri tiene el superpoder de leer las mentes y la mía la conoce al dedillo.

—Paz está embarazada. —Mi hermano lo larga y yo abro la boca y frunzo el ceño con desaprobación—. ¿Qué? A ver si mi secreto es el único que va a estar en boca de todos —se defiende.

—Vuelvo en un momentito —suelta Puri. Y ya sabemos a dónde se dirige.

Puri se larga seguida de *Dinamita* y de mi amiga, que le suplica que no cuente nada.

Mi hermano y Alina también se van, solo que ellos mucho me temo que quieren seguir con sus besitos y con sus cositas de hacer bebecitos y todo eso que ya sabemos que se mueren por hacer.

Noel y yo nos quedamos a solas.

—¿Crees que Paz está embarazada? —me pregunta—. Porque no ha parecido ofendida con la excusa que has puesto.

—Imposible, Paz no quiere tener hijos. —¿Verdad? Quiero decir, es imposible, ¿verdad?

—Sea como fuere, nos enteraremos, ¿no?

Asiento con la cabeza.

—Ahora bien, poli de pacotilla, si mi amiga, esa que no quiere hijos —y señalo en su dirección—, tiene un bebé antes que yo, te prometo que me voy a mosquear y ya sabes lo que pasa cuando me enfado mucho, que se me cruzan los cables y comienzo a tramar maldades y la cosa se pone roja, o negra, y *boooommmm*, todo explota por los aires.

Noel se carcajea. Por favor, si es que no puede ser más guapo, ¿y sabéis qué?, que es todo mío.

Tira de mi mano y choco contra su pecho. Todos esos pensamientos se esfuman cuando oigo el latido de su corazón; va tan acelerado como el mío y, qué queréis que os diga, me hace sentir tremendamente feliz. Tanto que estoy pensando en dejar de portarme mal, salvo que tenga consecuencias y todas ellas sean calenturientas y guarronas.

—¿Y sabes lo que hay que hacer para tener bebés?

Oh, sí, nene.

—No, se me ha olvidado. Es que mi cabeza no tiene espacio para tantas travesuras, por lo que voy eliminando información relevante y,

bueno, una cosa lleva a la otra y... se esfuma.

Su mano sujeta la mía y tira de mi cuerpo. Comienzo a caminar dando pequeños botes. Vuelvo a parecer ridícula, solo que, en este momento y con la cantidad de cosas que imagino que pueden suceder, no me importa lo más mínimo.

Noel abre la puerta de un granero y la cierra tras nosotros.

Parece una especie de cuarto de aperos. Me vale. Con él, me vale cualquier cosa.

Me empuja contra una pequeña mesa, me da la vuelta, sitúa mis manos a ambos lados y abre mis piernas con su rodilla.

Bendito el instante en el que he decidido esta mañana ponerme una falda. Será mi prenda favorita por toda la eternidad.

—No te preocupes, pequeña delincuente, voy a hacer que recuerdes.

Oigo la cremallera, sus pantalones se arremolinan alrededor de sus tobillos y, cuando rueda mis bragas a un lado, soy mujer muerta.

—Ah, ¿sí? —lo provoco.

Comienza a presionar mi entrada. Me tiene donde quiere.

—Esto, tú, yo... —Su voz empieza a perder fuerza conforme entra en mí.

Giro la cabeza, presiono mi cuerpo contra el suyo y le sonrío con amor. Ni en mis mejores sueños imaginé que lo que sentía por Noel pudiese ser correspondido.

Se mueve en mi interior y jadeo.

Ni venganzas, ni sueños, ni retos, ni metas. Esto va mucho más allá de todo eso, de lo que fuimos, de lo que somos y de lo que seremos.

—Algo, alguien, yo y esas cosas que pasan —confieso.

—Algo, alguien, tú y esas cosas que pasan —declara.

Nada más que añadir.

Agradecimientos

Si me conocéis, sabéis que los agradecimientos son una de las partes a las que me enfrento con más miedo. Puede que sea por el temor a dejarme a alguien atrás de manera inconsciente o porque tienes tantas personas a las que darles las gracias, que te faltan palabras para ello.

Así que, en esta ocasión, voy a hacerlo en forma de historia.

Hubo una vez una chica que tuvo un sueño. Un sueño lleno de letras, de palabras que, unidas, formaban una historia, y que no sabía si llegaría a cumplirse. Y esa misma chica, rodeada de familia y amigos, dejó el miedo a un lado y se lanzó al vacío, impulsada por todos los que le dieron alas para hacerlo.

En primer lugar, Roberto, mi pareja. Él ha sido el que me ha permitido dejar todos los miedos a un lado y me ha apoyado cuando las piernas me temblaban sin saber si tomaba la decisión acertada. Si me equivocaba, ya tendría tiempo de volver atrás. Pero no lo hice, ni siquiera para coger impulso. Seguí adelante y luché, luchamos, para que todo saliese bien.

Mi pequeño Pablo, ese preadolescente que cada día va creciendo y a mí me hace sentir más mayor, que me saca carcajadas sin ton ni son y que me pregunta cuántas palabras he escrito en una jornada. Puede que no sepa lo que significa para mí que él se preocupe, que tenga inquietudes y que me recuerde que no todo el mundo alcanza sus sueños. Espero que él sí consiga todos los suyos; ya me encargaré personalmente de que nunca nadie le corte las alas.

Cuando tengo miedos, dudas, inseguridades o el maldito síndrome del impostor viene de visita, es Bea, mi Bea, la que me escucha. Nunca nos hemos visto personalmente, pero puedo afirmar que es mi amiga, mi hermana en la distancia y una lectora cero increíble. Que sepas que es una suerte haberte encontrado.

A veces comento que el mundo de las letras es solitario, porque nos pasamos muchas horas al día escribiendo, metidas en nuestro

universo interior y sin saber con quién comentar lo que una siente cuando ese primer beso se produce en una escena, o cuando unos personajes «se ven» (se ven de esa forma tan bonita en la que sabes que están perdidos) y yo... Soy más que afortunada. Tengo una suerte increíble porque hay alguien que, día a día, me escucha, me manda audios, me escribe, me llama o contacta conmigo por videollamada, virtualmente, y es una sensación increíble. Hay personas que te reconfortan el alma y Tamara es una de ellas. Amiga, sabes que estoy orgullosa de ti, que te quiero muchísimo, aunque no te lo diga, y que «lejos pero cerca es nuestro lema». ¡Qué suerte que tengo, joder!

Dicen que los amigos son la familia que se elige, ¿no? Yo llevo esa afirmación por bandera. Hace unos años, un grupo de escritoras se unieron con la intención de darse visibilidad. Ese grupo empezó a dividirse en subgrupos y, al final, hasta esos mismos subgrupos se convirtieron en cosa de dos (o de tres). Raquel y yo formamos nuestra propia pareja, inamovibles; de las que están ahí cada día, de las que se cuentan todo y no solo de libros, de las que lloran juntas cuando nos duele algo. Esa es la verdadera amistad, ¿no es cierto? Sí, sí, ya os digo yo que sí.

Y para risas y más risas, para contarle tramas y que te aporte escenas locas que ni a ti misma se te habían pasado por la cabeza o cuando te quedas sin *stickers* novedosos, sabes a quién acudir. Miri, la reina de los gatos, la que le puso nombre a *Dinamita*, la que hace unas fundas para libros preciosas y sonríe hasta con los ojos. Eres una gran amiga, una gran persona y una gran lectora cero. Sigue desprendiendo luz allá por donde pases.

Cuando comencé a escribir, tampoco sabía que existía la posibilidad de que lectoras se convirtiesen en amigas. No sé si os pasa, que antes los escritores estaban lejanos, eran un poco inalcanzables, igual que Angelo Carlucci, y si te gustaba una novela, no había forma de hacerle llegar comentarios a la persona que la había escrito. Por suerte, el mundo editorial ha cambiado y las tecnologías nos lo han puesto fácil. ¿Por qué os cuento esto? Porque resulta que Sheila comenzó siendo lectora, me escribía, me reía con ella y sus locuras, me pedía que escribiese novelas más largas y se enamoró perdidamente de Guille. No sé cómo o cuándo, pero dejó de ser solo lectora para convertirse en amiga. Gracias por todo lo que me das, bonita. Deslumbra al mundo con esa personalidad que tienes

#teputoadoro.

No quiero terminar la historia sin mencionaros que las hadas madrinas también existen y que resulta que, en ocasiones, se fijan en ti, hacen magia y cumplen tus sueños. Esther Escoriza ha sido mi hada madrina. Ha hecho mi sueño realidad. Ha apostado por mí, me lo ha puesto todo muy fácil y ha luchado por esta novela como si la hubiese escrito ella también. Vosotras no lo sabéis, pero esta novela es un poco fruto de ambas. Gracias por todo.

Y esta historia, ese sueño de una chica que comenzó a escribir sin saber que su vida al completo iba a cambiar, que iba a encontrar su lugar en el mundo, no habría sido posible sin todas y cada una de las lectoras que la apoyan, que le piden más, que esperan con ansia cada nuevo proyecto, que se beben las historias en un día, que me escriben para explicarme que tienen ojeras por mi culpa (lamento deciros que no me siento para nada culpable de ello, jaja). Y es que, siempre lo digo, la palabra «gracias» se me queda pequeña porque yo, Yanira García, sin vosotras, no soy nada.

No sé si os pasa, seguro que sí, pero... ¿qué hay de las librerías? ¿De dónde sale esa magia? ¿No creéis que las librerías deberían ser nuestro *safe place*? Librerías y libreros, sois increíbles. Apostáis por las letras y lucháis porque no se pierdan. ¡Sois mi pecado capital y me pongo a vuestros pies! Gracias por existir. Qué triste sería todo sin vuestra existencia.

Por último y no menos importante, otra de las grandes ventajas que tiene esto de la tecnología, son las redes sociales. Bookstagramers y Tiktokers, ¡cómo os quiero! Esas fotazas, esas reseñas, esas palabras de cariño, ese trabajo que no se ve pero que se siente desde lejos. De veras, os lo curráis muchísimo, y os agradezco todo el apoyo y el cariño, que os volquéis en mí y en mis compañeras. Nos hacéis volar virtualmente, nunca lo olvidéis.

Y ahora sí que sí, como siempre, ¡nos leemos!

Banda sonora

Bandido, ℗ 2003 Fonovisa Records, una división de Univision Music LLC, interpretada por Ana Bárbara.

Biografía

Nací en La Matanza de Acentejo, un pequeño pueblo al norte de Tenerife, en septiembre de 1984 aunque actualmente resido en Santa Cruz de Tenerife con mi marido, mi hijo y mi perro.

He sido desde siempre una apasionada de la lectura, recuerdo sacar libros de la biblioteca y devorarlos cada noche antes de dormir. En el año 2016 escribí mi primera novela y, desde ese momento, he sido incapaz de dejar de hacerlo.

Mis libros se caracterizan por contar con personajes muy divertidos, socarrones, canallas, irónicos y sarcásticos, aunque entre sus páginas, además de risas, podéis encontrar algunas reflexiones sobre la vida, el amor, la amistad y la familia.

Me encanta leer, hablar —por WhatsApp o por teléfono—, comer —cosas que engordan y son poco sanas—, me gusta la ropa cómoda, la playa, y muero por tirarme al sol. Ah, y por encima de todo, debéis saber que resumir no es lo mío.

¡Nos leemos!

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:

Instagram: @yanira_garcia_f

Facebook: Yanira García

Tiktok: @yanira_garcia_autora

Algo, alguien, tú y esas cosas que pasan
Yanira García

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Ilustración de la cubierta: Mireya Murillo
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

© Yanira García, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2024

ISBN: 978-84-08-28579-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

¡Arriba las manos!

Marín, Tamara
9788408284253
272 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una novela de suspense romántico con la que descubriremos que, a veces, los casos más difíciles solo se resuelven cuando somos capaces de encontrar nuestro lugar en el mundo. Lola ha aprendido desde muy pequeña a ser fuerte e independiente. Trabajar como

subinspectora en la comisaría donde su padre es el jefe ha reforzado esos rasgos de su carácter. Ella solo quiere a los hombres para una cosa, y así le va muy bien, hasta que lo conoce a él. Cuando Nacho se incorpora a su nuevo destino laboral, lo último que espera es encontrase allí a Lola, la mujer con la que se había acostado la noche anterior. Además, aún no saben que les tocará colaborar en un complicado caso, con mafia rusa incluida. ¿Logrará Lola dejar atrás todas sus convicciones? ¿Podrá trabajar Nacho con ella, apartando sus sentimientos? ¿Conseguirán salir ilesos de este caso?

Cómpralo y empieza a leer

¿Tú lo harías?

Maxwell, Megan
9788408280859
488 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Adéntrate en esta comedia romántica y verás que las decepciones amorosas no se superan con lágrimas, sino con la seguridad absoluta de que no hay nadie más fuerte que una mujer que aprende a reconstruirse a sí misma. ¿Tú lo harías? nos presenta a tres mujeres

de poco más de treinta años que aparentemente no tienen nada en común. África es periodista, aunque la ilusión de su vida es ser editora. Gema está especializada en marketing y publicidad y es madre de dos hijos. Belinda es limpiadora en hoteles y hospitales. Ellas no se conocen de nada, hasta que un buen día coinciden en un local llamado Bébete A Tu Ex. A partir de ese momento forjarán una amistad que las ayudará a hacer frente a las distintas decepciones que han sufrido por amor y, ante una botellita de vino, se retarán a vivir la vida uno o varios puntitos más allá de hasta donde se habían atrevido a hacerlo. Eso significará un ¡ADIÓS! a los miedos y vergüenzas, especialmente al qué dirán, y un gran ¡HOLA! a vivir, atreverse, quererse y disfrutar. Porque por muchas veces que hagas caer a una mujer en su camino, ella siempre se levantará, se sacudirá el polvo y se hará más fuerte.

Cómpralo y empieza a leer

Las guerreras Maxwell, 9. Libre como el viento

Maxwell, Megan
9788408288107
528 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Novena entrega de «Las guerreras Maxwell». Una saga romántico-histórica que nos traslada a la Escocia medieval. Lady Johanna McRae, hija de lady Megan y el laird Duncan McRae, es una joven

intrépida que, junto con su hermana Amanda, trae a su padre de cabeza. Si algo le gusta a Johanna es disfrutar de su libertad ayudando a quien puede y, en especial, retar a todo aquel que se enfrente a ella. Alan McGregor es un valeroso guerrero que, junto con su buen amigo y familiar Iver McGregor y con Beth, esposa de este, se dedica a la compraventa de caballos y ovejas en sus tierras en Fort William. Los tres reciben una invitación para asistir a la fiesta que Megan y Duncan celebran cada año en el castillo de Eilean Donan. Johanna y Alan solo se han visto una vez, pero cuando se encuentren de nuevo, surgirá entre ellos una magia muy especial que serán incapaces de obviar. Adéntrate en las páginas de Libre como el viento y descubre que, algunas veces, los besos más cálidos y ardientes son los que se dan con la mirada. Opiniones de los lectores de Las Guerreras Maxwell, 8. Mírame y bésame «Genial. Como todos los libros de la saga, me los leería cinco veces sin aburrirme. Me encanta cómo enlaza los personajes de cada libro», Pedruska. «Gracias por hacerme soñar leyendo, por dibujar sonrisas en mi rostro, por hacer con tus palabras que recapacitemos y seamos mejores personas, y, lo más importante, que seamos felices, ya que es lo único que realmente importa», Kira Moya. «La verdad que cada vez que leo un libro de Megan Maxwell pienso que no se podrá superar pero, ciertamente, siempre me equivoco», Susana.

Cómpralo y empieza a leer

¿Y a ti qué te pica?

Maxwell, Megan
9788408276210
552 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Vuelve Megan Maxwell con una divertida comedia romántica en la que descubrirás que la magia del amor lo cura todo Nacho Duarte es un reconocido director de cine mexicano que, tras la muerte de su esposa, cerró las puertas de su corazón a cal y canto. Le gusta

disfrutar con las mujeres, pero no suele repetir con la misma porque no piensa volver a enamorarse. Su último trabajo lo traslada a España, donde va a rodar una película de acción cuya actriz principal es su amiga Estela Ponce. Sin embargo, para las escenas más peligrosas cuenta con la colaboración de Andrea Madoc, una militar estadounidense que, además, trabaja como especialista de cine. Andy es una chica simpática, bromista y divertida que hará que el corazón del guapo director mexicano vuelva a latir con fuerza. Adéntrate en las páginas de ¿Y a ti qué te pica? y descubre que a veces, aunque no te lo propongas, puedes encontrar la llave para abrir la puerta a la felicidad. Y es que el amor es uno de los pocos remedios capaz de alegrar hasta el más triste de los días. Opiniones de los lectores de ¿Y a ti qué te importa? e ¿Y a ti qué te pasa?: «¿Qué voy yo a decir de estas dos maravillosas obras de arte? Lloré […], reí, me enfadé... Pero al final la magia lo inundó todo. Enhorabuena, jefa, nunca nos defraudas», Bianca Lancharro. «Me han encantado las dos novelas. Como siempre que empiezo una de Megan Maxwell... ¡es empezarla y no poder soltarla hasta terminarla! ¡¡Fabulosas!!», Paloma. «Me he leído casi todos los libros de esta autora y son fantásticos», Sonia. «Adoré estos libros. Me encantan sus historias. Lo mismo ríes que lloras. Me fascinan», Yisel. «Me han encantado las dos, no podía parar de leer», Ros M.

Cómpralo y empieza a leer

Heather & Sean

Garber, Ines
9788408287728
432 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El friends to lovers que te abrazará el corazón. Heather conoció a Sean a la edad de cinco años. Se convirtió en su mejor amigo, hasta que Sean tuvo que mudarse a otra ciudad. Ahora, después de siete años, Sean ha regresado, pero las cosas son distintas y, como era de

esperar, Heather también. El tiempo la ha cambiado, pero Sean está dispuesto a ayudarla, a juntar todas esas piezas en las que Heather dice haberse convertido. Descubre lo fuerte que puede llegar a ser el amor de dos personas que están destinadas a ser el refugio del otro. «Ines tiene tanta facilidad para cautivarte con su escritura que es imposible que no te guste lo que lees. Estos personajes y esta historia se han ganado un lugar imprescindible en mi corazón.» Pamme (@pammebooks) Opiniones de los lectores de Kate & Ethan. Amores platónicos, 1: «Un friends to lovers bonito, tierno, adictivo y con personajes que se han ganado mi corazón.» Laura «La autora tiene una forma de escribir muy delicada que hace que este libro sea aún más bonito.» Miriam «Me he encariñado tanto de los protagonistas como de los personajes secundarios. Son todos adorables.» María Lemos

Cómpralo y empieza a leer